JOAN LLENSA

CONDENADOS

EL SECRETO DE IRIS

JOAN LLENSA

CONDENADOS
EL SECRETO DE IRIS

Título: *Condenados*
© 2018, Joan Llensa

De la edición y maquetación: 2018, Romeo Ediciones
Del diseño de la cubierta: 2018, Sol Taylor
De la ilustración interior: 2018, Iván Llensa

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Índice

Libro 1
El Secreto de Iris
PRIMERA PARTE
El pueblo maldito
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14

SEGUNDA PARTE
Leyendas y monstruos
- Capítulo 15

Julio
- Capítulo 16

Agosto
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29

TERCERA PARTE
Directo al infierno
- Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
CUARTA PARTE
El despertar
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Agradecimientos
Sobre el autor
Otros libros del autor

“Es mejor encender una vela que maldecir la oscuridad”.
ELEANOR ROOSEVELT

A mi madre y mi abuela, las elementales más poderosas.

Libro 1

El Secreto de Iris

St. Joan les Fonts, 3 de octubre de 1988

Sentada en el borde del puente, Iris miraba las aguas bañadas por la luz de la luna y se preguntaba si realmente podría volar algún día. Soñaba con irse del pueblo para siempre o la infelicidad acabaría con su vida. No quería quedar atrapada en la rutina y dominada por el miedo, como los habitantes del pueblo, que dormían ajenos a su derecha, encima del acantilado basáltico parecido a un cuadro pintado por algún poseído: un lugar de cuento de hadas, pero también de monstruos y pesadillas aterradoras.

Sentada allí, hacía que Iris se sintiera mágica como los seres que pueblan las leyendas. Imaginaba que era un ave: una especie de ángel que sobrevolaba por encima de los tejados de las casas, hasta la cima de la iglesia románica, y se posaba junto a la gran cruz de hierro antes de marcharse de esa tierra maldita.

A sus casi siete años de edad, era consciente de las diferencias con los demás vecinos, y no tenía ningún reparo en ocultarlo y resguardarse de miradas curiosas. Aunque tampoco se parecía en nada a Celia, su hermana menor, ambas compartían en silencio una unión admirable. Celia era la perfecta.

Aunque no le permitían salir sola, se escabullía al menor descuido. Y aunque suponía que si se enteraban la encerrarían en la cuadra, junto a las ovejas y los cerdos, su necesidad de sentirse libre

era más fuerte que los posibles castigos. Soñaba con abandonar esa tierra, no quería quedar atrapada como los habitantes del pueblo que cada día hacían lo mismo y los dominaba el miedo.

—¡Iris!

La voz de Victoria, su madre, recorrió las piedras basálticas del puente románico y removió las hojas de los árboles hasta hacerla regresar a la realidad. Por el tono supo que algo no iba bien. Provenía de la izquierda. Percibía de muy distinto modo el margen izquierdo del río, del margen derecho.

Se subió a la baranda del puente, ignorando el precipicio y miró hacia allí, donde la única casa era la de su abuela Sión, la única a ese lado del río como si el que la construyó lo hubiera hecho para aislarse o protegerse de algo. Los árboles del claro, al lado de la casa, habían empezado a perder las hojas y el suelo permanecía cubierto por una capa orgánica húmeda que no crujía bajo los pies. Escuchó que su madre y su abuela discutían y se quedó mirando la escena.

La abuela salió deslizándose bajo un vestido ancho, era hermosa, las finas arrugas le daban un toque a sabiduría, los ojos verde claro contrastaban con el pelo blanco, recogido en un moño con formas imposibles, y las manos delicadas, que se movían con sutileza cuando preparaban la comida, ahora movía los brazos con tesón, apremiada por algo que la parecía perturbarla, mientras Victoria se alejaba de ella.

—Olvídalo —dijo sin mirar atrás.

—Hija, no comprendes que corréis un gran peligro. Debes quedarte por lo menos esta noche. Marchaos después de sellar el círculo.

Victoria se giró y le clavó una mirada gélida.

—Ya está decidido, madre. ¡Nos vamos!

Su madre no dijo nada más, pero la agarró de la cintura apretándola con fuerza entre los brazos y acercándola a su pecho. Después, permaneció quieta al otro lado del puente mientras madre e hija subían al coche que las llevaría lejos de allí. Iris observó la cruz en lo alto de la iglesia como si se tratara de un tótem mágico. Imaginó que el deseo que había lanzado al aire tantas veces se había cumplido al fin y pensó que se dirigía hacia la inmensidad del horizonte para no regresar. Pero se equivocaba.

PRIMERA PARTE

El pueblo maldito

Capítulo 1

Diez años después…

Pasadas las tres de la madrugada, Iris se despertó empapada por la maldita pesadilla que volvía a perseguirla desde que habían regresado a Sant Joan les Fonts, un pueblo perdido en mitad de la nada. No se imaginaba que era la primera de una larga lista que volvería a acosarla.

Miró a Celia, su hermana pequeña, que dormía plácida e inhaló una gran bocanada de aire mientras se incorporaba de la cama envuelta en una capa de sudor. Tenía la sensación de que la lluvia del sueño seguía golpeándole con violencia el rostro. Sacudió la cabeza un par de veces antes de poder comprobar que había regresado a su habitación, a salvo de la bestia, a salvo de la pesadilla, en la que sus sentimientos se aceleraban como un barquito de papel atrapado en un remolino y la golpeaban sin control.

Iris las llamaba así. Le daban menos miedo que si las llamaba premoniciones, presentimientos o visiones, a pesar de que a menudo lo eran. La diferencia con los sueños normales era que mientras la vivía se agudizaban sus sensaciones: el olor de las cosas, la consistencia del miedo en su garganta reseca y los tonos oscuros con los que sus ojos percibían el mundo.

La primera vez que la trastocó una de esas pesadillas tenía nueve años y vivía en Barcelona, en un piso con grandes ventanales que daban a la Gran Vía, decorado con muebles antiguos, lámparas de

cristal y relieves en el techo. Sus padres dormían en la habitación más grande, y al lado su hermana Celia y ella.

—¡Iris, cielo! —Victoria, su madre, atravesó la membrana de sus sueños con facilidad—, ¿pero qué estás haciendo?

No tenía ni idea. Iris abrió los ojos y se percató de que se encontraba frente al ascensor, con la mano en los botones. Regresó al mundo real a través del olor a crema facial de su madre, que desplazó el hedor a cenizas que le impregnaba la lengua.

—¿Me oyes, Iris? —insistía ella mientras la abrazaba con fuerza —. Dime algo, cielo. ¿Estás bien?

Iris no podía responder, era como si en el lugar de las cuerdas vocales hubiera tenido unos troncos de leña quemados.

Victoria la observaba aterrada.

—Creo que es sonámbula —dijo su padre que ya se encontraba en el rellano junto a su madre y Celia. La condujo a la habitación, y tras asegurarse de que no tenía fiebre, le dio un vaso de agua—. No te preocupes. Se lo comentaré a Félix, trabaja en la unidad de estudio del sueño y seguro que nos puede recetar algo.

—Esteban, que solo tiene nueve años. Por el amor de Dios… no hables de ella como si fuera una de tus pacientes.

Todos se quedaron en silencio menos la mente de Iris, que le recordaba una y otra vez la pesadilla.

El aire espeso con olor a ceniza la envolvía y subía las escaleras de dos en dos, las paredes aparecían y desaparecían, mientras veía a la señora García, una viejecita de pelo caoba que se perfumaba en exceso y que le regalaba pastillas de goma, paquetes de caramelos, chicles, chocolatinas… junto a la puerta de su casa, frente a la suya, con unas bolsas de la compra, hasta que un trueno hacía temblar el edificio. La anciana soltaba la bolsa de frutas y un puñado de manzanas rojas como la sangre se precipitaban escaleras abajo a cámara lenta, se rompían en pedazos y el jugo entre carmesí y negruzco manchaba los peldaños.

Iris captaba una mueca de terror en el rostro de la anciana, que miraba el techo, frente al ascensor donde, oculto entre las sombras, un par de ojos se le echaban encima. Las puertas del ascensor se abrían y se veía solo el hueco umbrío en su interior hasta el fondo del edificio, la anciana daba unos pasos y se precipitaba en la garganta oscura. Entonces, la bestia fijaba su mirada en Iris y le susurraba algo que no alcanzaba a comprender al mezclarse con la voz de su madre y desaparecía.

Esa pesadilla la visitó las siguientes tres noches y siempre se despertaba en el rellano. Sus padres estaban pendientes de ella, pero solo su madre le transmitía cierta seguridad, como si estuviera hecha de otra pasta. A ella le habló del monstruo de humo y le contó algunos detalles. Victoria la escuchó atenta y pareció no

sorprenderse demasiado, pero sí angustiarse.

En realidad, Iris pensaba que si la pesadilla se quedaba en su mente no podría dañarla. Se equivocaba. Con el tiempo, pudo comprender que no se trataba de tapar, sino de enfrentar los hechos, y para eso debía creer en ella misma, como le aconsejó su madre. No era una tarea fácil.

—Debes aprender a controlar tus sueños, Iris —le dijo su madre la tercera noche antes de acostarse—. Si logras ser consciente de que te encuentras dentro de una pesadilla podrás tomar las riendas de la situación, y no habrá nada imposible.

—¿Y cómo se consigue, mamá?

—Lo conseguirás si crees en ti, Iris. Así podrás con todo.

—¿Incluso con el monstruo de humo?

—¡Incluso con él!

Iris dudó antes de replicar.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque tu abuela me lo contó cuando yo era una niña como tú. Y me funcionó.

Cuando comprobaron que el padre y la hermana dormían, se fueron a la cocina, se prepararon una infusión y hablaron de la abuela, a la que Iris no había visto en años y a la que sin embargo recordaba, pero de lo que más hablaban era de sus ideas positivas. No solamente esa noche, sino que durante semanas, y siempre cuando no las escuchaba nadie, Victoria trataba de recordar conversaciones que la habían ayudado a afrontar los problemas.

La cuarta noche de sonambulismo, Iris no pudo abrir la puerta principal. Su padre se había asegurado poniendo un cerrojo extra en la parte de arriba. Pero cuando sus padres se despertaron por los golpes que la niña propinaba a la madera, se sorprendieron cuando un grito aterrador retumbó al otro lado y se apresuraron a salir.

Se encontraron con que la señora García se había precipitado por el hueco del ascensor, unas manzanas rodaron por el suelo hasta el interior de su piso y el vestíbulo se notaba desordenado como cuando entran a robar. Iris alzó la mirada hacia arriba, pero el techo iluminado por la bombilla permanecía intacto y sin bestia alguna. Entonces, perdió el conocimiento.

Dijeron que la señora García había sufrido un ataque de ansiedad, que vivir sola le afectaba, que la mala suerte hizo el resto, pero sólo Iris sabía la verdad. Bueno, Victoria también lo sabía, pero no dijo nada: “algo” había ido a buscar a la anciana, “algo” que Iris veía en sus pesadillas, que llegaban, le golpeaban la mente y se iban, y que hubiera querido olvidar.

Pasaron meses antes de la siguiente, pero cuando llegaban, lo

hacían con el olor característico de la leña quemándose, cenizas que invadían sus fosas nasales e incluso el sabor agrio resbalando por su garganta.

Capítulo 2

Por diversas razones, Iris prefería el silencio nocturno y la soledad. Sin embargo, cuando su padre les comunicó a último momento que se mudaban a las afueras de Sant Joan les Fonts, en un lugar conocido como Castellar de la Muntanya, situado en el medio del parque natural de la Garrotxa, al noreste de España, a Iris le pareció que una piedra de cien toneladas se le caía encima. Viviría entre valles y acantilados con más de cuarenta conos volcánicos, rodeado de espesos bosques, cinco casas y una iglesia románica en el centro, «Un lugar perfecto para el silencio y la soledad», pensó.

—Todo verde —añadió el padre, eufórico.

Dicen que el verde es esperanza. Para Iris fue verde condena también por diversas razones. La primera, era que desde pequeña, había soñado con volar, con alejarse de ese pueblo que le daba malas vibraciones y ahora regresaban. La segunda, era la premonición que la acosaba.

Ya en el coche, se adormeció y la invadió una sensación dolorosa que le oprimía el pecho, la privaba del aire para respirar, se sentía impotente, como si asistiera a su propia muerte. Iris presintió que su padre les ocultaba algo. Había escuchado una conversación a medias que le había provocado esa sospecha.

El día anterior a la partida, su madre, tan sorprendida como ella, se resistía a mudarse y le preguntaba a su padre por qué motivo había tomado esa decisión.

—Iris cada día está más ausente por culpa del sonambulismo, Celia precisa de un ambiente seguro que en la ciudad no le podemos dar y nosotros… —esgrimió Esteban.

—No sigas por ahí. Las niñas están bien. Son adolescentes que intentan tomar el control de sus propios cuerpos. Pero eres tú quien debe tomarlo de una vez por todas.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —cortó su madre.

—Sí. Al fin me doy cuenta de que no soy tal como os merecéis. Por ese motivo creo que es necesario hacer este cambio. Aunque tengamos que aguantar a la maniática de tu madre —tomó aire como si le costara hablar—. Además, sé que tengo un problema con la bebida y…

—¿Y qué? —le presionó Victoria.

—Que puede que en el pueblo pueda dejarlo… de una vez por todas. Allí las horas pasan más despacio que en la ciudad y la gente vive más tranquila… Estoy convencido de que podré lograrlo.

—Eso espero. Por el bien de todos. Te juro por Dios que si esta vez no consigues dejarlo, seré yo quién te deje a ti.

Él se acercó a ella, la rodeó con sus brazos y la besó en la frente, era un médico informal y muy diferente a sus colegas de profesión, que siempre parecía entusiasta. Victoria, por el contrario, transmitía en sus ojos verdes una gran tristeza.

—Verás como todo saldrá bien —le susurró Esteban—. Seremos muy felices en la comarca.

Hasta allí había escuchado Iris la conversación. En cambio, ella intuía que en cuanto pisara aquella tierra todo se oscurecería. Durante el sueño, le llegó una truculenta imagen en la que sus padres, su hermana y ella misma, permanecían tumbados en un prado con los ojos y los labios cosidos. Un grito, que asustó a su familia, la devolvió al interior del coche. Mientras se disculpaba, presintió que la muerte vendría a buscarlos. En realidad, estaba convencida, pero la mirada acusadora que le lanzó su padre por el retrovisor le advirtió que era mejor no decir nada y evitar hacerlos sufrir.

*

La localidad más cercana del lugar donde había comprado una masía en ruinas era Sant Joan, el pueblo vecino que desde pequeña anhelaba dejar atrás y que se encontraba siguiendo una carretera sin asfaltar y donde pensaba abrir una consulta privada. El padre había viajado hasta allí en secreto durante los últimos fines de semana para comenzar y supervisar las obras y vendió el piso de Barcelona antes de tenerla terminada. Mientras tanto, vivirían con la abuela.

No es que sintiera nostalgia de Barcelona. Ni había dejado allí a ningún súper-amigo-de-la-muerte ni a una amiga-por-la-que-dar-la-vida. Iris nunca había tenido la necesidad de estar con nadie. Rechazaba a los grupitos que se formaban en el colegio o en el barrio. No comprendía por qué la gente se pasaba el día hablando y riendo, si la mitad del tiempo lo invertían en chismorrear, criticarse los unos a los otros e intentar sacarle el mayor partido a los supuestos "amigos" de los que alardeaban. Era su modo particular de no ser falsa. Aunque también era una defensa. «Si no dejo entrar a nadie en mi vida, nunca me podrán dañar». Ese era un escudo que Iris no pensaba bajar por más que, en alguna ocasión, había estado a punto de hacerlo. Se sentía diferente a los demás y eso debía protegerlo ante cualquier circunstancia.

Sus verdaderos amigos —como los llamaba ella—; estaban en el cementerio de la ciudad.

Allí pasaba muchas noches. A escondidas de sus padres, claro. De haberse enterado, Victoria hubiera llorado durante días y Esteban le hubiera concertado una visita de urgencia con alguno de sus amigos loqueros. Bastante tenía ya con hacerles creer que se tomaba la medicación y que las "pesadillas" habían desaparecido. O incluso podía haber sido peor: la habrían internado. Solamente Celia conocía el secreto. No compartía la ilusión ni el interés por el lugar, como ella, pero jamás se opuso a las escapadas nocturnas ni hizo preguntas. Bueno, solamente lo hizo una vez.

—Ayer te seguí.

—¿Y eso? ¿Acaso tienes instinto de policía o es que te aburres demasiado?

—Me tenías preocupada—se acercó a ella con aire dulce—. Me di cuenta de que muchas noches, al levantarme, tú ya no estabas en la cama. Me pregunté dónde estarías, adónde irías.

Iris alzó la mirada al techo y resopló sin ganas.

—¿Y te has quedado más tranquila ahora?

—Sí —hizo una pausa—. Bueno, no. No entiendo qué vas a hacer al cementerio. ¿Me lo vas a contar?

—Si prometes no decírselo a nadie…

—¡Lo prometo!

Se acercó a ella y murmuró dándole un aire místico a la situación.

—Busco la paz, Celia —al ver que Celia abría los ojos asustada, la calmó enseguida—: No la paz que da la muerte. Sino la tranquilidad que solamente se encuentra en un camposanto. Allí nadie grita, no hay ruido y me siento como en casa, bueno, me refiero a que mi mente puede fluir libre y sin interferencias.

Celia permaneció callada un buen rato. Seguramente digiriendo

el secreto. Finalmente habló.

—Lo entiendo. Cada uno tiene derecho a encontrar su lugar. Si allí te encuentras a gusto, genial. Pero no dejes que eso te aleje de mí. Te necesito cerca, Iris. No sé qué haría sin ti.

A Iris le sorprendió la calma mostrada por su hermana. Cualquier otra persona se hubiera alterado o la hubiese tachado de bicho raro. Celia, por el contrario, la abrazó y le dio un beso.

—Y no te preocupes, guardaré tu secreto. Hasta el día de mi muerte.

Sin embargo, no le había comentado que en el cementerio sentía que pronto iba a ser una de ellos, y que de algún modo le alegraba saber que aquellas voces que le susurraban al oído, se callarían para siempre y así podría descansar de una vez por todas. Y mucho menos que a veces tenía premoniciones o sensaciones que no podía entender.

Pero no fue hasta que llegaron a St. Joan por segunda vez que tuvo la certeza de que estaba condenada.

Capítulo 3

Después de aparcar el coche frente a la casa de su abuela, Iris sintió un extraño *déjà vu*. Aquél puente construido con rocas volcánicas era tal y como lo recordaba de la última vez que estuvo allí. Pensó que la vieja casa de la abuela era como una pieza más en el decorado. «Como el templo de un ángel custodio que controlaba quién accede a cruzar el río», se dijo y alzó la vista hacia la iglesia, se sorprendió al ver que no había cambiado nada en los últimos diez años. Se elevaba por encima del pueblo como un gran vigilante. Sintió que su deseo de volar renacía en ella, y ansió cruzar el aire hasta situarse junto a la cruz de hierro.

—¿Estás bien? —le preguntó Celia.

Sin responderle, dio media vuelta y se dirigió a la casa. La abuela Sión estaba de pie en la entrada. Y al igual que la iglesia y el puente, aquella mujer parecía no haber cambiado en absoluto durante los años que estuvieron fuera.

La casa era pequeña, pero bastante acogedora. En la planta baja tenían un salón comedor, una cocina sin isla y un cuarto de baño. La cocina daba a la parte trasera donde un jardín plagado de flores y plantas aromáticas se daba la mano a unos densos árboles que recubrían de sombra un terreno llano atravesado por el río Fluvià. En la parte superior, tres habitaciones con una pequeña zona entre ellas en la que una gran cristalera proporcionaba una visión del puente como si de un cuadro se tratara.

La abuela les indicó cuales iban a ser sus habitaciones mientras las obras de la nueva casa no hubieran concluido.

Entonces, Iris y Celia llevaron las cajas con sus pertenencias a la

que sería su estancia. Iris se quedó observando las viejas vigas de madera del techo. Tenía la sensación de poder oír un rumor que emanaba de ellas.

Celia corría por la estancia e iba indicando con las manos y dando grandes voces donde pondría la lámpara de lava, los muñecos de trapo hechos por ella misma y decidiendo de que colores serían las telas que pondría colgando de una pared a otra. Mientras, Iris no dejaba de pensar en el único lugar que sí le apetecía visitar de verdad; el cementerio.

Tan pronto como hubieron terminado el proceso de puesta a punto y en vistas de que todavía era pronto para cenar, Iris salió de la casa en dirección al camposanto.

Atravesó la calle St. Antoni, con su avenida estrecha y adoquinada, al final de ésta emprendió el paseo de grandes arboles cuyas ramas se entrecruzaban en lo alto hasta el final del camino, cuesta abajo, que no dejaba de reseguir el río a su izquierda.

Cuando llegó a la parte baja y final del trayecto, se sorprendió al ver que había una iglesia románica con un gran altar de piedra en la parte delantera. A Iris le recorrió un escalofrío por el espinazo al percatarse de que se trataba de los mismos elementos que se mostraban en su última pesadilla, la que comenzó cuando supo que regresarían a St. Joan. ¿Qué significaba aquello? ¿Sería allí donde perdería la vida? Paseó por la zona ajardinada alrededor del altar, siguió por la valla de madera que la separaba del río rodeando la construcción hasta la parte trasera. Allí, en lo alto del montículo, vio las letras negras que rezaban «Cementiri Municipal» en la pared blanca como la cal.

Mientras subía la cuesta por el camino de tierra sin asfaltar pensó que si aquél sueño era de su propia muerte quizá sí sería un buen sitio en el que morir. A fin de cuentas estaba cerca de todo; del lugar que la vio nacer, de la iglesia donde se oficiaría el entierro y del cementerio donde descansarían sus restos. La única pega sería que jamás podría salir volando del lugar.

La gran verja de hierro chirrió en cuanto la movió. Volvió a cerrar el pestillo tras ella. No quería que nadie supiera que allí había alguien.

El cementerio era pequeño, minúsculo en comparación con el de Barcelona. Allí no podía perderse y menos aún tener la intimidad que buscaba. No era más que un rectángulo ajardinado rodeado de nichos y cipreses que perseguían las nubes en el cielo.

Sus ojos se desplazaron por las inscripciones de las lápidas y sus dedos recorrieron las letras y las figuras en relieve que las decoraban.

Fue hasta el fondo. Allí había una extraña cruz colgando en lo

alto de una especie de pérgola con un altar justo debajo de ella.

«No tiene sentido», pensó «¿Para qué quieren un altar aquí?»

A pesar de poder hacerlo en los bancos metálicos que estaban repartidos por todo el lugar, Iris se sentó en el césped. Cerró los ojos y dejó que el latido de la tierra bajo su piel le otorgase la paz que anhelaba. Se quedó dormida. No podía estar segura de nada, pero tuvo la impresión de que alguien o algo la estaba advirtiendo de un peligro inminente, de un suceso que no podía imaginar. Puede que incluso allí, en esa tierra volcánica, todo se estuviese confabulando para llevarla donde debía estar; entre las almas que descansaban detrás de las lápidas de mármol.

*

Tres noches después, Iris abrió el portón de la ventana para sentir la energía del astro de las brujas más intensa.

Cada noche sufría el ataque de la misma pesadilla, pero percibió que esa noche algo había cambiado. Siempre estaba sola en su pesadilla, luchando por interpretar las señales y por volver al mundo real. Pero ahora, una mano con buenas vibraciones la conmovió.

Estaba más oscuro que en otras ocasiones. Iris corría por un camino de tierra con charcas de agua amarillenta. A su alrededor, los árboles se iban marchitando y desaparecían tras su paso. Soplaba un viento helado que frenaba su huida y azotaba su cuerpo. Se detuvo en seco. Miró atrás y nada. Solamente la penumbra. Miró hacia abajo y el suelo había desaparecido, estaba de pie, suspendida en lo alto de una columna de piedra negra. ¿Qué debía hacer?

Tras de ella, una explosión la alertó, una turbulencia emitía destellos verdes y anaranjados. La onda expansiva la lanzó a gran velocidad hacia un suelo de césped que apareció de golpe. A su lado, se erguía un altar de piedra. Intentó moverse, pero no pudo.

Iris miró sus brazos. Bajo su piel se agitaba algo ajeno a su control. Sentía unas fuertes cuchilladas en su interior que le recorrían como si se tratara de gusanos.

No podía bajar la mirada para verse las piernas, pero notaba una sensación de ingravidez a su alrededor como si se mantuviese suspendida e inmovilizada en el aire. Su visión del lugar le cercioró que se encontraba entre las copas de los árboles, a unos diez metros del suelo.

La presión que sentía en su cuerpo se le hundía en toda la piel. Le faltaba el aire. Era como si una enorme serpiente pitón la estrujara asfixiándola y aguardando el desfallecimiento final para comérsela.

Iris gritó. Pero nada salía de su garganta. Ni siquiera un sollozo.

Eran gritos de silencio ahogados por un ser invisible y maligno que la acechaba. Sus palabras eran vacías como el cielo que la envolvía. Negro. Sin estrellas. Un vacío absoluto.

El viento se apresuró en golpearla a la cara con violentas ráfagas que cortaban su piel como cuchillos afilados. Su pelo negro y mojado le daba fuertes azotes en el rostro. Era frio. Húmedo. Doloroso.

Escuchó los lamentos de los niños a su alrededor. Escrutaba en la oscuridad, forzando los ojos a mantenerse abiertos y luchando contra la fuerza invisible que la retenía presa y el dolor de los gusanos que corrían por su interior. Pero no lograba verlos. No veía nada. La lluvia empezaba a caer, fina y dura. Se le clavaba en la piel como alfileres helados. Los niños alzaban la voz. ¿Aterrados quizá? ¿O puede que animados ante su gran sufrimiento? Sus voces eran tan claras y a la vez tan inteligibles.

Un relámpago iluminó la negrura y el tiempo se detuvo congelando las gotas de lluvia a su alrededor.

Al fin pudo verlos. Los niños la estaban rodeando. Sus ropas empapadas en sangre bailaban una macabra danza al son de la gélida brisa. Sus rostros translúcidos permitían ver las venas y capilares bajo la piel de celofán. Ríos negros, latentes, como una masa líquida retorciéndose con vida propia. Y los ojos y labios sellados, cosidos con un hilo demasiado grueso como para no verlo. Y aún así, Iris podía escuchar como hablaban en un dialecto que parecía antiguo.

Un trueno retumbó en el aire empujando al tiempo a volver a seguir su curso imparable y la lluvia cayó con más fuerza. Los truenos que se sucedían sin tregua hicieron temblar la sangre que resbalaba por el vestido de algodón.

Cuando estalló un nuevo relámpago, Iris vio una mano de dedos fuertes y gruesos, que tendida en la oscuridad, se le ofrecía. Como si esperase que le diera la suya, que se agarrase a ella.

«Es un sueño, es un sueño…», se repitió como un mantra.

Otras noches esperaba a que la última gota de sangre o el último aliento antes de ahogarse la llevara de regreso al mundo de los vivos. Pero, ¿qué significado podía tener aquella mano?

El oxígeno volvió a su cerebro como un riachuelo de agua fresca. Se esparcía por su interior regando cada célula de su agónico cuerpo. Escuchó una voz fuerte que le susurraba en el interior de la cabeza algo que no alcanzó a descifrar.

Se armó de valor. Total, no tenía nada que perder. Estaba dentro de un sueño. En su propia pesadilla. Miró la mano, se centró en la voz que le susurraba y se ofreció a ella estirando al máximo el brazo.

«Qué difícil es moverse en el espacio onírico».

Los tentáculos la retenían con fuerza. Sus brazos y piernas se comprimían bajo la brutal presión que ejercían en su ya debilitado

cuerpo. Las voces de los niños sonaron más altas. Incluso el viento soplaba con más intensidad y la lluvia se estaba convirtiendo en aguacero. ¿Qué estaba ocurriendo?

«Lo voy a lograr. Quiero agarrarme a ti.» Esa certeza le insuflaba ánimos para seguir adelante y la fuerza necesaria para no desistir en el intento.

Estaba a punto de conseguirlo, pero en el momento en que su piel rozó el dedo corazón de aquella preciosa mano, una fuerza fantasmal la agarró de la cintura y riéndose en sus oídos se la llevó directa a la oscuridad eterna de su habitación.

¿Era el fin?

¡No! ¡No lo era!

No sabía por qué, pero tenía la sensación de que, a pesar de las buenas vibraciones que le producía la mano, algo siniestro la acechaba para hundirla en la oscuridad. Había llegado el momento de enfrentarse a la muerte. Y aunque no tenía ni idea de cómo debía hacerlo, pensó que quizá la abuela podría ayudarla de algún modo. Le pediría un consejo.

Capítulo 4

Cuando los primeros rayos de sol teñían el cielo, justo donde se mezclaba el jardín con el bosque, una sombra humanoide la observaba, quieta, inamovible, ¿vigilándola quizá? Al instante desapareció. Iris tembló. No era la primera vez que la veía desde que habían llegado al pueblo. El temblor era de inquietud, no era miedo. Supuso que podía ser Pitu, el amigo de Celia, que se mostraba amable y servicial con ella. Además, de vez en cuando aparecía una flor blanca, un lirio, en el alfeizar de su ventana.

A la vez, crecía en su interior la certeza de que algo malo le iba a ocurrir.

¿Qué relación tendría esa sombra con la que la acosaba en su pesadilla?

En la otra cama, Celia dormía placida y dulce en un sueño profundo con los labios curvados hacia arriba y los largos mechones de pelo dorado cubriéndole el rostro demostraban que incluso en el mundo de los sueños era feliz.

Iris y Celia se parecían mucho, pero a la vez eran como las dos caras de una moneda. Mientras que Iris era antisocial, fría y lo más parecido a un bicho raro que en raras ocasiones mostraba sus sentimientos, Celia tenía la dulzura para conquistar a quienquiera que quisiera. Y su carácter afable y bonachón la convirtió rápidamente en el centro de atención del pueblo. En especial de Pitu, que cada día rondaba tras ella.

A Iris le encantaba meterse con ella y se reía de su forma de vestir. Celia intentaba combinar colores imposibles con formas y pliegues que a cualquier sastre le hubiera provocado un ataque al

corazón. Pero ella nunca se molestaba. Solo le decía que le gustaría ayudarla, que no le gustaba verla tan seria. Decía que su mirada era triste, y quería abrirle la mente a la maravillosa vida. Iris nunca la entendía. De hecho, no le hacía mucho caso. Celia le decía que tenía una venda en los ojos, que durante demasiado tiempo había dejado de ver. Celia era la sensata e Iris la cabra loca.

Celia se había apresurado en llenar de color su mitad de la habitación; grandes piezas de tela colgadas de las vigas de madera del techo hacia la pared a modo de cortinas le daban un toque de realeza. Y unas cintas con formas extrañas daban forma a un mundo imaginario donde la inocencia era la dueña. A pesar de tener casi cumplidos los quince, Celia conservaba una pureza más típica de una cría.

El lado de la habitación de Iris era sombrío. El papel con formas vegetales que cubría la pared tenía la misma textura que su estado de ánimo. Apoyada en la mesita de noche, descansaba la única mancha de color; una guitarra con tonos pastel rojizos que había pertenecido a su madre, de su época hippie, y que se la regaló con la esperanza de que aprendiera a tocarla.

Iris se dirigió al pequeño escritorio de madera, cogió la silla y tomó asiento bajo la ventana. Quería pensar en la pesadilla. Esta vez, el impulso por repasar los nuevos detalles era más fuerte que las ganas de dejarla de lado. Cualquier detalle podía ser importante.

A pesar de que Iris debería estar acostumbrada a esos cambios de realidad, durante los últimos días había ido en aumento. Pero esa vez a Iris le apetecía centrarse en el nuevo detalle; la mano que había aparecido en la oscuridad, ese ofrecimiento. ¿Cuál sería su significado? Si es que tenía alguno. Además, la bestia que siempre acababa con ella no había sonreído ni se la había llevado a la oscuridad con tanta rapidez, con tanta brutalidad. Era como si hubiera dudado. Como si aquel cambio en el trascurso de los acontecimientos también la hubiera hecho dudar. Siempre esperaba a que se desangrara, se ahogara… Pero esa noche pareció más real y, si Iris estaba en lo cierto, eso podría significar que se podía alterar la secuencia y —quién sabe— que el futuro que temía y que creía que estaba por llegar también se pudiese alterar o reemplazar.

Le pediría a su abuela que le diera alguno de sus consejos crípticos. Seguramente, ella sabía cómo interpretar esos sueños. Recordó lo que según su madre ella le había soltado cuando era una niña: «Hay ocasiones en las que los sueños son más importantes que la vida misma. Nos hablan en susurros y nos advierten cuando estamos en peligro. Durante unas horas, nuestra mente se libera para enseñarnos la realidad sin filtro alguno», y se alegró de poder contar con ella.

Aún así, según las opiniones de sus padres, la abuela Sión era una mujer adusta y bastante intratable, con un carácter dominante y controlador. Escuchó que su padre decía que era como la tierra que la había visto nacer y crecer mientras su madre le decía que no le apetecía volver a vivir rodeada de cuentos y leyendas.

Aquello descolocó a Iris. ¿No se suponía que las conversaciones con ella la habían ayudado? Entonces, ¿cómo era posible que ahora pareciera irritada?

La primera impresión que tuvo de la abuela había sido un tanto diferente de cómo la había imaginado. A Iris no le costó nada darle los primeros dos besos. Ni tenía miedo de que le contagiase alguna enfermedad o de que le llenara la cara de babas con el roce de su boca. No, no era una vieja arpía ni arisca. Esto hubiera sido molesto. Pero resultó ser que ella estaba esperando a alguien que se había creado en su mente a raíz de los comentarios de sus padres y al final resultó ser todo lo contrario.

La abuela Sión se abrió enseguida a ella. Tenía el pelo blanco con reflejos rubios recogido en un moño. Sus ojos verdes de un tono apagado le daban el mismo aire triste que a su madre, aunque algo más vivaz que el de Victoria. Su nariz pequeña y el rostro con pocas arrugas le hacían aparentar menos años de los que tenía. Era una abuelita que irradiaba ternura y en el fondo de sus ojos, oculto a los demás, un dolor profundo. Sí, era un poco rara. Pero bueno, Iris tampoco destacaba por su “normalidad”, que digamos. Y ese punto en común le permitió sentir la afinidad hacia ella de inmediato.

Sin embargo, no fue hasta esa noche cuando las dos pasaron a ser dos almas gemelas.

Capítulo 5

Tras el primer episodio de sonambulismo en tierras volcánicas, le llamó la atención un crujido que provenía de abajo. Decidió levantarse para investigar qué causaba aquel rumor metálico. La llevó a la cocina y descubrió al lado del reloj de pared, una puertecilla que durante el día permanecía escondida detrás de la cortina, un armatoste de tela gorda y ajada, más parecida a una manta. Igual que en una película de aventuras o de terror.

Se coló en su interior. Unas escaleras carcomidas se adentraban en la oscuridad. Llevaba a una especie de sótano lóbrego —tal y como se supone que son los sótanos de las casas antiguas—, iluminado solamente por los reflejos que danzaban al son de unas velas al fondo de la estancia y unas brasas en la esquina. La abuela se giró, nada sorprendida al descubrirla allí. Sonrió, alargó una mano y le dijo:

—Sabía que vendrías.

«Sí. Claro que sí», pensó ella.

—Pero, ¿qué haces, abuela?

La anciana le susurró a unas ramas de lavanda desecadas y las echó en el recipiente que tenía enfrente. Removió el contenido —que parecía líquido— antes de dirigirse de nuevo a su nieta.

—Mira, preciosa. Debes saber que el mundo está controlado por unas fuerzas que la mayoría de personas son incapaces de ver. Tú, al igual que yo cuando era joven, sabes que existe mucho más de lo que vemos.

«Ya está delirando. Quizá sí esté un poco ida… ¿Tendrían razón mis padres al dudar de sus cabales? Espero que no se vuelva loca y

me ataque o nada por el estilo».

Aunque en un primer instante Iris se asustó y sus pensamientos la hicieron dudar, enseguida supo que tenía razón. Siempre se había aislado de los demás. Se preguntaba por cosas que los otros jóvenes ni siquiera imaginaban. Podía ver y oír cosas a través de sus sueños. Ver flashes de acontecimientos que no sabía si eran del pasado o del futuro, aunque mayoritariamente se referían a la muerte. Cosas que ponían en peligro a cualquiera que se acercara a ella. Ver como muere alguien que conoces en un sueño es duro, pero saber que se hará realidad en unos días es mucho peor.

—Si quieres, tienes el poder de controlar esa fuerza que corre en tu interior, y en el de todas las cosas. Lograrás manipular a los seres que habitan en ese mundo invisible que pocos pueden ver. El camino no será fácil. Pero recuerda, jamás debes abusar de lo que el conocimiento te puede entregar.

—Pero, abuela. No soy capaz de hacer nada…

«Solo puedo ver como mueren las personas en mi mente y después lo hacen en la vida real», iba a decir. Pero no se atrevía a contarle lo de sus pesadillas, de sus paseos nocturnos. Ahora no era el momento. La abuela parecía ausente, como ida.

—¡Lo serás!

Una especie de humo verde cubrió a la abuela Sión.

—Lograrás grandes cosas, Iris. Nunca subestimes el poder que fluye por tus venas. Tu alma es poderosa. Pero aún es pronto…

—Yo solo quiero…

«…desaparecer.» Pensó.

—Lo que quieras, pasará pronto a un segundo plano. Deberás tener los ojos bien abiertos antes de tomar la decisión que se te presentará. Has sido llamada. Hace tiempo atrás que estás siendo dirigida hacia este momento. Te estaba esperando. —Los ojos de la abuela era blancos, sin color—. Y no puedes escapar de tu destino. Lo quieras o no. Ahora lo que es más importante es que él... también sabe que estás aquí. Y corres un grave peligro.

Se volvió hacia la humareda que salía del caldero encima de las brasas y, ante su asombro, vio su propio rostro reflejado en la bruma. Se movía sinuoso, pero era una “Iris” diferente. Parecía mayor, más segura y… más fuerte. La mirada reflejaba poder. Era intensa. Pero a su vez, un aura oscura levitaba a su alrededor y unos rayos fulguraban por su cuerpo.

—Ellos están cerca.

—¿Ellos? ¿Quiénes son “ellos”?

—Los condenados, Iris —farfulló con una voz grave—. Y vendrán a por ti, cielo. Te necesitan. Sin tu consentimiento no podrán más que seguir atrapados. Serán capaces de cualquier cosa

con tal de engatusarte. No debes permitirlo. No te dejes engañar. Hagan lo que hagan tienes que ser más lista que ellos. Ya se han llevado a dos chicas de la comarca. Están muy cerca. Debes buscar a la niña de fuego. Quizá ella pueda ayudarte.

Le pesaban los párpados y la cabeza le empezó a doler.

—Cada año en la comarca se debe sellar el círculo de poder.

—¿Cómo? —la cortó, pero ella ni se enteró.

—El cerrojo solamente se puede romper o renovar durante la noche de las elementales. El sexto día del décimo mes durante las horas que se apaga el rey de fuego; una de las fechas más poderosas del calendario mágico. Entonces, y solo durante unas horas, debemos trabajar para que los condenados no penetren en nuestro mundo. Llevamos siglos luchando en secreto contra este mal. Y tú, querida Iris, eres una pieza fundamental en el tablero. "Él" sabe que has llegado y mandará venir a buscarte.

A los tres segundos, la abuela apagó las velas dio media vuelta y desapareció del sótano dejándola allí de pie con mil preguntas flotando en el aire.

«¿Me ha dejado sola?»

Iris regresó a su habitación con la cabeza hecha un lío.

El resto de la noche se lo pasó sin dormir. En su mente se aglutinaban imágenes y frases que estallaban como relámpagos. Aunque en un primer momento no comprendió nada de lo que aquella noche había ocurrido y escuchado de los labios de la abuela, ese suceso la cambió. La puso alerta y terminó de asegurarle de que el temor se hacía cada vez más real; se encontraba en peligro. La pesadilla se lo advertía. Pero… ¿podría hacer algo para evitar que sucediera?

Capítulo 6

A la mañana siguiente, tras un almuerzo a base de tostadas con mantequilla y mermelada de fresa y un buen tazón de leche, la abuela le susurró al oído que tenía un plan pensado para aquel día que amanecía sin nubes y con un cielo de un azul radiante. La corriente de complicidad que le transmitía la abuela era indudable y activaba su deseo de contarle lo que ahora rondaba en su cabeza: la aparición de esa mano que le provocaba una confianza parecida a la que empezaba a sentir con la abuela, sin saber por qué.

Su padre había salido para controlar las obras. Su madre dijo que tenía una entrevista de trabajo en la tienda de costura que había en la calle principal. Y Celia salió con su amiga Teresa. Dijo que habían quedado para hacer una excursión por la zona y bañarse en la piscina. A Iris no le parecía lo más acertado ya que la temperatura se mantenía demasiado baja para un baño.

—Ven, querida —dijo la abuela cuando todos se hubieron ido.

—¿Qué vamos a hacer?

—Hoy es un día perfecto para que aprendas a elaborar el brebaje de las elementales –dijo con una evidente cara de ilusión.

Iris no tenía ni idea de a qué se estaba refiriendo.

—¿Y de que se trata exactamente?

—Pues es una mezcla de hierbas que se debe preparar antes de la noche de San Juan y otorga grandes beneficios a quien lo toma. En especial a las mujeres elementales, a las que les recarga y depura la sangre.

—Pues me parece un nombre bastante raro —dijo Iris.

—Es su nombre real, para el resto de mortales es conocido como

ratafía, en nuestro latín antiguo proviene de *rata fiat*, que viene a ser un "así sea", y antaño servía a las elementales para *ratificar* un acuerdo o contrato verbal entre nosotras y las personas que contrataban nuestros servicios. De aquí su nombre popular aunque nadie conoce sus propiedades reales y mágicas.

—Hablas de las elementales como si fueran unas mujeres muy poderosas.

—Y lo fueron, Iris. Durante siglos coexistieron como consejeras de reyes y caballeros. Eran mujeres respetadas y a la vez temidas. Muchas de ellas escondieron sus poderes por miedo a ser torturadas y asesinadas. En la época medieval fueron perseguidas por la santa inquisición y casi las erradicaron. Hoy en día casi nadie cree en ellas, ni en muchos otros mitos. Y eso es un bien para nosotras, que ya no tenemos que ocultarnos bajo los ojos de nadie. No al menos como antes. —Se puso el dedo índice frente a la boca haciendo un movimiento de sellado—. Sin embargo, otros seres ansían nuestro poder y pretenden robarnos la esencia mágica que fluye por nuestro interior.

Las dos se dirigieron al pajar, que ya no se utilizaba como tal. Era una vieja construcción de piedra con un gran techo de vigas de madera. La abuela abrió el portón con una mano.

Una larga mesa de roble presidía el lado derecho del habitáculo. Varias sillas, un mueble que ocupaba toda la pared y botes de vidrio que llenaban sus estanterías.

Al otro lado, múltiples cuerdas colgadas de un techado bajo con ramas y flores desecándose, además de herramientas y utensilios que daban la impresión de ser muy antiguas.

—Parece la guarida de una bruja —dijo con sorna.

Los labios de la abuela dibujaron una sonrisa pícara y le guiñó un ojo.

—Algunos nos llaman así, pero no es del todo cierto que lo seamos. Nuestro poder radica en la canalización de la esencia que posee cada cosa y en el dominio, modificación y beneficios de dichas esencias —dijo, y sus ojos brillaban expectantes. Se le notaba que había esperado mucho ese momento y que estaba disfrutando con cada explicación.

—Has dicho que había "otros seres" que ansiaban nuestro poder. ¿Es posible que nos ataquen a través de los sueños? —preguntó, aunque no consideraba sus pesadillas como un don. Sentía curiosidad por saber a qué se refería—. ¿Quieres decir que hay gente mala que nos acecha? —inevitablemente pensó en la sombra humanoide que había visto a través de la ventana.

La mirada de la abuela se clavó en su nieta y sus labios formaron una línea recta. No iba a decirle nada. Lo sabía. El reflejo de la duda

asomaba en el fondo de sus ojos. ¿O quizá era miedo? Cuando rompió el silencio fue para hacerlo con un:

—De eso hablaremos más tarde, cielo. U otro día. Ahora debemos centrarnos en tener lista la pócima para la noche de San Juan. Que es dentro de cuatro días.

Iris no insistió. Confió en su promesa.

—De acuerdo, abuela.

¿Por qué no se sinceraba con la abuela y le contaba la verdad sobre sus sueños premonitorios? Iris notaba que la abuela Sión tampoco le contaba todos los secretos y ella quiso imitarla.

La abuela se le echó encima sin que Iris tuviera tiempo de apartarse y la abrazó como sellando un pacto invisible. Y aunque en general solía rechazar al que se le acercara, ella tenía una especie de imán que la atraía y le hacía devolverle los abrazos, tocarle el pelo y aceptar sus caricias. La abuela y ella habían conectado de un modo que no hubiera imaginado jamás.

—Empecemos con la pócima —dijo animada la abuela.

Colocó dos grandes vasijas de cristal en la mesa.

—Primero de todo, debes saber que existen infinidad de recetas y diferencias entre las muchas que se preparan hoy en día. Cada familia conserva el legado de padres a hijos. Sin embargo, en nuestra familia, tu madre jamás quiso aprender. A ella le atraían otras cosas.

—¿Qué le atraía a ella?

La abuela suspiró.

—Tu madre tenía la mente obstruida. De hecho, aún hoy en día sigue bastante obcecada. Nunca fue capaz de sentir la esencia elemental que corre por nuestras venas. Además, estaba cautivada por un chico muy guapo y de buena familia que veraneaba en el pueblo. Ese chico de ojos castaños la cortejó durante mucho tiempo, y cada verano se sintieron más y más atraídos el uno por el otro.

—¿Te refieres a papá, verdad?

—Sí, Iris. Tu padre la tenía fascinada. Era un jovencito seductor que aprovechó para llevarse a la mejor de todas las chicas del pueblo —en su voz no había rabia, solo un deje de lamento—. Y ella, se pasaba el invierno soñando despierta, preparándose para recibirlo. Cuando cumplió la mayoría de edad, se vio tentada ante la perspectiva de salir del pueblo de la mano de un futuro médico y de la vida en la gran ciudad. Odiaba mis ungüentos, mis brebajes, mis historias y todas las leyendas de nuestra familia y nuestra tierra.

Iris vio que la abuela estaba con los ojos empapados y la tristeza le provocaba un temblor en las manos que intentaba ocultar.

—Yo no lo odio, abuela —y era cierto. Ella deseaba saber más

acerca de ese linaje que la unía con la abuela y con la magia. Y puede que allí se hallaran las respuestas a sus pesadillas—. ¡Quiero aprenderlo todo de las esencias elementales!

La abuela se secó los ojos con un pañuelo de tela.

—Qué buena eres, Iris —tragó saliva y la miró—. Y lo sabrás, cielo. Lo aprenderás todo. Voy a mostrarte el mundo que permanece oculto al resto de los mortales.

Se centró de nuevo en la vasija y las hierbas. Cogió un bote, deslizó su mano sobre la mesa y puso una caja con muchos botes de cristal más pequeños en su interior delante de Iris.

—¿Y qué son todas estas especias?

—Es nuestra receta. Primero se deben echar nueces verdes en el recipiente… —La abuela le relató las propiedades de los elementos que iba añadiendo en el interior, le entregó una vasija y le dio órdenes muy claras a Iris para que efectuara allí el mismo proceso.

—Cortamos piel de limón. Su alto poder ácido ofrece grandes beneficios al organismo –dijo cortando la piel de cuatro limones que agregó a la pócima—. Le echamos unas guindas por su propiedad antiinflamatoria y protectora del corazón, tan importante entre nosotras.

A continuación, rebuscó en el interior de un arcón y sacó unas flores.

—Esto son claveles rojos —los puso en la mesa—Introducimos la flor, que aporta fascinación, distinción y amor. Dicen que el primer clavel floreció en la tierra cuando María lloró al ver a Jesús portando su cruz. Y no hay regalo mejor para una madre que recibir un ramo de claveles por parte de un hijo.

A Iris le hizo gracia la mezcla de colores que bailaban a través del cristal y sobre todo, se sintió abrumada ante las explicaciones de la abuela. Era una mujer sabia. Sin duda. No le apetecía cortarla con estúpidas preguntas. Lo mejor era permanecer callada y absorber los conocimientos que le regalaba con tanta amabilidad.

—Si quieres, puedes añadir unas hojas de menta. Eso lo dejo a tu elección. La menta es un regulador de los canales energéticos. Y ahora unas especias; Clavos de olor, canela, nuez moscada… —Fue de las estanterías a la mesa y trajo más botes de cristal—. Los clavos de olor son calmantes del dolor intersensorial, la canela es una gran purificadora con lo que se convierte un aliado, casi indispensable, para nosotras. La nuez moscada, sobresale por su poder antidepresivo y calmante.

Iris echó en su brebaje un poco de cada especia. Dudaba de que de esa mezcla pudiera salir ninguna pócima bebible, pero siguió las instrucciones al pie de la letra.

—Y para terminar, cubrimos todo con aguardiente, una bebida

que debido a su alto contenido en alcohol, debe tomarse con moderación. Y que aportará a nuestro brebaje una cantidad de nutrientes que ninguna otra bebida tiene.

El olor del líquido le hizo arrugar la nariz, era muy fuerte aunque a su vez le aportaba una fragancia dulzona en el paladar.

—Ahora debemos dejar los botes a la intemperie, a sol y serena, durante cuarenta días y cuarenta noches. El sol y la luna terminarán de regarlos y recargarlos con su poder elemental primario.

Dejaron las vasijas en una tarima que había en la parte de arriba del pajar, a la que la abuela dijo que nunca iba nadie, así se aseguraban de que quedaban resguardadas.

—Por cierto, Iris, si quieres, durante la noche de San Juan, puedes añadirle unas flores de verbena, unas hojas de helecho, o hinojo. Pero solo durante las primeras horas de oscuridad y siempre antes de medianoche.

Capítulo 7

La noche había caído sobre la casa sin que ninguna de las dos se diera cuenta. Los ratos con la abuela Sión eran intensos y llenos de magia. Las dos generaciones de la familia habían conectado y eso, aunque a Iris le costara decirlo en voz alta, sí era mágico. Por primera vez en años se sentía bien haciendo algo con alguien.

—Bueno, chicas —dijo Esteban mientras la abuela y Victoria servían la crema de calabacín en los platos hondos—, contadme, ¿cómo ha ido el día?

Celia sonrió de oreja a oreja.

—Yo he estado en casa de Teresa, papá —dijo ella—. Hemos pasado la tarde en la piscina que tiene en el patio y me ha enseñado un estanque con peces enormes y la cuadra con muchos animales.

—Cielo… que envidia me das… —dijo el padre exagerando su reacción con unos ojos muy abiertos y las cejas muy levantadas. Se le notaba contento.

—Y tú, Iris. ¿Qué has hecho hoy?

Iris optó por mentir.

—Nada. He estado paseando por la zona para ver si encontraba algo interesante.

—¿Y por qué no has ido a la piscina con tu hermana? Deberías salir con más gente de tu edad.

—Déjala, Esteban —vino su madre al rescate—. Aún no se ha adaptado al ritmo del campo. Dale un poco de tiempo y verás cómo se anima. —La miró con unos ojos que irradiaban duda, todo lo contrario que expresaban sus palabras.

—Yo solamente digo que sería bueno para ella, ya los conoce del

verano pasado, ¿no?

—Esteban, no todo el mundo se acomoda igual a los cambios…

—Mamá… —Iris susurró—, no me apetece tener que estar fingiendo que me lo paso bien, que todo es genial y que la vida es de color de rosa.

—Pues si no es rosa —Celia se metió en la conversación—, píntala del color que te plazca.

—¡Eso es, mi niña!

Iris revivió el incidente que había marcado la vida de Celia a sus ocho años.

Fue durante las vacaciones de verano de 1990. Ese año el calor era muy pegajoso en la capital —bueno, más que de costumbre—. Con lo que sus padres decidieron pasar el día en un lugar más fresco y relajante donde cambiar el asfalto y los edificios por tierra y árboles. Así que salieron de excursión hacia el nordeste. Fueron a un pinar con mesas de madera y grandes barbacoas de uso público al lado de un río salpicado de unas gorgas como piscinas. Iris no recordaba el lugar exacto, pero estaba a unas dos horas de Barcelona y muy cerca del pueblo donde ahora vivían. Allí jugaron, se rieron y comieron ensaladilla rusa que había preparado su madre en casa y se había llevado en un tupper y carne a la brasa hecha por el padre allí mismo en las barbacoas, hasta que tras la merienda ocurrió el incidente.

—Iris, vamos al río. Por favor.

—No. Ya sabes que papá y mamá se enfadarían.

—Pero no se van a enterar. Porfi. Porfi.

Iris miró de reojo y vio que su padre estaba tumbado en la hamaca amarrada entre dos grandes pinos. Seguramente ya estaba dormido. Su madre estaba concentrada con los codos pegados a la mesa y mordiendo el tapón del bolígrafo con ganas, su pasatiempo preferido eran los crucigramas de la revista “Crucigramas para mentes despiertas”.

—De acuerdo —cedió Iris—, vamos.

Siguiendo un pequeño sendero que iba directo al río, las dos bajaron hasta la orilla, plagada de piedras lisas y gigantes. Después, subieron por las que quedaban a la izquierda y llegaron a una de las piscinas naturales que quedaban en la parte superior del río. El agua tenía un color verdoso, pero era limpia y pura, y fría como el hielo. Bajaba directa desde los Pirineos, que aún se veían cubiertos de un manto blanco de la cumbre hasta la mitad de la montaña, las ranas croaban como si estuvieran interpretando una melodía secreta. Incluso los insectos voladores, que formaban nubes negras a poca distancia del agua, parecían ponerle música, la banda sonora de la naturaleza.

Iris y Celia se metieron en el agua sin pensar en los cortes de digestión sobre los que tanto les advertía su madre siempre que querían darse un baño en verano.

Celia y su hermana saltaron y se rieron salpicándose la una a la otra. Chapotearon, persiguieron los peces que huían asustados entre sus dedos y se lo pasaron muy bien hasta que sin previo aviso, Celia se puso en pie rígida como un palo. Iris no supo cómo reaccionar ni qué estaba ocurriendo, iba perdiendo el color. Recordó sus pesadillas. Pero eso no era posible que ocurriera en realidad. ¿Acaso estaba cambiando algo? Iris se sacudió las ideas de la cabeza e intentó moverse, hacer algo, aunque todo fue en vano. Sus músculos se negaban a responder. Mientras, el cuerpo de Celia empezó a temblar y a convulsionar hasta que se desplomó en el agua, pero Iris siguió incapaz de mover un dedo. El miedo le atenazaba las entrañas. Estaba segura de haber percibido el tufo a cenizas justo antes de que Celia perdiera el color. En su boca se acumuló un sabor agrio y las voces de los otros domingueros que había a su alrededor desaparecieron para dar paso a unos susurros que penetraban en sus oídos, como el aleteo irritante de un mosquito. Iris se quedó tan rígida que sentía sus piernas como bloques de hielo. No sabía qué hacer. No sabía qué pensar. Movía los labios, pero no le salía la voz.

Hasta que tanto insistió que lo logró y gritó con todas sus fuerzas, no dejó de chillar hasta que alguien la cogió en brazos y se la llevó lejos del río. El tiempo que pasó desde que Celia cayó sin conocimiento hasta que llegaron sus padres fue algo que percibió elástico y pegajoso. Puede que fueran unos segundos o quizá unos minutos, pero a Iris se le hicieron eternos.

Vio como todo se movía a su alrededor a cámara lenta en una espiral cuyo centro era ella. La miraron a los ojos, después al río. Su padre se echó al agua por Celia. La agarró, la sacó del río y la tendió en una de las piedras planas de la orilla.

La gente que disfrutaba de un día en el campo se reunió alrededor de la familia.

Su padre la miró con unos ojos duros, fríos.

—¡¿Qué has hecho, Iris?! Debiste haberlo impedido.

—Yo… yo…

No podía decir nada.

A Iris solamente le quedó el recuerdo del rostro quebrado y pálido de Celia desplomándose en el agua, las luces de la ambulancia que se la llevó al hospital bailando entre las hojas de los pinos y la mirada de su padre; sombría y acusadora.

Los médicos dijeron que Celia había pasado demasiado tiempo sin respirar y su cerebro no recibió el oxígeno que debía

produciéndole daños irreversibles. Por suerte, con el tiempo, Celia se recuperó. Sin embargo, desde entonces fue como si tuviera unos años menos de los que tenía y si bien a nivel psicológico no le quedaron secuelas muy importantes, a partir del incidente fue como una niña atrapada en un cuerpo adolescente.

—Mira —Celia la hizo regresar a la cena, le mostraba un cassette—, Pitu me ha regalado esto. Dice que ha grabado un puñado de canciones que le hacen pensar en mí —Dio un profundo suspiro y se lo acercó al pecho—. ¿A que es romántico?

Pitu tenia un aura oscura que a Iris no acababa de gustarle. Era demasiado amable, demasiado servicial. El típico rubito guaperas de ojos dulzones que hay en todos los pueblos, barrios o colegios y que está acostumbrado a romper los corazones de las bobas que caen rendidas a sus pies. Iris nunca había dicho que no era guapo, porque hubiera mentido, pero le daba la sensación de que detrás de su buen hacer se ocultaba algo.

—Ya se lo que vamos a escuchar hoy antes de acostarnos —dijo Iris, tapándose la cara con la palma de las manos—, baladas dulzonas y melodías para llorar de amor…

Celia le mostró una sonrisa de oreja a oreja hasta que las dos estallaron en una gran carcajada.

Capítulo 8

A la mañana siguiente, los primeros rayos de sol entraron por la ventana con timidez. Hacía rato que Iris se había levantado empapada de la cama. La pesadilla la seguía atacando sin descanso. Una nueva imagen se había mezclado con las escenas de las noches anteriores; unos pétalos de flor caían del cielo negro en el momento en que la mano se le ofrecía. Ésta vez, sintió los ojos de la bestia más amenazantes. ¿Entonces la mano era la de la bestia? ¿Era posible que se acercara el día en que iba a morir? ¿Realmente vendría a por ella?

—Buenos días, Iris.

No se había dado cuenta de que Celia estaba despierta.

—Buenos días, Celia —respondió levantando una mano.

—¿Qué cantabas esta noche?

La pregunta la dejó totalmente descolocada. Celia no acostumbraba a hablarle ni preguntarle nada acerca de sus pesadillas.

Sin esperar una respuesta, siguió:

—Estabas en la ventana con los ojos abiertos y la mirada perdida mirando el límite del bosque. Movías los labios y parecía que estuvieras entonando una canción.

—Debe tratarse de alguna de las canciones que escuchamos anoche —respondió sin creerlo—. Es lo que tienen estas melodías pop sensibleras; se te pegan al cerebro y no te las quitas en semanas.

—No lo creo. Era muy diferente. Reconozco que me ha gustado mucho Me ha hecho sentir calma.

—¿Cómo dices?

—Sí, Iris. Era una cosa así. —Celia se puso a entonar la melodía, que quizá tenia cierto parecido con la salmodia que entonaban los niños que la rodeaban en la pesadilla. Sintió como cada tono le recorría cada célula a la vez que la envolvía un aire gélido. Era como si pudiera estar dentro del sueño sin estar en él.

—No he logrado entender ninguna palabra —se disculpó Celia —, pero la melodía era así. ¿Me vas a decir qué canción estabas cantando?

—La verdad es que no tengo ni idea. Solo puedo recordar que en mi sueño también estaba escuchando esa misma canción que has tarareado.

*

Iris ansiaba quedarse nuevamente a solas con la abuela, pero no quería que su madre lo notara.

Cuando todos se fueron al fin, encontró un amasijo de chatarra con ruedas.

—¿Qué te parece? —Le dijo la abuela al ver que le quitaba el polvo.

—Pues creo que debía de ser algo muy deseado… —hizo una pausa trágica—. Hace unos cuantos siglos atrás, claro—se rió a carcajadas.

—Tienes toda la razón, Iris. Hace tiempo yo misma me montaba en ella, tu abuelo me daba paseos e íbamos hasta los pueblos vecinos. Y tendrías que habernos visto, éramos la envidia de muchos —sus labios dibujaron una sonrisa contenida—. Ya me imagino a los chicos del pueblo lanzándote piropos al verte subida en ella.

—Dirás que me lanzarían piedras, ¿no?

Las dos se rieron tanto que hasta se les escapó alguna lágrima. A Iris le dolía la tripa, pero aún así no podía parar.

Aquellos momentos de cercanía con la abuela se estaban convirtiendo en una especie de bálsamo para ella, llegando al punto de hacer que pensara realmente que conseguiría encajar en aquel lugar y con la leyenda y poder que supuestamente latía en su interior.

En cuanto pudieron tomar aire, secarse las lágrimas y el pulso se les calmó, la abuela dijo:

—Lo digo en serio, Iris. Si la quieres, es tuya. Te la regalo.

—Muchas gracias, abuela. Es un detalle por tu parte, pero estoy convencida que ni siquiera debe funcionar…

—Eso lo dejo en tus manos. Seguro que se te ocurre el modo de

solucionarlo —le guiñó un ojo—. Por lo que a mí respecta, ya tienes una ruta de escape para cuando necesites desconectar o estar sola.

Alzó sus ojos y se frotó la frente como si quisiera dejar claro que le había leído la mente. ¿Era posible? Sin cruzar ninguna palabra más, se giró con aire elegante y sus cabellos plateados relucieron reflejando la luz de la bombilla colgante del techo.

La verdad es que Iris dudaba de que aquel montón de chatarra hubiera sido alguna vez una moto de verdad. Aunque terminó de limpiarla de todos modos. Total, no tenía nada que hacer. No iba a dejar que se quedara en el olvido. Y aunque ella no tenía ni idea de mecánica ni de motos ni de prácticamente nada de esos chismes, pensó que quizá su padre podría ayudarla a que aquella antigualla regresada del pasado funcionara y así romper el hielo entre los dos.

—Por cierto —dijo la abuela y se dirigió de nuevo hacia ella—, tengo otro regalo que me gustaría que tuvieras.

La abuela Sión alargó su brazo con la mano cerrada sujetando un colgante.

—Toma, cielo. Esto es para ti.

—¡Es precioso!

Al final de la cuerda de cuero había una colgante de madera en forma de luna invertida unida a una libélula negra en su interior.

—Se trata de la madre Luna, que representa el poder de la canalización de las energías; la libélula, hecha con cristal de obsidiana, es la portadora del poder telúrico, el más poderosos de los elementos y el más difícil de dominar.

—Muchas gracias, abuela —la abrazó muy fuerte y le dio un par de besos.

La Luna estaba tallada en madera de roble. Se veía antigua y estaba un poco agrietada. Iris deslizó sus dedos por el cristal negro. Tenía un tacto frío y suave. Le pareció que sentía pequeñas descargas eléctricas en las yemas de los dedos.

—¿Me lo puedes poner, abuela? Es precioso —dijo mientras no dejaba de reseguir los contornos del cristal con los dedos.

—Se trata de uno de los símbolos mágicos más enérgicos de ésta tierra, Iris. Solamente unas pocas mujeres elementales en el mundo son capaces de controlar su poder.

—¿Y crees que yo seré capaz?

—Quien sabe… —respondió con cierta incomodidad.

—¿Tienes la facultad de conocer el futuro, cómo las adivinas, abuela?

—Te queda mucho por aprender, vamos a dar un paseo —dijo—. No creas en todo lo que has oído ni en lo que se ha dicho de nosotras. Algunos nos han llamado brujas, otros sirvientas del mal, e incluso algunos se atrevieron a decir que éramos el mismísimo

demonio. Pero siempre hemos estado velando en secreto por el bien común.

Llegaron a un prado después de seguir el curso del río. Aquella parte del terreno era bastante llana. Al otro lado, se erguían las columnas basálticas que acompañaban al río en su descenso hasta el mar.

—Tomemos asiento, Iris —la abuela le indicó unas piedras puestas a modo de asiento bajo la sombra de un gran roble—. Hoy en día, pocas personas creen en nosotras y en el mundo que se esconde tras el velo de la realidad. La gente va corriendo de un lado a otro sin detenerse para respirar o cuestionarse nada. Son tiempos de cambios y la tecnología está atrapando las mentes curiosas de la juventud. Nunca antes han estado tan abiertos a los cambios y tan cerrados a la vida como ahora.

—¿Y cómo es que nosotras sí podemos percibir estas cosas? ¿De dónde viene nuestro don?

Los ojos de la abuela Sión se iluminaron. No podía esconder su entusiasmo.

—Ninguna de nosotras está del todo segura ni del por qué ni de dónde viene. En El Libro de las Esencias leí que cuando Dios creó al hombre le otorgó el poder de volar. Sin embargo, no tardó en mostrar una soberbia que pronto le hizo revelarse contra su creador, y por su traición, Dios le despojó de sus alas y del recuerdo de lo que podía ser. Y prometió que solamente cuando tuvieran los corazones cargados de humildad y gratitud recordarían lo que fueron para recuperar aquello que perdieron. De ese modo, y una vez recuperadas las alas, podrían ascender al reino de los cielos hasta alcanzar el preciado paraíso junto a su creador.

—¿Así que me estás diciendo que somos ángeles? —Iris recordó su intenso deseo de volar y no pudo ocultar su sorpresa.

—No, lo son los humanos, el problema es que no lo recuerdan porque están ciegos y sordos, pero son energía y poder. Nuestra Madre Primigenia tenía el corazón roto al ver como la creación de Dios se había echado a perder, nosotras somos Hijas de la Diosa Primigenia.

A pesar de que parecía un cuento, Iris sintió que era real y todas las sensaciones que había experimentado en el pasado tenían una razón de ser.

—Ella —continuó la abuela—, como no podía velar por todos los humanos, decidió crear a las Mujeres Elementales. Ellas, mujeres de cuerpo y alma humana con el don elemental corriendo por sus venas, pasarían desapercibidas ante los ojos de los hijos de Dios. Y así es como generación tras generación, las mujeres de nuestro linaje han ido adquiriendo los dones desde tiempos inmemoriales.

Cada una tiene un don.

—¿Cuál es tu don?

—El que me permite comprender los secretos de las plantas y los animales. Y algunas veces se me ha mostrado la premonición.

—¿Cómo ese día en el sótano?

—Algo así, cielo. Pero no es habitual —se paró a olisquear el tronco de una encina y cogió unos trozos de corteza al tiempo que dijo algo en voz muy baja, como para sí misma. En cuanto lo hubo introducido en la bolsa de tela, prosiguió—: Como te he dicho, en ocasiones se me muestran trazas del futuro.

—¿Y cómo es eso? —preguntó, más por saber si era normal lo que le sucedía a ella o debía preocuparse —. Me refiero a lo de ver el futuro.

—Es como vivir un sueño —Iris se quedó de piedra—. O como estar dentro de una pintura.

—¿Crees que es posible que yo pueda tener ese mismo don?

—Dudo mucho que compartamos las mismas cualidades. Aunque es posible que tengas o sientas reminiscencias genéticas. Sin embargo, presiento que serás mucho más fuerte que yo, incluso que la mayoría de nosotras.

Iris quería poder abrirse a la abuela, preguntarle de forma directa. Pero a la vez tenía miedo de exponer lo más preciado que tenía. ¿A quién le gusta mostrar sus secretos?

—¿No has tenido alguna vez la sensación de que ya has vivido algún acontecimiento? —Era ahora o nunca. Y lo sabía. El momento había llegado— Tengo sueños, abuela. —Tampoco le costó tanto decirlo en voz alta.

—¿Qué clase de sueños?

—Bueno… pesadillas.

La abuela dudó antes de preguntar de nuevo.

—¿Y en esas “pesadillas” ves el futuro?

—Lo que veo es la muerte de alguien cercano.

—¿Cómo es?

—Siento el terror a mi alrededor. Me siento observada y… sé que hay algo maligno oculto entre las sombras que se mantiene al acecho. Hay una bestia, un monstruo… no estoy segura. Y se burla de mí. Es como si me estuviera retando, como si intentara provocarme.

La abuela Sión se agitó. Intentaba ocultarlo, pero era demasiado evidente que se sentía incómoda. Los labios le temblaron y en los ojos le apareció un tic nervioso que le palpitaba sin control.

—¿Y cuánto tiempo hace que vives estas revelaciones?

—Hace años, abuela. Desde pequeña. Y mamá y papá creen que algo falla en mi cabeza y es culpa del sonambulismo…

—Debemos regresar a casa. Pronto llegaran todos y aún no tengo nada para la cena —dijo la abuela. La intranquilidad era cada vez más fuerte en ella. No le apetecía hablar de eso. Pero, ¿por qué? Si a ella le encantaba hablar de las elementales y sus poderes.

—¿Mis sueños son alguna especie de don? —insistió Iris.

—Sí —respondió sin más.

Entonces, le contó a la abuela cada sueño, cada encuentro con la bestia. Pero no le habló de la mano.

*

Ya estaban llegando al pueblo. Las primeras casas asomaban destacando por encima de las copas de los árboles, como setas gigantes entre la maleza del bosque.

—Lo habitual es que los poderes empiecen a manifestarse con pequeñas sutilezas…

—¿Y eso es malo? Quiero decir, que se hayan mostrado tan pronto.

—No lo sé, Iris. No estoy segura… puede que… —La vacilación que mostró la abuela fue la afirmación que Iris necesitaba. Ahora tenía claro que era algo malo, que estaba maldita. Pero debía saber más.

—¿Y ese mal que me persigue en sueños? ¿Esos "ellos" que dijiste vendrían por mí aquella noche en el sótano? ¿Es lo mismo? ¿Estoy condenada?

La abuela se estremeció. Le costaba mantener la calma.

—Esos seres son los demonios, destruyen todo por lo que nosotras luchamos. Y aquí, en esta comarca, y al igual que en muchos otros lugares de poder en el mundo, ejercen un poder mayúsculo. Nosotras tenemos la obligación de sellar el círculo sagrado cada año. De lo contrario, el maligno supremo escaparía de su prisión y destruiría el mundo.

—¿El círculo? ¿El maligno?

—Eso es. El círculo es un ritual mágico que se debe realizar y sellar cada año durante la primera semana del mes de octubre. Esa fecha es crucial para renovar los candados místicos que sirven para timbrar la fractura dimensional y mantener las puertas del inframundo cerradas.

—¿Y qué tiene que ver eso con mis sueños?

—¡Mucho!

El silencio, que no duró más que unos segundos, fue suficiente para espesar el espacio entre ellas.

—Bajo nuestros pies y en toda la comarca, una densa capa de basalto recorre y recubre lo que antaño fue uno de los grandes

reinos del antiguo oscuro más perverso de todos los dioses.

—¿Las puertas del inframundo? —le costaba imaginar que existiera algo tan maligno. Aunque era posible que aquellas leyendas tuvieran parte de realidad—. ¿Te refieres al infierno?

—Algo así. Durante esa noche, las elementales más poderosas nos reunimos para cumplir nuestro cometido; si el sello llegara a romperse los condenados oscuros entrarían en nuestro mundo y sería el fin de la humanidad tal y como la conocemos.

—¿Y cómo lo hacéis?

La abuela miró al cielo y entrecerró los ojos.

—Se ha hecho tarde, cielo. Debemos ir a casa. Te lo contaré en otra ocasión.

—¡Pero, abuela!

La abuela la abrazó y la hizo sentir como una niña pequeña entre los brazos de su protector. Estaba claro que la abuela Sión era lo más parecido que tenía a una protectora. Lo que le molestaba era que la había dejado con la explicación a medias.

—No tengas prisa, Iris —le susurró al oído—. Te contaré todo lo que desees, pero hay respuestas que solamente el Libro de las Esenciales puede ofrecerte.

—Es la segunda vez que me hablas del libro —abrió los ojos y boca sorprendida—. ¿Y tú tienes una copia del libro? No me digas que sí.

—Pues claro —le guiñó un ojo—, y pronto podrás consultarle todo lo que quieras.

Capítulo 9

Por la noche, Iris se despertó de nuevo totalmente empapada por la maldita pesadilla que seguía persiguiéndola. Puede que tras la charla que había tenido con la abuela se sintiera más incómoda y, por ese motivo, hubiera sentido más miedo. Fuera una cosa u otra, había llegado el momento de afrontar la realidad que en la comarca parecía tener otro significado. Elementales, dioses, ángeles, esencias, demonios, poderes, sellos sagrados… todo parecía formar parte de una película de fantasía. Pero Iris la sentía cada vez más próxima, real e innegable. Era parte de su ser y lo quisiera ver o no, le era imposible escapar de las señales. Iris decidió entonces que por la tarde, tras la comida, hablaría con la abuela con todo detalle del sello, del círculo y del peligro latente que se cernía sobre ella y sobre la comarca. Debía saberlo todo acerca del círculo y la fractura dimensional.

Tras el almuerzo, se quedó a ayudar a la abuela a limpiar los cacharros de cocina.

—Hasta luego, Iris, Celia. Madre —gritó Victoria desde el umbral de la puerta—. Deseadme suerte —se iba a una reunión con un grupo de mujeres del pueblo. Se estaba integrando muy bien en las rutinas de St. Joan. Tanto que las mujeres del grupo de costura le ofreció entrar en la brigada de colaboradoras de los actos del municipio. Esas mujeres tejían los vestidos para el desfile de carnaval, decoraban el pueblo en los festivales de primavera, de otoño e invierno, y ayudaban en los actos de la fiesta mayor—. Os voy a echar de menos.

—Y nosotras a ti.

Esteban, el patriarca de la familia, hacía rato que se había ido. Prácticamente a diario, salía antes que el sol hacia la masía y llegaba por la noche, cada vez más tarde. Las obras lo estaban agotando.

—Y no se os ocurra espiar a vuestro padre. Ya sabéis que quiere que sea una sorpresa de verdad.

A Iris se le había pasado por la cabeza ir hasta Castellar para ver cómo era el lugar en más de una ocasión. Pero tanto su padre como su madre insistían mucho en mantener la intriga hasta el final, hasta que pudieran entrar a vivir. Además, ahora tenía tantas ganas de conocer esos secretos escondidos en su sangre que solo pensaba en pasar el máximo de horas que pudiera con la abuela.

—Iris —la llamó Celia—, ¿te acuerdas que me prometiste venir al cine esta tarde, no?

—Por supuesto que sí —mintió.

Recordó haber visto el póster de una película en el tablero de anuncios en el que aparecía un rostro fantasmal sin ojos. La verdad era que a ella no le apetecía mucho ir a ver Scream, según leyó en la sinopsis se trataba de una película de terror en la que una adolescente se convertía en el objetivo de un asesino en serie que había comenzado a matar a sus compañeros de clase.

Iris se sentía muy identificada con la protagonista. También estaba siendo acosada por una sombra que iba a por ella en sus sueños, sabía que había alguien que la observaba entre la maleza, en el límite del bosque y si bien era cierto que por el momento no mataban a sus compañeros —básicamente porque no tenía—, sí estaba desapareciendo gente en la comarca.

Su intuición le hacía pensar que sabiendo el desenlace del film, conocería su propio final. Pero Celia tenía otros planes.

—Titanic —se le iluminó el rostro. El protagonista es Leonardo DiCaprio. Y es igualito a Pitu. ¡¿No te parece increíble?!

—Pues claro que sí, Celia —respondió Iris socarrona—. ¿Y no te a dicho que tú tienes un cierto parecido a Kate Winslet?

—¡No!

—Menuda falta. Éste chico está un poco mal si no se ha dado cuenta de algo tan obvio.

Celia abrió los ojos como platos e iluminó la estancia con sus blancos dientes.

—¿Lo dices en serio, Iris?

En parte era cierto que se parecía. Celia tenía una belleza infantil que a Iris le recordaba mucho a las fotos de la actriz.

—¿Sabes qué? —Iris puso cara de chica mala—. Creo que si voy a ir con vosotros. Así tendré la posibilidad de enseñarle modales a ese Pitu DiCaprio.

Las tres estallaron en carcajadas.

*

Unos minutos después, Iris se dirigía al centro del pueblo para hacer la compra que su abuela le había dejado escrita en una nota antes de salir a trabajar en el huerto.

Primero se detuvo en la verdulería.

—Buenos días —saludó al entrar.

—Eso ya se verá —respondió una vieja que estaba frente a los plátanos sin apartar la mirada de la joven. Le habían hecho una permanente tan abultada que parecía una peluca postiza, las mejillas pintadas como una mona, y con una mueca de pocos amigos en los labios.

—Buenos días para ti también, bonita —Fina, la dueña del establecimiento, era una mujer encantadora y la mejor vendedora que conocía. Su porte elegante era comparable con sus palabras; delicadas y precisas. Siempre tenía una recomendación, un consejo… Y no siempre se refería a las hortalizas—. ¿Vienes a por las frutas de Sión, preciosa? Ya lo tengo todo listo.

—Sí. Y también me ha pedido que le traiga unos tomates maduritos para untar y una ristra de ajos.

—Ajos… —susurró la vieja— que se lleven al demonio y a sus siervos. —Se agarró a una cruz que llevaba en una cadena alrededor del cuello y empezó a besarla.

—Ni con un camión lleno de ajos se alejan a según qué diablos —le dijo Fina a la vieja y le guiñó un ojo a Iris—. Por más ajos que tenga en la tienda hay siervos del mal que se empecinan en entrar, Marcelina. Lo mejor será que vaya a ver al párroco y se confiese —hizo una pausa—, por si acaso el diablo se ha fijado en usted.

Iris no imaginaba que se iría tan rápido como lo hizo. La viejecita salió como alma que lleva al diablo —nunca mejor dicho— y cuando pasó por su lado le dirigió unas palabras cargadas de odio.

—Habéis traído el mal a nuestras casas otra vez. Manchái a los inocentes con vuestra sangre maldita y aún tenéis la osadía de pasearos como si nada por nuestras calles.

Escupió en el suelo y desapareció.

Fina se apresuró a sacar una fregona para limpiar el suelo.

—No le hagas caso, preciosa —habló sintiéndolo de verdad—. Está un poco ida la pobre. Si vieras a su hijo… en una ocasión recorrió el camino desde el Boscarró hasta su casa semidesnudo, con un cuchillo al aire, mientras gritaba: «¡Morid, brujas, morid!»

—La verdad es que da un poco de miedo…

—Son inofensivos, cielo. Mucho hablar, gritar y criticar, pero

poco cerebro es lo que tienen.

Fina le dio las bolsas con la comanda de la abuela Sión y antes de salir de la tienda le dijo:

—¿Sabes, Iris? Eres igualita a tu abuela cuando era más joven. Sois como dos gotas de agua. Y me da que vuestro interior es igual de precioso. No dejes que te contaminen.

—Gracias, Fina —fue lo único que pudo responder.

¿Sería verdad que la abuela y ella se parecían tanto? Fina se veía más juvenil que la abuela y no era posible que la hubiera conocido de joven. Supuso que habría visto alguna fotografía o algo así.

Después del encontronazo con Marcelina, Iris se apresuró en terminar de realizar el resto de encargos de la abuela: la librería y la carnicería. En un rato tuvo todo hecho y cuando hubo cruzado el puente y se disponía a entrar en casa de la abuela se sintió observada.

Miro a su alrededor, pero no logró ver a nadie. ¿Era posible que la vieja la hubiera seguido? No, imposible. ¿Para qué lo iba a hacer? No quería ni imaginárselo.

Observó el río, los pisos que se alzaban al otro lado; a través de los cristales de las ventanas no se distinguía a nadie. Solo el tímido reflejo del paisaje en los cristales. Siguió mirando y resiguiendo el contorno de cada edificio hasta que se topó con el vacío del parque.

Allí lo vio. Era la silueta del que la estaba observando. Estaba lo suficientemente cerca para ver que no le quitaba la vista de encima, pero lo suficiente lejos como para no poder distinguir sus rasgos. Era imposible saber de quien se trataba. ¿El hijo de Marcelina, quizá? Ni idea. Era un chico, eso sí lo veía. De pelo oscuro y vestimenta negra. Iris sintió un frío repentino. ¿Podía ser que fuera la misma persona que la espiaba en el jardín?

Sin pensarlo, dio media vuelta y se metió en la casa.

Capítulo 10

Los chicos recogieron a las hermanas a las cinco de la tarde en un coche bastante bien cuidado. Habían quedado en la explanada de Font Bona, un lugar a las afueras de la villa con grandes huertos que cultivaban los habitantes del pueblo. De allí, irían al cine de Olot, la capital de la comarca, que no quedaba ni a cinco quilómetros. Eso le gustaba a Iris. Así, si los chicos no se comportaban como era debido, podrían regresar a casa andando.

—Bienvenidas, señoritas —Pitu les abrió la puerta y entraron en el interior del coche.

—Iris, éste es Toni. Toni, Iris —presentó Celia como si no se hubieran visto nunca. Se acercó y le dio dos besos en la mejilla siguiéndole el rollo. Después, dos a Pitu. Toni era grande. Muy grande. Había crecido mucho desde el último verano que se habían visto. Se le veía un cuerpo grueso y apretado, y sentado en el asiento delantero daba la impresión de no caber del todo. Su pelo era castaño oscuro con un corte desigual y de punta, y los ojos marrones y pequeños. Iris se fijó que los seguía teniendo bastante juntos, que le daba la misma imagen de bonachón que recordaba. Su nariz pequeña no desentonaba con los ojos ni los labios, que eran una delgada línea en el rostro.

—Oye, Pitu. ¿Ya tienes edad para conducir? —le espetó socarrona.

—Lo que deberías preguntarme es por el permiso de conducción, ¿no crees? —la miraba a través del espejo retrovisor con ojos expectantes—. Así podría decirte que no lo tengo, pero la edad sí.

Iris se sorprendió que lo dijera con tanta tranquilidad. No podía

ser cierto.

—Pues, claro —empezó Toni que la miraba de arriba a abajo, girado hacia atrás y con el brazo apoyado en el asiento—, por aquí no hay mucha policía controlando el tráfico. Además, están ocupados investigando las desapariciones.

—¿Y qué tiene que ver el permiso de circulación con las desapariciones?

—Ellos creen que no han desaparecido en plan secuestro. Mi padre, que no sé si recuerdas es sargento de la Guardia Civil, cree que se han marchado por su cuenta. No han encontrado ningún indicio de que hayan sido secuestradas. Piensa que se han ido de la comarca con algún novio huyendo de sus familias.

—No lo creo… —se le escapó entre dientes.

Todos la miraron con ojos intrigados, obligándola a exponer su teoría. Y así lo hizo.

—Las dos chicas son de buena familia, sacaban buenas notas en los estudios y ninguna de ellas tenía novio, ¿no?

—Eso es cierto.

—Te olvidas de algo muy importante, Toni —Pitu aportó con gran interés—. Que algunos vecinos las vieron con un chico días antes de desaparecer. Y dicen que su comportamiento cambió mucho; se volvieron ariscas, poco habladoras y por las noches chillaban en sueños.

Iris se agitó incomoda en el asiento del coche. Asoció los detalles de las desapariciones con sus propios hechos. Si el chico era el que la vigilaba y las pesadillas tenían alguna conexión con las chicas, ¿era posible que ella fuera la siguiente en desaparecer?

—Anda, arisca como tú, Iris —añadió Celia—. Y… poco habladora. ¡Y sueña en voz alta!

Los tres se rieron. Iris no. Era posible que algo sobrenatural estuviera actuando en la comarca. La abuela había dicho que existía un contrario al bien que ellas se suponía hacían en el mundo. Unos malignos que podían influenciar entre las personas.

—Tienes razón, Pitu —dijo Toni—. Pero eso da un poco de grima. ¿No creerás que existe de verdad todo lo que cuentan las leyendas?

—¿Y por qué no? Sabes que durante siglos en esta tierra han ocurrido catástrofes. ¿Qué te hace pensar que no están relacionados con un mundo sobrenatural que no podemos ver? Además, ya sabes lo que ocurrió en la masía Ballester.

Iris escuchaba sin decir nada.

—Pero eso no es lo mismo. Allí entró en juego la locura, la obsesión de un perturbado.

—¿Qué fue lo que ocurrió en la Masía Ballester? —preguntó Iris

superada por la curiosidad.

—¡¿En serio no lo sabes?!

—Pues no…

—Claro, ocurrió antes de que empezaran a venir en verano. El dueño de la Masía decidió montar una fiesta para sus amigos de la gran ciudad y algunos elegidos entre la gente del pueblo en su casa. En St. Joan estaban encantados con la idea de poder hurgar en la masía Ballester, pues decían que el hombre no se había dejado ver desde que se mudó y contaban que era descendiente de una familia muy poderosa. Sin embargo, en mitad de la fiesta, el anfitrión enloqueció y acabó con la vida de todos los invitados. Lo más extraño de todo fue que jamás se encontraron los cadáveres de los hijos de los asistentes. Hay quién cree que esa noche se realizó algún ritual espiritista o satánico y que los niños fueron la ofrenda de Ballester al mundo sobrenatural para conseguir poderes divinos.

—¿Y de verdad crees que eso pudo ser cierto? —Toni preguntó.

—¿Acaso no lo ves? Nada de eso pudo ser casual. Tuvo que haber un plan más grande urdido por alguien o algo. ¿Y quién te dice que ese algo de otro mundo no está más cerca de lo que creemos?

—Vamos a dejarlo ya, Pitu. Que me da grima, en serio.

—¿Y todo esto os lo ha contado el padre de Toni? —preguntó Iris, rompiendo el silencio.

—¡No, que va! A veces habla de los casos que tiene entre manos, pero los detalles de éste los he sacado del archivo sin que se enterase —sus labios formaron una sonrisa—. A él le gusta llevárselos a casa para releerlos antes de acostarse y comentarlos con mi madre, que siempre le da "una perspectiva diferente", según dice.

—Nos encanta imaginar lo que puede haber detrás de estos casos —Pitu aparcó el coche al lado de una tienda de electrodomésticos—, creemos que nos ocultan mucha información.

—A ti te gusta imaginar. Yo le busco una explicación más… científica.

—Entonces —le dijo Iris—, ¿creéis que hay información clasificada en este caso?

—¡Por supuesto que sí! —dijo él mientras les abría la puerta del coche—. No se sabe nada del chico con el que se vieron. Los vecinos han declarado que solo vislumbraron su figura entre los árboles, cerca de sus casas. El día que desaparecieron eran fechas de poder marcadas en el calendario de las brujas.

¿Pitu conocía la existencia de las elementales?

—Y para rematar la jugada, las abuelas de las chicas están ligadas a un mundo sobrenatural oculto que no podemos ver.

Iris se quedó muda. Si esas suposiciones eran ciertas, ella también se hallaba en peligro.

—No tenéis de que preocuparos, chicas. Aquí estamos nosotros para defenderos de cualquier ser que se atreva a meterse con vosotras.

Los cuatro se rieron.

No tuvieron que hacer mucha cola para comprar las entradas del cine. La película llevaba algún tiempo en cartelera y ya no era el boom de los primeros meses. El local era muy bonito. Compraron unos conos de palomitas, unos refrescos y se dirigieron a la sala de proyección.

De refilón y con la visión periférica que la alertaba de algo fuera de lugar, a Iris le llamó la atención una silueta cerca de la salida. El halo negro y su rostro era borroso y difuminado le hicieron pensar que era la misma persona que la de casa de la abuela. Podía ser el habitante de un mundo paralelo como el de la historia que habían contado Pitu y Toni.

Toni la agarró de la mano y la arrastró al interior de la sala, haciéndole perder de vista la silueta. Sacudió la cabeza para olvidarse de ella, al menos durante las tres horas y quince minutos que duraba la película.

Capítulo 11

Después de ver la película Iris necesitó un tiempo para recuperarse. Desde el minuto cuarenta y cinco, momento en que cayó su primera lágrima, no dejó de llorar hasta el final.

—Ella va de chica dura —añadió Celia—, pero en realidad tiene el corazón muy blando. Es una sensiblera.

La escena de Rose en el bote escuchando como los gritos de los hombres a su alrededor se iban apagando, ahogándose uno a uno, era una sensación que conocía muy bien. Con cada voz que se apagaba podía sentir en su interior como se extinguía una llama y, después, esperar a que la llegada de la siguiente le abofetease la cara.

Los tres la abrazaron tan fuerte que sacaron de su cabeza los pensamientos que la turbaban.

—¿Vamos a comer algo? —sugirió Toni.

—¡Vamos a "El Farolet"! —dijeron los dos chicos al unísono.

Tardaron menos de quince minutos en llegar andando.

—*¡Et voilà!* —Pitu pronunció en un francés teatral con reverencia incluida.

"El Farolet" resultó ser un local de unos diez metros cuadrados con una barra en el medio, unos taburetes alrededor y unas mesas pequeñas tocando la pared. Tras el mostrador, dos mujeres bastante mayores no paraban de moverse de una punta a la otra.

—Hemos tenido suerte —dijo Toni—, sentémonos antes de que lleguen los buitres.

La especialidad era el Frankfurt, aunque también el lomo con queso y cebolla, y la hamburguesa. Parecía que no dejaba de ser un

local de comida rápida más, pensó Iris. Aunque no tardó en descubrir que estaba equivocada. No habría imaginado que tanto placer se pudiera experimentar con un simple bocadillo.

—¿Cuál es el secreto? —preguntó a la mujer que les servía otro refresco a los chicos.

—Niña —respondió la que estaba en la plancha, sin dejar de dar vueltas a las hamburguesas y la cebolla cortada a tiras—, las personas de calidad merecen productos de calidad. Y eso es lo que damos. Nuestro secreto es ofrecer lo mejor que tenemos. Solo así, con la felicidad y satisfacción de los demás, nos sentimos satisfechas y felices nosotras. ¿Comprendes, verdad? —dijo como si pertenecieran a ese otro mundo oculto que Iris estaba descubriendo.

*

Unas horas después, ya en casa, el ambiente estaba un poco crispado. Llegaron sobre las diez y media de la noche. Su madre y la abuela hablaban del tiempo, de las obras, de las desapariciones. Por lo visto, algunos de los obreros abandonaron su puesto de trabajo sin dar explicaciones, y lo más curioso, sin reclamar la remuneración. Pero había algo más. Las dos estaban inquietas. ¿Qué estaba ocurriendo? Iris presentía que ocultaban algo.

El portazo retumbó en la estancia tras ellas.

—¿Qué ocurre Esteban?

El olor a alcohol invadió la sala llegando a las fosas nasales de Iris provocándole una mueca. La abuela observaba en silencio mientras atizaba las brasas, silenciosa y cauta.

—¡Menuda pandilla de vagos!

—¡Esteban! No hables en ese tono…

—¡¿Y cómo quieres que hable, Mujer?! —Estaba de muy mal humor. Había llamado “Mujer” a Victoria. Y eso no ocurría desde hacía meses. Esteban frunció las cejas hasta convertirlas en una sola —. Las obras se están retrasando porque un puñado de inútiles a los que parece no importar el dinero, creen en unas putas supersticiones de mierda que…

—¡Esteban! Te he dicho que este no es modo de hablar. Y menos delante de la abuela y las niñas. —Las dos hermanas se habían mimetizado en la butaca que presidia el comedor—. Y déjate de leyendas de una vez.

La abuela se tapó la boca con las dos manos y abrió mucho los ojos. Sus brazos temblaban. Y aunque daba la impresión de que quería decir algo, no lo hizo.

—No soy yo el que cree en esa mierda, Victoria. Son ellos. Desde que encontraron aquél símbolo se han vuelto locos.

¿Símbolos? ¿Qué clase de símbolos? Iris no pudo evitar recordar la conversación de esa misma tarde con Pitu y Toni acerca de las desapariciones en la comarca. Si eso era cierto, habría la posibilidad de que alguien hubiera realizado un ritual. Pero, ¿por qué se habían asustado tanto?

—Hoy hemos encontrado otro tras una de las puertas cerradas. Y esos malnacidos se han puesto a rezar, marcarse cruces en la frente con los dedos y han salido corriendo como si hubieran visto…

—Esteban, las niñas. Sabes que Iris tiene pesadillas. Lo último que necesita es más alimento para su imaginación.

«¡¿Mi imaginación?!», pensó Iris indignada. «Claro. Todo se arreglaba diciendo "Iris tiene demasiada imaginación."»

Esteban dejó caer una mirada gélida y dura como el acero sobre su hija mayor y siguió con la frase que había dejado flotando en el aire.

—…como si hubieran visto al mismo D-I-A-B-L-O… —susurró, burlándose de ella.

El sonido de un trueno entró en la casa como una advertencia de que el cielo y la naturaleza los estaba escuchando. La luz de la casa se apagó y un estremecimiento se ahogó en las gargantas de todas ellas. A Iris, que había quedado con la vista fija en su padre, le pareció ver algo que se movía alrededor de éste.

¿Cómo era posible que su padre dijera esas cosas? ¿Qué lo impulsaba a actuar de aquel modo?

Esteban gruñó algo que Iris no pudo entender. La abuela se apresuró en rebuscar en los cajones del gran armario de roble que presidía la pared norte del comedor, ahora iluminado por las brasas danzantes del fuego. Sacó un par de velas que colocó en un candelabro de hierro en mitad de la mesa. Las prendió y regresó al lado del fuego echando un tronco de leña para mantener vivas las llamas.

—No te preocupes, Iris —le dijo Celia al oído—. Los diablos no existen. Solamente las hadas, los elfos y un sinfín de seres que nos quieren ayudar. El problema es que no somos conscientes de ello y por eso hay veces que nos ocurren cosas malas. Porque no sabemos escuchar. Por eso papá está nervioso. Por que ha dejado de creer. Y está triste.

Iris sólo pudo mirarla con piedad.

«¿Cómo puedes creer en seres fantásticos y no creer en el diablo?», le quiso haber dicho. «Es como creer en los peces y pensar que no hay tiburones acechando.»

Pero no dijo nada. Le sonrió, asintió con la cabeza y le dio un beso en la mejilla susurrando al oído un gracias.

—¿Sabes qué te digo, Victoria?

—Mejor te quedas callado, Esteban. Ya has hablado demasiado. Lo que deberías hacer es recordar porque estás aquí. Dijiste que sería diferente, que no caerías otra vez en este maldito pozo, que no beberías más.

Sí, era cierto que algo se agitaba detrás de él. A Iris le pareció que incluso tenía cierta densidad. Como si se tratara de una sombra como las de sus sueños. Pero, ¿era eso posible?

—¿Y qué quieres que haga? Mejor me quedo sentado, espero que los obreros decidan hacer su trabajo y pienso en la suerte que tenemos. ¿No? Estoy intentado sacar adelante a toda la familia. Quiero que tengamos un futuro. Bastante doloroso ha sido tener que volver como para que ahora me machaques con la bebida. Total, tampoco lo hago como para perder el control.

—¿Perder el control? ¿No te das cuenta que ya lo has perdido? Esteban, creía que lo lograrías. Creía que lo habías logrado. Pero estás cayendo de nuevo y… no sé si seré capaz de soportarlo otra vez.

—No me vengas con esas ahora. Estoy así por la obra, por la presión…

—Siempre terminas encontrando una excusa para justificar tus interminables recaídas. Una y otra vez me lo has prometido y una y otra vez has acabado por regresar al alcohol. Y no lo puedo entender, Esteban. ¿Qué es lo que te hace tan desgraciado?

Esteban estaba acumulando ira alrededor del cuello en forma de venas hinchadas y un color morado se le esparcía mejillas arriba. En cualquier momento podía estallar.

La abuela que había permanecido en silencio, terminó por hablar.

—No le abras la puerta, Esteban. No dejes que te engañe.

Todos dirigieron sus miradas hacia ella.

«¿Ella también lo ha visto?», se preguntó Iris.

—Déjese de frases cripticas, Abuela. No estoy dispuesto a aguantar sus paranoias de nuevo. No voy a permitir que nos caliente la cabeza como cuando éramos jóvenes.

¿De qué estaba hablando? Iris recordó que la abuela le había hablado de cuando sus padres se conocieron y se enamoraron. ¿Era posible que lo ocurrido no fuera tan simple como se lo había contado ella?

—Una vez os lo advertí —la abuela miró a su hija y a su yerno con ojos tristes— y os alejasteis de mí. Pero habéis regresado, y pronto no habrá vuelta atrás. Tú nunca lo has comprendido —señaló a Victoria—, pero todos estamos en peligro. Ahora más que nunca.

—Vieja chiflada… —refunfuñó Esteban entre dientes.

—¡No le hables así a mi madre, Esteban!

—Igual que ella —se giró dejando el brazo como un palo.

A Iris se le removieron las entrañas al ver que el dedo acusador de su padre la señalaba a ella. Pero pensó que prefería parecerse a ella que a él. Eso seguro. Aún no tenía claro lo que les estaba haciendo esta tierra ni cómo era posible, pero conseguía sacar a flote lo peor de las personas. Y en ese instante vio con toda claridad que la masa oscura estaba alrededor del cuello de su padre, como si le susurrase cosas al oído.

—Si pusierais los pies en el suelo de una vez conseguiríais todo lo que os propusierais. Pero no. Vosotras os entestáis en vivir en una realidad de paranoia, de imaginación… —Dio media vuelta y se dirigió a la puerta principal—. Sabéis… me voy a ver si encuentro a ese puto diablo que nos aguarda. Tengo ganas de hacer un trato con él. ¿Se puede, verdad abuela Sión? Le prometeré que si me deja terminar las obras de una vez por todas, le dejaré que haga lo que quiera con vosotras. ¿Qué le parece? ¿Aceptará?

Lo que faltaba… «Sí papá. Tu búrlate de todo lo que te da miedo. Es más sencillo que tener que enfrentarse a los problemas, ¿verdad?». Pensó Iris.

Pero nadie dijo nada, todos enmudecieron ante las palabras de Esteban. Había llegado a un punto sin retorno en el que cualquier réplica por parte de cualquiera de ellas hubiera sido un sin sentido. Aún así, ¿estaría hablando en serio? ¿O puede que el vino le hiciera decir todo eso?

La sombra se giró y miró a Iris directamente a los ojos e hizo estremecerla hasta los huesos. Aquella aparición era real. ¿Se estarían mezclando sus sueños con la realidad?

Salió de la casa dejando tras de sí el mismo sonido estridente que cuando entró; el portazo retumbó de nuevo en la estancia. Esta vez, dejando la amenaza helada, latente y oscura que lo estaba cambiando a él y a toda la familia. ¿Dónde iría a esas horas? Lo más seguro es que se dirigiera de nuevo al bar del pueblo, como había dicho. A seguir dando de beber al diablo que lo consumía por dentro y que ya se manifestaba en el exterior. Fuera como fuere, ya no había vuelta atrás. Y del mismo modo que si tiras de una goma elástica al final se rompe y te da un buen latigazo, la goma que alimentaba la tensión familiar y sus peores temores, estaba a punto de romperse.

Capítulo 12

Tras la noche en que se mencionó al diablo, nadie en la casa se levantó por la mañana con ánimos para hablar del asunto. Cada una había estado dándole vueltas al comportamiento de Esteban, el padre que se había mostrado alegre y entusiasmado con la mudanza, era ahora como un alma en pena, quejándose por cualquier nimiedad.

Durante el almuerzo ninguna de las mujeres de la casa cruzó palabra. Nadie comentó que Esteban no había regresado del bar ni que se preocupaban por él. Victoria tenía bolsas debajo de unos ojos enrojecidos, ya tristes de por sí, que le daban un aspecto descuidado y enfermizo. La abuela Sión se limitó a preparar la mesa con botes de mermelada, mantequilla, un poco de embutido y unas tostadas de pan. Celia, por su parte, se mantenía en su lugar sin tararear canción alguna. Incluso Iris, que fue la más perjudicada la noche anterior, sentía que los pulmones no acababan de llenarse de aire, como si les costara respirar. Se apresuró en recoger la lista que la abuela había dejado en la repisa y salir de la casa. Necesitaba tomar el aire.

Mientras realizaba las compras diarias en el pueblo, Iris se percató de que la gente la observaba de lejos con miradas furtivas. Al parecer, no comprendían por qué habían adquirido la propiedad y la estaban restaurando. ¿Qué tenía de malo eso?

Regresaba a casa tras comprar el pan, cuando pudo escuchó:

—Ya me dirás quién en su sano juicio iría a vivir a ese lugar — dijo una mujer de avanzada edad.

Iris se ocultó tras unos matorrales que hacían de valla a un lado

del camino.

—Puede que no sepan lo que ocurrió… —respondió la otra—. Alguien debería advertirles de que corren peligro. El hijo del carnicero que ayudaba en las obras, me ha dicho que han encontrado huesos detrás de los azulejos del baño. Y que ya han muerto dos obreros que trabajaban en la reconstrucción.

—¿Y quién va a hablar con ellos? ¿Tú?

—Yo solamente digo que tienen derecho a saber lo que ocurrió en esa masía.

—Estoy convencida de que están al corriente de todo. ¿Cómo no van a saber lo ocurrido si son de la misma familia?

—¿Y qué ganan yéndose a vivir en un lugar como ese, donde el mal controla cada rincón.

A Iris, la pesadilla también se lo advertía. Pero… ¿por qué la abuela no le había hablado de eso? ¿Tendría que ver con esos "elementales oscuros" los condenados de los que aún tenían que hablar?

Por la tarde, mientras todos dormían la siesta, Iris fue a buscar el encargo de miel que había quedado pendiente y aprovecharía para conocer a la mujer de las abejas que, según la abuela, era una esencial de la sabiduría de las plantas y flores. Se arrepintió de no tener el ciclomotor arreglado. Hubiera sido un trayecto de quince minutos, en bicicleta tardaría un poco más.

El camino bordeaba el rio Fluvià. A Iris se le hacía difícil imaginar como aquella tierra había sido atacada por las fuerzas telúricas en el pasado y que el fuego hubiera sido el dominante. Un paisaje que uno imagina inerte y salvaje, lleno de pedruscos y que ahora estaba lleno de verde y vida.

Sin embargo, la comarca destacaba por una belleza inhóspita, casi primitiva, que le iba revelando emociones escondidas.

Las indicaciones que la abuela le había dado habían sido claras. «Sigue la carretera de piedrecitas más allá de la escuela y no la dejes. Cuando llegues a un pequeño riachuelo, podrás cruzarlo por un puentecito de madera. Sigue el camino de la derecha, el siguiente cruce a la izquierda y bordea el bosque de Bianya hasta llegar a la zona de Capsec. Te va a enamorar», había dicho muy alegre.

Llegó a una pequeña casa, construida en piedra que se ocultaba tras un cerro no muy pronunciado. Los arboles habían ganado terreno y solamente fue capaz de ver dos grandes claros y una pequeña ermita gris.

—¡Hola! —dejó la bici apoyada en una valla de madera—. ¿Hay alguien en casa?

No recibió ninguna respuesta.

Solamente se escuchaba el cante de los pájaros y se dirigió a la parte trasera de la casa. No iba a intentar meterse dentro. Solo le faltaba que la detuviera la policía con una denuncia por allanamiento. El jardín trasero se confundía con el prado cubierto por miles de flores blancas, amarillas y rojas.

—¿Hola?

A Iris le llamó la atención una estructura de madera, de unos dos metros de alto por cuatro de largo, que estaba pegada a una pequeña cabaña. Era como un invernadero pero sin los plásticos que lo recubren. A su alrededor, decorándola, jazmines y lavanda le daban un toque mágico.

Llamó a la puerta de la cabaña. No recibió respuesta alguna pero pudo oír un crujido a su espalda.

—Bienvenida a tu casa, preciosa.

Era la mujer de las abejas, seguro.

—Hola —balbuceó, aún un poco asustada—. Disculpe que haya entrado sin permiso en su jardín. Es que he llamado… pero…

—Nada, nada —se apresuró en decir la mujer—. No tienes de qué disculparte. Tú debes de ser la nieta de Sión.

—Sí, lo soy —alargó la mano—. Me llamo Iris, señora.

—Eres igualita a ella. Bueno… cuando era joven, claro —se rió.

La mujer le cogió la mano y la arrastró hacia ella. La abrazó con fuerza y la zarandeó de un lado a otro como si fuera una muñeca. Iris se sorprendió al sentir la fuerza de aquella señora.

Mientras estaba prisionera entre los brazos de la mujer, percibió su fragancia; fresca, natural, floral. Tenía el pelo corto y canoso. No pudo ponerle una edad concreta, imaginó que rondaría entre los cuarenta y cincuenta, puede que incluso más. Su piel se veía tersa y suave. Sin arrugas. Y sus ojos brillaban pequeños e inteligentes, ligeramente caídos en los extremos.

—Puedes llamarme Estrella —hizo una reverencia—. Supongo que la vieja Sión te ha hablado de mis amigas, ¿me equivoco?

Supuso que se refería a las abejas.

—En absoluto. Me parece muy interesante su trabajo aunque tampoco me ha contado muchos detalles.

—Pues llegas en el momento oportuno, preciosa. Pero si vuelves a tratarme de usted, vas a tener problemas serios —arrugó las cejas —. Ven conmigo.

Las dos entraron en la cabaña. Las paredes estaban llenas de estanterías con tarros de loza y botes de cristal vacíos junto a otros llenos y etiquetados.

—La casa de madera que está pegada a esta pared —supuso que se refería a la construcción tipo invernadero—, es el panal de las abejas.

«¿Cómo? ¿Un panal de abejas? ¿Pero si es inmenso?», pensó.

—Tu cara refleja la duda, Iris —Estrella parecía contenta—. Y lo entiendo. Te queda mucho por aprender. Estás acostumbrada a los hábitos de hoy en día y a los métodos actuales de recogida de miel, pero éste, el mío, no implica la muerte ni el estrés de ningún espécimen de la colonia.

—¿Y cómo la recolecta? Si toda la construcción es un panal…

—Tenemos una relación muy buena. La miel me llega a través de estos agujeros en la pared, sigue el recorrido por las cañas y finalmente se deposita en éstas vasijas. —Las vasijas eran como bidones de unos doscientos litros. Escucha —se autosilenció—, ya llegan.

Aguzó el oído. El zumbido que apenas era audible rápidamente se convirtió en ensordecedor. Debían de haber miles o millones de abejas. Iris casi no se atrevía a respirar. En unos instantes, tal y como le había dicho Estrella, por las cañas empezó a circular el liquido dorado y dulce. Se movía como una masa uniforme y viva. Era increíble.

—Jamás hubiera creído que algo así fuese posible.

—¿Quieres ver los panales? No temas. No te van a hacer ningún daño —respondió como si le hubiera leído la mente —. Creo no equivocarme al decir que incluso están ansiosas por conocerte.

La parte entre la pared y el techado estaba separada por unos seis centímetros para que entraran las abejas. Miles de ellas trabajaban con dedicación. Al abrir la puerta que las separaba, Iris sintió que sus articulaciones se paralizaban. El zumbido era ensordecedor. Le era imposible ver una sola de ellas. En su lugar, se mostraba una multitud que trabajaban al unísono. Eran como millones de obreros moviéndose sin descanso y agitando sus alas a la vez.

—¡Dios mío! ¡Es increíble!

Estrella murmuró unas palabras y las abejas silenciaron su aleteo. ¿La estarían observando? Lo que le había contado la abuela era cierto. O por lo menos lo parecía. Daba la impresión de que las abejas comprendían a la mujer.

—Ven fuera. —Salieron de la cabaña—. Extiende los brazos al aire y prepárate para una experiencia única.

Tras obedecer a Estrella, la mujer murmuró en la lengua de las abejas, que salieron del panal dibujando un camino en el aire dirigido hacia Iris.

Iris tembló y cerró los ojos.

Las abejas la rodearon y le envolvieron el cuerpo. Iris notaba sus patas y sus alas como pequeñas motas que le transmitían calor y frescor a la vez. Eran capaces de controlar la temperatura que

irradiaban sus cuerpecitos. Sin previo aviso, los pies de Iris dejaron de tocar el suelo y abrió los ojos asustada. Las abejas la estaban alzando. Se encontraba a unos metros del suelo con miles de ellas alrededor. No se veía ni las manos. La llevaban con suavidad por el aire como si fuera una simple hoja de árbol. Fueron elevándola hasta superar las copas de los robles y quedó absorta con la visión del campo; era impresionante ver como el verde oscuro del bosque destacaba sobre los colores del prado. Lila, blanco, amarillo… todos dispuestos en un orden casi imposible.

Iris se estaba relajando, le transmitían paz. Estrella les susurró algo más. Las abejas descendieron, se posaron con suavidad en el suelo y se retiraron al interior del panal.

—¿Qué te ha parecido?

—¡Ha sido fantástico! ¿Cómo lo haces Estrella para hablarles y cómo han podido moverme con tanta facilidad?

—Todo en este mundo está unido por unos hilos invisibles y puede ser controlado si sabes cómo utilizar los círculos de poder. Lo que nos parece imposible solamente está limitado por nuestras mentes, habitualmente obtusas —dijo mientras se dirigía al interior de la cabaña. Iris la siguió—. Las abejas, por ejemplo, tienen una gran importancia en el ecosistema. Son las polinizadoras por excelencia de flores y plantas, y sin ellas, la vida en la tierra estaría condenada a una muerte lenta y agónica. Por tanto, un hilo invisible las une a las flores, y a su vez controlan el círculo de la vida entre ellas y el resto de participantes en él. Y yo… simplemente me encargo de que estén a salvo, de que puedan realizar su cometido.

Al entrar en la cabaña, Estrella le señaló un asiento y rebuscó en los armarios.

—Piensa que una abeja por sí sola no es nada. Pero cuando se juntan millares, son una fuerza imparable. Y lo mismo ocurre con las esencias de la vida. La suma de pequeños individuos crea un poder aplastante. En este caso, entre todas, se han repartido tu peso pudiendo maniobrar en el aire sin ninguna dificultad. Y si te atreves, más adelante y con la práctica necesaria, tú también serás capaz de darles las órdenes oportunas y manejar sus actos a tu antojo. Además, son fieles y leales, capaces de dar la vida si se sienten amenazadas o para defender a sus congéneres.

«Eso ya lo había escuchado; cuando una abeja te pica, con el aguijón arrastra parte de sus intestinos y muere en el acto», recordó Iris de ciencias naturales.

—Y defienden, veneran y aman a su reina por encima de todo lo demás.

—Pero… ¿cómo es posible hablar con ellas?

—Porque las amo, y el amor es la fuerza más poderosa del universo, Iris. Si das la espalda al amor estarás acabada. El odio y la rabia se apoderarán de tu interior hasta controlarte y, finalmente, destruirte. Yo soy la protectora de la colonia y a su vez ellas me veneran y devuelven su pasión.

Era raro, pero Iris pareció comprender lo que Estrella le estaba contando.

—Me consideran su reina —sentenció.

Después de aquella revelación que la fascinó, Estrella reunió un montón de tarros en una cesta de mimbre y se la dio. Le contó que desde hacía muchos años, se dedicaba a mezclar la miel que producían sus obreras con un sinfín de ingredientes naturales. Desde tomillo, lavanda, manzanilla o eucaliptus, hasta chocolate, café, té o queso. Le dijo que las posibilidades eras ilimitadas y que cada persona tenía su predilección. Incluso su prescripción en caso de enfermedad. En los cuatro tarros para la abuela había combinado la miel con chocolate, lavanda, caléndula y pasiflora.

Iris se despidió de Estrella. La tarde le había pasado muy rápido. Ya estaba anocheciendo y no le apetecía hacer el camino de noche. Además, la bicicleta no tenía luz, más motivo para apresurarse.

Capítulo 13

Después de una tarde tan intensa con Estrella y sus abejas, a Iris le pareció oportuno investigar un poco más todo el tema de los círculos, los hilos que unen y las leyendas que la relacionaban con la diosa antigua. Pensó en que lo mismo que había hilos que unían a los seres, debía haber tijeras que cortaran dichos hilos. El amor y el odio, la alegría y la tristeza, la vida y la muerte. Todo formaba parte de un mismo círculo y, al parecer, todo estaba conectado a todos. Todo el mundo parecía estar ciego ante tal revelación. Todos menos las elementales. Y ella era una de ellas.

—¿Qué te ha parecido, cielo? —preguntó la abuela tras recoger los botes de miel.

—Estrella es… —hizo una pausa para pensar bien como definirla — increíble. Me ha gustado mucho conocerla, abuela.

—Es una mujer muy sabia. Y ha sido capaz de mezclar los dos mundos sin que nadie la repudie.

La abuela Sión se quedó pensativa un instante antes de preguntar:

—¿Te ha dado una vuelta en su carruaje especial? —rió.

—¿"Carruaje"? —Supuso que se refería a las abejas. Le pareció una ocurrencia muy acertada—. Sí, claro. Ha sido una experiencia que jamás hubiera imaginado. El carruaje alado.

—Ya te dije que si te abrías al poder que fluye entre nosotros, prácticamente no habrá límite para ti, ni obstáculo que te pueda obstruir el camino.

—El próximo día que necesites recoger más miel puedo acercarme yo sin problema alguno —se ofreció Iris—. Me gustaría

poder hablar con ella de nuevo y saber más acerca de su don.

—No es necesario que esperes a la siguiente entrega, cielo. Puedes ir cuando quieras. Estrella estará encantada de tenerte cerca y compartir su sabiduría contigo.

—También quisiera poder compartir contigo esos conocimientos, abuela. Tienes mucho por contarme, ¿verdad?

—Son tantos los secretos que te quedan por conocer… pero todo llegará, Iris. No debes querer apresurarte. Demasiada información de golpe podría saturarte.

Iris pensó en que quizá tenía razón y sería mejor ir paso a paso. De hecho, hace unas semanas no hubiera imaginado que podría formar parte de un mundo oculto, y mucho menos que podía ser una pieza de un mundo mágico. A pesar de la indecisión inicial pensó que había llegado el momento de saber si la abuela podía ofrecerle alguna respuesta sobre los misterios que la acechaban y asustaban.

—Hay algo que me preocupa, abuela —decidió decírselo—. Hace días que me parece estar viendo… que veo a alguien en el linde del bosque, tras la valla del huerto. Y me da mala espina.

La abuela palideció.

—¿Y cómo es ese "alguien"?

—No lo sé. No logro verlo bien. Solamente lo distingo como una sombra entre la maleza. Pero sé que me observa, que tiene la vista fijada en las ventanas de casa.

La abuela dudó antes de responder.

—Puede que se trate de algún jovencito del pueblo interesado en ti —a Iris le pareció que ni siquiera la abuela creía que eso fuera cierto—, y no se atreva a hablarte.

—Abuela… —se quejó.

—¿Por qué no vas y le preguntas quién es y qué quiere?

—Sí, claro. Como si fuera tan sencillo.

—¿Acaso no lo es? Es él quien te está espiando, ¿no?

—¿Y si se trata de algún loco?, ¿algún perturbado?

—¿Y si resulta que es un chico guapo y atractivo? —respondió alegre— ¿Y si no se atreve a decirte nada porque siente algo por ti?

Iris se sonrojó y enmudeció. No había pensado en esa posibilidad. Aunque no era muy probable que pudiera ser cierta. No tenía relación con nadie del pueblo como para que alguien sintiese la necesidad de espiarla. Si te gusta alguien no te escondes como un delincuente entre los árboles curioseando. Y enfrentarse a ese supuesto "él" tampoco parecía muy buena idea.

Aunque también era cierto que se había sentido observada con más regularidad durante los últimos días. Incluso era posible que el chico de la plaza y la sombra podían ser la misma persona.

El portazo hizo regresar la mente de Iris al presente de golpe y dar por terminada la conversación con la abuela. Era la hora de cenar y llegaban todos a casa.

Las cuatro mujeres se sentaron a la mesa sin mencionar la silla que permanecía vacía. A ninguna le apetecía decir en voz alta lo que imaginaban; que Esteban estaba en el bar. Sopa de cebolla, costillas de cordero a la brasa y de postre manzana al horno. Mientras comían cada una habló de su día y de los momentos que les habían parecido más importantes. Iris no mencionó su vuelo, evidentemente. En cuanto terminaron, estuvieron un rato frente a las brasas hasta que cada una salió hacia sus respectivas habitaciones a dormir.

*

Al día siguiente Iris se sorprendió al no encontrar las sábanas mojadas ni el pijama empapado de sudor. Era como si aquella noche no hubiera tenido la pesadilla. ¿Estaría cambiando algo? En su lugar, recordaba lo que había sido un simple sueño.

Amanecía un nuevo día y con él se empezó a dibujar las siluetas de las nubes en el horizonte y la neblina parecía caer como plomo sobre la vegetación.

Un movimiento la alertó. Al otro lado del río, justo donde el parque infantil asomaba al agua, vio una silueta rojiza corriendo a toda velocidad.

Iris se sobresaltó y dio un respingo. ¿Era posible que se tratara de la niña de fuego? ¿La que había mencionado la abuela?

Con la intriga recorriéndole el pecho y el miedo atenazándole la garganta, Iris se puso la sudadera y salió a por la sombra roja. Si realmente se trataba de la niña que había mencionado la abuela, era a quién debía ver ahora.

Iris atravesó el puente y se dirigió hacia la derecha. Allí, la calle adoquinada brillaba con la rosada matutina que impregnaba la superficie de todo alrededor. Un breve destello en la parte alta de la calle le indicó que había tomado la dirección correcta.

Pero no estaba sola. La pequeña no se había fijado en la silueta que permanecía escondida detrás de los arbustos. Su mirada oscura no se separaba de aquella preciosa niñita de pelo rojizo que ahora sí podía ver Iris con toda claridad.

Iris se percató al instante de que la abuela tenía razón. A pesar de su corta edad —quizá unos ocho años— su cuerpo rezumaba un poder elemental tan grande como los destellos rojizos que emanaban de su pelo. Y quizá, si no se equivocaba en las suposiciones, la sombra

también sabía que era una de las poderosas.

La pequeña cogió un desvío de la calle principal que la alejaba de la zona habitada. Allí en ese callejón oscuro no había nada. La sombra seguía sus pasos y, a su vez Iris los de ésta.

Cuando el callejón dio paso a una explanada, apareció el castillo Juvinyà a un lado, una casa fortificada y antigua como todo en aquél lugar. La pequeña desapareció tras el portón principal, la sombra se escabulló por el lateral de la pared y se introdujo por uno de los ventanales.

—¡Oye, niña! —gritó Iris antes de perderla de vista. Su voz estaba apagada, falta de brillo, como si gritase debajo del agua.

Iris entró en la fortificación sin perder un segundo.

No le costó seguirle el rastro pues el destello de su pelo rojizo tardaba en borrarse del aire.

La niña se sentó en lo alto de la torre del castillo. Su pelo resplandecía bajo los primeros rayos de sol con reflejos que danzaban en la piedra que tenía alrededor.

La silueta oscura se adentró en la fortificación y se fue escabullendo por sus salas y pasillos. Ascendió por las escaleras hasta la parte superior y se ocultó de la pequeña en una esquina, entre la puerta exterior y el hueco en la pared.

Iris se quedó petrificada cuando la niña alzó los brazos al aire y de sus labios brotaron palabras que rápidamente se convirtieron en melodía. Incluso el río, que pasaba justo por debajo, al lado del castillo, parecía acompañarla con una musicalidad natural. Los arboles se mecían a su alrededor como bailarines de un musical.

A lo lejos, al otro lado de la orilla, unas motas se movieron levantando el vuelo. Era insectos voladores que avanzaban en el aire. Fueron bailando y acercándose a la torre donde la pequeña no dejaba de cantar.

En poco tiempo, la pequeña se vio envuelta por aquellas libélulas rojizas que dejaban un rastro de llamas tras de sí. Las libélulas de fuego aumentaron su velocidad y la niña pareció arder entre las llamaradas de los insectos.

Iris sonrió. La niña era una de ellas.

Al rato, las llamas se fueron extinguiendo y la pequeña elemental se quedó quieta. Se tumbó sobre la dura roca de la torre, exhausta y contenta.

—Iris —dijo, provocando un respingo en la joven que se había olvidado por completo de dónde se encontraba—. Ya has llegado. Al fin sé quién eres y podré ayudarte.

—Te he visto corriendo por la calle —dijo a modo de excusa poniéndose delante de ella—, y pensaba que…

—Tenemos mucho de que hablar, Iris. —Parecía que la niña no

podía verla—. Pero ahora no podrá ser. Primero debes creer en ti.

La sombra que estaba escuchando a la niña desde la oscuridad no tardó en hacerla callar.

—Eso sería si pudieras escapar de mí, pequeña.

La niña se giró aterrada ante el horrible ser que había aparecido.

—¡No! —gritó Iris. Pero algo no iba bien en lo alto de la torre. Ni la niña ni la sombra parecían estar viéndola. Era como si representaran una escena de teatro e Iris fuese invisible.

—No te acerques —farfulló la pequeña alzando los brazos para llamar la atención de sus amigos insectos que alzaron el vuelo en una espiral de fuego.

—Iris es mía —vociferó la sombra haciendo estremecer a Iris— y tú también.

Grandes filamentos negros como tentáculos la aprisionaron haciendo imposible la llamada de auxilio. El fuego no podía penetrar la negra crisálida que retenía a la pequeña. El enorme capullo oscuro parecía tener vida propia.

Iris saltó encima de la sombra para ayudar a la pequeña.

Sin embargo, al tocar la sombra con su puño cerrado, lo atravesó como si de humo se tratase.

—Iris —la llamó la niña—. No te preocupes por mi —su voz era suplicante—. Se que estás aquí.

—¡Cállate mocosa! —la riño la sombra.

—Puedo sentirte. Y pronto, muy pronto, podremos avanzar. Antes has de creer. ¡Has de creer en ti!

Iris decidió no pensar en el sueño. Lo más seguro era que se tratase de un efecto secundario a todo lo acontecido los últimos días. Se levantó de la cama, miró la habitación y se dispuso a darse una ducha, no sin antes advertir una sombra humanoide que la observaba oculta entre los matorrales en la linde del jardín y un destello rojizo que se alejaba al otro lado del puente.

*

Durante el almuerzo, Victoria les dijo que irían al caserón y que su padre había accedido a enseñarles el ansiado futuro hogar. Las obras no habían finalizado, pero Victoria había convencido a Esteban (al que nadie escuchó llegar a casa la noche anterior) y creyeron oportuno concederles la posibilidad de entusiasmarse con la vivienda. La verdad era que la insistencia de Victoria fue más fuerte que el deseo por romper el secretismo. Ella creía oportuno alimentar a Iris y a Celia, con una visión palpable de lo que iba a ser su vida en aquellas tierras una vez terminadas la obras. Quería

que pudieran hurgar en las paredes de piedra antigua y correr por la hierba alta del jardín. Por supuesto, a Iris no le hacía especial ilusión —por no decir ninguna—, pero Celia estaba entusiasmada.

Era finales de junio, el día antes de la verbena de San Juan.

Iris y Celia aguardaron toda la mañana en casa de la abuela a que las recogieran. Sus padres habían salido diciéndoles que no se alejasen.

Aprovecharon la espera con la abuela Sión, cuidando de las flores del patio; en la zona trasera de la casa, la abuela tenía una plantación de rosales, geranios, gladiolos y plantas aromáticas, y un pequeño invernadero con plantas medicinales; tomillo, ruda, manzanilla… que utilizaba en las pócimas y los ungüentos secretos que le iba enseñando a Iris cuando estaba a solas. Y otro pequeño huerto donde le prometió a Iris que le enseñaría a cultivar hortalizas y verduras.

—Así es, cariño. Friega con suavidad las palmas de las manos hasta sentir el calor. Ahora acércalas a la rosa, envolviéndola pero sin tocarla.

—¿Así, abuela?

—Perfecto, cielo. Ahora cierra los ojos. Concéntrate en la voz de la flor. Siente su latido. Su fuerza. Siente como te habla y te llena de energía.

Cuando nadie las veía, practicaban en secreto hasta escuchar las voces de las flores. «Nada difícil», decía la abuela. En poco tiempo, Iris había conseguido sentir los elementos fluyendo, latiendo y susurrando. Le gustaba y a la vez le parecía curioso poder apreciar como cada elemento tenía un efecto diferente en ella. Llegó a hacerlo a todas horas. Siempre a escondidas, eso sí. La abuela Sión le había advertido que tenía miedo de que Victoria se enfadara si se enteraba. Decía que ella tenía la mente demasiado cerrada, los canales energéticos obstruidos y no comprendía la verdadera esencia de las “mujeres elementales”. Y por Celia… bueno, ella tenía una visión del mundo muy diferente a los demás.

Más tarde, también con la ayuda de la abuela, prepararon entre las tres un bizcocho de chocolate enorme. En su casa de Barcelona jamás habían comido unos postres tan deliciosos. De hecho, ni siquiera tomaban postres dulces. Alguna pieza de fruta, un yogurt y nada más.

Ver a la abuela, mezclando la masa con esa energía, hablando por los codos con los ojos vibrantes de alegría maravillaba a las chicas. Las hacía sentir parte de una familia. Estaban muy unidas y conforme pasaban los días más atraída se sentía Iris por todo ese mundo fantástico que rodeaba la comarca. Se había ido antisocializando durante toda su vida, le había dado miedo hacer

amigos. Y ahora empezaba a sentirse bien, como una pieza de puzle que ha encontrado las muescas donde anclarse. Quería aprender todo de la abuela. Ansiaba, sentir esa pasión por las cosas. Aunque solo fuera por elaborar un simple bizcocho que resultaba ser una delicia para el paladar, tostado en su punto justo y perlado con virutas de chocolate negro.

Tocaba dejarlo reposar y que el frescor del ambiente lo enfriara para resaltar los matices de sus delicadas fibras. Iris pensó que con lo grande que era tendrían suficiente para toda la semana. Pero estaba muy equivocada, ni siquiera llegarían a probarlo.

Capítulo 14

A media tarde, mientras esperaban en la parte trasera del jardín a que las recogieran, Iris le propuso a Celia bajar a la orilla del rio Fluvià. Aún les quedaban unos treinta minutos libres y a Iris le apetecía aprovecharlos.

Su “genial” idea consistía en aprovechar el tiempo libre para mostrarle unos trucos de malabares en el sombrío paraje tras la iglesia. Celia aceptó y fue a contárselo a la abuela para que no se preocupara en el caso de no verlas en el patio.

El río Fluvià bordea el pueblo de St. Joan y lo aísla con unos acantilados extrañísimos. «Es difícil imaginar a quién se le ocurrió la genial idea de construir su casa en un lugar así», pensó Iris, «pero supongo que sería cosa del abuelo».

Justo al otro lado del rio, accediendo por un caminito enfrente de la iglesia, se llega a una zona lóbrega y llana donde pocos rayos de sol atraviesan las espesas copas de los arboles de tronco blancuzco que parecen rozar el cielo con sus largas y espesas ramas. El terreno termina en una catarata de cuento de hadas; formada de piedras redondeadas de tonos que van del blanco más puro al negro, pasando por el verde mohoso; con charcos independientes en los que si te fijas bien, se pueden apreciar cientos de microorganismos multicolor bailando al mismo son.

—¿Has visto, Celia?

—Creía que me ibas a enseñar un truco de malabares…

—Qué inocente eres… Te mentí —se rió sacándole la lengua—. No me dirás que no prefieres esto.

Iris quería probar si su hermana era capaz de entrever el mundo

oculto. A fin de cuentas, era su hermana, y por sus venas también corría la sangre del linaje esencial. Una idea nada descabellada.

—¿Pero qué son estos bichos? Parecen peces con alas. ¡O minidragones!

—Si te lo hubiera dicho antes ya no habría sido una sorpresa, ¿no crees?

—Bueno, te voy a disculpar. —Le sacó la lengua a modo de respuesta—. Le podríamos preguntar a la abuela si nos deja construir un estanque pequeño en el jardín y nos llevamos unos cuantos minidragones —estaba entusiasmada—. O se lo decimos a papá. Puede que podamos hacerlo en la casa nueva. Por lo que nos han dicho es una masía enorme y tiene mucho terreno alrededor. ¿Qué te parece, Iris?

—Me parece muy mal, Celia. —Se agachó hasta ponerse al lado de su hermana, frente a la charca—. Por lo que tengo entendido, estos seres no pueden vivir en cautiverio. La gente antigua de la zona los llama "Libélulas del agua" y hay de ellas por cada elemento al que representan.

Celia abrió los ojos y la boca alucinada. Le debía parecer imposible que Iris le estuviera hablando de seres mágicos, de mitología o cualquier cosa que no fuera un drama o un tema oscuro.

—¿Pero qué me estás diciendo?

—Se cree que al igual que las libélulas del aire, también las hay de fuego y de tierra. Y cada una de ellas es la protectora y guardiana de su elemento. Las libélulas cardinales.

—¡Ya lo entiendo! Es como si fueran brujas y cada una de ellas representa su elemento, ¿verdad?

—A modo simple, sí. Mira. Pon las manos encima del charco pero sin tocar el agua.

Así lo hizo Celia.

—Ahora cierra los ojos y deja que te hablen.

Iris estaba convencida de que la joven Celia sentiría el cosquilleo de las libélulas de agua recorriéndole la palma y el dorso de las manos. Solo imaginaba si sería capaz de resistir la tentación de abrir los ojos y ver aquellas criaturas mágicas bailando en su piel.

—Ni se te ocurra abrir los ojos, Celia —dijo como si le hubiera leído la mente a su hermana—. Si lo haces, la magia desaparece y jamás volverán a ti. Escúchalas. Escucha lo que tienen que decirte.

Celia se concentró para dejar fluir los susurros tal y como Iris le había dicho. Aquellas criaturas parecían estar hablando con una serie de notas musicales arrastradas. Celia abrió los ojos de golpe, sacó las manos de la superficie del agua y se retiró hacia atrás.

—¿Qué ocurre, Celia? ¿Qué te han dicho? —preguntó, preocupada.

—Nada.

—¡Celia! ¡Dime qué has sentido! ¡¿Qué te ocurre?!

Celia respiraba con dificultad, pero al relajarse dijo:

—Me estás engañando, Iris, ¿crees que soy boba?

Se levantó y se alejó del lugar hasta sentarse en una roca.

Iris movió sus manos por la superficie del agua.

—¿Qué ocurre preciosas? —dijo en voz baja.

Los dedos de sus manos empezaron a adormecerse. Podía sentir un cosquilleo que le subía hasta el codo. El agua se agitaba a su alrededor. Al fin los susurros se pasearon por sus pabellones auditivos. Le pareció que decían algo de un peligro, de un mal… No terminaba de comprender las voces. Hablaban demasiado deprisa, o apresuradas, o ella era demasiado novata.

Iris se asustó un poco.

Apartó sus brazos de encima del agua y fue al lugar donde se había sentado su hermana.

—Tranquila, Celia.

—Me has engañado —dijo molesta.

—No te enfades. Ha sido una broma —mintió—. Nada más. Soy una boba.

—Pues no vuelvas a hacerlo nunca más.

—Lo prometo.

Iris se sorprendió de que Celia no pudiese captar las esencias ni las sutilezas del mundo oculto. «Mejor», se dijo. De haber comprendido lo que las libélulas del agua transmitieron se habría asustado aún más. Aunque Iris dudaba, quizá lo hubiera entendido mal. Total, tampoco era una experta en la interpretación de sus palabras. A su parecer, creyó que la advertían de un mal inminente sobre ellas.

—Venga. Vamos a ver la fábrica abandonada —dijo Celia, animada de nuevo—. Todavía nos va a dar tiempo. Verás que sitio más guapo he encontrado. Bueno, me lo enseñaron Teresa, Toni y Pitu.

Recorrieron con cautela las piedras que cubrían el camino. Estaban mojadas y llenas de moho. Un pie en falso y podrían sufrir una mala caída, una caída fatal. Una vez en lo alto de la esclusa, cruzaron la presa por las finas baldosas de madera cubiertas de moho que estaban colocadas a modo de camino.

Iris no podía imaginar qué fue primero; si las rocas redondeadas o la presa. Era como una gran masa que destacaba en el paisaje natural. Como un gran artilugio apretujado en la tierra, abrigado por la vegetación y bañado por el agua. Cada piedra y cada arbusto en este lugar parecía ser parte de un todo. Puede que los antiguos habitantes del pueblo la construyeran para aprovecharse de la

fuerza del agua para generar energía hidráulica. Aunque cuando estás en lo alto de la presa, te da la sensación de que algo más se esconde entre sus cimientos. Algo que quedó atrapado, encarcelado, esperando el día de la liberación.

Desde que había pisado la comarca de la Garrotxa, la mente de Iris se abría de un modo que jamás había imaginado. Nunca pensó que todo esto pudiera ser real. Tenía la certeza de que algo malo iba a ocurrirles. De hecho, en casa la tensión era más espesa con el paso de los días. Pero a la vez, podía sentir como si su mente se preparase para ver con más claridad, era más receptiva a los cambios.

Las lluvias, que parecían caer casi continuamente en la comarca, habían hecho crecer el río de un modo acusado. El agua tenía un tono marrón muy oscuro y sucio, y golpeaba con violencia las rocas, formando remolinos de espuma amarillenta que descendían engullendo la serenidad a su paso. Iris quedaba atrapada en la espiral líquida, y a la vez le daba escalofríos mirarlos; era como si se pudiera quedar hipnotizada y ser devorada en su espiral imparable.

Celia llegó a la puerta metálica que las separaba del Molí Fondo, el antiguo molino papelero del pueblo, ahora abandonada. Se veía en su cara que ya se había olvidado de la sensación de hacia solo unos instantes. Y el miedo que había sentido había desaparecido como arrastrado por la corriente río abajo. El Molí Fondo era un lugar extraño que descubrieron al poco de llegar al pueblo. A las dos les apetecía cruzar el rio por esta zona para investigar aquella gran construcción, y Celia imaginaba que una vez tras la reja que rodeaba la fábrica se encontrarían con un reino mágico plagado de tesoros. Por eso cuando Celia decía: «He encontrado un sitio genial. Un lugar secreto.», Iris le seguía la corriente sin más. Sin embargo, la finalidad de recorrer ese lugar abandonado era otra para Iris; prefería entrar para buscar el silencio entre sus paredes y habitaciones desmanteladas. Suponía que sería una experiencia como antes de llegar aquí, como cuando se aislaba en el cementerio de la ciudad.

Mientras Iris seguía luchando por mantener el equilibrio en el segundo peldaño de madera, Celia la llamó desde el otro lado:

—¡Venga, tortuga, que no tenemos todo el día! —su voz era potente y alegre—. Cuando te enseñe la habitación secreta te va a encantar.

Iris alzó la vista hacia su hermana intentando apuntalar el pie en el peldaño para no perder el equilibrio. Entonces la vio por primera vez; detrás de Celia había una sombra. Era negra, con unas cuencas parecidas a ojos amarillentos y unos colmillos amenazantes que

asomaban en una línea aún más oscura. Y de sus laterales se alargaban unos tentáculos como látigos sinuosos dirigiéndose hacia ella.

La cara de Iris se descompuso. Se quedó muda diez segundos, quizá veinte. Congelada entre la violenta agua que azotaba sus pies ya empapados. No sabía qué hacer. Le era imposible pensar con claridad. Y mucho menos actuar. ¿Qué se suponía que debía hacer? El calambre que recorría su cuerpo y lo bloqueaba convirtiéndolo en piedra era de puro pánico. La sombra se deslizaba sin pausa por su presa; por Celia. Mientras que Iris se había convertido en un árbol enraizado en el peldaño de madera. ¡Aquello no podía estar sucediendo!

—¡Celia! —gritó al fin—. ¡Ven! ¡Rápido!

El rostro de Celia mostraba confusión, solo alerta por la cara de pánico que debió ver dibujada en Iris. Celia se dispuso a regresar junto a su hermana. Los ojos de Iris se llenaban de lágrimas. Celia no sabía de qué huía ni por qué debía regresar rápido, pero sabía que algo la acechaba. Ver la reacción de su hermana mayor era motivo más que suficiente para no preguntarse nada, solo correr, correr hacia su meta, hacia Iris.

Tras unos instantes de agonía Iris logró romper las raíces que la mantenían soldada al suelo, dio la vuelta y regresó a la otra orilla. Estaba cerca, pero le parecieron unos cientos de metros. El corazón le martilleaba los oídos como un loco que quiere escapar de su celda.

Una vez allí, en lo que se definiría como “a salvo”, se giró y vio que la sombra se alargaba creciendo hacia arriba, hacia el cielo plomizo, como si aumentara la velocidad.

Celia ponía un pie tras otro en las baldosas de madera cuando el tobillo se le torció. Iris supo al instante lo que estaba a punto de suceder.

«¡No lo va a conseguir! ¡No logrará llegar a tiempo!», repetía su mente.

Entonces, el tiempo se detuvo.

Iris vio como el frágil cuerpo de Celia se doblegaba hasta golpear contra la piedra de la presa. La mano izquierda se le agarró al peldaño de madera y la cabeza se le hundió en el agua embravecida que la zarandeaba como si de una muñeca de plástico se tratara.

Iris sentía los músculos entumecidos. Sabía que debía hacer algo. Su hermana estaba al borde del abismo, luchando entre la vida y la muerte y la sombra se dirigía hacia ella sin tregua.

«¿Qué puedo hacer? ¿Cómo debo ayudarla? ¿Voy a buscar a alguien?», gritaban sus entrañas.

¿Pero qué se suponía que podía hacer?

Para ella fue como si todo lo que contenía su mente se hubiera borrado y en su interior sólo hubiera sitio para el miedo que le golpeaba las sienes con la imagen terrorífica que tenía enfrente.

La pequeña Celia luchaba entre la vida y la muerte con una bravura inusual en ella. Iris nunca habría imaginado poder ver esa fuerza en ella. Se suponía que era la débil, la sensible, la frágil, la que precisaba ser protegida. Pero allí estaba, luchando por mantenerse agarrada a la vida y ganar una batalla que ya había decidido al ganador, mientras que Iris no hacia absolutamente nada. No era capaz de moverse.

El tiempo pasaba lento.

Pero seguía avanzando implacable.

La espiral de sucesos las habían atrapado y, poco a poco, Celia desfallecía con cada trago de agua. Iris fue consciente de que la vida de Celia estaba en sus manos; en sus cobardes y blandengues manos.

Era su única posibilidad. Debía tomar una decisión. Y debía hacerlo rápido.

Era ella o la sombra.

Iris respiró profundo hasta hacer saltar la costra del terror que se le había pegado a los pulmones y bloqueó todo sonido a su alrededor.

El rugido del río desapareció, el viento amainó y sus latidos cesaron el tamborileo incesante que le perforaba los oídos. Iris se concentró en el silencio.

Saltó sobre la presa sin mirar al agua encrespada ni a la amenaza oscura que se cernía detrás de Celia y se tendió entre los peldaños aguantando la presión del agua contra la madera. Alargó el brazo y la agarró fuerte por la muñeca. Iris no sentía el azote helado del agua clavándose en sus huesos. Estaba concentrada en ayudar a Celia y todas sus neuronas trabajaban para lograrlo. «No pienses. Ayúdala y punto», se repetía. Su nariz era incapaz de percibir ningún olor, le costaba respirar y la inmediata fuerza que sintió le hizo creer que podía cambiar lo inevitable.

—No puedes hacer nada —balbuceó Celia.

El ruido del agua que había enmudecido permitió que el gorgoteo de sus palabras ahogadas llegara a los oídos de Iris con un volumen exagerado. En ese instante no existía nada más a su alrededor. Incluso la visión se había convertido en un túnel que filtraba y modificaba las horrendas imágenes que tenía delante, oscureciéndolas y resaltando a Celia en un halo de luz incandescente. Era como el túnel que la gente describía como el instante final, justo antes de morir.

«¡No! ¡No es verdad!»

—¡Agárrate a mí! —le gritó.

Entonces, un fuerte dolor agudo en el costado devolvió a Iris a la realidad. Sintió como si las costillas se le torcieran hacia adentro, se clavaran en los pulmones y después estallaran hacia el exterior. No se había dado cuenta de que la sombra la había golpeado con uno de sus tentáculos y la había lanzado al otro lado de la presa, haciendo que se golpeara la cabeza contra una de las rocas del terreno. La vista se le difuminó parpadeando luces de colores pastel que flotaban en el espacio.

Iris logró incorporarse y elevar la cabeza, que parecía querer estallarle, y centró la vista en el rio y la esclusa. La mano de Celia que se agarraba al peldaño de madera se aflojó y la naturaleza hizo el resto. El cuerpo se precipitó cascada abajo entre la espuma del agua golpeando las rocas grises y negras como si fuera una muñeca de trapo. La sombra se metió en la violenta corriente del río y a los segundos se alzó con Celia entre sus tentáculos de humo.

La sombra de humo se quedó en el aire, levitando y mirando a Iris con una mueca parecida a una sonrisa burlona.

Iris fijó toda su atención en ella sin apartar la vista de sus ojos muertos llenos de maldad. Permaneció de pie en la presa hasta que desaparecieron las dos. El cuerpo sin vida de Celia y la maldita sonrisa de la sombra. Iris estaba convencida de que aquella grotesca sombra se estaba mofando de ella. Satisfecha con su premio. Satisfecha al arrebatarle a Celia…

…para siempre.

SEGUNDA PARTE

Leyendas y monstruos

Capítulo 15

¿Cómo puedes aceptar un hecho así y seguir adelante?

Simplemente, no puedes.

Iris recordaba muy poco de lo ocurrido tras el «accidente» —así fue como lo llamaron— en la presa.

Las copas de los árboles, el agua del río y las piedras del puente se iluminaban con luces de colores; azul, amarillo, rojo. Los cuerpos de seguridad, ambulancias y bomberos eran como seres de otra dimensión; todos con sus uniformes destacando en un escenario lúgubre, oscuro y alimentado por la humedad y el moho.

Veía llegar a los curiosos a cámara lenta, le decían palabras que no oía, lo sabía por el movimiento de sus labios. Una mujer morena con un chaleco amarillo y naranja se preocupaba por ella, sus ojos reflejaban su inquietud, igual que los diez o quince hombres que llegaron al instante tras ella. Sin embargo, fue en la mirada de uno de los hombres donde Iris vio una traza diferente a la de los demás, unos ojos oscuros, alarmados.

Más tarde, Iris escuchó el relato de que una vecina del pueblo, que vivía en una de las casas que dan al río, en lo alto del pedrusco de basalto negruzco, había avisado a emergencias. Dijo haber visto a las chicas en la presa. «La pobre muchacha resbaló y la arrastró la corriente», dijo, «Pero, ¡por el amor de Dios! ¿Qué diablos hacían allí?».

Se montó un dispositivo de búsqueda exhaustiva por la orilla y río abajo. «Debemos encontrar el cuerpo», decían. «El cuerpo». «El cuerpo». Que rabia le daba esta expresión a Iris. Era como si trataran a su hermana como un objeto, una cosa que se te ha caído

al suelo y debes recoger.

Más tarde supo que la hallaron atrapada entre unos troncos caídos a unos kilómetros de distancia río abajo. Iris no podía dejar de llorar. Su mente formaba imágenes borrosas de cada comentario demasiado precisas, demasiado reales.

*

El funeral se preparó tan rápido que Iris no se dio cuenta de nada.

Todo transcurrió como en una película que se le mostraba a flashes y donde ella era una simple espectadora. Su imagen en el espejo de cuerpo entero de la habitación, un vestido negro con encajes de espiral en la parte superior y unas mallas oscuras debajo. Se había dejado el pelo suelto que le cubría parte del rostro, que ocultaba las ojeras y el dolor pintado en su cara.

Tras dar unos golpes en la puerta sin recibir respuesta, Victoria entró en la habitación.

—¿Estás lista, Iris?

—Supongo… —respondió.

—Te esperamos abajo. Debemos salir.

Victoria salió de la habitación dejando a Iris sola con su dolor. La abuela Sión entró con una taza en las manos.

—Tómate esto, cielo. Te ayudará a estar un poco más tranquila y a equilibrar tus canales energéticos.

La fragancia de la infusión la transportó al claro de la casa de Estrella, en medio de las flores y sin nadie a su alrededor.

—¿Por qué, abuela? No es justo…

La abuela, que tenía el alma rota reflejada en su mirada, pasó un brazo por sus hombros, la acercó a su cuerpo e intentó animarla.

—La vida es injusta a veces, cariño, y la muerte, por muy dura que sea, es una parte natural de la naturaleza, debemos aceptarla. Piensa que ahora está descansando junto a nuestros antepasados.

Pero Iris se martirizaba por haberse equivocado: sus extraños sueños y la sombra en el jardín que la observaba la hicieron creer que el objetivo era ella. Ahora lo veía con toda claridad. Era Celia la que estaba en peligro. ¿Cómo no se había dado cuenta? La muerte siempre se llevaba a sus seres queridos, a aquellas personas que se le acercaban. ¿Cómo había podido estar tan ciega?

—Si hubiera hecho algo… —farfulló Iris— Debí haber sido yo, abuela. Celia ha muerto por mi culpa.

—No digas eso, cielo. Tu hermana se ha ido porque era su hora. Tú no tienes la guadaña del destino en tus manos.

—Puede que no, pero todo el que se acerca a mí acaba muerto —dicho en voz alta, aquello sonó más tétrico que en sus

cavilaciones—. Los sueños me avisan y después, la bestia de humo se las lleva, abuela. Es real. Es real.

La abuela abrazó a su nieta con fuerza y le susurró al oído:

—Déjalo por ahora, Iris. Ya nos encargaremos de eso en otro momento. Ahora debemos despedirnos de Celia como merece.

*

Victoria había elegido unas canciones para que cantara el coro en la iglesia. Eran las típicas melodías de salvación y penitencia que se repiten en cada oficio. A Iris se le pasó por la cabeza que ella hubiera elegido *"Love is all"*, del grupo sueco Roxette. Una canción que en la voz de Marie Fredriksson expresaba mucho en pocas palabras. En su cabeza resonaba cada palabra.

Love is all
Love is all around you
Love is there in your laughter
In your hair
Love flows everywhere.
Love is old
Love is older than you
But the light shining through
Makes me see
Your love is all new.
Hey
Sha la la
Shine a light
Shine on me
Shine your light on me
Sha la la
Shine your light on me.
Love is all
Love will always be The Law
And higher love radiates on us all
On us all.[1]

Pero no dijo nada. Total, solamente eran unas treinta personas y la iglesia era demasiado grande, aumentando la sensación de soledad, y no conocerían la letra. Su mirada se alzó hasta lo alto de la iglesia, se perdía en los murales de colores, en los relieves que representaban la crucifixión de Jesús y que decoraban las columnas a lado y lado del amplio templo.

Momentos después le llamó la atención que Pitu, sentado en uno de los bancos traseros, estaba muy bien vestido. Unos tejanos azul

oscuro, una camisa blanca muy bien planchada y una chaqueta azul marino, y no tenía huellas de haber llorado ni otro signo de tristeza.

El cura celebró el oficio como era habitual. Bendijo a los asistentes y habló de unos pasajes bíblicos mencionando a Celia en ellos. ¿Y qué sabía él de Celia? ¿Cómo podía hablar de ella como si lo ocurrido hubiera sido parte de un plan mayor? ¿Y la familia debía aceptarlo sin más? Pero nadie le llevó la contra. Victoria se agarraba del brazo de su marido sin dejar de llorar y asentir con la cabeza mientras que él contenía sus emociones —como siempre— para que nadie pudiera entrever sus pensamientos. La abuela Sión abrazaba a Iris con fuerza, conteniendo el llanto y susurrando palabras desconocidas al aire; «palabras de las elementales», supuso Iris.

Ella miró hacia atrás de nuevo para ver a Pitu, que se mantenía quieto como un palo en la parte trasera. No. No lloraba. Se fue fijando en los asistentes. Era curioso. Más de la mitad le eran desconocidos. Algunas mujeres con las que su madre se juntaba en la mercería y del grupo de costura para integrarse en el pueblo, y tres obreros con sus respectivas esposas e hijos. Se notaba que no les apetecía estar allí. ¡Qué diablos! ¡Iris tampoco quería estar allí!

El ataúd, que presidía el pasillo central de la iglesia y se mantenía delante de las escaleras que subían al altar, era de color roble con una cruz de plata en la parte superior. Celia no era creyente. Pero eso ya no importaba. Sus padres habían tomado la decisión y eso era lo que importaba.

No había muchas flores. La abuela se encargó de controlar que solamente hubiera las de la familia encima del ataúd. Las que trajeron algunos vecinos y conocidos se quedaron en el coche fúnebre. Le dijo a Iris que para que el alma de Celia tuviese buena compañía, en la ceremonia y en el entierro, solamente el amor de las elementales la podría guiar. ¿Una superstición? Puede. No le importó.

La iglesia era muy grande, enorme. Con unos ventanales estrechos y alargados que ni siquiera eran de cristal. Sus dibujos y relieves a todo color estaban hechos en plástico. A Iris le pareció raro. En el techo, grandes cornisas lo embellecían cruzándose hasta las columnas que llegaban al suelo y dividían los laterales en catorce pequeñas capillas con las escenas del viacrucis, los pasos que dio Jesús en su camino hacia el Calvario.

El cura roció unos chorros de agua bendita encima del ataúd y dio el duelo por terminado. La familia de Iris, respetando las costumbres, aguardó en la puerta principal por donde pasaron los asistentes, para dar el pésame. Fue un auténtico martirio para Iris soportar las miradas, los besos y abrazos, y las palabras de aquellos

desconocidos.

El trayecto en coche desde la iglesia hasta el cementerio transcurrió en silencio. La parte más dura fue cuando metían el ataúd en el nicho y estalló en un llanto ronco. Sus últimas lágrimas. No sabía cuántas le quedaban, pero estaba segura de que se encontraba al borde del abismo.

—Ella estará bien, cariño —susurró la abuela—. Me he encargado de que en su camino no se apague la luz —siguió—. En la eternidad encontrará la paz.

Le dijo un puñado de cosas más, pero Iris no la escuchó. No le apetecía. «Celia murió por mi culpa», se repetía. «Soy yo la que debería haber estado ahí dentro en ese momento».

Pitu los acompañó sin mostrar un ápice de emoción. Al mirarla, a Iris le extrañó que le sonriera. Estaba fuera de lugar, sí, pero a ella le gustó. Fue como si le insuflara un poco de energía, de fuerza. Total, más atrás de donde se encontraban ellos, ya había gente hablando, incluso riéndose, recordando batallitas o vete tú a saber qué.

Después de darle un último adiós, se disculpó en silencio por lo ocurrido. Le dijo que la quería y que siempre la amaría. Y también le confesó que ardía en deseos de reunirse con ella muy pronto. Al final, se llevó un lirio de los que formaban la corona de flores.

*

Ya de vuelta en la habitación, a Iris le pareció tan grande como si estuviera en medio de iglesia, sola y abandonada. Se le cayó encima el peso de la soledad. Siempre habían dormido juntas; no siempre le gustó esa falta de intimidad, pero se había acostumbrado a su presencia alegre. Envolvió uno de los cojines de Celia entre sus brazos y se tumbó en su cama. No quería nada más. Solamente inspirar su olor. Lo último que le quedaba.

Julio

Capítulo 16

Enfrentarse a lo desconocido no es fácil. Y mucho menos si tienes la certeza de que te diriges a un punto sin retorno. A algo que no controlan las fuerzas de este mundo. Iris ya no estaba segura de nada, solo de que ya no había marcha atrás. Lo que había cambiado en ella era que ahora estaba dispuesta a llegar al final del túnel en que se había convertido su vida en esos días.

Se levantó del suelo, dio unos pasos rápidos y se adentró en la espesura. Se detuvo tras el último tronco que la separaba de su vigilante secreto.

Después de la patética escena reciente y de los pensamientos que la habían asaltado, sus ojos no creían lo que estaban viendo. La sombra difuminada y amenazante había desaparecido.

Ahora que los separaba una distancia de unos escasos dos metros, Iris comprobó que no era un ser paranormal, se trataba de un chico. Y tendrían más o menos la misma edad. Llevaba puestos unos pantalones tejanos de color negro y la sudadera oscura con capucha que dibujaba unos hombros fuertes y que había llegado a entrever en otra ocasión. Pensó que el cuerpo le iba a estallar.

Una pizca de vergüenza ruborizó sus mejillas al tiempo que le pareció escuchar una suave melodía, pero ya no había vuelta atrás. Debía terminar lo que había empezado. Contuvo la respiración y saltó.

—¡Hey, tú! ¿Qué estás haciendo aquí?

El chico dio un respingo. Tropezó con una raíz que sobresalía entre los dos y cayó al suelo. La miró e Iris quedó hipnotizada. Ante ella aparecieron esos ojos azul grisáceo bajo unas cejas negras como

su pelo, la nariz y los labios sobre un mentón prominente con una pequeña cicatriz, apenas visible, parecían dibujados.

El corazón de Iris aceleró el ritmo de sus latidos, quería desaparecer. Pero no podía echarse atrás.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí?

—Nada —respondió al fin—, sólo estaba dando un paseo.

—¿Dando un paseo? ¿Cada día vienes a dar un paseo por aquí? ¿Y te quedas quieto mirando hacia mi casa?

—No es lo que parece.

—Ya. ¿Y qué crees que parece?

Hubo un silencio incomodo entre ambos. Parecía como si los sonidos del bosquejo se hubieran detenido.

Al fin, Iris decidió proseguir.

—Entonces… Voy a pensar que no eres un psicópata perturbado al que le gusta intimidar a las chicas. Pero dime qué buscas.

—No puedo decírtelo —el chico la miró con tristeza.

—Pero, ¿qué me estás diciendo?

—No… no debería estar hablando contigo.

A Iris le pareció increíble que, tras semanas merodeando por allí, le respondiera que no podía contarle el motivo.

—Mira, no te he visto ninguno de los veranos que llevamos viviendo aquí, salvo ahora escondido entre las sombras, ni siquiera nos hemos cruzado en el pueblo —Iris se percató de que el chico tenía algo que le resultaba familiar— y ahora me dices que no deberías estar hablando conmigo. Soy yo quién no tendría que estar aquí, perdiendo el tiempo contigo. Debería llamar a la policía y que te encerraran. Eres un tío muy raro, ¿sabes?

—No, no lo hagas.

—¿Hay algo que quieras decirme?

—Quiero ayudarte.

Una brisa gélida se alzó alrededor de los jóvenes y un murmullo apareció de la nada. Los dos se giraron en la dirección del extraño ruido y el chico se tensó por un instante.

—Escúchame, Iris —se acercó a ella con velocidad. Le clavó sus ojos grises como si le estuviera rebuscando en el alma. Iris se ruborizó—. Sé que no entiendes nada. Yo tampoco lo entiendo, no lo tengo muy claro, pero si esto está sucediendo debe de haber algún motivo. Algo ha cambiado. Estoy seguro. No voy a hacerte ningún daño. Sólo… debes confiar en mí. Por favor, Iris. Hazme caso.

—¿Cómo sabes mi nombre?

La brisa se enfureció entre los árboles y el murmullo se tornó un gruñido. El chico la tomó de las manos apenas un instante y en esas manos reconoció la que se extendía en su sueño. ¿O era un

espejismo? ¿O estaría soñando?

—Ahora no puedo explicártelo, no puedo estar más tiempo aquí. Si lo que creo es cierto, tengo que apresurarme en prepararlo todo. Tengo que encontrar el modo de…

—¿Pero de qué me estás hablando?

Las pupilas del chico se movían apresuradas entre Iris y algún punto indeterminado del horizonte, en la oscuridad bosque adentro. Un gruñido llegó haciendo bailar las ramas de los árboles. ¿Era posible que se tratara de la bestia de humo que regresara a por ella?

—Sólo prométeme una cosa —dijo él.

—No pienso prometerte nada.

—No salgas de casa hasta que yo vuelva. Y… —dudó antes de decir—: no vayas a la mansión. Por favor, te lo suplico.

Era lo mismo que su madre le había hecho prometer aquella misma mañana. ¿Pero qué se había creído? ¿Cómo se atrevía a decirle que no saliera? No podía pensar con claridad. No comprendía nada. El gruñido se acercaba a toda prisa hacia ellos. Rodeándolos. Iris se imaginaba que clase de bestia podía estar acechándolos. Tenía la mente llena de niebla, de dudas y de miedo.

—¡Corre, Iris! ¡Vete a casa, ahora!

El chico le dio un empujón y salió corriendo en dirección contraria. En un segundo, que pareció ralentizado en el tiempo, el chico se volvió hacia Iris, sonrió, le guiñó un ojo y dijo:

—Por cierto, me llamo Daniel.

Las mejillas de Iris estallaron por el calor que recibió de sus ojos, de ese guiño. Permaneció quieta, observando a su sombra misteriosa desaparecer entre la vegetación. Al fin le había puesto un rostro y una voz.

Percibió que la bestia estaba cerca. Muy cerca. Giró en seco, corrió hacia el jardín y entró en la casa.

Tantos días imaginando de quién podría tratarse, temiendo que pudiera ser un perturbado y, ahora que lo sabía, aún tenía más preguntas por hacerle. Se quedó con una sola respuesta: Daniel.

Se llamaba Daniel.

Agosto

Capítulo 17

Había pasado un mes desde la aparición de Daniel, de la que no había hablado con nadie, esperando cada día que reapareciera. Con esa esperanza se acercaba al mismo lugar. Y habían pasado dos meses desde el trágico suceso. Que su hermana terminara muerta fue el fin de la alegría de la casa, el principio de una agonía interminable y el remate para la condena de Iris.

Primero odió tener que ir a vivir a ese pueblo, después se fue acostumbrando, incluso se sintió feliz por poder descubrir los secretos ancestrales que se ocultaban y que corrían por su sangre. Pero a partir de la muerte de Celia, los detestó. Pocas cosas podían hacerla reaccionar. Era como un zombi que pululaba de un lugar a otro, perdida como un fantasma que no encuentra su lugar.

Esteban y Victoria disimulaban e intentaban actuar con total normalidad, pero los silencios se habían convertido en un manto espeso que había sustituido al aire. Y cada uno de ellos hacía lo que podía para llenar cada minuto de sus vidas sin Celia sin tener que dar explicaciones. Uno se conformaba con el alcohol y la otra aprendiendo a hacer ganchillo. La vida en Barcelona parecía de golpe como un espejismo de felicidad.

Su madre y la abuela pululaban por casa como dos espíritus en pena.

Al principio forzaban alguna sonrisa, buscaban en Iris un consuelo para conversar de insignificancias o trataban de alegrarla con comentarios aparentemente graciosos. Intentaban en vano que hablara de lo ocurrido, que les contara como se sentía, pero a ella no le apetecía hablar del «incidente».

¿Qué esperaban que les dijera? ¿Que Celia murió por su culpa? ¿Que era ella la que debía haber muerto ese día? Pues no. No les dijo que murió por su culpa. Por ser una cobarde. No estaba dispuesta a hablar con nadie de aquel día. Su madre había perdido a su angelito, la niña que complacía todas sus peticiones, el azúcar de sus penas y alegrías. No como Iris. La difícil, antipática y antisocial. La prescindible. Así lo sentía ella.

Tenía la sensación de que en ocasiones, los ojos verdes de su madre deseaban que el río se la hubiera llevado a ella y no a Celia. Nunca lo dijo. Tampoco hizo ninguna mención al respecto. Pero Iris se lo podía leer en el fondo de sus ojos y que a la vez se mortificaba y se culpaba por el simple hecho de pensarlo.

La relación con la abuela Sión no tardó en ser un eco, un recuerdo fugaz. No volvió a bajar al sótano con ella, ni fueron más al pajar. Y, por supuesto, dejaron de practicar con las hierbas, de cuidar las flores y de preparar infusiones. En raras ocasiones, la sentía indagando en el interior de su cerebro, centrándose y moviéndose a través de sus sueños. Arañaba la pared de cada recuerdo oculto tras el muro de hormigón que había creado para protegerse. Fuese o no capaz de hacerlo, no le suponía ningún esfuerzo visualizar la protección.

Esteban, por su parte, también se distanció. Bueno, mucho más de lo que ya lo estaba antes del incidente. Cada día se ausentaba por más tiempo. En su mente solo había sitio para un plan: terminar las obras de la masía. Era como si terminar aquel proyecto pudiese ayudarle en algo. Como si fuera a recuperar a Celia. Lo más seguro era que se sintiera culpable por haber regresado a la comarca. Y pensara que la muerte de Celia era culpa suya.

«Todos se sienten mal, pero la única culpable soy yo», se repetía Iris, una y otra vez. «Yo la incité a ir a la catarata para ver aquellas estúpidas libélulas de agua aun sabiendo que el río bajaba furioso. Debía haber intuido que era peligroso. Además, si hubiera tenido el valor de hacer algo, ella seguiría con vida».

Y, para aumentar la tortura, la sombra de sus sueños se le había aparecido en el mundo real, en la presa, para confirmarle que existía un mundo paranormal paralelo y peligroso, que antes se había tomado a broma e incluso le había parecido divertido. Ahora que veía un riesgo real que les acechaba desde el más allá la piel de Iris temblaba con el mínimo sonido inesperado.

Aquella sombra era un ser de las tinieblas que vino directo a por ellas. ¿Era posible que se tratara de lo contrario a las elementales? ¿Del maligno oscuro que había hablado la abuela?

Pero, aún así, ¿por qué se llevó a Celia?

Era algo que Iris se preguntaba y no hacía más que darle vueltas.

Pero la abuela no parecía estar del todo disponible para escampar la bruma de su mente. Debía encontrar otro medio para responder las preguntas.

Por otro lado, no podía quitarse de la cabeza a Pitu, el amigo especial de Celia. En ningún momento se había mostrado decaído por lo sucedido. Ni siquiera en el entierro. Pero a medida que pasaban los días Iris había visto un deterioro en él. Era como si algo le estuviera consumiendo por dentro. A Iris le parecía un poco raro. Aunque tampoco iba a decirle nada, pensó que quizá fuera un tipo de protección hacia la gente para no mostrar sus verdaderos sentimientos. Total, ella también lo hacía.

Al contrario que los demás en casa y los habitantes del pueblo, Pitu se había acercado a Iris todos los días y, sin quererlo, la empujaba a salir de la clausura en la que estaba sumida.

Capítulo 18

Pitu visitaba todos los días a Iris repitiendo la rutina como un poeta que recita sus versos a la luna. Entraba en la casa cuando Victoria salía hacia la mercería, subía a la habitación y a través de la puerta de madera le susurraba:

—Iris, estaré abajo, esperándote. Me gustaría que vinieras.

Sus palabras le llegaban dulces y cálidas. Pero ella permanecía muda, le era imposible pensar con claridad y su mente daba vueltas a toda velocidad. No alcanzaba a comprender qué quería o qué buscaba con esas visitas. Suponía que le iba a recriminar lo que ya sabía; que ella tenía la culpa de todo. Y pensó que tarde o temprano se cansaría de ir todos los días para nada.

Pero estaba muy equivocada.

Pitu siguió volviendo a diario.

«Iris, me gustaría hablar contigo», decía un día.

«No permitas que venza el dolor», decía al otro.

«A Celia no le gustaría verte así».

En un principio, Iris parecía ignorar a Pitu. Pero a medida que la insistencia del chico no desfallecía, las dudas dieron paso al interés y la ignorancia a la necesidad.

Incluso, sintió el deseo de confiarle su encuentro casi mágico con Daniel. Pero no lo hizo.

A menudo Iris se encontraba unas flores en el alfeizar de la ventana de su habitación —eran lirios—, o las veía en la valla del jardín. Al principio pensó que alguien del pueblo las traía en símbolo de duelo por la muerte de Celia. Pero pronto se dijo que debía de tratarse de Pitu y que eran para ella. Las fue recogiendo y

guardando en un jarrón con agua encima de su escritorio. De vez en cuando las olía y se dejaba llevar por su fragancia fresca, un aroma que la llevaba a imaginarse y sentirse cerca de Pitu.

En poco tiempo, Iris se encontró mirando a escondidas por la ventana, esperando ver la silueta de Pitu cruzando el patio de la casa. Le hubiera gustado ver cómo le dejaba la flor, pero nunca lograba verlo. El corazón se le aceleraba con el reflejo de los cabellos rubio trigo de su joven visitante. Y las mejillas le aumentaban de temperatura al ritmo del eco que hacían las pisadas del chico al subir la escalera. Entonces, la oreja de Iris ya se había fundido con la puerta de madera que les separaba. Esperando oír su voz de nuevo.

Sin darse cuenta, la crisálida que apresaba el corazón de Iris se fue agrietando. Ahora ansiaba sentir el calor de los motes que iban fundiendo su prisión de hielo. Las cadenas que la retenían presa en la habitación se iban rompiendo. No, ya no existían. Era libre. O al menos se le concedía un permiso penitenciario. Pitu la fue despertando del letargo como Blanca Nieves en el cuento y abrió los ojos tras el sueño perpetuo.

Hasta ese día en que abrió la puerta.

—Espera, Pitu —dijo cuando él ya se dirigía de vuelta abajo.

Pitu se giró con una sonrisa radiante y blanca, que casi deslumbró a Iris. Le pareció preciosa y sus cabellos se mecieron con suavidad en el aire, blandidos por una brisa inexistente.

—Iris —suspiró—. Gracias por abrir.

—Pero… —ella dudó un instante. No estaba segura de que hubiera sido buena idea tomar la decisión de abrir—, no entiendo…

—Tranquila. Comprendo que no abrieras la puerta antes. Lo has pasado muy mal. Lo sé.

Iris se sorprendió. No iba a pedirle disculpas por no abrirle la puerta. Lo que a ella le intrigaba era saber porque Pitu acudía allí todos los días. ¿Qué quería de ella?

—Ven, vamos a dar un paseo y lo hablamos.

Pitu no esperó a obtener una respuesta, dio la vuelta como un rayo y bajó las escaleras. Iris se sorprendió un poco. ¿La había dejado plantada?

Iris estaba confundida. Sentía un interés por Pitu que no había imaginado antes y eso la hacía sentir un poco culpable. Él era —o había sido— el “amigo especial” de Celia, de su difunta hermana.

Pero ese “lo hablamos” que dejó flotando en el aire se le había clavado como una flecha más al montón que le llenaba el alma de dudas y preguntas sin resolver.

«¿De qué quiere hablar conmigo?», pensaba Iris.

No tenía ni idea de cuáles serían los planes de Pitu. A pesar de

todo, lo que a ella le importaba y la hizo seguir adelante con la decisión de ir tras él fue el hecho que pretendía estar a su lado. Solamente eso. Quería sentirlo cerca. Percibir a alguien que no actuara por inercia. Se había acostumbrado al abrigo que le ofrecía el timbre de su voz y ahora lo necesitaba.

Salieron al exterior. El día era claro, sin neblina, pero el cielo se mantenía cubierto por una capa de nubes de un color plomizo. El aire era ligero y fresco. Y la fragancia húmeda seguía en el ambiente como señal distintiva del lugar. Era como si el verano no hubiera existido.

Anduvieron por el camino que había detrás de la casa. Pitu la llevó hacia una zona de frondosa vegetación. De hecho, toda la zona era muy tupida y depresiva. Caminaron en silencio mientras el camino se iba convirtiendo en una fina capa de arenisca y a su alrededor llegaron a verse rodeados de flores blancas y tulipas que decoraban el suelo como alfombras gigantes en un palacio de ensueño.

—Dime, Iris. ¿Te gusta vivir aquí? —rompió el silencio.

—¿Cómo?

—Lo que has escuchado. ¿Qué si te gusta vivir en este pueblo?

Sí, Iris le había entendido a la primera. Pero se sorprendió de lo que la pregunta podía implicar. ¿Qué debía responder? ¿Decir la verdad y exponerse a un sinfín de preguntas más que no estaba dispuesta a sacar a la luz? O por el contrario, ¿esconder la realidad bajo el ala como siempre?

Después de un silencio incómodo, Iris eligió la primera opción.

—Mira, Pitu. Supongo que sabrás que vinimos aquí, a la Garrotxa a la fuerza, mis padres no nos preguntaron antes qué nos parecía. Solo porque a mi padre le apetecía cambiar de aires. Mi hermana… —Se le hizo un nudo en la garganta. Tragó saliva y tras un carraspeo prosiguió—. Celia ha fallecido. Y a mí no me gusta la gente del pueblo, jamás me ha gustado. Ni siquiera los de mi edad. Soy un alma solitaria. No me gusta andar con explicaciones ni intentando entablar conversaciones con nadie. Lo pasé muy bien el día que vine con vosotros al cine, pero aún así, prefiero la soledad.

Pitu escuchaba en silencio. Su cabeza se movía con leves movimientos, asentimientos quizá.

—Y el pueblo aún peor —siguió Iris—. Odio haber tenido que venir a un lugar como este. Aquí es prácticamente imposible pasar desapercibido. Siempre hay alguien que te mira con ojos inquisitivos. No, no me siento nada bien viviendo en éste pueblo.

Aunque Iris sonó convincente, en su perorata olvidó mencionar que en su foro interno sí había lugar para estar bien en el pueblo; su deseo de conocer más acerca de su linaje, los secretos que rodeaban

al ritual que se hacía en el *Clot de l'infern*[2] y por supuesto saber qué se llevó a Celia.

—Debes de haber sufrido mucho con lo de tu hermana. Y todo lo demás.

«¿Qué significa, "Y todo lo demás"?», pensó «¿Acaso tiene idea de cómo me siento, o pienso, o actúo?».

—No has dejado que nadie se acercara a ti ni te consolara como te mereces.

Pitu tenía un poder balsámico en su sonrisa y en sus palabras, en su mirada y en sus manos. De eso no había la menor duda. Con cada movimiento amansaba un poco más la ira que irradiaba, que latía a punto de explotar en Iris, obligándola a permanecer a la defensiva, pero expectante.

—Pero… ¿de qué estás hablando?

—Iris, estaba convencido de que eras un alma solitaria. De eso nunca he tenido la menor duda. Pero también imagino que tienes la mente abierta para comprender que no todo lo que ves con tus ojos es lo que hay en realidad.

El chico la cogió de la mano antes de seguir derritiéndole el alma. Iris hizo como si nada, le correspondió entrelazando sus dedos con los de él y reanudaron el paso.

—La gente de por aquí tiene una visión del mundo un tanto obtusa, muy distinta a la de los demás —siguió Pitu—. Estoy de acuerdo que no son precisamente unos buenos anfitriones y que tienen unos modales bastante bruscos, pero tampoco son mala gente, Iris. Simplemente es que están asustados.

—¿Asustados? ¿De qué?

El camino de arenisca se había tapizado con un manto verde intenso tras la pared de una colada de lava impresionante que caía en un horizontal perfecto mientras la pendiente era más acusada a cada paso.

Fueron bajando en dirección al río. Iris no había podido evitar que se le escapara algún que otro suspiro y soltase varios «qué bonito». El verdor del lugar mezclado con el rumor del agua procedente del río al final del camino la apresaba en una extraña mezcla de sentimientos. Sabía que no se encontraba lejos del pueblo, pero aún así la hacía sentir aislada, lejos de todo y de todos. Incluso de los problemas de casa, de su mente… Y esa sensación la acompañó durante todo el descenso.

Al final del caminito sus emociones estallaron.

—Es precioso —exclamó.

La humedad suspendida en el ambiente le llenó las fosas nasales con una infinidad de esencias florales. La brisa fresca le rozaba las mejillas junto al sonido del río galopando libre y sin pausa. Tan

calmado y transparente que no parecía el de unas semanas atrás. Y una explanada de unos cuatro metros cuadrados con una alfombra de hojarasca marrón ennegrecida que decoraba el suelo. A un lado, una mesa metálica con símbolos grabados en su superficie que no conocía, pero que recordaba haber visto en otro lugar. Una fuente de agua cristalina y piedras de la colada colocadas a modo de asiento completaban la decoración.

Pitu se arrodilló frente a la fuente, juntó las manos y las colocó bajo el chorro.

—Pruébala, Iris. Está buenísima.

Pitu juntó las manos en forma de cuenco, las puso bajo el manantial, se llevó el agua a los labios y bebió. Ver como se le escapaban algunos chorritos por las comisuras de los labios y se relamía la hizo enrojecer, incapaz de apartar la vista de la boca del chico. No tardó en sentir la necesidad de limpiárselos y se imaginó probando el sabor de aquella maravillosa visión, como si estuviera en un anuncio de chicles.

¿Qué le estaba ocurriendo?

Iris se sacudió la idea de la cabeza un poco avergonzada, se agachó a su lado y repitió los gestos del chico que habían quedado grabados en su mente para siempre.

—¿Qué me dices? —se acercó mucho a ella.

—¿Có-mo? —balbució a la vez que su corazón latía con más fuerza.

«¡Si sigue acercándose así, no sé de qué puedo ser capaz!»

¿Por qué tenía esos pensamientos?

—¿A que está buena?

—Ah, sí. Muy buena —Iris se levantó demasiado deprisa y cogió asiento en una de las piedras. Él hizo lo mismo y se sentó a su lado. Iris decidió atacar. Inhaló y dijo—: ¿a qué te refieres cuando dices que la gente de por aquí tiene miedo?

A Pitu pareció agradarle su interés y no tardó en ponerse en situación.

—Mira, estos bosques están plagados de leyendas que han perdurado de generación en generación y muchos de los habitantes de la Garrotxa creen en esos monstruos, que los persiguen y los pueden llevar a la condena.

El estómago de Iris se removió. La visión al final del jardín, la sombra del río que se llevó a Celia, quizá era uno de esos seres oscuros de los que hablaba Pitu. Aún recordaba que la abuela le dijo que todo lo bueno tiene su opuesto. Quizá esos monstruos eran el reflejo de ellas mismas, de las elementales. Pero, ¿qué sabía él de todo ello?

—Y… esos seres…

—Iris —cortó el chico—. ¿Crees en las leyendas? ¿En los monstruos?

Quedó callada un rato. «¿Cómo responder a eso sin delatar que yo era una bruja, una elemental, que a Celia se la había llevado un ser de otro mundo y que, lo más probable, era que estuviera loca. Completamente loca.»

—Sí —dijo al fin—. Supongo que tengo una mente abierta a esas posibilidades. ¿Por qué lo preguntas?

—Tengo una teoría que no puedo contar a nadie. Ninguno de mis compañeros es bastante abierto para aceptarla, aunque tengan miedo de los monstruos cuando se meten en la cama.

—¿Y de qué se trata? —preguntó cada vez más intrigada.

—Algunos ancianos hablan de lugares marcados por el diablo. Sitios donde se reúnen las brujas para realizar conjuros mágicos y adorar a esos seres inmundos ofreciéndoles almas que devorar en su prisión eterna. Toda esta tierra —abrió los brazos paseándolos de izquierda a derecha— es un decorado. Un bello paraje encima de la mismísima puerta del infierno.

Iris escuchaba estupefacta las teorías de Pitu. No hubiera imaginado que creyera en la veracidad de aquellas leyendas. Al parecer se trataba de secretos que las elementales debían custodiar, aunque era posible que él o los ancianos hablaran de ello simplemente como simples leyendas y que no tuvieran ninguna prueba real de que existiera en realidad. Pero lo que más le sorprendía era que el chico pensara que aquello tuviese alguna relación con Celia.

—¿Y cómo se unen las leyendas a lo ocurrido con mi hermana?

—Creo que… ¿Crees que es posible que Celia puede ser un espectro?

Iris se sorprendió más aún. No había pensado en esa posibilidad, porque no era posible. La sombra se la había llevado. Y la abuela se había asegurado con el conjuro de que todo su ser pudiera descansar.

—No lo sé, Pitu. Ni se me había ocurrido. ¿Tú crees en fantasmas?

—Pues sí, Iris. Y es más. Creo que Celia está atrapada de algún modo, en algún lugar. Lo sé porque sueño con ella, Iris. Y sé que está intentando comunicarse conmigo —se acercó a Iris y la cogió de la mano. Iris se estremeció el pensar en su hermana de aquel modo. Pero, ¿era eso posible? Si era cierto que ella fuera una descendiente del linaje de hijas de la Diosa Madre y que pudiera sentir y alterar las esencias de las cosas, ¿qué no era posible? ¿Qué hacía que la suposición fuera imposible, descabellada? Lo que a Iris le molestaba era pensar que Celia se estuviera apareciendo en los

sueños de Pitu y no en los suyos. ¿Estaría molesta con ella?

—En esta comarca hay sitios marcados en el tiempo, lugares que atrapan lo peor de las personas y lo amplifican de un modo abismal. Existen lugares mágicos con seres de mundos de fantasía —sus ojos chispeaban como un niño pequeño relatando una aventura en el parque zoológico—. Y puede que Celia nos esté esperando. Puede que sea un alma condenada, esperando nuestra ayuda.

Capítulo 19

Iris se quedó tras la puerta de la entrada mirando como Pitu se alejaba de la casa. La cabeza le daba vueltas a toda velocidad intentando atar cabos y relacionar los sucesos que la habían golpeado desde su llegada al pueblo; la revelación, los poderes, las leyendas, la muerte de Celia y ahora, la posibilidad de una condena espiritual. Pero, ¿era posible? ¿Realmente su hermana podía estar atrapada en un plano fantasmal?

—¿Dónde has estado? —la voz de Victoria la devolvió a la realidad.

—En los alrededores del pueblo —Iris cerró la puerta tras ella—, paseando por el camino que sube la montaña.

—No quiero que te alejes tanto, Iris. Sabes que no quiero que estés sola por ahí.

La voz de Victoria tenía un tono recriminatorio, pero se le entrecortaban las palabras por el miedo. ¿Estaría preocupada por la seguridad de Iris?

—Eres lo único que me queda…

La frase se le clavó como un cuchillo en el pecho. Iris no quería ser «lo único que le queda» a alguien. Y mucho menos si ese "alguien" era su madre. Eso supondría permanecer en casa demasiadas horas sin poder disfrutar del silencio y la paz necesarios para investigar lo que Pitu le había dicho.

—No sufras, mamá —respondió solícita—. Siempre me tendrás, pero no puedo estar todo el día encerrada en casa.

—Victoria —habló la abuela que asomaba la cabeza desde la cocina—, Iris es mayorcita para saber qué le conviene y bastante

sensata para tener cuidado. Además, seguro que no se alejará mucho.

Iris agradeció la ayuda de la abuela. Su madre, sin embargo, hizo una mueca que dibujaba estar en claro desacuerdo con ella.

Dio un giro de ciento ochenta grados y se marchó escaleras arriba.

Tras la cena, que estuvo bajo un manto de silencio donde el único ruido procedía de la cubertería en contacto con los platos, Victoria se fue a la cama no sin antes dar un beso en la mejilla a su hija.

—No creas que te dejaré ir —le susurró en la oreja—. Y este año no irás al instituto.

Iris sintió un temblor de miedo ante aquello. ¿Qué significaba? Vio como el movimiento del cuerpo de su madre al andar era como un vaivén arrítmico. ¿Estaría sufriendo aún por lo ocurrido?

—Está destrozada, Iris —la abuela respondió lo que en su mente había imaginado. Ella dirigió la vista hacia la abuela Sión.

—Es como si creyera que fue culpa suya, abuela. Como si se martirizara por no verlo venir.

—Así es, cielo —afirmó la abuela a la vez que se sentaba al lado de Iris y le pasaba un brazo por los hombros—. Debes comprender que ha sido un golpe muy duro para ella. Igual que lo ha sido para ti. Pero ella lleva toda la vida negando que lo que se ha llevado a Celia existe.

Iris se dio la vuelta confundida buscando el contacto visual con la abuela.

—¡¿Me estás diciendo que sabéis que no fue un accidente?!

—Así es.

—¿Y por qué no me has dicho nada durante estas semanas, abuela? —sus ojos se llenaron de lágrimas—. Creía que me había vuelto loca, que todo… imaginaciones…

—No hace tanto que lo sé, cariño.

La abuela Sión sacó un pañuelo de papel y le enjugó los ojos.

—Hay revelaciones que no se pueden soltar así como así —su mirada se perdía en la oscuridad de la noche tras la ventana. ¿Qué hacía? ¿Acaso temía que hubiese alguien mirando a través de ella? —Tienes que descubrirlas por ti misma.

—Pero yo sé lo que vi ese día en la esclusa. Era una bestia de humo la que se llevó a Celia. La que se me aparecía en las pesadillas. Pero yo pensaba que era imposible. Me negaba a creer que pudiera aparecer estando despierta.

—He estado consultado el Oráculo, Iris. He intentado vislumbrar lo que nos acecha. Pero todo está velado por una gruesa capa de niebla que no me deja ver más allá.

—¿Y de qué se trata, abuela? ¿Qué era ese monstruo?

—A eso me refiero, que no sé qué clase de mal se ha fijado en ti. Y eso me aterra.

Iris empezó a sudar al tiempo que su rostro empalidecía.

—Querrás decir que se fijó en Celia…

—No, Iris —su voz era preocupada—. Creo que tu hermana se fue debido a un daño colateral. Ese día, si no me equivoco, aquél ser venía a por ti, cariño. Estás en peligro.

Iris sintió cada palabra como un puñetazo; en la barriga, un derechazo en el rostro… La abuela Sión le estaba confirmando que ella era la culpable de todo y la que debía haber muerto en la esclusa del Molí Fondo.

—No sé de qué se trata, Iris —de golpe le pareció que a la abuela le habían caído veinte años encima—. Puede que se deba al cambio de milenio que se acerca. Pero no voy a descansar hasta descubrir cómo salvarte —La abuela Sión tenía la vista fijada en el exterior y hablaba apresurada, con miedo, como si estuviera haciendo algo mal y temiera ser descubierta y añadió—: Debes apresurarte a aprender los secretos de tu linaje, Iris. Ahora sí, no debes perder un segundo. Utiliza el Libro de las Esencias. Puede que a ti te revele el modo de protegerte y ahuyentar a la bestia.

Capítulo 20

Durante las siguientes noches, las pesadillas regresaron con más intensidad y fuerza que ningún otro día. En ellas la lluvia la golpeaba con más fuerza que antes y los cortes en su piel le escocían y ardían como si de fuego se tratase. Sin embargo, lo peor venía después de aparecer la mano, cuando podía ver a la bestia acercándose a través de la oscuridad y arrastrándola a una muerte segura.

Se despertó empapada en un charco de sudor. Aquella pesadilla ya no parecía un simple sueño o una premonición. Más bien era una revelación que Iris aún no era capaz de comprender.

Quizá fue por verse perseguida por una bestia de humo, por la suposición de que Celia podía ser un espectro como le había dicho Pitu, o por la suma de todo en sí, que era más como una película de suspense que de una mudanza de la ciudad al campo.

Había pasado los últimos días encerrada en casa. Evitaba el contacto con la abuela Sión, que se limitaba a hacer rituales para ahuyentar a los malos espíritus, y a su madre que parecía más ida que antes con sus ojos llorosos y ojeras azuladas. En las comidas, que era cuando Iris se sentía más expuesta, se limitaba a sentarse a la mesa, comer con la mirada baja y escabullirse en cuanto podía.

A Iris no le hacía falta ningún esfuerzo mayor. Ellas seguían ausentes, igual que ella. Solo la abuela, en pocas ocasiones, parecía que le dirigía alguna mirada fugaz o una palabra de consuelo. O puede que quizá se alegrara de que estuviese estudiando sus libros de flores, plantas y magia a escondidas.

Iris se encerraba en su habitación con los libros y devoraba las

enseñanzas que las hojas de papel le revelaban. El Libro de las Esencias, el *malleus maleficarum*, y tantos otros que iba descubriendo en las estanterías. Aquellos libros, escritos a mano con una caligrafía preciosa, le enseñaron a ver, escuchar e interpretar las señales de la naturaleza y los habitantes en ella. Se convirtió rápidamente en la vía de escape de un mundo que Iris no comprendía del todo y que no la aceptaba tal y como era. Y puede que lo que en aquél momento la atrajo más fue descubrir que la línea que separaba el mundo en que habitaba del de los espíritus elementales malignos era tremendamente delgada.

En un cuaderno, bastante más pequeño que los demás, escrito a mano con letras rojas que imaginó era sangre, había un sinfín de descripciones, detallados escritos personales y conjuros de seres demoníacos. Algo que jamás querría conocer nadie ni en sus peores pesadillas. Una de las anotaciones, al inicio del libro, que le llamó la atención y se le repetía en la mente rezaba:

«Supongo que algún día seré capaz de comprender el poder que reside en este lugar. Por ahora, debo conformarme en absorber el máximo de conocimientos, hacerme fuerte y aprender a reaccionar rápido.

Creo que mis niños están en peligro. Siento que nos acecha algo más terrible y peligroso que la mismísima muerte.

Pero haré lo que tenga que hacer para preservarlos del mal.

Y tengo la fe de que cuando llegue el día del juicio final, seré lo suficientemente valerosa para luchar contra sus perversos designios.»

De algún modo Iris sabía que se relataban las vivencias de alguien y supuso que se trataba de la abuela Sión, que le hicieron sentir que no eran tan distintas; ella se preparaba para un fin oscuro, mientras que a Iris le interesaba cruzar la oscuridad para encontrar y rescatar el alma de Celia. En los libros se relataba como algo posible. Si bien era cierto que no estaría ausente de peligros, el hecho de que fuera plausible, la animó a seguir adelante. Si no hubiese ocurrido la tragedia, seguirían siendo inseparables. Pero ahora estaba sola y su fuero interno le gritaba que fuese a por ella y la trajese de vuelta.

Capítulo 21

Pitu le había llegado a parecer un buen amigo, pero Iris nunca le habló de su habilidad; ¿era posible que Celia le hubiera explicado lo que hacían Iris y la abuela? No, era imposible. Ni siquiera ella lo sabía en realidad. Además, bastante trabajo le costaba encontrar respuestas a la sugerencia que Pitu había sembrado en ella. Pero los libros de la abuela no revelaban muchos detalles que pudieran ayudarle.

El consuelo de Iris eran las noches.

Esa noche salió de casa de la abuela abrigada con una sudadera de capucha similar a la que usaba Daniel, al que no había vuelto a ver —ya era septiembre y no pensaba tanto en él. En la comarca, las noches refrescaban bastante, y más a esas horas—. Cruzó el puente románico con las manos hundidas en los bolsillos y siguió por la calle St. Antoni.

Aquella calle tenía algo que le resultaba agradable. Los adoquines negruzcos y húmedos eran como un reflejo de su estado de ánimo; piedras muertas. Al recorrer todas las noches la misma ruta, aprendió a camuflarse en el ambiente. Prácticamente podía sentir el frío húmedo de los adoquines atravesar sus zapatillas deportivas y clavarse en sus pies. La luna asomaba tras unas nubes bien recortadas y demasiado oscuras, con toda probabilidad cargadas de agua. Y el olor característico de la calle procedía de los geranios, que asomaban expectantes, tras los barrotes de hierro de todos los balcones. Iris se fijó en que la mayoría de balcones exhibían las palmas, que se bendicen durante la Semana Santa, atadas en ellos. Había leído en uno de los libros que se trataba de

un método tradicional para ahuyentar a las brujas y mantener la casa protegida del mal.

Al llegar al final de la calle, Iris se fijó en las personas que estaban en la entrada del bar, frente a la plaza Mayor. Vio las caras alegres de algunos críos; comiendo algún helado, jugando al escondite o en los columpios. A ella le invadía un sentimiento indescriptible; tristeza, nostalgia tal vez. No eran celos. Más bien una lástima, cómo una lanza de dolor, al no tener lo que a ella le hubiera gustado, mezclado con cierta alegría de ver que aquellos mocosos sí tenían a alguien que los apoyara.

Entre la gente, un chico con una sudadera oscura como la de Iris se giró, casi pegó un grito imaginando que podía ser Daniel. Y si bien sus miradas se cruzaron como un relámpago, Iris no pudo comprobar si era él, pero en cambio sintió un hormigueo por primera vez en esos meses.

Se escondió tras la fuerte de piedra rojiza con el pulso acelerado golpeándole las orejas, la sombra del chico permanecía quieta, como la sombra en el jardín hasta que se desvaneció. «Seguramente, fue un espejismo», volvió a decirse, y siguió su camino.

*

El camino que bajaba de la plaza Mayor hasta el monasterio románico tenía cierto aire de cuento de hadas que a Iris le encantaba. Tenía unos grandes árboles que se entrelazaban en lo alto con un abrazo de miles de ramas, que acababan formando un túnel con vida propia. Todas las noches desde que había empezado a estudiar los libros intentaba bajar hasta el altar frente a la iglesia. A su izquierda quedaba el río e incluso antes de llegar podía ver la antigua fábrica, el Molí Fondo, donde murió su hermana.

Por alguna razón que desconocía, andar ese trozo de camino le proporcionaba paz, como si Celia la acompañase recorriéndolo a su lado. Como si de algún modo pudiera compartir parte de su energía positiva que tanto la caracterizaba.

Alguna vez, la puerta del monasterio estaba abierta y aprovechaba para entrar. Le gustaba tocar con la punta de los dedos la pica bautismal, con sus relieves, figuras y símbolos.

«Pronto iré a tu lado, Celia», se dijo.

Iris ya no tenía miedo a la muerte. Ni a las sombras. Durante los meses siguientes a la muerte de su hermana, se había convertido en un ser de la noche. Se ocultaba entre sombras, escuchaba melodías en su cabeza que se repetían una y otra vez, pero que jamás había escuchado. Salían de ninguna parte y se quedaban en su interior. «Definitivamente, estoy enloqueciendo», se decía.

En alguna ocasión, dejaba los prejuicios a un lado y quedaba con Pitu, el otro bicho raro del pueblo, según él. Sentía empatía por ese chico. De hecho, se sentía en deuda con él. Y aunque a ella le hacía sentirse bastante bien y notaba el efecto que le hacía tenerlo junto a ella, pasaba de enrollarse con ningún chico. Solo quería sentir su calor, su cercanía… Y aunque tampoco iba a hacerle caso, a su madre nunca le gustó demasiado, ni siquiera cuando Celia quedaba con el grupo. Decía que no era agua clara.

Pero desde que falleció Celia, Pitu se había propuesto animarla. Y lo consiguió. No con palabras bonitas u otras tonterías que suelta la gente para intentar darte ánimos y que sabes que son falsas del estilo: «La vida es así, debemos aprender a aceptarlo», o «Que duro… Menos mal que ahora estará bien.» Nadie sabe lo que ocurre una vez has muerto. Pero no, él la atraía a la aventura, decía que la llevaría a sitios con leyendas oscuras y fantásticas de los alrededores del pueblo. Y el hecho que metiera en su mente la posibilidad de que Celia estuviese atrapada, condenada de algún modo a ser un espectro, le había insuflado cierta meta por alcanzar. Iris debía de reconocer, aunque no le gustase, que cada vez se sentía más apegada a él.

La muerte los unía y los separaba a la vez.

Esa noche se sentó con las piernas cruzadas en el altar de piedra, frente la iglesia románica divagando entre sus pensamientos que se mostraban cubiertos por una densa neblina.

Pitu apareció por el camino sin asfaltar.

—Sabía que estarías aquí, Iris.

—Mira que listo —respondió ella con sarcasmo.

—Te tengo una sorpresa preparada que te va a dejar sin aliento.

Iris arqueó los hombros y las cejas hacia arriba. Entonces el chico explicó:

—En las afueras de St. Joan hay un lugar donde se funden los dos mundos; el físico y el espiritual. Y hay una fecha concreta en la cual ese fenómeno se acusa hasta un límite inimaginable. He intentado durante años que alguien lo suficientemente valiente me acompañara, pero nadie se ha atrevido. Y puede que… —dejó la frase en el aire.

Iris lo miró sin saber que responderle. Pitu no apartó la vista de ella, provocándola, esperando una reacción. Iris tenía muy claro que lo hacía adrede. No estaba segura de si se trataba de una invitación, un reto, o una provocación. Quizá las tres cosas a la vez. Pero él sabía que botón presionar en cualquier persona para que hiciese lo que él quería en el momento preciso.

«Fundir los mundos», había dicho. Aquella expresión la había escuchado antes y la exaltó como una llama que recorría su

corazón. En el *Clot de l'infern* se suponía que ocurría algo similar. La diferencia radicaba en que el lugar era como una puerta entre dichos mundos. Quizá. Solo quizá. Podría volver a encontrarse con Celia. Debía disculparse con ella. Necesitaba su perdón. Y con los conocimientos que poseía, quizá podría llevarla de nuevo a la vida consigo. Y si no lo lograba, se quedaría allí, al otro lado, con ella.

Los ojos de Iris chispeaban de emoción con solo pensar en el reencuentro con su hermana. Pitu los leyó a la perfección, pero imaginando un motivo distinto.

Antes de volver a hablar se abalanzó encima del altar, la besó en la mejilla y concluyó sentándose a su lado:

—El día de máximo poder está cerca, será el primer fin de semana de octubre. Vendré a buscarte al anochecer. Juntos viajaremos al mundo de los caídos. Puede que podamos hablar con Celia. E incluso salvar a los condenados que están prisioneros allí.

—Lo dices como si no nos fuéramos a ver…

—No, Iris. Me voy a Londres mañana por la mañana. Mis padres no me han dicho por cuanto tiempo, pero supongo que antes de que te olvides de mí estaremos de vuelta, cuando las clases ya hayan empezado. No te olvides de mi, ¿vale? Será una noche paranormal inolvidable.

Capítulo 22

Sin embargo, Iris no supo que Pitu llegó a su casa, metió la llave en el cerrojo y abrió la puerta sin imaginar la sorpresa que le aguardaba.

—Mamá, papá… ¿qué ocurre?

Sus padres estaban de pie en el recibidor del domicilio con los rostros desencajados y pálidos como muñecos de porcelana.

—Ven, cariño —susurro la madre sin mover los labios.

—Tenemos que preparar el viaje —añadió el padre.

Pitu se acercó a ellos con el miedo apretándole el pecho y haciendo que sus pies pesaran toneladas.

En la puerta que comunicaba con el comedor se alzó una sombra. Era líquida, como agua oscura. Se movía por las paredes e iba cubriendo y devorando el color a su paso.

Pitu se sentía extrañamente atraído hacia el mar oscuro. Sus padres exhalaron un aliento y de sus oídos y bocas emanó también la misma masa líquida.

—No temas, mi niño —susurró una voz del agua—. Voy a hacer de ti alguien de provecho. Alguien poderoso y especial. Aunque pronto ni siquiera recordarás nada de esto.

La masa acuosa y viscosa cubrió a sus padres.

Pitu intentó retroceder y salir de la casa, pero la puerta ya no existía, estaba rodeado por completo.

Del líquido salieron unos tentáculos que se agarraron a las extremidades del joven como grandes y gruesas cuerdas.

Otro tentáculo le agarró la cabeza echándosela hacia atrás.

Y poco a poco, como si se tratara de gusanos o de hormigas que

regresan a su hogar, el líquido negro fue entrándole por la nariz.

Sus ojos le ardían de dolor y se hinchaban. Hasta que el blanco de sus ojos fue substituido por un negro latente y brillante.

Capítulo 23

Una semana después de haber concertado la cita mística con Pitu —a la que Iris tenía unas ganas locas de acudir—, y de que se fuera dejándola sola, la oscuridad pareció que regresaba del más allá a por ella.

Era finales de septiembre y, como si el verano ese año no hubiera existido, el frío y la humedad sumían al pueblo en una capa de neblina casi perpetua. St. Joan permanecía oculto bajo una densa niebla, igual que la mente de Iris.

Su cabeza estaba al límite, lista para estallar en cualquier momento. Se había puesto enferma. Como todos los años, con la llegada del otoño, Iris se convertía en una fábrica de mocos ambulante, su temperatura corporal aumentaba y las fuerzas desaparecían de sus músculos. Por supuesto, las salidas nocturnas, a las que ya no podía acudir, no tenían la culpa de que se encontrara en aquél estado.

Intentó prepararse infusiones que, por algún motivo, no daban ningún resultado.

En fin, era lo más parecido a una inútil. Y su madre se aseguró de que así fuera al privarle de la poca libertad que podía esperar.

—Este año no irás al instituto, Iris.

—¿Cómo dices? —respondió atónita—. Mi primer año en la comarca y me voy a saltar los estudios a la primera de cambio. No ves que me van poner bajo el microscopio para machacarme. ¿Voy a tener que empezar las clases con retraso o qué?

—Si eso es lo que te preocupa, puedes estar muy tranquila. No tendrás que ir cuando estés bien.

—¡¿Qué?!

—Ya lo tengo todo arreglado. He hablado con las chicas —"las chicas" eran sus compañeras de la mercería— y me han dicho que hay una profesora particular que te puede dar los temarios en casa. Tú solamente debes hacer los exámenes cuando te los asignen y ya está. Podréis empezar el temario a partir de mediados de octubre. ¿A que es maravilloso?

—¡Pues no! —alzó la voz— ¿Qué va a ser maravilloso no poder salir de casa?

—En tu estado es lo más sensato, Iris. Además, no puedes arriesgarte a que te ocurra algo una vez salgas por la puerta. Lo entenderás cuando sea mayor. Es por tu seguridad.

—¿No será por tu egoísmo, mamá?

Iris se arrepintió en cuanto lo hubo dicho. Eran unas palabras crueles. A fin de cuentas, podía entender que tuviera miedo a perder a su única hija. Pero no podía encerrarla en una prisión por toda la eternidad.

Victoria no replicó. Se limitó a dar media vuelta y dejar sola a Iris en su habitación.

—No te olvides de tomar una cucharada del jarabe. Es importantísimo mantener a raya esos virus.

Iris se quitó de la cabeza aquella discusión y regresó al presente.

Su preocupación durante esos últimos días era solo una. Bueno no, en realidad eran dos:

Uno, estar curada y lista para la salida misteriosa con Pitu, donde los mundos se fundirían y quizá, solo quizá, podría volver a estar con Celia. Iris se había empapado de historias de terror, de fantasmas y seres sobrenaturales que rondaban por la Garrotxa. Según los libros, era una tierra misteriosa y ancestral. A ella, sin embargo, le picaba más la curiosidad que el miedo o las ganas de aventura; quería saber si las leyendas que rondaban la comarca eran ciertas.

Había encontrado una hoja de papel oculta en un libro de medicina natural que hablaba de la masía Ballester, un lugar en el que se fusionaban los dos mundos. Iris pensó que quizá ese era el lugar donde Pitu quería llevarla en su salida era realmente un enclave mágico. A fin de cuentas, tampoco podían haber tantos sitios en los que lo paranormal se amplificaba. Además, tuvo la certeza de que si algún espíritu merodeaba a su alrededor para decirle algo, allí podría hacerlo sin problemas. Y lo más probable era que Celia estuviera allí atrapada. En ese lugar fue donde se cometieron los crímenes que le contaron Pitu y Toni el día que fueron al cine.

Aunque faltara un par de semanas, no se lo podía sacar de la

cabeza.

Y Dos, que desde su habitación y durante toda la semana, la sombra con forma humanoide había regresado y la seguía observando, oculta tras la valla que delimitaba el jardín. Desde que se había percatado de su presencia no había podido dejar de pensar en el motivo que podría empujar a alguien a actuar de aquel modo. Fuera quién fuese —tanto si era Daniel como si no—, la vigilaba, de eso no tenía la menor duda, pero no podía entender por qué o para qué.

Pero hoy, lo iba a descubrir.

Necesitaba descubrirlo.

Capítulo 24

Hubo un tiempo que creyó que la sombra pertenecía a Pitu. Pero ahora tenía claro que no. Él estaba fuera del país, en Londres. Desde que había enfermado, la creencia de que podía tratarse de algún ser de ultratumba que estaba esperando el momento oportuno para llevársela al otro mundo, como a Celia, crecía en su imaginación. También imaginó que podía ser Celia y que fuera ella misma que intentara advertirla de algo, de algún peligro, o solo quisiera despedirse. Aunque no tenía sentido. Ya la había estado viendo antes de que Celia la abandonara. O incluso algún perturbado que quería hacerles daño a ella y a su familia. En el último mes habían desaparecido dos personas más en la comarca y la gente estaba muy asustada.

Pero por raro que pudiera parecer, Iris se había acostumbrado a sentir aquella presencia misteriosa. Su mente incluso le puso un nombre: vigilante secreto. ¿Era posible que se tratara de un benefactor?

Bajó las escaleras tan rápido que ni la abuela Sión se percató de sus planes. Cruzó el comedor sin hacer el menor ruido. Lo último que necesitaba ahora era un sermón. Abrió la puerta trasera que daba al exterior y se quedó quieta un segundo pensando si hacía lo correcto o no.

Respiró muy despacio el aire fresco. Era habitual que en toda la comarca hiciese frío, y más durante las noches otoñales. De hecho, durante prácticamente todo el año llovía; día sí, día también. Con razón algún residente decía que la comarca era conocida como «el orinal del mundo». Un tanto exagerado, pero tenía sentido. Solo en

verano el sol brillaba con ganas, aunque por lo que Iris había vivido, las tormentas de verano se convertían en el plato del día. Era como si la densa capa de niebla protegiera al pueblo otorgándole un tétrico estilo fantasmal.

Entonces fue cuando recordó la extraña conversación que había mantenido con su madre aquella misma mañana, que poco a poco volvía a planear sobre su cabeza.

—Lo lamento —dijo ella mientras le cepillaba el pelo. Llevaba días haciéndolo. Era como si en su mente Iris hubiera vuelto a la infancia—. A mí también me gustaría que pudieses salir, pero aún no estás recuperada del todo.

—Mamá, pero si ya estoy curada. De verdad. Me siento mucho mejor —mintió.

—No puedes arriesgarte, cielo. Ya has perdido muchos días tumbada en esta cama para echarlos a perder de golpe. Tener un poco más de cuidado no te hará ningún daño.

—Te prometo que me abrigaré. Incluso puedo volver pronto a casa.

—Mira, Iris. Si yo pudiese me quedaría aquí contigo sin dudarlo un instante, pero sabes que no puedo faltar, tengo reunión con las chicas. No me gusta tener que ir tan lejos, pero me encanta participar en estas convenciones y, aún así, voy a tener que fingir que no te estoy echando de menos —dejó el cepillo en la mesita, le puso las palmas de las manos en las mejillas y le besó en la frente —. Las chicas se disgustarían y sabes que se lo debemos todo.

—Lo sé, mamá. Pero, Pitu —se arrepintió en el momento en que salió el nombre de su boca—, puede que haya llegado de Londres, me gustaría saber cómo le ha ido en Inglaterra.

La mirada de Victoria se endureció.

—¡Ya vale, Iris! —Cortó en seco y la agarró por los hombros—. Sabes que no me gusta enfadarme contigo, pero si sigues en este plan, no voy a tener más remedio que…

Estaba nerviosa y enfurecida. Sus dedos se le clavaban en la piel y a Iris le dolía.

—¡Olvídate de él! —siguió gritando—. Además, no vas a estar sola en casa, la abuela está encantada de poder pasar estos días a solas contigo. Sabes que esto es importante para todos, de algo tenemos que vivir, ¿sabes?

—¿Pero qué te ha hecho? ¿De dónde sale este odio repentino?

—Si tengo que decírtelo es que aún no eres muy inteligente — tomó aire—. Pitu salía con Celia y ahora ella no está. Él nos la arrebató.

Era curioso observar como Victoria podía pasar de un estado de paz y sosiego interior a estallar en ira e irritabilidad con la simple

mención de la palabra «Pitu». Todo lo relacionado con él la inquietaba, sentía un respeto evocador hacia aquél chico, al que muchas madres estarían encantadas en tener como el yerno guapo de la familia.

—¡Pero, mamá! —se quejó—. ¿Cómo puedes estar diciendo eso?

—Ni peros ni peras, Iris. Ese chico es peligroso. El bosque es peligroso. No hay nada que negociar. Vas a obedecer, y si la abuela me dice que te has marchado…

—¿Qué? ¿Qué vas a hacer, mamá? —la retó.

Victoria se quedó muda un instante, como sopesando la falta de respeto de Iris. Sus ojos parecían velados por una niebla blancuzca.

—Quiero que me prometas una cosa.

Iris arqueó las cejas hacia arriba a modo de pregunta.

—Que no saldrás de casa, pase lo que pase.

—No es justo.

—¡Prométemelo!

Debía mentirle. No estaba dispuesta a quedarse a pasar una noche de chicas con la abuela Sión.

Iris se sentía más atraída con la idea de siempre; ir al monasterio. Y aunque la sombra la seguía vigilando, tenía la necesidad de enfrentarse a ella. Quería saber de quién se trataba y porqué la acosaba, de una vez por todas. Hacía tiempo atrás, la abuela Sión le había dicho que eso era lo que debía hacer; descubrir la verdad.

Optó por mentirle a su madre.

—De acuerdo, te lo prometo.

Esa idea hizo sonreír a Iris.

Capítulo 25

Salió de casa con la sudadera de siempre, aunque con un jersey de lana debajo. El frío arreciaba aún más que otras noches. Miró los delicados rayos de luz que penetraban las nubes con la ligera claridad plateada de la Luna. Inhaló el aire cargado de humedad una vez más y se auto-convenció de que aquella escapada no era una falta de obediencia.

En realidad no estaba rompiendo ninguna promesa ni nada por el estilo. Sólo quería descubrir qué seguía haciendo Daniel, acechándola, y saber de una vez por todas porqué se ocultaba entre la maleza, vigilándola. «Mi vigilante secreto», pensó. La ocurrencia la hizo sonreír. Aunque también podía ser que se tratara de Celia y que la estuviera rondando para ponerse en contacto con ella. Sí, podía ser posible.

Iris atravesó el jardín con sumo cuidado y saltó la verja que rodeaba la propiedad. Fue ocultándose entre los árboles sin que el vigilante-sombra pudiera advertir su presencia. O por lo menos así lo esperaba. Y que no fuera fruto de su imaginación.

A medida que lo tenía más y más cerca, las dudas comenzaron a derramarse por su mente obligándola a preguntarse si esa había sido una buena idea o, por el contrario, se trataba de una gran estupidez.

El olor a tierra mojada le provocó una arcada. Se apoyó de espaldas en la corteza áspera del árbol y se tapó la boca con las dos manos justo antes de soltar un gemido. Dejó que su cuerpo se deslizara por el tronco del gran roble hasta sentarse en el tupido suelo de hojas en plena putrefacción.

Por más que quisiera engañarse, tenía miedo.

Miedo de que se tratara de un loco psicópata. Que fuera un asesino que se hubiera fijado en ella para perpetrar un crimen ritual, un pervertido que disfrutaba espiando a chicas adolescentes, o quizás el secuestrador que estaba detrás de las desapariciones de la comarca. O lo peor de todo; que se tratara de una locura inventada por su cerebro.

Iris contuvo la respiración para apaciguar las pulsaciones que latían fuertes e incontrolables. Nunca se había considerado una chica valiente. Y mucho menos una *SuperGirl*, pero eso era lo que tenía que hacer.

Debía ser fuerte.

Y aunque no le gustase.

Era el momento de descubrir la verdad.

Sin embargo, al llegar al limite de la propiedad se entristeció al poder comprobar que allí no había nada; ni sombra, ni espíritu, ni siquiera Daniel.

Capítulo 26

Por la noche, a Iris le había costado mucho dormirse. Desde la vez que le pareció verlo en el pueblo, no había podido pensar en otra cosa y seguía sin poder quitarse de la cabeza nada que no estuviera relacionado con él; con Daniel. No lo había visto, pero volvería. De eso estaba segura. «Me lo dijo», sonrió. «¿Qué hago? Seré boba», se dijo.

Ahora la mirada grisácea parecía rondarla en cada rincón de la casa y la sentía clavada en ella. Igual que a la bestia, que acechaba en algún lugar, oculta. No sabía por qué, pero la primera vez, le pareció que Daniel también sintió miedo, pánico. Lo vio en su rostro. Lo suyo fue una reacción desmesurada —a su parecer, claro —. Estuvo dándole vueltas durante mucho rato y su mente estaba confusa. Aunque pensándolo bien, ella tampoco había reaccionado con calma. Había echado a correr sin saber de qué.

Al levantarse por la mañana, tenía un tambor en los oídos. Como si hubiera estado sentada al lado del campanario y hubieran repicado las campanas con todas las fuerzas.

Abrió la ventana. La lluvia que había golpeado los cristales durante la noche había cesado. Y por primera vez en días, la claridad del sol llegaba en forma de un tímido rayo anaranjado, atravesando los robles junto al rio. La brisa le golpeó la piel desperezándola un poco. La flor blanca descansaba en el alfeizar. Pitu había regresado. ¿Sin decir nada? Respiró hondo mirando al cielo que permanecía encapotado. Decidió tomarse un Paracetamol, darse una ducha y salir a dar un paseo. Ya iría a verlo más tarde.

Al salir de la ducha se sintió revitalizada, fresca y radiante.

Tenía la sensación de que iba a ser un gran día. Su cabeza no le dolía y el entumecimiento de los músculos había desaparecido. Empezaba a ganar la batalla a los virus.

Se asomó por la ventana fijándose en los claroscuros del bosque, en el límite de la propiedad. Daniel no había aparecido.

Cuando Iris vio a la abuela Sión sentada en el sillón tapizado del comedor se le doblegó el alma. Hacía mucho tiempo que parecía ausente; limpiaba, preparaba la comida, la mesa y se sentaba en el viejo sillón para tejer prendas que nadie se pondría.

Los ojos de un verde apagado y marchito delataban la tristeza que le apenaba el alma. No siempre había sido así, pero desde que Celia murió —y más concretamente desde que le dijo que se empapara de la sabiduría de los libros—parecía que se hubiera llevado su alegría con ella y en su lugar le habían caído unos años de más.

—Buenos días, abuela —dijo Iris, pasando por su lado dirigiéndose a la cocina—. Ya me encuentro mucho mejor.

Le pareció que asentía con la cabeza.

Se preparó unas tostadas con mantequilla y azúcar y un vaso de leche. Se sentó a la mesa siempre protegida por el mantel a cuadros. Desde allí veía a la abuela moviendo los labios, como si estuviera rezando.

Iris se moría de ganas de contarle lo extraño de aquel chico y de la bestia que rondaba por las inmediaciones. Pero no sabía cómo afrontar el tema. Además, su madre le había prohibido salir de casa y no estaba dispuesta a delatarse.

La abuela se levantó, entró en la cocina, puso los platos y las tazas en la pica y comenzó a fregar sin siquiera girarse.

Iris se terminó el último bocado de tostada y bebió el buche de leche que quedaba. Dejó el platito y la taza en la pica.

—Venga, abuela. Vamos a fregar entre las dos.

—Iris… —murmulló entre dientes— descansa, preciosa.

Esas palabras la dejaron KO. Había aprendido a no atosigar a la abuela. Y aquel intento de acercarse de nuevo a ella fue aplacado de inmediato. Echaba de menos los abrazos y achuchones que tantas veces le habían molestado y parecido fuera de lugar, que la meciera en su regazo, que le dirigiera palabras amorosas o que volvieran a practicar las dos con… pero entendía su dolor; «perder a Celia le dolió más que su propia muerte», imaginó. Igual que a ella.

—Como quieras, abuela. Hoy me encuentro mucho mejor. Voy a salir un rato al patio a tomar el aire. Me guardarás el secreto, ¿verdad? —no dijo nada— Adiós.

A Iris le pareció que la abuela volvía a asentir con la cabeza. Siguió fregando los platos sin siquiera girarse.

Se puso la sudadera y se cubrió la cabeza con la capucha de la sudadera. Aunque no había helado aún y no había ni rastro de nieve en las montañas, el frío de principios de octubre mezclado con la humedad, se convertían en una combinación fatal. Si no te cubrías bien, se te clavaba en la piel como agujas penetrando hasta tocarte los huesos.

Cuando se dispuso a girar el pomo de la puerta de la cocina hacia el exterior, la abuela musitó entre dientes:

—Te quiero, Iris.

La miró de reojo con el corazón comprimido. Quería correr hacia ella y abrazarla. Quería darle un beso. Pero no podía. Entre las dos se había erigido un muro. Ni siquiera se había girado. Ni un gesto, nada.

—Y yo a ti, abuela.

Iris cerró la puerta tras de sí con los ojos humedecidos como si ese momento le rasgara el corazón y salió sin mirar atrás.

Subió por el camino que bordeaba el convento y la iglesia de piedra volcánica. Siguió a la derecha, en un claro a mitad del camino entre los matorrales, donde se abre el precipicio con una visión que perturba y enamora a la vez: la catarata del Molí Fondo.

Iris se sentó en el muro de piedra que la separaba de la alta caída. Su mirada escudriñaba la arboleda, las rocas lisas y blancas, y la entrada de la pequeña cueva que se vislumbraba al fondo. Allí era donde ocurrió todo y ahora no quedaba ni rastro de la tragedia. «Es como si todos hubieran olvidado que Celia murió», pensó.

Allí sentada, a la vez que revivía el día que se llevaron a su hermana, su mirada volaba por la zona buscando una señal de su vigilante, de Daniel. Hasta entonces no había sido capaz de imaginar de quién podía tratarse. No era muy habitual que alguien observara una casa desde la penumbra. Le había sido más sencillo pensar que se trataba de algún ser paranormal que la acechaba o incluso que pudiera ser la mismísima Celia en forma de espíritu.

Pero ahora, frente a aquel escenario sacado de un cuento de hadas de Edgar Allan Poe, Iris tenía un deseo que crecía en su interior como una llama. Sí, Daniel era misterioso y no era nada lógico lo que había ocurrido, pero ella se sentía atraída por la curiosidad. Deseaba conocer más cosas de aquél chico de ojos grises. «Sabía mi nombre», pensó. «Y dijo que quería ayudarme, pero ¿ayudarme a qué?».

Los ojos se le cerraron y el cuerpo se le balanceó en el muro. Por mucho que le hubiera mentido a la abuela y quisiera engañarse a sí misma, aún no estaba recuperada del todo. Seguía estando bastante débil y agotada.

Al rato:

«clink»

El sonido penetró en su cabeza como apartándola de un sueño.

«Clink-clink-crashh»

Iris abrió los ojos sin saber muy bien dónde se encontraba. Se volvió mirando a su alrededor. Había oscurecido y, al parecer, se había quedado dormida en el muro. Por suerte no se había precipitado al vacío. Por la oscuridad supuso que serían las siete de la tarde. Pronto se pondría el sol y la oscuridad sería total. El sonido a piedras y troncos resquebrajándose parecía aproximarse por el camino que debía emprender para volver. Quizá era la bestia. Sí. ¿Y volvía por ella?.

Cuando el corazón iba a salirle por las orejas, una sombra negra y enorme se puso en su ángulo de visión.

Era la bestia, pero no la que había imaginado. Era Toni, el amigo de Pitu. Toni era lo más parecido a un oso. Tenía el cuerpo fuerte y generosamente grueso. El pelo castaño y revuelto le daba un aspecto descuidado y juvenil, pero sus ojos castaños como el pelo, eran malos. Agresivos e intimidantes.

Se arqueó hacia un lado y dijo:

—¿Esperas a alguien?

—¡¿Y a ti que te importa?!

Iris esperaba ver a su vigilante de negro, como las otras noches había esperado inútilmente saber de quién se trataba desde que lo vio en el jardín. Pero no se lo iba a decir. Jamás.

—¿No tienes nada que hacer? —dijo Iris, levantando su mano con un gesto de despedida y saliendo a paso ligero para escabullirse de él—. Quizás a Pitu le guste saber que cuando él no está te dedicas a acosarme.

—No te exaltes, chiquita —le bloqueó el paso—. Reconozco que me encantaría poder darte un buen revolcón, pero no me harás perder los papeles, ¿sabes? Por mucho que lo desees. Además, Pitu nos espera en el cementerio.

—¿Cómo dices?

Fue lo único que Iris pudo decir ante su incredulidad. Dijo que Pitu había vuelto, pero «¿cuándo?» Y, «¿por qué no me había avisado?». Recordó la flor… lo había olvidado. Toni se comportaba un poco raro. Era muy diferente a aquella vez que fueron al cine.

—Que he venido para llevarte con él…

—¿Y porque no ha venido él mismo? No lo entiendo.

Toni levantó los hombros y las manos sin decir nada. Sus ojos eran extraños. Tenía la mirada como vacía y ausente de brillo.

—¡Pues vamos! —gritó Iris al ver que el armario de carne no le iba a decir una palabra más.

Iris y Toni llegaron en un abrir y cerrar de ojos. Ver la valla de

hierro forjado entreabierta de la entrada del cementerio alivió a Iris. Había pasado todo el camino que bordeaba el río con la mirada de Toni clavada en su cogote.

—¡¿Qué miras?! —soltó Iris.

—Más quisieras —él lo negaba, pero sus ojos no vacilaron ni cambiaron de punto de mira—, ¿acaso te crees tan especial?

Quizá fuera porque Pitu se acercó a ella por lo que sus sentimientos habían cambiado. ¿Era posible que Toni sintiera un cariño por ella que no era correspondido y al verla con su amigo se molestara? Eso explicaría porque era tan arisco. Quizá Toni imaginaba que Iris amaba a Pitu. Pero no era así, ¿verdad? Iris no se sentía atraída por él. Ahora Toni era como una bestia al acecho, dolido por haberse mostrado delicado y servicial. Estaba a la defensiva.

Entraron cuando la negrura de la noche ya dominaba el paisaje y los nichos alrededor se parecían a agujeros dispuestos a engullirte en cuanto te dieses la vuelta. Sin embargo, a Iris le transmitieron sosiego. Al fin había llegado y se libraría de la mirada de Toni.

Pitu estaba sentado en un banco de madera al lado de una escultura de piedra volcánica imitando una forma de paloma. Ni siquiera Dalí habría podido esculpir algo así. La niebla era más espesa en el interior del cementerio y un sonido, parecido al que hace un enjambre de abejas, rompía el frágil silencio de la noche.

—¿Qué ocurre, Pitu?

Iris se sentó en el banco, a su lado. Toni permaneció de pie, como un guarda de seguridad, detrás de ellos, en la zona de césped.

—¿Cuándo llegaste al pueblo? ¿Te costaba mucho avisarme de que habías regresado?

—Solo quería recordarte que el próximo fin de semana iremos a la mansión Ballester y cruzaremos el portal de los mundos. Quería asegurarme de que no te vas a echar atrás.

Iris tenía razón. La zona de poder y la masía Ballester eran el mismo sitio. Se percató de que el timbre ilusionado en la voz de Pitu había desaparecido. En su lugar, cada palabra se arrastraba áspera y pesada.

—Muy bonito. En lugar de hablarme de Londres, de lo bien que lo has pasado y lo que has hecho allí, me vienes con esa sequedad.

—Ya tendremos tiempo, Iris —zanjó frunciendo las cejas.

—O quizás podrías preguntar por mí —se abalanzó Iris, mirándole directamente a los ojos—: ¿Qué he hecho estas semanas? ¿Si estoy bien?

—Solo quería asegurarme de que no te echabas atrás.

—¿Yo echarme atrás? Pero, ¿qué te ocurre, Pitu?

—Nada. Estoy de maravilla —sonrió.

—No es verdad —Iris le cogió la mano. La tenía helada. Luchó por no apartarla de golpe—. No eres el de siempre. Igual que Toni. Estáis muy raros.

Iris quería decirle que estaban al acecho, como dos lobos rabiosos apunto de atacar. En lugar de eso, escuchó como Pitu le decía:

—En Londres visité a una vidente muy famosa. Puede que fuera por lo que me dijo que ahora me veas diferente —Iris vio que al hablar Pitu no dejaba de levantar los labios mostrando los dientes. Como una bestia—. Ella me advirtió de que mi destino me llevaría a descubrir secretos que no están al alcance de cualquiera. Que me esperan muchas aventuras místicas que harán de mí un hombre nuevo.

—Mira, lo que yo quiero…

—Ver a Celia —cortó él—, lo sé. Y la veremos. Pero no debes preocuparte tanto por todo. Lo único que importa es que vayamos a la mansión.

Un mareo la atacó de golpe. El aire se espesó hasta parecer una enorme gelatina. Los nichos y los cipreses danzaban serpenteantes ante los ojos de Iris.

—No me encuentro muy bien, Pitu —logró decir Iris, levantándose del banco—. Me voy a casa. Por lo de nuestra pequeña aventura, no sufras. Me da que tengo más ganas yo que tú. Y ya te digo ahora que no habrá ninguna otra vez que vayamos a la caza de monstruos.

Capítulo 27

Iris abrió los ojos con la sensación de que su vida saltaba de una situación a otra sin control. Incluso las vigas de madera que cruzaban el techado de la habitación le parecieron partes de su vida, como si estuviera en el tablero del juego de la oca y avanzara por las casillas sin un orden aparente.

No recordaba cómo había llegado a casa el día anterior. Sólo tenía una vaga sensación de ingravidez, como si fuera niebla y el viento la hubiese arrastrado pululando por las calles hasta la casa.

Se quedó mirando la cama sin deshacer, que delataba que no había dormido en ella y de allí que tuviera el cuello agarrotado, el dolor de espalda y riñones y una sensación de arenisca en la garganta. Se detuvo en las tristes paredes de piedra que parecían reflejar su estado de ánimo salvo por algún que otro retazo de color en las vigas que había conservado de Celia, la echaba de menos, ella veía las cosas de un color más vivo; la mesita de madera donde tantas veces se había quedado dormida estudiando o leyendo novelas góticas y románticas, y ahora no le apetecía ni leer, y dirigió su atención a la pequeña ventana con marco de madera, a través de los cristales, como respondiendo a una llamada invisible.

Entonces vio a Daniel apoyado en la valla, de pie y quieto al otro lado observando. Como otras tantas veces lo habría hecho. Pero ahora no era una sombra, no era una amenaza. Era su vigilante misterioso. Y estaba claro que durante el escaso contacto que habían mantenido el día que se lanzó por él, había logrado despertar la curiosidad en ella.

Una brisa templada apareció para llevarse la sensación de

tristeza que le atenazaba el corazón. El calor en sus mejillas le tiñó la piel de un rojo suave.

Daniel levantó un brazo y la saludó, amable. Y con un gesto de su mano la invitó a reunirse con él.

Iris no estaba segura de si seguir las instrucciones que le daba Daniel era una buena decisión o no. Aún no se había recuperado del todo. Además, Victoria le había prohibido salir de casa y como consecuencia de ello, no podría verse con el chico que la había espiado durante tanto tiempo y de quién no sabía absolutamente nada. No parecía muy buena idea volver a saltarse las reglas.

Sin embargo, en su interior, muy al fondo oculta en su alma, sentía la necesidad incomprensible de acercarse a él. Daniel poseía un magnetismo difícil de rechazar. Iris tenía la sensación de conocerlo de tiempo atrás, como si no se tratara de un desconocido. Era como un viejo amigo al que encuentras después de un largo tiempo separados; el exterior ha cambiado, pero en el interior sigue siendo aquel amigo fiel que te comprende, te ayuda y espera verte feliz. Daniel le transmitía seguridad.

Iris jamás había tenido un amigo en quien confiar, solo se tenía a sí misma. Pero Daniel la atraía y empujaba a lanzarse, a dar un paso adelante. Se sentía atrapada por el misterio que envolvía aquellos ojos grises que, por otro lado, parecían confusos y preocupados por algún motivo que ella desconocía. Él dijo que había estado observándola y que pretendía ayudarla. Y aunque Iris no podía comprender a que se refería y le daba la sensación de que se trataba de una especie de broma, estaba dispuesta a descubrir el motivo real que lo había llevado a vigilarla y comportarse de aquel modo. Aunque tuviera que saltarse todas las reglas de este mundo lograría descubrir su secreto. Aunque solo se tratase de un sueño.

Se puso la sudadera azul oscuro y se recogió el pelo en una cola baja.

Antes de salir de la habitación se detuvo frente al espejo de cuerpo entero que había al lado de la vieja cómoda. Se observó de arriba abajo. Notaba que algo estaba fuera de lugar; como si la ropa, o quizá el pelo, o su rostro debilitado y pálido a causa de tantos días enferma, fueran a estropearle la “cita” con su escurridizo amigo, el vigilante misterioso.

Iris le dedicó una sonrisa a su reflejo y negó con un movimiento sutil de cabeza a su propia ocurrencia. Llamar “cita” al encuentro era demasiado, por no hablar de «amigo», si ni siquiera conocía de nada a Daniel.

Iris decidió salir por la puerta trasera de la casa sin hacer ruido para no alertar a la abuela, que estaba sentada en el sillón orejero haciendo ganchillo.

El aroma a calabaza invadía por completo la cocina. Sintió una arcada. Iris detestaba la calabaza; y en estas fechas, la abuela preparaba sopa de calabaza, pastel de calabaza, ensalada de calabaza y multitud de recetas donde el ingrediente estrella era la maldita calabaza. Incluso en el exterior de la casa, los marcos de las ventanas estaban pintados en un tono calabaza oscuro.

Aguantó la respiración hasta que cerró la puerta. El aire fresco le pareció más frío, con un aroma floral, como si el invierno estuviera por caer de golpe encima de ella. Dio una bocanada hasta llenar los pulmones. Cerró los ojos y se sintió tranquilizada; el apestoso sabor amargo y anaranjado ya casi no se distinguía. Se sentía relajada.

Cruzó a paso ligero hasta salir por la valla de madera que rodeaba la propiedad.

—Hola, Iris. Me alegra que hayas venido.

—En realidad, eres tú el que ha venido, Daniel —le guiñó un ojo —. Tenía mis dudas de que regresaras, pero quería comprobar lo loco que estás.

—Así que crees que estoy loco.

—Bueno, es que, no es muy normal lo que has estado haciendo. Por eso te voy a dar una oportunidad. ¿Entiendes?

—Por supuesto que no es normal. Siempre me han dicho que no soy nada normal.

—No quería ofenderte, Daniel. Sólo lo decía porque no sé nada de ti. Y quiero darte la posibilidad de explicarme tu comportamiento.

—Tranquila, que no me ofendes.

Daniel miró a su alrededor. Después siguió:

—Si quieres, podemos quedarnos y charlar por aquí cerca.

—¿Y qué nos vea mi abuela? ¡No! ¡Ni hablar!

—Así si hago algo extraño te puedes escapar en un momento o pedir auxilio.

—Dijiste que estabas aquí para ayudarme. Y aunque no sé a qué te refieres con eso, te creo y de algún modo sé que no me harás daño. Además, ¿quién te dice que no serás tú el que terminará por salir corriendo?

Tan pronto salieron las palabras de su boca se arrepintió. ¿Cómo podía mostrarle una confianza ciega sin siquiera saber nada de él? Sí. ¡Estaba completamente loca de remate! Loca e inconsciente.

—¡Perfecto! Me arriesgaré —Daniel se apresuró en no dejar ni un hueco al silencio—. Iremos a… un sitio especial.

Los ojos de Daniel se encendieron en un centello de alegría, como de auténtica felicidad. A Iris, que observó el resplandor en silencio, le pareció una curiosa mezcla; ojos tristes con chispas de alegría. Entrar en aquél pozo gris oscuro y ver lo que ocultaba

detrás había pasado a ser el motivo principal de seguirle la corriente. Porque de eso sí estaba segura; Daniel le estaba ocultando mucho.

No era desconfianza, ni miedo a que la estuviera engañando. De hecho, por algún extraño motivo, Iris se sentía apegada a él, más de lo que jamás había experimentado por nadie. Ni siquiera por Celia, su hermana.

Al fin, quien rompió el silencio, fue él.

—No temas ni te preocupes, no tengo ninguna intención de hacerte daño. Solo quiero mostrarte mi rincón preferido en este maldito lugar.

Daniel había dicho dos palabras que definían a la perfección lo que Iris pensaba del pueblo, un lugar dónde todos parecían atrapados en una obra teatral dirigida por Tim Burton. «Maldito lugar», una definición exacta y precisa. Sin embargo, Iris prefirió esconderle su empatía, y en lugar de afirmarle dijo:

—¿Un lugar interesante? ¿Aquí?

—Exacto, Iris. Verás cómo no te arrepientes.

—Tú te estás riendo de mí.

—¡Vamos!

Capítulo 28

Daniel se metió en el bosque siguiendo el pequeño camino entre las encinas, las hiedras y las pequeñas rocas esparcidas de modo irregular por el terreno. Dos metros por detrás, Iris seguía sus pasos intentando colocar los pies en el mismo sitio que él; esquivando las rocas, lisas y puntiagudas, entre los helechos húmedos por el rocío que permanecía desde la mañana cubriendo toda la vegetación. Finos hilillos de sol flanqueaban las copas de los árboles como si de una tela de araña se tratara.

A Iris le pareció impresionante que, estando tan cerca de casa, se sintiera más lejos que nunca. El ambiente tenía un olor floral que lo dotaba de cierta magia. ¿O sería ella la que se sentía diferente?

—¿Falta mucho? —preguntó Iris para romper el silencio.

—No. Sube —le ordenó Daniel mientras se montaba en una moto aparcada al lado de un camino.

Iris lo miró con ojos interrogantes.

—Prometo no secuestrarte —su labio superior se alzó por el lado izquierdo mostrando unos dientes blancos como la nieve en una medio sonrisa socarrona.

Iris se montó en el sillín de la motocicleta tras él. Daniel sonrió y aceleró obligándola a sujetarse con fuerza a su cintura. Por un instante, a Iris le pareció que cientos de hormigas recorrían sus dedos y se paseaban por su piel. Olió el perfume de Daniel. «¡Qué bien olía!». Solamente podía fijarse en la espalda, en el olor que desprendía su pelo y en agarrarse a su cintura para no caerse.

Tomaron dirección a la montaña subiendo el camino que la serpenteaba. El camino estaba sin asfaltar y multitud de baches y

charcos se encargaron de hacer regresar a Iris de su ensoñación inicial y, rápidamente se vio obligada a centrarse en no caer del aparato.

Puesto que no llevaba reloj, imaginó que habían tardado unos veinte minutos —quizá treinta— en llegar a la cumbre, era imposible saberlo.

Cuando Daniel se paró, lo hizo de golpe y el cuerpo de Iris se aplastó en el del chico. A Iris le gustó.

La luz entraba con más vida tras los últimos árboles, lo cual significaba que el límite del bosquejo había llegado a su fin. Las nubes del cielo eran finas y no suponían una amenaza de lluvia inminente.

Daniel fijó su mirada en Iris, expectante e ilusionado.

—Es allí —dijo señalando al otro lado del claro—. Ahora cierra los ojos, Iris.

Daniel tendió su mano hacia Iris y ella satisfizo la petición.

Durante los pocos minutos que anduvieron cogidos de la mano, Iris sintió de nuevo el calor en las mejillas. Esta vez era más fuerte, más abrasador. Le entraba por sus dedos suaves, pero firmes y gruesos, que la sujetaban con fuerza —¿los mismos que en el sueño? —. Una especie de calambre con vida propia le transitaba, subiendo por el brazo; como un cosquilleo, un zumbido… No. Un magnetismo casi imperceptible que la abstraía en divagaciones fuera de lugar como un imán que no dejaba que se separasen, que transformaba el frescor del día en una delicada brisa de verano que la envolvía como una crisálida.

Iris escuchó como un chirrido parecido a una bisagra. Los sonidos resonaban, sus pisadas eran ahora en un terreno plano y duro, y olía a cerrado.

En esos instantes que le parecieron horas llenas de encanto, Iris se imaginó en el paraíso. Junto a él. No podía comprender por qué se sentía segura a su lado. «Es como un ángel, mi arcángel protector», pensó. El deseo de que Daniel fuera un regalo divino crecía en su interior como la gasolina alimenta al fuego. El calor que irradiaba su piel no podía ser de una persona malvada, ¿verdad? «Puede que me estuviera vigilando porque no se atrevía a dar un primer paso. La abuela dijo que era posible que se tratara de un pretendiente…». Las especulaciones no cesaron de resonar en su cabeza hasta el instante en que Daniel le soltó la mano.

—Ya está. Puedes abrir los ojos.

Iris obedeció y quedó cegada y frustrada al instante; cegada por el sol, que de repente parecía brillar con más intensidad en esa zona secreta del municipio. Y frustrada; porque quería permanecer cogida a la mano de Daniel y seguir sintiendo el suave calor de su

piel recorriéndole por dentro.

Entonces, a medida que iba recobrando la visión pudo contemplar la belleza del paisaje frente a ella. Una visión abrumadora.

El cielo de un azul etéreo contrastaba con una tupida capa de césped verde oscuro del suelo. Unos matorrales, esparcidos de modo desigual, estaban llenos de unos capullos como crisálidas de insectos que daba la sensación de que iban a estallar en breve. Multitud de árboles decoraban el terreno con rocas grises que salpicaban el suelo.

Alrededor, el terreno esponjoso se hundía y desaparecía. Se encontraban en algún tipo de construcción en un punto elevado. Desde allí, se podía ver parte del pueblo dibujado al fondo como una acuarela y, al otro lado, hacia donde miraran los ojos, el manto verde de la comarca. Con sus ríos en forma de camino y las casas salpicando el decorado.

—Es la Torre Canadell. Una fortificación medieval que fue construida durante las guerras Carlinas. En este lugar, que el General Savalls utilizó como punto de vigilancia, retuvo a su amor entre los muros de más de metro y medio de grosor hasta el día que desapareció. Hay quien dice que la doncella fue emparedada entre los muros ya que jamás se la volvió a ver.

—Que historia más triste…

—El amor nos empuja a hacer cosas que jamás hubiéramos pensado ni creído posibles.

Las palabras de Daniel quedaron suspendidas en el aire.

«Cómo había llegado hasta allí», se preguntó Iris. Tenía la sensación de haber recorrido un espacio mínimo agarrada de la mano de Daniel. La pendiente para llegar a la cima se veía muy empinada desde la torre. Y sin embargo, no tuvo dificultad alguna para llegar. Realmente estaba perdiendo la noción del espacio-tiempo, o quizá era él el culpable de su trastorno de la realidad. ¿Qué le estaba pasando?

—Tenías razón, este lugar es precioso.

—Pues aún no has visto nada. Sígueme.

Subieron al piso superior y anduvieron hasta el borde del castillo de roca basáltica, ladearon la pendiente hasta un saliente abrupto custodiado por los únicos árboles del lugar. En su tronco había dos símbolos, como runas celtas, grabados en la corteza.

—Este es mi sitio preferido —anunció con orgullo.

Iris quedó muda por unos instantes. Sus ojos chispearon con la belleza de un paisaje que no había observado antes. Al fondo, coronado por la iglesia, se veía un bosquejo con una ristra de casas. Se podía seguir el cauce del río hasta perderlo de vista. El sonido

del agua no llegaba allí arriba, pero se podía distinguir claramente el tono marrón embravecido y violento del agua.

—Es fantástico, Daniel. ¿Así que aquí es donde te ocultas del «maldito pueblo»?

—Eso es. Aquí puedo hacer lo que me plazca; leer, pensar, dormir… No sé… Todo.

—Salvo cuando quieres espiar a alguien, ¿verdad? —Le guiñó un ojo con sonrisa pícara.

—¿A qué te refieres?

—Ya lo sabes. ¿Por qué me has estado espiando?

—Está bien —dijo mientras carraspeaba—. No debería decírtelo, pero creo que va siendo hora de que conozcas la verdad.

Capítulo 29

El silencio cayó encima del lugar como un hábito de plomo. Era como si el tiempo se hubiera congelado en un estado líquido y eterno hasta que Daniel no abrió los labios para seguir hablando.

—¿Crees en los fantasmas, Iris?

Ella se echó para atrás. No comprendía a qué venía eso ahora.

—No es necesario que me mires así —sí era necesario que lo mirase así—, no estoy loco. Ven, Iris. Siéntate y dime: ¿Has pensado alguna vez que estás atrapada? ¿Qué este lugar tiene una fuerza maligna que destruye a las personas?

Iris se sentó en el saliente de roca sin decir una palabra. Se dio cuenta de que allí también había un símbolo grabado. Estaba confusa y conmocionada. Si esas mismas preguntas se las hubiese hecho otra persona en otro lugar hubiera pensado que… Pero Daniel tenía razón. Ella se sentía atrapada en la comarca desde que llegaron. Dudó si decirle la verdad mientras le estallaban todos los pensamientos lógicos en mil pedazos. ¿Debía decirle que las tres respuestas eran un sí? ¿Un sí rotundo y mayúsculo?

En vez de eso, Iris asintió con la cabeza y arqueó los hombros ligeramente hacia arriba quitándole importancia. Como si para ella fuera una duda razonable, para que no creyera que estaba loca.

—Mira, Iris —siguió él—. Cuando mis padres se mudaron a la comarca, los odié por ello. Este pueblo nunca me gustó nada, la gente es muy rara, son extraños que te observan como si fueras un enfermo o un psicópata que quiere hacerles daño. Y sólo porque no eres como ellos ni vistes como ellos, creen que les vas a arrebatar sus propiedades o incluso sus vidas.

Las palabras de Daniel la dejaron sin fuerzas para responder. Se sentía como si estuviera describiendo su propia historia. Era como cuando ella y su familia llegaron para vivir aquí. A su padre, que iba a ser el médico del pueblo y los ayudaría, le costó mucho esfuerzo ganarse su confianza y lograr que los obreros le echaran una mano. Y su madre, ¿cuántas horas había invertido en mezclarse con las mujeres del pueblo, en la mercería? Incluso ella misma era una extraña, el bicho raro que se ocultaba de los demás. Sin amigos y sin nadie con quién mantener una conversación. Toni y Teresa eran diferentes; eran los amigos de Celia. Y Pitu era… alguien que necesitaba para obtener un propósito; llegar a Celia. Nada que ver con su vigilante oculto. Daniel era especial. Lo sabía. ¿Pero realmente podía estar tan convencida de ello?

—El caso es que me he sentido obligado a permanecer en este lugar. Los ancianos cuentan historias de maldiciones, matanzas que han salpicado a sus habitantes durante generaciones y un mal ancestral que lucha por vagar libre en nuestro mundo. Aquí abajo —señaló una parte del bosque—, existe un lugar al que llaman *El clot de l'infern*. ¿A qué crees que se refieren?

—¿Cómo dices?

¿Porque le preguntaba a ella? No tenía ni idea de a qué se refería.

—En un principio, yo también creía que todo esto eran invenciones para asustar a los críos, pero no tardé en descubrir lo equivocado que estaba. Me aventuré en un terreno desconocido hasta poder asegurarme de que parte era real y que otra ficción.

En la cabeza de Iris se arremolinaban aquellas historias que había leído en el Libro de las Esencias y escuchado en boca de la mujer de las abejas, de su propia abuela y las desapariciones de chicas de la comarca. ¿Era posible que Daniel lo hubiera investigado? Y de ser así, ¿qué pretendía contándoselo? ¿Quizá había descubierto que ella era la heredera del antiguo linaje de las brujas?

Daniel siguió con su relato:

—Al final me quedé atrapado por algo más bello que el azul del cielo. Más intenso que una puesta de sol y más dulce que la sonrisa de un bebé —Daniel clavó su mirada grisácea en la de Iris—. Hasta que me quedé atrapado por ti.

Iris intentó exclamar algo ante la repentina sorpresa, pero no lo consiguió. Estaba ahogada y sorprendida. ¿De qué estaba hablando? ¿Ese sería el motivo real por el que estaba espiándola? ¿Estaba enamorado de ella?

—Sí, Iris —respondió sin que ella hubiera preguntado nada. Su cara debía de ser bastante expresiva—. Desde el primer día en que

te vi de camino al cementerio, sentí que estaba atado a tu vida. Ha pasado mucho tiempo desde entonces, han ocurrido muchas cosas, muchas veces, demasiadas veces… pero he probado de hacer avanzar la situación, que pasaras a otro plano —Los ojos de Daniel se llenaron de lágrimas—. Al no conseguirlo intenté alejarme, pero no he sido capaz de hacerlo. Juro ante Dios que lo he intentado. Pero cada tentativa ha sido en vano. Todo me ata a ti, Iris. Me sentí obligado a hacer lo que hice y ahora debo cumplir una promesa que me corroe desde que te vi aquel día por primera vez.

—¡¿Pero de qué estás hablando, Daniel?!

—Sé que no debo decírtelo. O no debería hacerlo —sus ojos estaban anegados y las lágrimas le bajan por las mejillas—. O eso me han dicho siempre… Pero no puedo más. Este año todo es diferente, todo ha cambiado.

Iris se levantó con brusquedad. No sabía qué pensar. Las piernas le temblaban y los escalofríos recorrían su cuerpo como un enjambre de abejas asesinas. La ensordecían. ¿Era posible que él fuera el culpable de las desapariciones en la comarca? ¿Se podía fiar de Daniel? Ya no estaba segura de ello. La sombra que se aparecía a las chicas antes de desaparecer sin dejar rastro… Sin apartar la mirada de sus ojos dio unos ligeros pasos hacia atrás. Sus ojos no irradiaban odio. Ni rabia. Ni maldad. O eso le parecía. Pero ahora le daba igual, sólo pensaba en huir. ¿Quería llegar hasta el final?

—No tengas miedo —dijo él, levantándose y alargando una mano hacia ella.

Iris no lo entendía. Se sentía extrañamente expuesta, engañada y confusa. ¿Debía irse?

—¡Quieto! ¡No te acerques!

Necesitaba un instante para pensar. O por lo menos intentarlo.

—Por favor, Iris. Es necesario que me escuches. Que conozcas la verdad para comprender lo ocurrido y, quizá, poder liberarte de la carga que...

—¡Cállate! —gritó—. Nada de lo que dices tiene sentido. Necesito pensar. Déjame pensar… ¡Me estás confundiendo!

—Solo respóndeme a una pregunta.

—¿A cuál?

—¿En qué año estamos?

—¿De qué hablas?

—Responde, por favor. ¿En qué año estamos?

—¡En 1998!

—No, Iris. Eso no es cierto, no es así. Ese fue el año en que perdiste la vida.

—¿El año que… qué?

—La respuesta correcta es que ahora estamos en octubre del 2017.

Desde uno de los bordes del pedrusco, entre los matorrales sombríos, apareció la figura de una mujer mayor, sin llegar a ser vieja. Tenía el pelo largo, ondulado y rojo como las brasas. La ropa que la cubría parecía más una túnica musulmana que ropa europea. Y aunque el largo lienzo no le ceñía el cuerpo, le otorgaba un aire etéreo.

La mente de Iris se nubló y empezaba a sentirse mareada. Los árboles daban vueltas a su alrededor. Estaba aturdida. El pulso le martilleaba las sienes con violencia y un repentino sabor a salitre y azufre en el aire se le clavó en la garganta, deslizándose hasta los pulmones.

—¿Pero —logró murmurar— qué pretendes, Daniel?

—Ya te lo he dicho. Ayudarte. Sólo quiero ayudarte, Iris. No tengas miedo. Hazme caso, por favor.

Iris fue retrocediendo como pudo apartándose de él hasta tener que detenerse en el borde del abismo. El sonido rasgado y el deslizamiento de tierra bajo sus pies le advirtieron de que se encontraba en una situación delicada, que no tenía salida.

La mujer de fuego alzó ambos brazos y de su boca salieron palabras ininteligibles, como susurros melódicos, como los de un canto gregoriano. A Iris le pareció que sus palabras salían realmente de su boca en forma física. ¿Era posible?

—Iris —dijo—. Cada año se debe purificar y sellar de nuevo el círculo —¿conocía la existencia del círculo?—. Y tú eres la llave que puede abrir las puertas del infierno. Debes apresurarte a entender de qué eres capaz y cómo puedes controlar tu energía. Sé que ahora no comprendes nada, pero debes abrazarte a la verdad, a tu verdadera esencia. Sin tu ayuda estamos todos perdidos. De lo contrario, la humanidad y todos los seres que habitan el planeta estaremos condenados.

Daniel permanecía quieto a un lado. Sus ojos no desvelaban atisbo alguno de alegría. Estaban vacíos. Lo único que Iris llegó a vislumbrar fue un estado de tristeza ahogada y un débil brillo cristalino, como de esperanza, o de fe. O eso le pareció. La confusión y el mareo no la abandonaban. No alcanzaba a comprender qué estaba ocurriendo ni por qué. Todo le parecía una pesadilla oscura y horrible. No adivinaba por qué Daniel le hacía eso. ¿Qué significaba que estaba muerta?

Los símbolos que había visto grabados en los troncos de los árboles, en las piedras, e incluso en el suelo, se iluminaron con una luz gelatinosa. Centelleos de luz irradiaban destellos hacia el cielo, que parecía haber oscurecido de golpe como si se tuviera que

desatar una gran tempestad.

Iris miró a su alrededor.

La brisa en lo alto de la torre aumentó la fuerza azotando los árboles. Partículas de polvo se arremolinaban alrededor de la mujer de pelo rojo. Las hojas de los árboles que había en el suelo se unían a la improvisada danza. El mundo le daba vueltas cada vez más rápido, hasta que terminó de irse y las piernas le cedieron.

—¡No! —gritó Daniel, lanzándose hacia Iris.

El cuerpo de Iris cedía hacia el vacío, arrastrado por la gravedad. La goma que le sujetaba la coleta se rompió y la melena se le echó hacia delante cubriendo parte de su blanquecino rostro. Sintió las lágrimas antes del trágico final que le aguardaba tras la gran caída; tristeza, traición…

—¡Quieto! —ordenó la mujer de fuego a Daniel.

La voz de aquella llama andante cambió a un tono siniestro. Ondeaba una mano en el aire mientras gritaba con violencia en ese extraño idioma que Iris no alcanzaba a comprender. En un santiamén, sentenció con los dedos en el aire. La brisa pareció cobrar forma. Unas ondas surcaron el pequeño espacio entre Iris y ella creando una iluminación ondeante. Las olas la alcanzaron y se pegaron a su cuerpo, sujetándola y alzándola hacia arriba del torreón. Fue incapaz de reaccionar. Sentía como la fuerza invisible la empujaba de nuevo a lo alto de la Torre Canadell, junto a Daniel y la mujer de fuego.

Las palabras de la mujer se sucedieron con mayor ímpetu. En un último esfuerzo, Iris dirigió sus ojos hacia Daniel. Sus iris grises reflejaban pena, duda. Fue incapaz de leer maldad en su rostro. Era algo más parecido al sufrimiento. Sí. Se preocupaba por ella. Pero entonces, ¿por qué le hacía eso? ¿Por qué le hacía eso? Era como si toda la vida le estuviese pasando por delante. Toda una vida con él, con Daniel. ¿Cómo era eso posible? Lo vio en la plaza, en la iglesia, en el bosque y en el jardín. Llorando por ella. Por un instante sintió paz.

La boca de Daniel se movió a cámara lenta. Sus labios carnosos dibujaron en el aire dos palabras que Iris entendió a la perfección.

—Lo siento.

Y entonces…

Una pesadez le devoró los ojos. Su cabeza pesaba más con cada susurro de la mujer y no la dejaba reaccionar. A su alrededor, junto al viento azotante, los glifos se arremolinaban. Algo la arrastraba hasta el fondo de un abismo umbrío.

…y el mundo se le volvió negro.

TERCERA PARTE

Directo al infierno

Capítulo 30

El ritmo del coche sobre el asfalto era constante. No ocurría lo mismo con la dirección.

—Esteban —suplicó Victoria por enésima vez—, detente en el arcén por favor.

—Pero si casi hemos llegado. Unos kilómetros más y habremos llegado a casa.

La reunión en Girona, la capital de la provincia había sido una larga y pesada prorrata de mujeres hablando de talleres y manualidades varias en las que podrían trabajar en cuanto llegaran al pueblo.

De todas ellas, la única que no se sentía del todo cómoda con las reuniones fue Victoria. No porque le disgustara escuchar y repetir las órdenes que iban dando las tutoras. Más bien era por el marido que la acompañaba.

Esteban se había propuesto seguir bebiendo alcohol con las consecuentes subidas de tono. Algo que avergonzaba a Victoria en exceso.

La última noche la pasaron en la Mirona, la sala de baile más famosa de la ciudad. A pesar de que la noche empezó con risas, bailes divertidos y unas conversaciones distendidas, el efecto del demonio embotellado no tardó en mostrarse.

—¡Se acabó, Esteban! —Victoria lo agarró del brazo dirigiéndose a la salida.

—Solo un baile más…

—¡Ni hablar! Nos vamos.

Victoria no pudo convencer a su marido que la dejase conducir a ella. Así que Esteban se puso detrás del volante alegando que solo estaba

un poco mareado.

—¿Lo ves, Victoria? Ya estamos en Castellfollit.

El gran risco a su izquierda con las casas en lo alto les daban la bienvenida con las ventanas iluminadas. La carretera era una recta que acababa en dos curvas para cruzar el río. Esteban zigzagueaba mientras su esposa rezaba para que no le ocurriera nada.

De nada sirvieron los rezos cuando justo antes de atravesar el puente Esteban tuvo que dar un volantazo cegado por las luces de un camión. El coche atravesó la valla y se precipitó al río en una caída que ahogó los gritos de Victoria. El coche se fue llenando del agua sucia.

Victoria logró desatarse el cinturón de seguridad, pero las puertas estaban bloqueadas. Se dirigió entonces a la parte trasera. Tuvo el tiempo suficiente para ver como las luces traseras de un coche se alejaban y la luna quedaba engullida por el agua, sepultándola a ella sin que nadie se percatara.

Capítulo 31

Al abrir los ojos, Iris se sintió confundida. Muy confundida. ¿Dónde estaba? ¿Qué había sucedido?

Miró a su alrededor y no supo cómo había llegado a su habitación. Intentó exprimir el cerebro en busca de una explicación razonable a lo ocurrido. O quizá sería mejor decir: a lo no ocurrido. Iris no tenía la certeza de nada en absoluto. ¿Lo había soñado todo? ¿Era eso posible?

El accidente de sus padres, la salida de casa, el encuentro con la mujer de pelo rojo, los susurros de su voz e incluso Daniel. Ni siquiera podía estar segura de que él existiera. Ahora ya no. Si su mente le había hecho creer que todo aquello era real también era posible que Daniel fuera una invención, una ilusión. Todo era muy confuso. Quizá sólo había sido una creación de su mente, una pesadilla. Puede que lo único que necesitara fuera despedirse de Celia, de una vez por todas. Quizá por eso creó a Daniel. Para mantener una esperanza en forma de ancla que la mantuviera con la cabeza clara.

Sin embargo, esa explicación tampoco tenía mucho sentido. ¿Por qué no debía creer nada de lo ocurrido? Incluso era posible que su padre tuviera razón desde el principio y todo el problema estuviera en la cabeza de Iris. Ahora se sentía más confusa que unas semanas atrás y, más perturbadoras fueron sus palabras. «Fue el año en que perdiste la vida», dijo. ¿Era posible que ya estuviera muerta sin saberlo? ¿Qué su sueño no fuera más que una proyección de una mente atrapada en un mundo y un tiempo que ya no era el suyo? ¿O quizá también era una ilusión? Si todo estaba en su mente, ¿de

qué podía fiarse?

Iris salió de la cama, se asomó a la ventana y observó los colores ocres que dominaban en el exterior. El verde intenso había dado paso a los amarillos y rojos, como un preludio del día que se acercaba; el primer sábado de octubre, la fecha en la que las brujas debían sellar el círculo un año más.

Se dio una ducha rápida, comió unas tostadas con mermelada de frambuesa y volvió a encerrarse en la habitación.

Durante todo el día, la cama le había servido como un templo para la meditación. Las cuatro paredes de la estancia eran como una cárcel y a la vez como un santuario. De la noche a la mañana se sentía atrapada en ese lugar, sola con sus pensamientos, dudas… intentando aclarar el agua turbia de sucesos que ni siquiera podía etiquetar como ciertos o ilusorios.

Una casa, el lugar más seguro del mundo para cualquiera y, sin embargo, para Iris, se estaba convirtiendo en una tortura. Como si estuviera encadenada a su habitación. Todo era bruma en su cabeza. Las horas permanecían borrosas. No recordaba haber comido, ni bebido. Nada. Y su mente le llevaba una y otra vez a la Torre Canadell, donde su cuerpo se desplomó al fondo del abismo para levitar de nuevo hasta arriba debido al poder de la mujer de fuego.

Si Daniel era real y suponiendo que no le hubiese mentido, y si ella había muerto en algún momento, eso no hacía más que sumar nuevas incógnitas al asunto. ¿Cuándo había muerto? ¿Qué le había sucedido? Y su familia, ¿también estarían muertos?

Se sacudió los pensamientos de la cabeza. No iba a poder aclarar nada si ni siquiera era capaz de discernir la realidad de la ficción.

Necesitaba hablar con alguien. Quitarse el peso de las sienes y compartir sus dudas con alguien que la comprendiera. Quería una opinión sobre el tema. «¿Pero me tomarán por loca?», pensó. «No. La abuela Sión no. Ella me escuchará. O puede que en los libros que hay en la estantería del sótano pueda encontrar las respuestas que necesito».

Y así decidió que por el momento lo iba a mantener en secreto. Si encontraba una respuesta en las páginas de los libros no había motivo para alarmar a la abuela. Que por otro lado, ya estaba lo suficientemente ausente como para darle más quebraderos de cabeza.

De todos modos, debería hacerlo otro día. Porque no estaba dispuesta a dejar correr la aventura con Pitu. Aquella noche podría encontrarse de nuevo con Celia, y eso no lo cancelaría por muy mal que se pusieran las cosas. La otra opción era que simplemente se estuviera volviendo loca y esa fuera toda explicación.

Capítulo 32

Durante la cena permaneció callada. No cruzó ninguna palabra ni una mirada con la abuela Sión. Se sentó a la mesa, se tomó la sopa de calabaza que tanto odiaba sin hacerle ascos, y engulló el postre a toda prisa. Todo el tiempo, sintió deseos de preguntarle qué le parecía su estado, su posible alucinación. Pero no lo hizo, se ciñó a la decisión de buscar respuestas en los libros. Ella, por su parte, tampoco abrió la boca. Parecía más ausente que otros días. Seguramente estaba exhausta con los preparativos del sellado del círculo. El silencio reinaba en el comedor como una pesada bruma rutinaria e incambiable. Solamente el ruido de las cucharas contra el plato rompía el mutismo en el ambiente.

Iris pensó en su madre. Quizá ella, de haber sido más abierta, hubiera podido ser una buena opción, un buen pilar en el que apoyarse. Aunque ahora no era factible; estaba en la convención y, al hacerlo, se habría delatado descubriendo la infracción a sus órdenes: «no salgas de casa», había dicho muy claramente.

Iris recogió los platos, las cucharas y demás, lo metió todo en el fregadero y lo enjuagó. Mientras, la abuela pareció no reaccionar; ni la miraba ni le hablaba. Después de haber terminado, le dio las buenas noches y salió del comedor hacia su habitación. Un sueño reparador era lo que más le convenía.

Cerró la puerta, dio la vuelta a la cama y se sentó en la punta mirando hacia la negrura del ocaso. Odiaba el otoño de la Garrotxa, y ya le estaba temiendo el invierno. Solo le aguardaba el frío, la lluvia y la nieve. Afuera estaba nublado, oscuro y el frío era ya tremendo a pesar de ser solamente las siete de la tarde.

Iris se percató de algo que le llamaba la atención en el escritorio olvidándose del frío en el exterior; era una hoja cuadriculada. No recordaba haberla puesto allí. Se levantó de la cama y se dispuso a leerla.

«Iris, te esperaré en el parque, el de al lado de la plaza Mayor.
Ven después de cenar. Al fin llegó el gran día.
Lo pasaremos genial.
Pitu.»

Era la letra de Pitu. Sin duda.

Pero no recordaba que la nota hubiera estado allí por la mañana. Ni que él hubiera venido a casa. Las paredes de su cuarto se tambalearon. Iris se sentía estúpida. Todo era estúpido y borroso en su vida. Y mucho más desde que Daniel o la supuesta ilusión de Daniel le dijo eso en la Torre Canadell. Tenía ganas de quedarse a dormir y rechazar la salida. En esos momentos, no le apetecía embarcarse en una aventura de esa envergadura. Prometía ser oscura, misteriosa y puede que solamente les sirviera para perder el tiempo. Y durante esos últimos días, ya había tenido suficiente. Se sentía muy agotada.

Iris respiró hondo, se llevó las manos a la cabeza y negó.

Por muchas ganas que tuviera de rechazar lo inevitable, no podía. La salida con Pitu era lo más parecido a una promesa. Y era posible que fuera una vía de escape de un mundo opresivo que la ahogaba y eliminaba. «Además», pensó, «seguro que si no me presento a la cita, vendrá a casa y me llevará a la fuerza».

Sin embargo, lo más importante de la salida era la posibilidad, aunque fuese ínfima, de que pudiera comunicarse con Celia. ¿Acaso no dijo que esa noche se fundían los mundos? «Nada sería más maravilloso que poder ver de nuevo a mi querida hermana y en el caso de que estuviera retenida por algún ser paranormal quizá podría liberarla». Le tembló el cuerpo al recordar a la sombra que se la había llevado en el Molí Fondo.

Por otro lado, si se quedaba en casa, quizá apareciera de nuevo su vigilante imaginario. Y en ese momento no le apetecía ver a Daniel, no después de lo ocurrido. Era imposible que ese chico fuera real. Y aunque lo había sentido tan cercano que le había podido coger la mano, supuso que el cosquilleo de sus dedos se debía a una especie de energía mística. Sí, ¿incluso era posible que el fantasma fuese él y no lo supiera?

«Sí, Iris», se dijo. «Hoy debes afrontar tus miedos. Llevas tiempo esperando esta noche», mientras se metía dentro de la sudadera frente al espejo.

Buscó la linterna en el cajón superior del escritorio, la puso en el bolsillo derecho y salió hacia el parque de la plaza Mayor a encontrarse con Pitu.

Capítulo 33

Llegar al parque de la plaza Mayor con el corazón desbocado no era ninguna sorpresa, y menos si debía atravesar el pueblo de noche. Esa en concreto parecía más horripilante que las otras; las farolas que había ancladas en la pared iluminaban con un tono amarillento apagado que resplandecía en los adoquines húmedos de la calles.

Las noches de octubre, la oscuridad llegaba demasiado pronto. Y aunque Iris había recorrido las calles del pueblo a altas horas de la noche, hoy se sentía extrañamente aterrada y confusa. Puede que fuera debido a Daniel y a la mujer de pelo rojo. A cada esquina sus ojos se perdían entre las sombras, alargadas y sinuosas, que parecían advertirla de algo maligno. La luna brillaba vibrante en el firmamento iluminando de un modo fantasmagórico el paisaje vaporoso, ya de por sí, tétrico. Los adoquines de la calle reflejaban su luz danzante que a su vez movía las escobas colgadas en los balcones de las casas con una brisa suave pero helada. Las pocas horas de sol siempre eran insuficientes, pero un atisbo de alivio la animó. «Al menos no llueve», se dijo.

Iris decidió que había llegado el momento justo de cambiar su actitud. Después de esa noche debía abandonar el miedo a lo desconocido. Debía afrontar la situación y recabar tanta información como fuera posible para oponer resistencia al mal que, sin lugar a dudas, le pisaba los talones. Por poco que le gustara la idea no podía hacerlo a ciegas. Pitu debía contarle todo lo que sabía sobre los misterios de la comarca. Y si no lo hacía, media vuelta y para casa de nuevo. A fin de cuentas, siempre le quedaban los libros. Y quería estudiarlos todos, sin excepción.

En cuanto a su derecha desaparecieron los edificios, vio a Pitu, sentado en un banco metálico, vestía de negro con una camisa roja debajo y el pelo mirando en todas direcciones. Sus ojos, aunque no lo tenía cerca, se intuían expectantes.

Al verla, saltó de un brinco.

—Ya era hora, Iris —dijo levantando los hombros y los brazos, y con ojos tristes.

—Mira, Pitu. Tampoco tenía ganas de venir… Llevo unos días como ausente, como ida —se arrepintió de decirlo en cuanto hubo salido de su boca— y no me encuentro muy bien.

Pitu la miró con ojos interrogantes, inseguros.

—¿No te estarás echando atrás? Piensa que no tendremos una oportunidad como esta hasta el año que viene y…

—Lo sé. Me lo has dicho tantas veces… —decidió atacar con suavidad—. Pero, ¿cómo es que sabes tantas cosas de ésta noche?

—Hace tiempo que me atrae la idea de poder contactar con el más allá. Poder ver lo que muchos ya ni siquiera creen. Lo sabes.

—Pero no estoy segura de que sea buena idea, Pitu. No somos más que unos chavales frente a —dudó un instante antes de seguir —, frente a algo que no conocemos ni comprendemos. Podríamos salir malparados.

—Ya estamos… ¿Adónde quieres ir a parar?

—Podríamos dejarlo para otro día…

—Ni hablar —sentenció sin dejarla terminar—. Esta es la noche perfecta para una aventura a lo grande. Sino, ese otro día será otro año. Y eso no puede ser. No.

Un calambre helado recorrió la espalda de Iris como una lagartija. Esas palabras solo podían ser el preludio de algo malo. Podía sentirlo en los huesos. Los segundos que estuvo callada se le hicieron eternos y Pitu la miraba esperando una reacción que no llegaba.

Al fin, Iris rompió el silencio.

—¿Y qué te hace pensar que será una aventura digna de recordar?

—Ya lo verás. Es algo que presiento.

Cuando Pitu dijo eso, Iris tuvo la certeza de que no podía tratarse de nada que le gustase. Cómo la última vez, un aventura de las suyas, un cuento.

Fue al poco de romper la clausura tras la muerte de Celia. Habían salido para ver el estanque bajo los reflejos de la luna llena. Según él, era maravilloso, y las hojas de los sauces adquirían un tono plateado que centelleaban mecidas por la brisa nocturna. Eso resultó ser verdad, pero no era ni por asomo lo que él buscaba en realidad. Pitu quería ver a la Dama Gris, una joven que, según una

antigua leyenda de la zona, aparece durante los solsticios y los equinoccios para llevarse consigo hacia las profundidades cenicientas del estanque a aquellos incautos que se aventuran a acercarse a ella.

Como era de esperar, pasaron la noche en vela observando las tranquilas aguas del estanque, alerta ante cualquier movimiento, por sutil que fuera. Y helados hasta la médula. Los días siguientes Iris los pasó en cama con una pulmonía de caballo. Y todo sin obtener la respuesta al misterio.

Así que inquirió de nuevo:

—Te he dicho que quiero saber cuáles son tus planes reales, Pitu. Si no me dices porque tienes tanto interés en ir… me voy a casa.

El joven arqueó las cejas, alzó la vista al cielo y negó con la cabeza antes de responder.

—Pero si lo sabes de sobra, Iris —su voz se tornó un poco arisca —. Quiero ver a Celia. Quiero saber si la leyenda de Ballester es cierta. Si de verdad su alma está condenada en la masía junto a las de la gente que muere en el pueblo e intentar liberarlos.

Iris permaneció callada. Era verdad que ese "se suponía" que era el motivo, pero Iris tenía la sospecha de que había algo más que no le había contado.

Siguió sin decir nada y con el ceño fruncido. Era lo mejor para que entendiera que al no decir nada esperaba que siguiera relatando y que le revelara esos planes ocultos.

—¿Qué? —dijo él.

—Nada. Que puedes seguir cuando quieras con el resto de la historia.

—¿El resto de la historia? Pero si no la hay.

—Ya. ¿Acaso crees que soy boba?

A Pitu se le escapó una sonrisa por debajo de la nariz.

—Está bien, miedica. Te lo voy a contar. Sabes que en el pueblo se celebra una fiesta de disfraces con motivo del equinoccio de otoño. Dicen que hay música a todo volumen, que los mayores lo pasan en grande y, por supuesto, quiero verlo con mis propios ojos.

Antes de responder, Iris dudó un instante. No tenía del todo claro que aquello fuera cierto. ¿Quién iba a celebrar una fiesta en la masía?

—¿Seguro que no hay nada más que deba saber?

—No. Solo que he oído que las leyendas locales hablan de un círculo que debe cerrarse —Iris tembló como una hoja—. Algo como que un portal mágico que debe permanecer cerrado o algo así.

No le inspiraba mucha confianza y sabía que iba a arrepentirse

de la decisión de seguir adelante con el plan. Su intuición le decía que no fuera, pero su corazón se sentía obligado. Si había una posibilidad, por pequeña que fuera, de poder reencontrarse con Celia, no la iba a desaprovechar. Por un momento, pensó en su madre. Había dicho que irían a una fiesta después de la convención. Quizá estarían en la mansión que decía Pitu. Ver a sus padres bailando y divirtiéndose le pareció algo surrealista e imposible. Hacía mucho que no los había visto contentos.

Mejor se tragaba las dudas, iba en busca de respuestas y se olvidaba de volver a casa y esconderse bajo las sábanas con los miedos pisándole los talones.

—Vale. Si solamente es eso, vamos. Pero no me tengas toda la noche como en el lago. Como no logremos ver a Celia, no se repite ninguna salida.

Capítulo 34

La madera del puente crujía bajo los pies de Iris y Pitu; era un amasijo de hierros oxidados y vigas putrefactas que lo envolvían como si de un túnel se tratara. En el interior olía a moho y únicamente se veían los escasos tres o cuatro metros que alcanzaba la luz de las linternas. La vieja carcasa amortiguaba el rugido del río, bravío y estridente, como el silenciador de un revólver.

Al salir, en la otra orilla del río, Iris fue consciente de la fiereza del agua y se agitó. Las lluvias, casi torrenciales de los últimos días que caían cada noche, habían hecho crecer el riachuelo de un modo inusual. El agua parecía lodo, de tonos marrones y oscuros, que golpeaba violenta contra las rocas esparcidas, haciendo estallar nubes húmedas como cascadas. Igual que el día en que Celia murió.

—Dios mío, ¿has visto cómo baja el río? ¿No crees que sería mejor dejarlo?

—Pero, ¿qué dices? Ya lo hemos hablado, Iris. Déjalo ya.

—¿Acaso no ves el puente? Si el nivel del agua asciende un poco más, podría llevárselo con él.

Pitu alumbró con la linterna hacia el puente y observó los bajos. Era difícil saber a ciencia cierta el caudal del río. El rostro del chico expresaba sus dudas. Estaba intentando medir mentalmente la distancia y zanjó con un movimiento de cabeza que a Iris no le gustó nada.

—Tienes razón, Iris. Si el río se lleva el puente y no podemos volver, quedaremos atrapados.

Iris no podía creerlo. ¿Le estaba dando la razón o se estaba riendo de ella? La segunda opción parecía la acertada.

—Al menos, si llueve más y esto sucede… nos podremos quedar a dormir en la mansión y solucionado, no nos mojaremos. Y por la mañana ya nos vendrán a buscar.

Ella se estremeció.

¿Pasar la noche en la mansión? ¿Que les encontraran a la mañana siguiente? Si su madre llegara a enterarse de que había salido de casa se pondría hecha una furia, pero si pasaba la noche en aquel lugar, la mataría. Y más aún estando con Pitu. Aunque, ¿no se suponía que habría más gente en la masía?

Abrió la boca para recriminarle a Pitu su falta de tacto, pero no le salieron las palabras. Sus ojos se desviaron del rostro del chico y se fijaron en los matorrales al otro lado del camino, tras él. Un leve movimiento la puso en guardia. Algo estaba oculto, observando. O quizá se trataba de alguien.

—Mira, hay alguien allí.

La voz le salió temblorosa y débil. Durante los últimos días la habían estado acechando; Daniel, las sombras, la mujer del pelo de fuego… Y no sabía con que finalidad. Ni si era real o no. Lo único que imaginaba era que nada bueno podía significar. «¡Qué diablos! Si estamos en la maldita noche de las brujas», pensó. «Quizá sea un espectro». Decían que los mundos se fusionaban esa noche. ¿Podía eso ser cierto?

Pitu la miraba con cara de circunstancias. Sólo se volvió hacia los matorrales cuando escuchó el crujido, como de una rama al romperse y lo alertó.

En cuestión de segundos, una sombra como un armario salió de entre la maleza. Era enorme y oscura. A Iris se le heló la sangre. Dio un brinco hacia atrás, resbaló y se cayó de culo al suelo tupido y mojado. Qué patosa, Dios mío.

Pitu seguía con los ojos entre la sombra y la caída de Iris. Y entonces, la sombra habló.

—No es esa la reacción que me gusta provocarte, Iris.

Solamente tuvo tiempo en desear fundirse y desaparecer. El exceso de imaginación la estaba volviendo loca. Y cuanto más avanzaba el tiempo más loca se volvía. Esa voz no era de una sombra fantasmal. Era de Toni, el amigo cromañón de Pitu.

—¿Te has hecho daño, preciosa?

Su cara salió de las tinieblas, alumbrada sutilmente por la mortecina claridad de la luna. Como pudo, Iris se levantó del suelo sin mirarlo a la cara. Sabía que era Toni, pero no sabía a qué le tenía más aprensión.

En lugar de responderle a él, se dirigió a Pitu.

—Y éste, ¡¿qué está haciendo él aquí?!

—Va a acompañarnos a la mansión.

—¡¿Y por qué no me lo decías antes de que me asustara?! Sabes que no tengo ganas de sorpresas.

Iris estaba enfurecida. Se sentía engañada. No le apetecía estar con Toni, no después de su salida de tono. Aunque en cierto modo se alivió un poco. Si quedaban atrapados y les pillaban, ya no estaría sola con Pitu. Y aunque no se fiara ni un ápice de Toni, los tenía a los dos para protegerla si ocurría algo extraño.

Así que decidió no darle más vueltas e ir al meollo de la cuestión.

—Si te acercas a mí, te mato.

—Santas palabras, preciosa.

—Toni, ya basta —Pitu se metió.

—Vamos, los fantasmas nos esperan.

«¡Lo sabía! Sabía que había gato encerrado en esa salida. Ha dicho fantasmas en plural y antes también ha hablado de más gente atrapada en la mansión».

—¿Cómo dices, Toni?

—Nada, Iris. —intervino Pitu—. Ya sabes como es. Venga. Sube a la moto.

Capítulo 35

Se montaron en las motos y enfilaron el camino serpenteante y casi desaparecido por los matorrales que bordeaba el río. La luna seguía alumbrando vibrante el decorado. Creaba grotescas sombras que parecían tener vida propia moviéndose a su antojo. Los crujidos entre la vegetación hacían alumbrar con la linterna; un tupido bosque casi negro se adentraba tierra adentro. Y el rugir del agua los acompañaba como un monstruo que acecha a su presa.

Sentir su cuerpo pegado al de Pitu hizo que Iris se sintiera extrañamente confusa y culpable. Montada en la moto, rodeando la cintura de él con sus brazos y la cabeza apoyada en su espalda. Era como si estuviera traicionando a Daniel, con quien había hecho lo mismo el día anterior. ¡Menuda tontería! ¿Cómo se puede traicionar a alguien que puede que no exista? Sin embargo, éste chico sí existía, y a la vez la hacía sentir bien. Lo podía sentir. Sus manos rodeaban su cintura y lo apresaban en sus brazos sintiendo su cuerpo.

La tierra del camino era fangosa y resbaladiza. Y a su vez, el camino desaparecía paulatinamente, invadido por helechos y matorrales, que se inclinaban amenazantes hacia los jóvenes.

En la parte superior, la tierra húmeda dio paso a una tupida capa de hiedra.

—Ya hemos llegado —apuntó Pitu.

—¿Cómo dices? Si aquí no hay nada.

Se bajaron de las motos y los chicos las empujaron hasta dejarlas al lado de unos matorrales. No había señales de que alguien hubiera pasado por allí en mucho tiempo.

—Pitu, ¿estás seguro de que éste es el camino correcto?

—Por supuesto que sí.

Anduvieron por un camino que se adentraba en la espesura de la vegetación.

—Entonces, ¿por qué me da la sensación de que nos hemos perdido?

—Será que tienes miedo… —dijo Toni.

—¡Tú, cállate!

—¿Otra vez? —se metió Pitu—. Algún día os encerraré en una habitación hasta que logréis mantener una conversación y…

—De eso, ni hablar.

—Entonces comportaros, por favor. Es extraño, lo sé. Pero este misterio lo vamos a resolver. Si queréis marcharos, por mí estoy de acuerdo.

—No hace falta que te pongas así, Pitu. No soporto el tono burleta de Toni, eso es todo. Pero lo mínimo sería decir de una vez que te propones, ¿no crees? ¿Cuáles son tus planes exactos? ¿Qué haremos?

—¡Ya!

El camino se ensanchó mostrando lo que antes debía haber sido tierra de cultivo. Quizá un maizal o un…, pero las plantas silvestres se habían adueñado de cada rincón, cosa que hacía inútil intentar precisar su anterior utilidad.

Desde allí, Iris, Pitu y Toni, observaron aterrados y abrumados la estampa terrorífica al fondo del paisaje.

—Es genial —susurró, Toni—. La mansión Ballester, era una casa señorial que se elevaba al final del campo como una vieja basílica, un santuario de culto o una estatua en ofrenda al diablo.

Iris pensó que Toni le había robado las palabras de la boca. Sintió un repentino temblor y miró de reojo a Pitu. Estuvo a punto de decirle algo, pero en lugar de eso se quedó con la boca entreabierta. Las palabras le retrocedieron por la garganta empujadas por la mirada de él. Estaba convencida de que debía sentir algo parecido a una emoción. Pero, ¿cuál? Su rostro, terrorífico bajo la oscuridad de la noche, permanecía expectante. Y la vibrante luz mortecina de la luna, iluminaba sus ojos con un toque macabro. Casi psicótico.

Pitu se giró lentamente hasta cruzarse con la mirada inquisitiva de Iris, que seguía buscando la más mínima muestra de duda en él.

Se limitó a devolverle una sonrisa. Sin lugar a dudas… forzada.

Con un ligero movimiento de cabeza y poniendo el primer pié por delante, Pitu comenzó a avanzar sin echarse atrás. Iris y Toni se dispusieron a seguirle.

Anduvieron entre los supuestos y antiguos maizales, intentando

no perder de vista el suelo. Apartaban las hojas cortantes y las púas de las plantas que amenazaban sedientas por un poco de sangre fresca.

La oscuridad del campo parecía absorber la poca luz que emanaba de las linternas. Iris fijaba su visión más allá del límite, entre la maleza. ¿Era un movimiento o solamente se lo estaba imaginando? ¿Era posible que hubiera alguien allí agazapado?

Al igual que la proyección en forma de sombra con un movimiento estudiado, estaba convencida de que alguien o algo los andaba acosando. Pensó en un lobo. Aunque no sabía si en aquellos bosques perpetuos vivían lobos. O quizá fuera una bestia de las leyendas de la zona. Pero lo que le aterraba de verdad era que pudiera tratarse de una sombra, de la sombra que se había llevado a Celia en el río.

Iris sacudió la cabeza intentando deshacerse de esos pensamientos. Podía ser cierto que la imaginación le estuviera jugando una mala pasada. Aún así, su vigilante secreto, Daniel, la había visitado y esos pensamientos seguían haciéndole sentir un calor tierno; como el roce de sus dedos. O de sus dedos imaginarios.

Iris recordó cuando habían estado hablando en la Torre Canadell y se estremeció al recordar lo ocurrido.

Seguía intentando darse una explicación razonable con todas las opciones posibles que le pasaban por la cabeza; imaginación, sueño, enfermedad, locura… aunque quizá, sólo quizá, la que más le atraía era que hubiera sido real y Daniel fuera un fantasma atrapado en su mundo. Porque aunque aquello pareciera una auténtica locura, si era real significaría que Daniel también lo era, o lo había sido en algún momento. Y eso le gustaba. Sí. Quizá podría ayudarlo a cruzar al otro lado. Pero para eso, debía encontrarse de nuevo con él. Sería un buen plan para aclarar las cosas y puede que la noche de las elementales fuera la más indicada para contactar con él. Si era un espectro quizá también estaría atrapado en la mansión Ballester.

La idea de no entender nada la perturbaba. Le hacía sentir un frío aterrador en las entrañas. Un vacío que le oprimía el pecho privándola del oxígeno. Aun así, al llegar frente a la mansión, los temblores se le hicieron visibles en el rostro.

Capítulo 36

Como si de un cóctel de malas vibraciones se tratara, Iris, Pitu y Toni se quedaron absortos ante la vieja mansión, rodeada por un muro de piedra oscura de tres metros de altura que Pitu alumbró con la linterna de derecha a izquierda y de arriba abajo.

El cielo, que había permanecido amenazante, se iluminaba a intervalos regulares en el horizonte. Una tormenta descargaba violenta. Iris miró los relámpagos que le parecieron hermosos en el firmamento como un castillo de fuegos artificiales y rezó para que la lluvia no se les echara encima.

Pitu la sacó de sus pensamientos.

—¡Es alucinante! —dijo.

—Sí, fantástico —replicó ella con sarcasmo—. Venga, Pitu. Volvamos a casa. Se avecina una tormenta y no quiero quedar atrapada en esta… ruina.

—Ni hablar, sabes que hoy es la noche perfecta. Además, la tormenta no vendrá. ¿Acaso oyes algún trueno?

Agudizó los oídos. Uno, dos, tres relámpagos iluminaron el horizonte. Y nada, ni un sonido, el trueno no llegaba. Pensó que quizá Pitu estuviera en lo cierto y la tormenta pasaría de largo. En lugar de decirlo, sólo asintió.

—Claro.

—Mirad, chicos —dijo él, alumbrando a lo lejos—. Parece que por allí podremos entrar.

Siguiendo la dirección de la luz de la linterna con la mirada, vislumbraron un pequeño destello entre las sombras de la piedra del muro. Pitu avanzó sin mirar atrás mientras Iris y Toni lo siguieron

muy despacio.

Una verja enorme ante ellos les indicó que el destello que habían visto se trataba de hierro forjado y ondulado. Las formas de los barrotes se entrelazaban creando tribales enroscados y oxidados.

Pitu empujó y un chirrido perturbó la aparente calma.

Toni se puso tras él con rapidez. Iris cruzó la verja sin dejar que la distancia entre ella y los chicos fuera superior a un metro escaso.

Seguía pensando que aquella salida nocturna no había sido una buena idea. Tenía la certeza de que por algún motivo, él no le había contado sus verdaderas intenciones. Por mucho que supiera que era la noche perfecta en la que se mezclaban los mundos, que «podrían» ayudar a Celia si estaba atrapada y que vivirían una aventura de leyenda, sus entrañas se resistían a creerlo tan fácilmente. Se le hacía un nudo en la garganta que apretaba y bloqueaba con fuerza la entrada de aire, sugiriéndole que lo dejaran para otra ocasión.

El suelo estaba repleto de hojas, húmedas y negras. Mecidas por una brisa que parecía estar en ralentí. Y los pocos árboles que salpicaban el jardín les amenazaban con sus ramas oscuras, retorcidas y secas como extremidades de unos monstruos antiguos.

El silencio que gobernaba el jardín era perturbador.

Iris se percató de que ya no escuchaba el sonido violento de las aguas bajando río abajo. Ni siquiera notaba la brisa fría recorriendo el ambiente y susurrando entre la maleza. Era como si hubieran traspasado de una dimensión a otra, como si una burbuja invisible e implacable los hubiera aislado del exterior, como si alguien le hubiese dado a la tecla «Mute» del mando del televisor. O peor aún, como si el tiempo no existiera y se hubiera detenido para siempre, atrapándolos en un mundo paralelo, hostil y macabro. Incluso la luz vibrante de la luna parecía más tenue tras penetrar en la propiedad de la mansión.

Los muros del edificio se alzaban agresivos y amenazantes. Tenían el color del carbón humedecido, y estaban invadidos por una capa de plantas trepadoras que se mimetizaban a la perfección entre los enormes pedruscos. Tenían un matiz azulado bajo la luz de la luna. Algunas ventanas estaban rotas, otras abiertas y la puerta principal, de madera tallada a mano, parecía intacta. La visión de aquél gigante de piedra oscura era aterradora. Sólo la torre parecía librarse de la invasión de hiedras, pero el musgo, fétido y negruzco, se había adueñado de cada rincón. En lo alto, custodiando la propiedad, unos querubines alados e inamovibles, les vigilaban con ojos eternos de cristal oscuro.

Iris fijó la vista en las estatuas que la observaban desde las alturas. Había visto con anterioridad bustos y gárgolas. En la antigüedad, esos seres místicos habrían declinado a cualquier

intruso que quisiera penetrar en el interior. Eran los protectores de la familia, del hogar. Pero aquellos críos, que parecían ángeles, la aterraron. No pudo evitar sentir pánico. El estómago se le revolvió provocándole arcadas. Pensó que a los antiguos dueños podrían haberles servido de consuelo, incluso era posible que les gustaran. Sin embargo, a Iris le parecían oscuros, con su mirada de granito inquietante siguiéndoles los pasos… como si fueran a lanzarse sobre ellos en el momento menos pensado.

Desvió la mirada de los querubines, y siguió alumbrando cada rincón esperando ver la más mínima señal de vida en aquél lugar. Se sentía cada vez más inquieta. Miró a Pitu con ojos amenazantes.

—Estaba segura de que me habías mentido, Pitu.

—Bueno… sólo ha sido una mentira a medias.

—¿Qué significa "a medias" para ti? Aquí no hay nadie. Ni gente ni fiesta, en años no ha habido nadie…

Un trueno lejano retumbó ahogado llamándole la atención. Se giró rápidamente para mirar al horizonte.

En la parte este de la mansión había otro muro de menor tamaño que el que bordeaba la finca.

—¡Pitu! —gritó, señalando la pequeña muralla— ¿Qué es eso?

Él se encogió de hombros y levantó las cejas.

Iris se conmovió al comprobar que sus peores pesadillas se hacían realidad.

—No me digas que es un…

—Pues sí, Iris.

—Esto no me lo habías dicho. No puedo creer que me lo ocultaras, que me mintieras, eres un auténtico…

Pitu la cortó riendo a carcajadas.

—Claro, porque sabía que no querrías venir.

—¡Por Dios! ¿En qué demonios estabas pensando? No entiendo qué te ocurre y porque tienes que mentirme. No cuesta nada decir la verdad, ¿sabes?

—No sé de qué te exaltas tanto. Te pasas el día en el cementerio del pueblo. ¿Qué importancia tiene que la mansión tenga uno propio?

—No se trata de eso, Pitu. ¡Estoy harta de todas tus pesquisas, tus secretos y tus juegos!

No le contó que poco tenía que ver su mosqueo con las mentiras y sus verdades a medias. El alma de Iris le hacía vibrar las entrañas mandándole mensajes con la advertencia de que corrían peligro. Que aquello que la había acechado desde que llegaron al pueblo y se había llevado a Celia, podía ser que hubiera estado esperando a aquella noche, la noche en la que los mundos se funden, para llevársela a ella al infierno.

—Tranquila. No te pongas histérica. ¿Sabes qué dicen los mayores? —Estaba en silencio, mirando a los dos sin esperar una respuesta —. Que se debe temer más a los vivos que a los muertos.

Capítulo 37

Por la mente de Iris pasó una imagen fugaz. Una imagen que la transportó de nuevo a la cima de la Torre Canadell donde estuvo a punto de caer al vacío, donde la mujer del pelo de fuego la había intimidado con susurros de otra era. Vio a Daniel; los ojos grises que se le clavaron al mirarla en el último instante. Irradiaban tristeza, dolor, y puede que compasión. Quería encontrar un motivo por el que él la hubiera engañado. Y pensó que era posible que sus intenciones fueran buenas. ¿O acaso los chicos tienden a mentir siempre?

Se puso una mano en la frente intentando decidir qué le transmitían aquellas imágenes. «Es imposible que Daniel quisiera hacerme daño, eso me había dicho. Pero, ¿por qué me lo creo?». Y aunque tenía más motivos para dudar de él, sentía el pálpito en su interior. Lo creía de un modo que no podía concebir. ¿Por qué tenía tanta fe en él? ¿Acaso volvía a pensar que Daniel existía en realidad?

Tras regresar a la realidad, Iris comprobó que se había quedado sola, allí de pie. Se apresuró en correr y alcanzar a Pitu y Toni que se habían dirigido hacia el portón del cementerio.

—¿No hace falta que diga nada, verdad? —dijo al alcanzarlos, indignada y sin esperar una respuesta.

—¡Es genial!

—Si, precioso —soltó con sarcasmo—. El lugar perfecto para una aventura, ¿verdad?

Pitu no respondió.

La sensación de silencio perpetuo aumentó el nerviosismo que se

la comía por dentro. Si bien era verdad que aquel cementerio era precioso no le apetecía nada perturbar la quietud de sus inquilinos. A ella le gustaba mucho visitar camposantos y pasar horas allí sentada con sus pensamientos, pero aquello era distinto. En esa clase de cementerios privados se enterraban familias enteras, clanes de una misma religión y credo. Incluso había oído que las sectas los utilizaban con portales de dominio y sacrificio.

Se trataba de unos pocos ataúdes con cruces de piedra que salpicaban el suelo tapizado por un césped marchito y negruzco. Parecía una alfombra. Al fondo, destacaban tres construcciones mayores. Seguramente mausoleos que pertenecían a una familia bien, a los que habían vivido en el gran caserón.

Iris miró de reojo la mansión cuando le pareció advertir un movimiento a su lado. Tiritó. Se trataba de una ventana en el primer piso. Estaba suelta, a punto de caer. Se balanceaba con un sinuoso vaivén mecida por una brisa casi visible.

Volvió la vista a dónde se encontraba. Había hojarasca seca esparcida por el suelo. Lejos de parecer abandonado, Iris tuvo la sensación de que todo se encontraba en un extraño orden, como si alguien se hubiera preocupado por mantener cada hoja y cada hiedra en su preciso lugar.

—¿No conoces la historia de los antiguos inquilinos, verdad? —Pitu rompió el silencio, señalando un mausoleo al fondo.

—Qué pregunta más estúpida. De todos modos, ya lo tienes pensado, ¿no? Nos vas a aterrar con alguna idiotez, ¿verdad, Pitu?

—De eso nada, Iris. Esta historia es real. Y forma parte de la cultura de este lugar y, me atrevería a decir, que de todo el país.

Sin duda alguna. Cuando a Pitu se le metía algo en la cabeza, se convertía en un actor brillante. Su pose, su rostro y su cuerpo adquirían el aire de un actor profesional. Se creía todas las leyendas de la zona. Y era capaz de hacerte vibrar, solamente con el relato de tal historia.

Él prosiguió como si nada.

—Dicen que se mudaron a la mansión. La gente del pueblo les habían advertido que la casa estaba encantada, que por las noches se oían lamentos, pero no hicieron caso y se mudaron igualmente —puso cara de pánico, alumbrándola con la linterna—. A los pocos días, comenzó la pesadilla; objetos que se movían, susurros que cruzaban el aire como canciones del más allá, personas que se aparecían… Y una noche todos aparecieron muertos.

El cielo se iluminó y un trueno retumbó más cerca. La inminente pausa dramática con la intervención de la amenazadora tormenta consiguió el efecto idóneo. Estaba alucinada.

—Al parecer —prosiguió, Pitu—, el dueño se trastornó durante

una velada y acabó con la vida de todos los asistentes. Dicen que los adormeció echándoles algo en la bebida y que, una vez inconscientes, fue realizando un ritual que era más parecido al de un carnicero. A los cadáveres les habían extraído los ojos y la lengua, y para rematarlo les habían cosido los párpados y los labios. Lo mejor de todo fue que los dispuso como si aún estuvieran vivos, sentándolos a la mesa del gran comedor o de pie, como si estuvieran manteniendo una charla.

Iris se sentía incapaz de moverse, aterrada y sin poder articular una palabra.

—Hay quien cree que existe una maldición contra todo el que se atreve a penetrar por sus puertas. Algo antiguo y muy poderoso. Pura maldad. Hablan de que los primeros constructores desaparecieron sin dejar rastro y que el señor Ballester regresó de nuevo para poseer al nuevo dueño atrapado por un poder que recorre el subsuelo de la comarca. Un poder que el basalto amplifica para dominar a las personas y destruirlas.

—¿Y me lo cuentas ahora?

—Es el momento preciso, pero no es todo. ¿No querías la verdad?

—¡Vale ya! ¡No quiero escuchar nada más, Pitu!

—Me han contado que una vez al año —siguió, sin hacerle caso —, en la víspera del fatídico día, los invitados salen de sus ataúdes y recorren la mansión en busca de presas —rió de nuevo—. Y lo mejor de todo es que el Señor Ballester, dueño original de la mansión, persigue de nuevo a los invitados y a su propia familia con el fin de acabar con ellos, hacerles revivir el tormento de aquella noche una vez más y condenarlos a una tortura perpetua.

Iris estalló en ira, recriminando a Pitu su falta de sensibilidad mientras tomaba rumbo a la salida del cementerio. Aquella masacre no podía ser motivo de risas.

Iris ya no estaba disgustada por su engaño. El terror dio paso a la pena. No lograba imaginar qué puede empujar a una persona a actuar de ese modo, como tampoco comprendía la actitud de Pitu.

La tormenta que amenazaba en el horizonte se estaba acercando a toda velocidad. Y si no se iban, quedarían atrapados allí.

Al cruzar la verja Iris se dio cuenta de que Toni no estaba con ellos. Había desaparecido.

—¿Dónde está Toni? —preguntó mirando alrededor.

—Ni me había dado cuenta.

—Se debe haber quedado atrás, ¿no?

—¿No estarás preocupada por él, verdad?

Se negó a mantener una discusión con Pitu y menos por Toni. Volvió la cabeza y le dio la espalda.

—¡Toni! —gritó Pitu—. ¡Tooniii!

Solo el silencio.

—¿Qué? ¿Entramos? —Pitu le preguntó.

—¿Estás loco? ¿Y, Toni?

—Debe de haber regresado al pueblo. O quizá ya esté escondido en la mansión y listo para asustarnos.

—Yo me marcho, Pitu. Estoy harta.

—Como quieras —repuso él, burlón—. Pero, ¿sabrás volver sola? ¿Y, andando?

Él le dio la espalda y emprendió el camino hacia la puerta subiendo los peldaños de piedra resquebrajados y agrietados.

Iris se sentía rota por dentro, pero no quería echarse atrás. Hizo lo mismo que él pero en sentido contrario. Cruzó el jardín hasta la verja principal y contempló el camino, casi inexistente, en penumbra.

Le daba miedo pensar que en ese edificio había muerto gente, que algún fantasma podía estar observándola, y que podía caer víctima de una maldición. Pero la alternativa de irse sola a través del bosque le provocaba más pánico que acompañar a Pitu.

Se estremeció al pensar que Toni podía haber sido víctima de alguna sombra o incluso del espíritu del mismísimo Ballester. La brisa era helada y se le clavaba en las mejillas. La luna había desaparecido.

Recordó de nuevo a Daniel. Su imagen la reconfortó, le gustaba acordarse de él. Daniel se lo había advertido. Le había dicho que no fuera a la mansión. ¿Acaso podía conocer los planes de Pitu? Era imposible que lo supiera. ¿O no?

Otro trueno retumbó en el horizonte. Esta vez con más fuerza. La tormenta estaba lejos, pero el olor a hierba mojada inundó las fosas nasales de Iris. Las primeras gotas estaban a punto de empezar a caer y ya no veía tan clara su decisión de regresar sola hacia el pueblo. Las amenazantes tinieblas fueron suficientes para hacerle cambiar de idea.

Se giró y entrecerró los ojos buscándolo.

—¡Pitu! —gritó mientras corría hacia él—. Tú ganas, entremos.

Capítulo 38

El crujir de la puerta retumbó en el recibidor. La mortecina claridad de la luna llena entraba a través de las rendijas de las ventanas, y una leve brisa de aire gélido levantó una nube de polvo por toda la sala. La alumbraron con las linternas y admiraron el gran espacio. Iris se sintió insignificante allí.

El edificio había sufrido los ataques y saqueos habituales en las casas abandonadas, pero de algún modo, conservaba cierta grandeza. Los escasos muebles que quedaban en pie permanecían cubiertos por sábanas amarillentas y roídas.

—¿Crees que tendremos la suerte de poder ver algún fantasma?

—Ni que fuera uno de mis sueños por cumplir. ¿O pretendes reírte de mí?

—No, boba. No me río. Supongo que podría ser divertido observar algún suceso o ver un ente paranormal.

—No comprendo porque te emocionas tanto. A mí me da escalofríos el mero hecho de pensar en ellos. Puede que estén llenos de dolor, de tristeza, de… Ira. ¿Y si tienen intenciones malvadas?

—Ellos existen en un plano diferente al nuestro. Solo esta noche, dicen que se pueden llegar a confundir el uno con el otro. Pero ellos actúan sin percatarse de lo demás, por tanto: no pueden hacernos ningún daño.

—¿Estás totalmente seguro?

—Hombre, ¿quién lo sabe con certeza? Piensa que a la gente le dan miedo estas cosas. Pero nosotros vamos a descubrir esta noche si las leyendas son realidad o pura ficción.

—Me trae sin cuidado, Pitu. Esto no está bien. Y lo sabes. Me

mentiste acerca de lo ocurrido, me ocultaste los detalles. Volvamos, por favor, te lo ruego.

Él negó con la cabeza y avanzó hacia el interior del vestíbulo.

—¿Y si es Celia la que nos está esperando?

La pregunta de Pitu desarmó a Iris. Tenía razón. Era el motivo principal por el que estaban allí. Debía intentar verla, hablar con ella y disculparse por no ayudarla.

Las paredes estaban cubiertas por un empapelado floral, como de claveles y rosas simétricas. Tenían el tono a juego con las sabanas que cubrían los muebles. Largos jirones suspendidos y resquebrajados, se habían desprendido y colgaban tétricamente. En otros, el papel se había hinchado simulando una burbuja de aire o un grano de pus. Pinturas decorativas colgaban de las paredes como obras de arte en marcos que un día fueron dorados. En mitad de la pared del fondo, unas escaleras de linóleo subían a la planta superior. Y en ambos lados, dos gárgolas retorcidas y aladas, parecidas a faunos, observaban a los recién llegados con una mirada cristalina e implacable.

A Iris le era imposible ocultar el miedo; la mandíbula le temblaba y los ojos escrutaban cada resquicio de sombra en busca de un movimiento que la pusiera en alerta.

Pitu, sin embargo, corría emocionado por cada rincón.

Al acercarse a los pies de la escalera, donde Pitu se había quedado esperando, Iris se estremeció al advertir un movimiento sutil al lado de la figura inerte. Iluminó repentinamente con la linterna y el monstruo alado cobró vida. El aleteo retumbó por la estancia golpeándole la cara con el aire gélido del ambiente. Y un gruñido agudo le penetró las entrañas echándola hacia atrás hasta caer al suelo.

—¡Ahhh! —gritó Iris atemorizada.

El eco de su grito llenó el vacío y las alas batiendo en el vestíbulo fueron desapareciendo. En su lugar, una cortina de polvo caía como copos de nieve en invierno.

—¿Qué? ¿Qué ha sido eso?

—Iris, por favor —Pitu se agachó y la ayudó a ponerse en pie—. Sólo han sido unos pájaros. Unos malditos grajos, o como se llamen. ¿Ves?

Iris respiró aliviada. Desde que se había asomado al mundo de las brujas elementales cada vez creía más posible que las leyendas fueran reales, las de los condenados y oscuros. A fin de cuentas ella misma podía pertenecer a un linaje de mujeres poderosas.

Sus ojos navegaron entre los colores que emanaban de la lámpara como un caleidoscopio, relajando su ansiedad. Entre la suciedad, la lámpara permanecía brillante. Los cristales tallados en

formas geométricas se alargaban como lágrimas. «Una fuente de paz en mitad del infierno», pensó.

—Cuando experimentemos una presencia real, nos marcharemos. Te doy mi palabra. Si lográsemos encontrar el modo de subir al torreón sería el mejor lugar para ver al fantasma del señor Ballester.

—Ni lo sueñes. No esta vez. Si tú quieres pasar miedo, vale. Pásalo mal tú sólo. Pero yo no me muevo de aquí, hasta que decidas que has visto suficiente. Este lugar me da miedo.

Pitu torció el rostro con resignación y comenzó a subir por los peldaños de la escalera ante la mirada frustrada de Iris, que no podía creer que la dejara allí sola en mitad del recibidor. Cuando Pitu se encontraba a mitad de camino, un murmullo grotesco salió de una de las puertas.

—¡Ahhh! —gritó Iris.

—¿Qué ha sido eso? —dijo él desde lo alto de la escalera.

—Es una… ha parecido… una voz.

—¡Una voz! ¡Bien, al fin!

Capítulo 39

Pitu corrió escaleras abajo y pasó junto a Iris sin reparar en que temblaba sobrecogida, alumbró con la linterna la puerta de la derecha.

—Fíjate, Iris. Hay algo arañado.

—¿Qué es? —preguntó con voz débil.

—No estoy seguro.

—¿Son símbolos?

—No. Ven. Creo que son palabras.

Iris tenía los pies anclados al suelo. No iba a moverse. Dijo que los arañazos no eran símbolos. Pero Iris no olvidaba los que había visto en las rocas de la Torre Canadell y que incluso había examinado en la puerta principal de la mansión en el momento de cruzarla, en las cruces del cementerio y en el puente. «Palabras», dijo. Vio que Pitu movía la linterna por la superficie carcomida de la puerta, intentando leerlas. También se dio cuenta de que al lado de ésta, cerca del suelo, había un gran agujero en la pared.

—¡Es una frase, Iris!

Un relámpago seguido de un trueno muy cercano iluminó el recibidor en un centelleo de luminiscencia, agitando las paredes de la mansión.

Pitu leyó la frase.

—«Si queréis morir, permaneced aquí. De lo contrario…», ¡Dios bendito, que emoción! —saltó en voz muy alta—, no consigo entender la última palabra —dijo mientras los grajos alzaron el vuelo, se estamparon contra la pared y cayeron con el cuello roto y las luces de la lámpara de cristal se iluminaron centelleando. ¿Cómo

era posible que hubiera electricidad?

Una voz grotesca y chillona surgida de la nada terminó la frase de la puerta que Pitu no pudo terminar, gritando:

«…¡Corred!»

Iris y Pitu soltaron las linternas al unísono mientras que ella caía al suelo de espaldas.

—Corre, Iris. ¡Vámonos! —dijo él, que llegó a su lado en un santiamén.

La cogió de un brazo y la ayudó a ponerse en pie. Vio el terror en los ojos de Pitu. Algo que nunca antes había observado en él asomaba en sus pupilas negras.

Y, por primera vez, parecía que estaban de acuerdo en algo: debían salir de aquél lugar. De una vez. Con la mano que le quedaba libre, Pitu recogió la linterna del suelo y corrieron hacia la puerta principal.

Corrían. No. Volaban a través de la nube de polvo y el centellear de las luces. A pesar de que la salida se encontraba a unos escasos diez metros, era como si el tiempo se hubiese ralentizado y la distancia hasta la puerta estuviera aumentando cada vez más. Los movimientos de los dos eran lentos, pesados, adustos. Iris sentía como si una fuerza invisible le impidiera avanzar hacia la salida y la atrajera a la oscuridad. A lo malvado.

Iris miro en dirección al primer piso y se estremeció. Una figura negra y humeante los observaba desde lo alto.

En el momento de cruzar la puerta principal, los portones se cerraron con violencia lanzándolos al suelo.

Estaban atrapados.

Capítulo 40

Incluso a través de la oscuridad, Iris pudo ver los reflejos parpadeando a intervalos regulares. Sentía el dolor del golpe recorriéndole desde las ingles hasta las cervicales. Un tintineo que le comía el cerebro y repetía con voz chillona e intensa. «Corred». Eso era lo que había dicho la voz. Debían correr.

Abrió los ojos muy despacio y vio como las sábanas roídas volvían a su estado original; cada una en un mueble. Y en la escalera… ya no había ninguna sombra.

—¡Pitu, Pitu! ¡Aquí hay alguien!

—¿Qué?

—No quería decir alguien, más bien es algo; algo maligno. Te aseguro que he visto a alguien, o algo, allí arriba, y nos estaba mirando.

—El miedo te estará jugando una mala pasada.

—Pitu, hay algo muy malo en esta casa. Lo sé. Y sé que lo he visto.

—Tranquila, Iris. Es imposible. Estamos solos. Esto no es una estúpida película de terror, ¿sabes?

—¿Y cómo explicas lo que acaba de suceder?

—Seguro que todo se debe al estado de la instalación eléctrica o la fontanería, a una corriente repentina de aire… yo que sé. O puede que se trate de Toni…

—¡Si, claro! Y el universo ha hecho coincidir todas esas cosas en un solo momento.

—¡Que te dejes de tonterías!

La voz de Pitu retumbó en el vestíbulo con un odio que nunca

hubiera podido imaginar saliendo de su boca.

Iris seguía paralizada. Pero a la vez, se estaba enfureciendo. No podía dejar que le hablara de ese modo ni que negara lo evidente. Así que, replicó.

—¿Y por qué no quieres volver a casa precisamente ahora? Parecías muy seguro hace apenas un rato. No te comprendo, Pitu. ¿A qué estás jugando? ¿Cómo es posible que, después de lo que acaba de suceder, sigas pensando que todo es fruto de mi imaginación?

Pitu se quedó callado. Estaba claro que no sabía que responder. Sin embargo, sus ojos le dejaron claro que sospechaba, al igual que Iris, que en ese lugar habitaba algo maligno. Pero no lo reconocería nunca. Él y su maldito orgullo.

Iris ya estaba demasiado asustada como para ponerse a darle vueltas al asunto. Miró de nuevo a lo alto, en la escalera, no había nada. La mezcla de sombras y colores azul oscuro la hizo retroceder al momento en que se encontró con Daniel, oculto entre las sombras. El recuerdo de su pelo desenfadado y oscuro y de su mirada profunda la llenó de satisfacción. Seguía sin saber, a ciencia cierta si lo ocurrido en el acantilado había sido real o no. Por lo tanto, tampoco podía asegurar que Daniel existiera. Pero ahora le daba igual. Lo único que la reconfortaba era un cálido hormigueo que le recorría por dentro. Por qué eso sí era verdadero. Podía sentirlo. Era como si él estuviera a su lado. Lo notaba. Lo sentía. Y la ayudaba a evitar que el temblor que le comía las entrañas aflorara y le hiciera perder la cabeza. Pensar en Daniel la hacía sentirse más fuerte.

Inhaló profundamente el cargado aire de la estancia llenando los pulmones varias veces para relajarse.

—Todas las cosas ocurren por algún motivo, Iris. No sé qué está ocurriendo en esta casa señorial, pero estoy convencido de que sea lo que sea, no se trata de nada maligno. Es la primera vez que presenciamos un fenómeno así. Al fin tenemos lo que habíamos deseado.

—¡Dirás que tú deseabas una experiencia así!

—Tú también deseabas encontrarte con Celia, ¿no es verdad?

Iris quedó desarmada.

—Si, pero…

—Puede que Toni nos esté gastando una broma. Verás que mañana nos reiremos y pensaremos en nuestra siguiente hazaña.

—No, Pitu. Ésta va a ser mi última aventura paranormal. Y no estoy tan segura como tú de que me vaya a reír como dices. De momento estamos atrapados. No ha sido buena idea venir a este lugar.

—Tienes razón —reconoció dejando a Iris sorprendida.

—Pues ya me dirás cómo vamos a salir de aquí.

—Creo que deberíamos mirar en las demás habitaciones. Puede que alguna ventana esté abierta o podamos romper alguna cristalera. Aunque quizá, la mejor opción sea subir a la primera planta, salir al balcón y descender al patio.

—¡Ni lo sueñes! Yo no subo.

—Muy bien, pues, si lo prefieres, espérame aquí. Yo voy a ver si encuentro una salida.

—No, Pitu. No subas.

—Voy a subir de todos modos, Iris. O sea que si te aburres, puedes investigar en las estancias de la planta baja.

Pitu subió por segunda vez las escaleras mientras Iris se apresuró a buscar su linterna, que había quedado al lado de la puerta. Se acurrucó allí con los brazos rodeando sus piernas y la barbilla apoyada en las rodillas. Tenía miedo. Estaba paralizada. Y tenía claro que no iba a subir.

Capítulo 41

Iris escudriñó cada resquicio en la oscuridad con la mirada, alerta ante el posible movimiento del «aire», como decía Pitu. No lograba entender cómo podía ser tan contradictorio, pero lo último que deseaba en ese momento era perderse entre pensamientos a los que no encontraría una respuesta lógica.

Iris convenció a su mente de que la abertura en la pared, de la cual emanaba un flujo constante de aire, podía llevarla a alguna salida. «Al igual que un ratón se mueve atravesando paredes por túneles improvisados», pensó, «yo podría hacer lo mismo». Aunque adentrarse en un lugar estrecho, húmedo y oscuro, no le apetecía demasiado.

Agitó la cabeza y se desprendió de la idea de meterse allí dentro. Sus oídos poseían una agudeza nueva para ella. Se concentró en los sonidos persistentes e incorpóreos que procedían del orificio. Le parecían palabras.

Al fondo de la sala, en el portón de una de las estancias, algo se movió. Fue una agitación sutil como cuando ves las hojas de un árbol mecidas por una racha de viento. Pero algo se había movido. Estaba segura de haberlo visto. Y Pitu estaba arriba.

Recordó que no sabía si Toni se había largado o no.

—¡¿Toni?!

Su voz rasgó el vestíbulo. El silencio que recibió como respuesta la puso más nerviosa. Estaba harta de estar sentada en el frío suelo del caserón, de tener miedo y, peor aún, de no hacer nada para mejorar su situación. En cambio, Pitu intentaba encontrar una salida. Ella no hacía nada, igual que cuando Celia murió. Se la

habían arrebatado y no pudo hacer nada por evitarlo. ¿O tal vez sí? «Fui una cobarde». «Tengo que hacer algo. Ahora no puedo quedarme aquí congelada. Debo ser útil». Pensó que si por la rendija llegaba el aire del exterior, era factible que muy cerca hubiese otra abertura. Quizá más grande. Y por eso, se creaba la corriente invisible entre los dos puntos.

Se levantó y atravesó el vestíbulo con los nervios agitando su piel. Entre las escaleras que subían a la planta de arriba, una puerta pequeña y carcomida con un pomo de color bronce le llamó la atención. No recordaba haberla visto al entrar. O no se había fijado en ella. Tenía el tono grisáceo de las cenizas. Con la otra mano, deslizó los dedos por la madera. Estaba templada y se le clavó una astilla en el dedo, una gota de sangre iba emergiendo y recordó las películas de vampiros. «En la Garrotxa no hay vampiros», pensó. «Solo la maldita leyenda que atormentaba a los habitantes de St. Joan les Fonts».

Vio que la herida ya se había cauterizado cuando la gota de sangre que había quedado en la puerta se movió. Subía como empujada por una fuerza invisible que la hacía vibrar. Iris la alumbró con la linterna. El color escarlata intenso se oscureció aún más. Ahora era negro como el carbón. Llegó a la parte de arriba de la puerta y se introdujo en una grieta. La sangre negra aumentó el volumen hasta llenar por completo la puerta como si alguien hubiera abierto un grifo. Y en lo que tarda una mosca en dar un aleteo, la puerta estalló con un haz de luz.

El líquido negruzco la fue envolviendo a cámara lenta, emitiendo centelleos escarlata y extendiéndose con afiladas y agresivas púas. La noche de las brujas, el día en el que el sello debe cerrarse… Ni siquiera Iris había creído del todo en ello y ahora se veía superada por lo que sus ojos percibían. Los cerró con la esperanza de que aquello fuera fruto de su imaginación, que desapareciera como un mal sueño.

Todo el mundo de Iris parecía mantenerse en una cuerda floja entre la realidad y la ficción. Su aparente zona de confort había desaparecido desde que llegaron al pueblo, desde que le arrebataron a Celia. Sus padres estaban ausentes, la abuela Sión parecía embrujada. Y ahora, cuando parecía que nada podía ir peor, se había quedado encerrada en una casa maldita y estaba a punto de ser devorada por una masa de...

—¿Iris?

Su nombre le golpeó los oídos. Se giró, abrió los ojos entre incrédula y asustada. Procedía del portón del fondo, y estaba entreabierto. Pero era imposible que…

—¿Puedes oírme?

El corazón de Iris se desbocó y un calor agradable se apoderó de sus mejillas. Era real.

—¡Sí! ¡Estoy aquí!

Iris saltó hacia la puerta sin pensar en nada más dejando atrás la masa que la iba a engullir. Todo su ser se concentró en él; los músculos luchaban por ir más rápido y su mente se imaginaba entre sus brazos. Daniel estaba allí, con ella. Y la estaba buscando. Había venido a la mansión a salvarla.

Capítulo 42

La luz que le aguardaba al otro lado y encendía el fuego en su interior, se desvaneció rápidamente al cruzar a la estancia. Su alegría se desdibujó del rostro como una acuarela bajo la lluvia, dando paso a la decepción.

En ese lugar no había nada. Y Daniel no la estaba esperando. Quería abrazarle. Sentía el deseo imparable que crecía… Se atragantó con su propia saliva. Por primera vez, creyó ser consciente de que sentía algo más por él que un capricho o curiosidad.

Escuchar la voz de él le encantó. Sintió un ardiente cosquilleo que le atravesaba la piel.

Un susurro a su espalda la devolvió a la terrorífica realidad. Se giró, entre turbada e ilusionada; aún sentía una brizna de esperanza de que Daniel estuviera allí de pie, dispuesto a abrazarla. Pero rápidamente su figura dio paso a otra muy diferente.

Iris seguía siendo la única en aquel lugar. «Si quiero volver a ver a Daniel, solo me queda una posibilidad: salir de la mansión».

Pitu estaba en el primer piso buscando una ventana y Toni probablemente estuviera escondido, vigilándolos y partiéndose de risa. A Iris le daba miedo pensar que él también participara en ese juego con Toni. ¿Podía ser que la broma se la estuvieran gastando los dos a ella? Si así fuera, estaba dispuesta a acabar, tarde o temprano, con la vida de los dos.

Iris sabía que no podía quedarse plantada de pie sin hacer nada. Y mucho menos después de la paranoia de la puerta, que ahora miraba con temor a que latiera de nuevo. Encontrar una salida era

sin duda lo prioritario. Pero, ¿qué hacer? ¿Por dónde buscar?

Recordó entonces el día que se adentró en el bosque con la abuela Sión. Habían encontrado muchas plantas aromáticas y musgos para preparar ungüentos. En un agujero bajo unas encinas caídas, la abuela apartó las ramas y se arrodilló a un lado.

—Mira, Iris. No todo lo oscuro tiene porque ser malo y no todo lo bello nace de lo bueno.

Cuando Iris se agachó junto a ella comprendió, en parte, sus palabras. Una flor de un tono púrpura crecía entre la podredumbre, la humedad y la oscuridad.

—¡Es preciosa!

Los cinco pétalos de la flor eran alargados con multitud de pequeñas púas, parecidas a pelos. En el centro, se erguía de un pozo negro una especie de tallo rojo como la sangre de forma estrellada.

—Nunca había visto esta flor, abuela. ¿Cómo se llama?

—No me extraña, cielo. Incluso para nosotras, las brujas elementales, nos es tremendamente difícil encontrar una. Y la mayoría de las personas ni siquiera saben de su existencia. No se dan cuenta de que, lo realmente importante, son las cosas pequeñas, como esta flor. Que la auténtica felicidad está su alrededor y la ignoran todos los días —Y añadió—: Esta flor se llama la lágrima de la muerte o la flor de la vida. Dos nombres bien distintos para una misma flor que posee un inestimable poder. Con ella y con el conocimiento adecuado se puede contactar con el otro lado, invocar a los espíritus elementales y adquirir la sabiduría de los ancestros. De hecho, las antiguas escrituras le confieren un poder más allá de lo imaginable. Y revelan que en cada era, nacerá una elemental capaz de utilizar el poder primario, el originario y más puro de todos; una bruja elemental con el poder de la Diosa Madre.

Iris sentía que Daniel era como la flor que encontraron en el bosque. ¿Pero cómo saber si se trataba de la oscuridad escondida en un rostro bello y hermoso? ¿O era la pureza que llegaba en el momento más oscuro para iluminarle el camino?

Necesitaba conocer los detalles que lo habían llevado a actuar de aquel modo en la Torre Canadell y saber de una vez por todas de que quería liberarla y porque había dicho que estaba muerta.

¿A qué se refería?

Capítulo 43

Enfrentarte a lo que te asusta en un lugar donde la luz parece haber huido, no era un plan genial. Pero peor podían ser las consecuencias de no hacer nada. Si hacía caso a su instinto, debía actuar rápido. Iris se sentía observada en todo momento.

Agarró la linterna, no sabía lo que estaba ocurriendo en el piso de arriba —hacía mucho que no escuchaba ningún ruido—, pero tenía la esperanza de que si Pitu encontraba el modo de salir, no se fuera dejándola sola.

El aire de la sala vibró y le trajo la melodía que había escuchado en el bosque el día que conoció a Daniel. Su dulzor la llamaba, al igual que lo hizo entonces. Tenía una carencia que invitaba a dejarse llevar. Y lo hizo.

Iris siguió la llamada invisible hasta la sala contigua, más grande que el recibidor. En ella, una mesa rectangular de madera con seis sillas a su alrededor presidía la estancia. Al fondo, y ocupando todo el lateral, estaban los fogones, muebles de cocina y demás cacharros y enseres de uso diario, y a modo de rinconero, unas hermosas piedras talladas en forma de hiedra recorrían la pared formando el entorno de un fuego a tierra espectacular. Aquella mansión o casa señorial debía de haber albergado a alguna familia adinerada.

Iris se acercó al agujero en la pared, alumbró con la linterna y tendió la palma de la mano encima de las cenizas. Desprendían calor. Tenue. Pero no hacía mucho que allí se habían encendido unas brasas. Pero, ¿era posible? Sin embargo, el polvo de la mesa y el resto de mugre incrustada en los platos, delataban que allí no había comido nadie en años.

Un sonido al otro lado de la cocina le llamó la atención, provenía del armario roto que amenazaba con caer encima de la mesa. Iris se acercó despacio, alumbrando la oscuridad con la esperanza de no detectar ningún movimiento. Había un pequeño agujero en la parte de atrás, como si hubieran intentado desmontar la pared piedra a piedra.

Iris se agachó para observarlo con detenimiento. Algo no le cuadraba. Se puso a gatas y estiró el cuerpo tanto como pudo para alumbrar el hueco en la pared. Abrió los dedos de su palma y acarició el aire alrededor de la piedras tal y como le había enseñado la abuela Sión. Escrutó los elementos en busca de una esencia, de una prueba. Los dedos le dejaban sentir un frío acusado, como una corriente de hielo. Sin embargo, no sintió el fluir de la voz de los elementos.

Iris aguzó el oído en busca del susurro del viento, del origen de la melodía que parecía robarle el alma. Sus oídos también se negaron a dejarla escuchar más allá de una simple corriente de aire.

Su decepción fue notoria, pero tampoco podía sentirse triste. Aquel agujero en la pared quizá sería su salvación, podría tratarse de una salida. No podía estar más equivocada.

Unos ojos, grises y grandes, aparecieron entre la oscuridad del hueco y escuchó con toda claridad: «¡Idos!».

Iris gritó con todas sus fuerzas mientras se echaba para atrás. Puso el pie de lado y resbaló con una de las piedras que habían sido parte de la pared cayendo de espaldas en el frío suelo. Sin apartar la mirada de la aparición en el agujero gateó marcha atrás en dirección a la salida. Iris tenía miedo de que si desviaba la atención de aquellos ojos, todo habría acabado. El aire de la estancia se volvía pastoso, casi irrespirable, como si de golpe se encontrara bajo el agua del mar intentando moverse y respirar a la vez.

Supo que había llegado a la puerta por el golpe que se dio en el cuello y le hizo desviar la mirada. Se levantó aguantándose con una mano en una de las sillas y giró la cabeza de nuevo hacia el hueco. No podía creerlo. Una silueta salía del agujero. Era oscura como el carbón, se movía a intervalos irregulares y tenía la consistencia de un líquido, como el petróleo.

En lo que a Iris se le antojaron minutos, la figura tomó una forma parecida a un niño. La aparición se alzó en el aire, levitaba al fondo con una cara de rostro translúcido desgarrada por el miedo. Iris podía verle el rostro. Sus ojos ahora estaban cosidos y manchados por una sustancia negruzca, al igual que sus labios que parecían querer abrirse. Luchaba por hablar. Empezó entonces a moverse con espasmos imposibles. Como si fuera una interferencia en un televisor. Avanzaba hacia Iris con una cadencia penosa y

pesada. Alargó un brazo en su dirección, su rostro se desencajó y los hilos que sujetaban sus labios se rompieron deteniendo el tiempo. Un sonido gutural, procedente de su garganta, removió el aire con una fuerza sobrenatural que hizo temblar el polvo y gritó: «¡Aún estáis a tiempo!».

Iris no perdió ni un instante en abandonar la cocina.

Los pies no le tocaban el suelo al cubrir la distancia hacia el primer piso de la masía. Ni siquiera sintió que pisaba los escalones al subir la escalera. Su mente era incapaz de razonar.

Por fin tenía la seguridad de que no eran imaginaciones suyas. Allí había alguien. Sí. Aquello había sido un mensaje directo. Y les estaba advirtiendo de un peligro, pero… ¿de cuál?

Capítulo 44

Iris llegó al piso superior en un santiamén, cruzó el pasillo lleno de puertas y de una de ellas salió Pitu.

—¿Qué ocurre?, ¿por qué gritas así?

—Pitu, un… niño… el… agujero…

Se sentía mareada y sus articulaciones le temblaban como castañuelas. Con cada resoplido sentía que el color y el calor la abandonaban….

—Cálmate, no te entiendo.

¿Le estaba dando un ataque? ¿Entraría en estado de shock?

Iris pensó en cuando era pequeña y le cogían los ataques de pánico después de las pesadillas, su madre la agarraba de los hombros y le decía:

—Cierra los ojos, Iris. Concéntrate en mi voz. Visualiza el aire. ¿Ves? Tiene forma, color… —mientras, ella seguía ahogándose e intentando que su voz sonara más fuerte que el dolor que le oprimía el pecho—. Muy bien, cielo. Lo estás haciendo muy bien. Ahora, visualiza tus pulmones. Están grises y tristes. Necesitan que los llenes de vida, de color. ¿Y qué es lo que tiene un color maravilloso? Muy bien. Conoces la respuesta.

Una pausa en su voz dejaba que la mente de Iris asimilara todo. Por supuesto que ella era incapaz de decir ni una palabra, pero el efecto surgía sin pensarlo. Y, muy despacio, las palabras de su madre se convertían en una realidad muy latente para ella.

—El aire, Iris. Sus colores te llenarán de vida y el color volverá a tus pulmones, a tu cuerpo… Inspira. Muy despacio. Siente como su frescor te va llenando. Expira. Suelta lo vacío, lo sin-color.

Y así, poco a poco, la pequeña Iris regresaba al mundo de los vivos. El recuerdo de su madre regresaba para salvarla del ataque. Para salvarla del mundo gris que quería consumirla. Lo logró.

—Hay un niño —dijo—, en uno de los agujeros de la pared, y me ha dicho que…

—Aquí no hay nadie, Iris. Sólo son…

—¡Ya vale! —gritó— ¡Cállate!, no me digas que son imaginaciones. Sé lo que he visto y aquí ocurre algo muy extraño.

—Mira, Iris —señaló las puertas y ventanas con la luz de la linterna—. Estamos solos. ¿Ves?, ni siquiera en esta habitación hay nada.

Pitu volvió a girarse, dejando la oscuridad de la habitación a su espalda.

—¡Pitu! ¡Sal de ahí!

Una silueta formada por un humo grisáceo apareció tras él. Crecía de forma grotesca con grandes tentáculos humeantes que se alargaban sinuosamente hacia donde se encontraba.

—Lo tienes detrás.

Los tentáculos se enrollaron a las piernas de Pitu antes de que éste pudiera reaccionar y apartarse, y de un tirón lo hicieron caer golpeándose la cara contra el suelo. Un crujido quedó suspendido en el aire. ¿Se habría roto el cuello? Y con una violencia extrema, los tentáculos lo arrastraron succionándolo hacia la oscuridad de la estancia.

Un segundo después… Pitu desapareció.

Capítulo 45

Iris logró romper el hielo que le retenía las piernas ancladas al suelo. Debía huir. La sombra había regresado. Y por mucho que le doliera dejar a Pitu atrás era su única posibilidad de sobrevivir.

Su visión se transformó en un túnel oscuro como si estuviera mirando a través de un telescopio. La puerta por la que habían entrado a la masía se convirtió en su único objetivo. Bajó las escaleras mucho más rápido que cuando las había subido. El portón, su único punto visual o el único al que estaba dispuesta a mirar.

Después de saltar los tres últimos peldaños, vio como otra sombra de humo se deslizaba desde lo alto plantándose delante de ella y alejándola de su objetivo.

Iris escaneó las escasas posibilidades de huida que le quedaban sin dejar de temblar. Sus ojos se movían frenéticos de un lado a otro. Intentaba frenar la agonía que le martilleaba las orejas y bloquear las imágenes de Pitu y la sangre en su rostro.

La sombra que tenía enfrente se movió iniciando una especie de danza y avanzando hacia ella. Se deslizaba en el aire, a pocos centímetros del suelo. Y un susurro melódico parecía que salía de su inexistente garganta. Iris giró la cabeza al sentir una ráfaga de hielo que le atravesó el espinazo y miró al final de la escalera. La otra sombra que se había llevado a Pitu descendía por los peldaños con suma tranquilidad. Estaba perdida.

Entonces, se le iluminó un rincón de la memoria. «La puerta con los arañazos. Quizá pueda forzarla», pensó. No era una mala idea. Sus piernas pasaron a la acción antes incluso de haber tomado la decisión. Debía actuar rápido y no dejar que el pánico la privara de

la oportunidad de escapar.

Se plantó delante de la barrera de madera y le dio un golpe con el hombro. Un calambre de dolor le hizo soltar un quejido que retumbó en la oscuridad como los truenos en el exterior. En las series policiales todo parece muy sencillo, pero Iris se sentía tremendamente ridícula. ¿Y qué? No era momento para ponerse a dudar. Inhaló aire, aguantó la respiración y le dio una vez más con todas sus fuerzas. Casi pudo sentir los huesos de la clavícula agrietándose y las corrientes de dolor inundándola por dentro.

Pero nada… La puerta ni siquiera temblaba, no cedía ni un milímetro.

Los nervios de Iris crecían como gusanos y se la estaban comiendo por dentro. Y por fuera. El estómago le devolvía a la garganta un sabor a bilis, sus ojos se agitaban mirando el avance de las sombras de humo. Era como si se estuvieran riendo de ella. Igual que hizo aquella en el Molí Fondo cuando se llevó a Celia.

Tomó aire de nuevo. ¡Boom! Un nuevo golpe. Esta vez con los puños cerrados. Un golpe. Y otro. Como si se tratara de un saco de boxeo. Los nudillos le empezaban a sangrar. Y el dolor… era como si cientos de alfileres estuvieran clavándose en ellos.

Se giró de nuevo mirando fijamente a los seres inhumanos. Estaba dispuesta a pelear. No sabía muy bien cómo, pero no moriría sin ponérselo difícil.

¿Qué se puede hacer contra un ser de humo? No tenía la más remota idea. «Quizá pueda usar algún tipo de energía», pensó. Sus manos extendidas en el aire realizaron movimientos suaves intentando captar una mínima brizna de esperanza. Pero al igual que cuando lo intentó con la piedra, allí no parecía existir nada más que la nada. Era como si estuviera atrapada en una burbuja que la aislaba de toda conexión elemental, de toda vida.

Entonces, a través de una especie de flash mental, su visión la llevo a cruzar el vestíbulo, entrar en la cocina y ponerse frente al agujero que se abría en la pared donde habían aparecido los ojos y dejó de mover las manos.

«¿Pero esto qué es? ¿Cómo lo he hecho? ¿Es posible que si me meto por el agujero…?».

Su mente se movía delante del agujero mientras se veía a sí misma al otro lado de la casa agazapada en la puerta de los arañazos. ¿Se trataría de algún nuevo don? Ahora no importaba.

La mente de Iris ya había regresado a su cuerpo.

Pero ahora, si permanecía allí quieta, las sombras la atraparían y… vete a saber lo que sucedería. Se puso la mano delante de la boca, se obligó a aguantar el sabor ácido y tragar el líquido que le mandaba el estómago.

Se agachó imaginando que era su última posibilidad.

«Tres…»

Se levantó del suelo con los ojos cerrados.

«Dos…»

Abrió los ojos centrándose en su objetivo.

«Uno…»

El camino se iluminaba como un río de fuego.

«¡Ya!»

Iris se lanzó a la carrera obligando al miedo a quedar atrás. Sus pies golpeaban el suelo creando ondas de fuego que oscilaban y centelleaban en la oscuridad de la sala. Los tentáculos de las sombras se tensaron como grandes lanzas intentando atravesarla, apresarla. Se clavaban en el suelo que Iris iba dejando atrás, rompiendo las losas de terracota a su paso.

Al atravesar la cocina, se tropezó con la silla de madera y salió despedida por el suelo, golpeándose contra la maciza mesa de roble mientras los tentáculos seguían clavándose a escasos centímetros de ella. Se giró esquivando una lanza de humo que le cortó parte de la sudadera. Rodó por el suelo y fue gateando hasta el agujero.

«No hay vuelta tras. ¡He de hacerlo!»

Se metió dentro.

Era muy estrecho, húmedo y apestaba a podredumbre. Aún así, era su única posibilidad de escape, de dejar atrás a las sombras y, con un poco de suerte, salir de la masía a pedir ayuda.

Recorrió unos metros hasta que el túnel se ensanchó dando paso a una claridad de tonos pastel. No tardó mucho en ver que se encontraba en una habitación contigua; era pequeña, con una gran cristalera esculpida con cientos de vidrios de diferentes tamaños, formas y colores. No había ni un mueble. En la pared, un espejo quebrado y lleno de polvo, y a su lado, dos puertas con símbolos grabados. Se veía que eran antiguos. No sabía lo que significaban, pero tenían cierta semejanza con los otros que haba visto en la casa.

Un leve susurro la hizo estremecer.

«¡Las sombras!»

Iris se giró lentamente deseando que su pensamiento no se hiciera realidad. Por desgracia así fue. Los tentáculos de humo salían del agujero de la pared igual que lo había hecho ella. Otros entraban a través del cristal de colores llevándose la luz danzarina y… una tercera humareda ascendía desde el suelo. Los tentáculos invadieron la habitación en cuestión de segundos, rodeando a Iris por completo y anulando toda posibilidad de huida.

Estaba perdida. Su corazón no se aceleró ni tembló como una hoja. Puede que supiera que se acercaba el final y la rendición fuera un hecho del que ya no podía escapar.

Se dejó caer al suelo y hundió la cabeza entre las rodillas. Su fuego se estaba extinguiendo. Se tapó las orejas para no oír los quejidos que prorrumpían las bestias de humo. Un momento. Allí había algo más… Eran otros sonidos parecidos a lamentos que estaban fuera de lugar, que no tenían sentido en la escena. Eran como de niños llorando, lamentándose al verla acabar de aquel modo. «¡Dios, me estoy volviendo loca!».

Iris desvió su mente del aliento pestilente de las bestias de humo y del horror que se cernía sobre ella hacia los sucesos que le habían marcado los últimos meses.

En ellos rememoró imágenes de su familia, de su querida Celia, de Pitu y… de aquel misterioso vigilante que tanto la atraía, de Daniel.

Pensar en él le provocó una sonrisa.

Las sombras se lanzaron encima de Iris y…

…nada.

Todo se convirtió en oscuridad.

CUARTA PARTE

El despertar

Capítulo 46

Tras un tiempo indefinido, Iris fue recobrando la conciencia y dudaba si estaba dentro de una pesadilla o era la realidad.

Sentía la cabeza nublada, una fuerte presión que le oprimía las sienes y la envolvía como un manto sólido y pesado. Hizo un esfuerzo por abrir los ojos. Era imposible. Los párpados le pesaban dos toneladas y la sensación de que estaban pegados la hizo turbar. Seguía sintiéndose adormilada y tenía los músculos del cuerpo entumecidos. Justo como el momento de despertar tras una horrible pesadilla.

Al no poder abrir los ojos, Iris se concentró en otro de sus sentidos. No escuchaba ningún ruido. Inspiró fuerte hasta llenar los pulmones. El corazón le volvió a latir a un ritmo constante y pausado.

Recordó entonces toda la aventura vivida —o quizá «imaginada»— en la mansión junto a Pitu. Más terrorífica, perturbadora y real de las que había tenido con anterioridad. Una persecución infernal. ¿Podía ser una advertencia de algo mayor? ¿Un nuevo don que se mostraba ante sus ojos? Pero si todo había sido una premonición, ¿dónde entraba Daniel en la ecuación?

Daniel.

Iris se había enfrentado a él en el bosque detrás de la casa. Lo había tocado, hablado, incluso olido… ¿Y todo era fruto de su imaginación? Sin embargo, era como si la mente de Iris hubiera alcanzado un plano de consciencia diferente. Como… «un plano espectral invisible», susurró en un hilo de voz. ¿Era eso posible? Puede que sí. Al estar siempre sola y practicar las artes de las brujas

elementales su mente le dio lo que necesitaba… Pero, ¿cómo era posible sentirlo con tanta fuerza? Pensar en él le daba cierta calidez y confort. Y aunque fuese una invención o un espectro, Iris seguía sintiendo una atracción irresistible hacia él, un deseo irrefrenable que la llevaba a pensar en cómo encontrarlo. Podía sentir el hormigueo de sus dedos enlazados como aquél día recorriendo el camino hasta la torre.

Iris quiso ponerse las manos en la frente. Debía quitarse la pereza de encima, levantarse y tomar algo para que le bajara la fiebre. Pero no pudo.

Un trueno estalló e hizo temblar la habitación.

Iris intentó moverse de nuevo. Esta vez con fuerza, luchando. Su mente se había despertado hacia un rato, pero el cuerpo seguía durmiendo profundamente. O quizás no… si, alguna cosa la mantenía inmóvil, como agarrada a algo.

Forzó los ojos a levantar los parpados. Seguían pesando dos toneladas. Le costó lo suyo, pero tras unos segundos angustiosos en los que le pareció que no lo iba a lograr, lo consiguió.

Iris recuperó la visión; al principio borrosa, desdibujada y sin forma definida. Centró la vista en la ventana situada a sus pies, pero su mente se resistía a despertar del sueño mostrándole imágenes que no tenían relación con su habitación; le revelaba una cristalera… muchos colores… relámpagos…

¡No!

«No estoy en mi habitación. Esta no es mi cama».

¡Nada había sido una pesadilla!

¡Era real!

La cristalera de mil colores le abofeteó las mejillas. Reflejaba una luz tenue, prácticamente imperceptible, hasta estallar con un nuevo relámpago desde el otro lado. Iris se giró de un lado a otro, nerviosa. ¿Qué ocurría? Su pulso adquirió una velocidad vertiginosa. Podía sentir la sangre acumulándose y llenándole las venas del cuello, subiendo con violencia hasta la cabeza, donde golpeaban como bombas de oxigeno cada neurona del cerebro.

Iris seguía en la habitación donde había perdido el conocimiento devorada por las sombras. Y aún así, había algo diferente, fuera de lugar: no recordaba haber visto ninguna litera, no cuando ella había entrado.

Levantó la cabeza y buscó en sus brazos. ¡Estaban atados!

Entonces miró las piernas. ¡También estaban atadas!

Los peores temores de Iris cobraron forma con aquella revelación.

Por una parte significaba que no estaba dentro de una pesadilla —a menos que todo lo fuera— y que nada había sido imaginado.

Por otro lado, y puede que más turbador aún era el hecho de que había alguien más en la masía que los había acechado y ahora la había cazado y atado en esa camilla.

—¡Ahhh!

Un grito roto cruzó la puerta del fondo.

—¿Hay alguien ahí? —gritó Iris a la oscuridad—. ¿Pitu, eres tú?

—Nos está mirando.

Las voces que llegaban a los oídos de Iris eran susurros. Se arrastraban amortiguadas, mortecinas. Eran agudas y poco definidas. Y no le hablaban a ella. Estaban hablando entre ellas.

—No. Es imposible. No puede ser que nos esté viendo.

—¿Tú la ves, no?

—Ya, pero es diferente.

—Vámonos. Es tarde.

—No. Ni hablar. Ya que estamos aquí…

La vista de Iris se aclaró un poco, lo suficiente para distinguir dos, no, tres figuras humanoides observándola fijamente desde la boca oscura de la puerta.

Una de ellas hizo un paso al frente y dijo:

—No tengas miedo, Iris.

Un sinfín de preguntas sobrevolaron a su alrededor, pero no pudo dar respuesta a ninguna. Las tres figuras eran niños y al parecer, la conocían. ¡La habían llamado por su nombre!

Capítulo 47

Un relámpago iluminó la estancia permitiendo a Iris ver bien a los niños.

Los recién llegados iban disfrazados. El que le había hablado a Iris llevaba puesto un disfraz de payaso; tenía los ojos grandes y grises, el pelo igual de oscuro y engominado hacia atrás. De los otros dos, uno era más bajo que el resto, con un vestido de esqueleto que le cubría el cuerpo y toda la cabeza, y la otra, vestida de hada, era una niña de cabello castaño largo y unos ojos de una tonalidad muy intensa.

Pero… ¿Quiénes eran esos niños? ¿Qué hacían en un lugar como ese? ¿Qué querían? ¿De dónde conocían a Iris? ¿Quién la había atado a la camilla? ¿Podrían haberlo hecho ellos? ¿Y por qué?

Empezó con las preguntas en voz alta.

Los niños se miraron entre ellos. Murmuraban algo que Iris no alcanzaba a comprender.

—No tenemos tiempo que perder, y menos con explicaciones —dijo el esqueleto.

—Debes confiar en nosotros —siguió el payaso—. Te queremos ayudar.

—Entonces venid y desatadme.

—No lo sé, Iris. Es la primera vez que podemos interactuar con alguien como tú y no tenemos muy claro qué es lo que tenemos que hacer ni si servirá para algo. Puede que nosotros no seamos capaces de… Supongo que… esto…

Esas palabras la animaron y a la vez la inquietaron aún más. «Es la primera vez que podemos interactuar con alguien como tú»,

había dicho el chico moreno. ¿Y qué significaba eso? Los niños desprendían una luz mortecina cada vez que un relámpago iluminaba la habitación, que a su vez se quedaba atrapada unos segundos en una neblina que estaba pegada a las paredes y el techo. Eso la hacía sentir como dentro de un sueño.

—¡Aflójame las cuerdas, por favor! —insistió.

El chico payaso se le acercó muy despacio, con miedo.

—¡Apresúrate, por favor!

El niño empezó a deshacer los nudos con unos dedos fríos y delicados que le rozaban la piel haciéndole sentir un cosquilleo extraño que le subía por las extremidades. Pero no pudo. Estaban demasiado apretadas.

—¡Déjala! —chilló el niño esqueleto, que se había mantenido en el umbral de la puerta, junto al hada.

—No, no me dejes —dijo Iris.

—Quieto, espera…

El payaso se giró hacia el esqueleto.

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

—Debemos irnos.

—¿Cómo?

—Están cerca. Ya vuelven.

—Un segundo, ya casi lo he logrado. No la podemos dejar así. No quiero verla morir.

—No, no quiero morir —suplicó Iris directamente a los ojos del pequeño. Se le quebró la voz.

Pero el chico no hablaba con ella.

—La perderemos. Como a él. Y no quiero. ¡No lo voy a permitir!

Eso era imposible. ¿Habían sido testigos de lo ocurrido con Pitu? «Pero si allí no había nadie.»

—¿Como a quién? ¿Estáis hablando de Pitu? ¿Dónde está? ¿Qué sabéis de él?

A Iris se le rompió algo por dentro. ¡Aquellos ojos! Aquella mirada desesperada y triste la había visto en otro lugar, pero… no. Eso era imposible. No había visto nunca al pequeño payaso en el pueblo. El chico esqueleto cortó sus pensamientos.

—¿Acaso quieres morir como ellos?

—Lo siento mucho, Iris —se lamentó el payaso con ojos llorosos —. He hecho lo que he podido. Lo he intentado, pero no…

El niño disfrazado de esqueleto apareció de golpe, cogió al payaso por el brazo y, sin dejarle acabar de hablar, lo arrastró hasta hacerlo desaparecer por el umbral oscuro de la puerta. Solo quedó una estela azulada tras ellos, efecto de las alas del hada.

Iris no sabía qué hacer. Quería llorar y a la vez no podía. Se sentía bloqueada y paralizada. Esta situación era aún más

surrealista que una pesadilla.

En el otro extremo de la habitación apareció la sombra de tentáculos.

Capítulo 48

Iris se quedó muy quieta. Prácticamente no respiraba. Hizo como que dormía, como si aún estuviera inconsciente.

La bestia oscura se fue acercando a la litera. Su andar era como un balanceo suave que mecía el aire de la estancia. Se colocó a pocos centímetros de su cara. Su respiración se clavaba en la piel de Iris, y el hedor pestilente de su aliento le recordó vagamente a un médico, a hospital, como a yodo o formol.

Iris aflojó un poco los parpados. Retenía un grito que la ahogaba desde la garganta. Quería verle la cara y a la vez no quería. Lo más lógico era que se tratara de una persona de carne y hueso, quizá la misma persona que se dedicaba a hacer desaparecer a la gente de la comarca. Necesitaba ponerle un rostro al monstruo.

Distinguió vagamente la silueta. Era borrosa. Tenía tres manchas desdibujadas en una «piel», por llamarla de algún modo, deforme. En lugar de ojos, tenía unos agujeros vacíos y sangrantes con centenares de pequeños filamentos, como gusanos, revolviéndose en su interior.

El monstruo se movió por la estancia.

—Pronto acabará todo —canturreó—. Ahora debes abrir los ojos.

Iris se tragó un grito antes de darse cuenta de que no se lo estaba diciendo a ella. Y ahogó otro al ver que había alguien más tumbado en una litera a su lado. Alguien que no estaba antes. En una litera que tampoco estaba antes.

No.

¡Era Pitu!

Ya estaba segura. «Esto no puede ser otra cosa que un sueño». Se habría quedado dormida en algún momento y su mente se negaba a despertar.

Empezó a forcejear los brazos con fuerza. Su piel se estaba lastimando, pero ya le era igual todo. El niño payaso se la había aflojado lo suficiente como para intentar terminar el trabajo por ella misma. Fue luchando con el dolor que laceraba sus muñecas sin apartar la vista de la litera de al lado.

Las gotas de lluvia repiqueteaban con más fuerza contra la cristalera de colores. Y los truenos y relámpagos eran cada vez más fuertes y seguidos.

La cabeza de Pitu cayó hacia un lado, mostrando el rostro directamente a Iris; la sangre se le deslizaba por la cara cayendo al suelo con un tintineo ensordecedor. Le habían extraído los ojos. Y en su lugar le habían cosido los parpados.

Esta vez Iris casi no pudo ahogar el grito que pretendía estallar con todo su poder y un quejido asomó por su garganta.

La bestia de humo se giró hacia ella haciendo una mueca, como una sonrisa macabra, rota y desgarrada. Entonces alargó su mano de humo hacia una mesilla con multitud de objetos quirúrgicos.

En ese instante Iris logró liberarse de la cuerda; el niño sí la había aflojado lo suficiente.

«Cálmate y no hagas ninguna locura», se repetía a modo de mantra.

Miró al monstruo. No se había percatado de que estaba despierta. Aún seguía hurgando en la mesa de materiales de hospital.

Iris no perdió ni un segundo. No podía permitírselo.

Se deshizo con calma y sin hacer ruido del resto de cuerdas que la retenían atada a la litera; primero el otro brazo y después las piernas. Una a una, las extremidades iban siendo liberadas. Dejó que las cuerdas cayeran con suavidad intentando mantener el silencio.

El monstruo seguía buscando algo.

Entonces, Iris se deslizó por la litera hasta el suelo, dejándose caer con mucho cuidado de espaldas sin perder el contacto visual con la sombra. No se dio cuenta de que con el descenso arrastraba una punta de la gruesa cuerda que le había retenido la pierna. Si el resto caía, la descubrirían. Por suerte, la cuerda se le desenganchó en el momento en que estaba a punto de caer junto a su cara de asombro.

Muy despacio, casi sin respirar y de espaldas a la oscuridad, Iris fue hasta la puerta por donde los niños habían salido, sin apartar la vista de la bestia.

Al llegar al umbral de la puerta, lo que no tenía que suceder se hizo realidad a cámara lenta. La cuerda que se mantenía al filo de la camilla cayó tardando unos segundos en alcanzar el suelo. El golpe seco de la cuerda al impactar con el suelo hizo temblar la habitación como si de un trueno se tratara.

El monstruo giró su cabeza de humo, retorciéndolo en dirección a la litera.

—¿Dónde te crees que vas, Iris?

Sacudió los tentáculos que se alzaban amenazantes en el aire, a su espalda, y la boca desencajada con una sonrisa exagerada.

Iris dio un giro de 180 grados y se puso a correr. Debía ganar terreno cuanto antes, llegar al pueblo y regresar con ayuda.

Salió de la habitación y se dio cuenta de que estaba en el pasillo superior de la masía. Corrió hasta ver que el portón principal estaba entreabierto, pero se paró en seco.

«No puedo irme. No aún. No sin los niños.»

El simple pensamiento del monstruo de humo arrancando los ojos a unos pobres críos la llenó de rabia y valor a la vez. No lo iba a permitir.

Era posible que ellos ya hubieran salido de la masía antes de que llegara la sombra, pero no estaba segura. Igual que no lo estaba de que Pitu hubiera muerto. Uno no muere si le arrancan los ojos, ¿verdad? Por tanto, era posible que Pitu siguiera con vida y precisara atención médica inmediata, pero los niños estaban sanos y salvos. Ellos la habían ayudado aflojándole las cuerdas. Por tanto, se lo debía. Debía asegurarse de que estaban bien.

Un lamento cruzó la oscuridad.

Debía llevarse a los niños lejos de aquel lugar.

Capítulo 49

Iris sabía que debía apresurarse, que en poco tiempo llegaría la sombra. De hecho, le extrañó que no hubiera llegado. Era rápida y no necesitaba correr para atraparla. Era posible que se estuviera divirtiendo con la persecución y le estuviera ofreciendo un respiro al saber que no tenía escapatoria posible.

Iris observó a un lado y a otro revisando las puertas que le quedaban más cerca con la mirada. «¿Dónde os habéis escondido?», pensó.

Era muy posible que hubieran huido de la casa, que ya se encontraran lejos del lugar y que Iris estuviese sola otra vez. La puerta principal estaba abierta. ¿Quién sino la habría abierto? Aún así, tuvo la sensación de que no se habían ido, que aún podía percibir sus presencias en el ambiente. Estaban en algún lugar. Escondidos y asustados.

Unos segundos después, al estar segura de que la sombra no aparecía tras ella, Iris decidió armarse de valor y empezar a buscarlos asomando la cabeza en la oscuridad de las habitaciones. Bajó la escalera hacia la cocina, que era la primera puerta que le quedaba más cerca.

Debía mirar en cada rincón, cualquier rincón, por oscuro que fuese.

—Chicos, chicos —susurraba—. Nos tenemos que marchar.

Nada.

Iris se sentía sola y abandonada, con una opresión en el pecho que no le permitía respirar bien del todo. No era miedo lo que le atenazaba por dentro. Era más parecido al desconcierto. El hecho de

no saber a ciencia cierta qué era lo que ocurría de verdad en ese lugar y saber que aquella cosa podía hacerle daño aumentaba su preocupación. Siempre había creído que los sueños de seres oscuros del más allá eran parte de su condena. Su don era destruir a todo aquel que le importaba. Dejándola sola en una casa encantada donde únicamente había lugar para fantasmas tristes y preocupados, atados en nuestro plano de existencia. ¿Era posible que los niños fueran espectros?

Mirando el estado de la cocina se desesperó un poco más. Era como si nadie hubiera estado allí en mucho tiempo, como si ni siquiera ella hubiera dejado rastro esa misma noche. La chimenea llena de polvo y ceniza hizo un leve sonido, como de cadenas. Un tintineo que se hacía más intenso a cada segundo.

Iris se acercó al lugar sin dejar de cubrirse las espaldas, mirando cada punto.

De golpe, unas gotas cayeron en las brasas apagadas hacía tiempo, moviendo las cenizas como una piedra al caer en un lago. Tenían la forma de la gelatina, aunque más viscosa, y la oscuridad de una noche sin estrellas. La masa incorpórea temblaba. No tardó en pasar de gotas a chorros. Crecía muy rápido. Iris se asustó. Estaba invadiendo el lugar y ya se extendía vibrando como un corazón palpitante.

Iris reculó de espaldas con pasos cortos hasta la puerta, esquivando las sillas de madera.

Las paredes de piedra lloraban la misma sustancia ennegrecida por las grietas entre ellas y en cada rincón. La masa devoraba el ya de por si inexistente color de la sala y lo cubría todo de negrura por donde se iba expandiendo.

Capítulo 50

—¡Iris, ven!

La voz fue como una bofetada en la cara.

Iris sintió un calor sofocante en las mejillas tan intenso como el sol en un día de verano. Aquella voz grave pero dulce, caliente y agradable, que ya había escuchado antes. Había creído que no la oiría nunca más, que incluso podía tratarse de otro delirio más. Y entre la desesperación de una aventura que ya no estaba segura de si había sido o no una buena idea haberla emprendido, llegaba a sus oídos como una llama de esperanza.

Era la voz de Daniel.

Tan viva y real.

Iris ladeó la cabeza hacia la izquierda, y al lado de la escalera vio a su vigilante secreto. Como una visión divina. Irradiaba luz propia. Y le estaba haciendo movimientos repetitivos con la mano, animándola a seguir adelante. Pero Iris se sentía el cuerpo débil y cansado. Estaba exhausta.

Se dirigió hacia él tambaleando. Tropezó y se cayó de bruces al suelo. Pudo sentir como el frío de las losas de terracota le perforaban la piel permitiendo que el frío le impregnara los huesos.

A Iris le apetecía tirarse en sus brazos. Dejarse abrazar por el calor y la seguridad que había sentido la otra vez, cuando iba de paquete en la moto. Era como si fuera el único humano en la tierra y lo hubiera encontrado tras años de soledad. En sus ojos chispeaban las centellas de una felicidad aguada. Sin embargo, el juego no había terminado, y la parte consciente de su mente no tenía ni una respuesta a tantas preguntas que se hacía sobre él. ¿Lo

creía? En parte sí. ¿Se podía fiar de él? No estaba segura del todo, aunque seguía temiendo que la respuesta fuese un «no» mayúsculo.

Iris levantó la cabeza con los ojos llorosos y logró ponerse de rodillas frente a Daniel.

—¿Qué haces aquí, Daniel? —pudo exhalar—. ¿Qué quieres?

—Ya lo sabes.

¿Qué ya lo sabía? No. Iris no sabía nada. Solo quería escuchar la dulce seguridad de su voz, quería sentir su cálida piel de nuevo y que le dijera que quería estar con ella. Que había venido a salvarla. O a llevársela al infierno. Ya todo le daba igual. Quería conocerlo. Y aunque fuera lo último que escuchase antes de morir, necesitaba sentir que a él también le apetecía conocerla mejor, aunque daba la impresión de saberlo todo muy bien.

La masa viscosa se acercaba peligrosamente a ella por detrás.

—A ti, Iris. ¡Te quiero a ti! ¡Y quiero liberarte!

En ese momento, Iris se dio cuenta de que en la otra punta de la gran sala, tres pares de ojos observaban aterrados la escena. Eran los niños. ¡Estaban allí!

Iris sacó fuerzas de donde pudo para que la voz le brotara fuerte y clara.

—¡Daniel, salva a los niños! —gritó con la mano alzada hacia ellos.

Daniel se giró hacia donde señalaba el brazo de Iris, confuso.

El líquido ya la tenía rodeada.

—¿De qué estás hablando? —dijo él nervioso—. No hay ningún niño aquí, Iris. ¡Ven conmigo! Te lo suplico…

¿Cómo era posible que no los viera? Si estaban en el otro rincón, en la pared del fondo. Ella los veía con total claridad. Asustados. Temblando como hojas secas a punto de caer del árbol en mitad de una tormenta.

—¡¿Pero qué te ocurre, Daniel?! ¿Estás ciego o qué?

Iris estaba sorprendida de que Daniel no pudiera verlos. ¿O acaso era posible que solamente existieran en su cabeza? No. Ellos le habían aflojado la cuerda que la retenía en la camilla. De no haber sido por ellos ya estaría muerta. Un escalofrío la agitó.

«Si Daniel no hace nada para ayudarlos entonces solo me tienen a mí», pensó.

Iris percibió algo agitándose en el cuello y se llevó rápidamente la mano hacia el pecho. Era el colgante de cuero que le había regalado la abuela Sión. Pero si hacía solo un instante no lo tenía… Lo recorrió con los dedos hasta sacar el colgante de debajo la sudadera. Y allí estaba. El colgante; la luna que abraza la libélula tallada en obsidiana. Recorrió el contorno como si se tratara de un tesoro y pensó en cómo se había alejado de la abuela y lo egoísta

que había sido. ¿Qué era real y que no? Ahora no importaba. «Olvida todo lo que crees y lo que das por real», le había dicho la abuela, «es hora de que conozcas la verdad que se oculta a nuestros ojos».

Los dedos de Iris no dejaban de palpar los símbolos de la luna y la libélula calmándola lo suficiente para serenar su mente. Sí. Ya no tenía miedo ni cansancio que la detuviera.

Se levantó temblorosa con la mano apretando con fuerza el colgante y empezó a andar hacia adelante. Iris se adentró en la gelatina de obsidiana que dominaba toda la sala con paso firme. Ésta, a su vez, se apartaba y emitía unas llamaradas púrpuras que se alzaban agresivas hacia ella. Parecían agujas y cuchillos afilados.

Daniel gritaba palabras que a Iris no le llegaban al oído. Y si lo hacían, no las escuchaba. No podía dejar que su deseo personal se interpusiera en la seguridad de los chicos. «No. No. Lo siento, Daniel», se repetía.

A pesar de lo terrorífica que se mostraba la gelatina oscura, no la atacó ni se le echó encima. Era como si intentase contenerla evitando que cruzara la sala y se echase atrás más que hacerle daño. Iris no tardó en llegar al lado de los niños. Se agachó. Y como si los conociera de toda la vida, los abrazó muy fuerte.

—No tengáis miedo. Venid conmigo.

—¿Iris, estás bien? —preguntó el niño payaso.

—¿Me preguntas si yo "estoy bien"? —sonrió incrédula—. Gracias a ti, sí, estoy bien. Eres mi salvador.

Le dio un beso en la mejilla, pero el chico no reaccionó. Realmente parecía sorprendido.

—Venga, ahora debemos irnos.

—Sí, pero… no podemos…

Un lamento tronó desgarrando el aire espeso de la estancia. Los niños se giraron con la mirada clavada en el techo. Al seguir la dirección de sus ojos Iris vio al monstruo humeante en el techo, balanceándose como un murciélago gigante y con la boca demasiado abierta para no verla en la oscuridad.

Vio que la puerta principal seguía abierta y aunque todo estaba lleno de gelatina, no lo dudó ni un instante, debían salir de allí como fuera.

Lo que ocurrió entonces fue muy confuso. Iris apretó muy fuerte el colgante de la libélula entre sus dedos y la fuerza le invadió la mano, el brazo y cada célula de su cuerpo hasta concentrarse en su boca. Pero cuando la abrió, de ésta salieron las palabras directamente de su alma con toda la fuerza de su ser. Y con un chillido que desgarró el ambiente soltó:

—¡Aparta de mi camino!

La gelatina se fue quebrando desde los pies de Iris hasta la puerta principal. Era como si se hubiera convertido en un trozo de papel. La voz de Iris la había cortado dejando un pasillo limpio por donde podrían escapar.

—¿Pero qué estás haciendo? —suplicó Daniel desde el otro lado de la estancia.

Sin perder ni un segundo y bloqueando su corazón en preguntarse si lo que hacía era lo correcto o no, miró a Daniel y le dijo:

—Lo siento mucho, Daniel. Debo proteger a estos niños. Espero que lo comprendas. Corre. Busca el modo de salir de aquí. Estoy convencida de que lo lograrás. Y una vez lo hayas hecho, si quieres, te esperaré fuera. Lejos de toda esta locura.

Iris se agachó y cogió al niño más pequeño en brazos, agarró la mano del otro y, después de asegurarse de que la niña no quedaba atrás, se lanzó a la carrera para salir corriendo de la mansión cruzando por el pasillo de gelatina oscura que no dejaba de intentar atravesarlos.

Los cuatro cruzaron el umbral dejando atrás la puerta principal, el monstruo de humo y a Daniel que se quedaba con la mirada triste de quien se ve atrapado en algo que escapa de toda comprensión.

Capítulo 51

La tormenta ya había pasado. En el firmamento brillaba una luna llena entre las nubes recortadas. A lo lejos, en el horizonte, aún se podía ver el flash de algún que otro relámpago. El camino estaba embarrado y lleno de grandes charcos. El olor de la vegetación mojada hizo que Iris se estremeciera. «Todo en la comarca huele igual», se dijo.

No podían detener el ritmo. Por mucho que hubieran conseguido salir de la mansión, no se encontraban a salvo.

Iris vio la moto de Pitu que estaba al lado de los árboles muertos de la valla de la masía. No se lo pensó. Se dirigió hacia allí con la decisión tomada y clara. Montó en ella a los niños —que pudo sujetar quién sabe cómo— sin desfallecer un segundo.

Después de dos intentos de arrancarla y pensar que no podría ponerla en marcha, lo logró y salió disparada camino abajo. El monstruo se sumó a la carrera. Y las otras dos bestias de humo que Iris había visto en la mansión se juntaron para perseguirlos.

—¡Déjanos! —gritó el niño esqueleto, mientras intentaba liberarse del brazo de Iris—. No puedes hacer nada.

—Ni lo sueñes —replicó convencida de ello—, podemos salvarnos todos. Ya queda muy poco para que lleguemos al pueblo. Cuando hayamos cruzado el puente…

Fueron unos quince minutos de descenso tan angustiosos que parecía una persecución policíaca al más puro estilo de las series de televisión; curva, patinazo, bache, otra curva, jabalí en mitad del camino…

Pero en el último desvío, antes del llegar al campo que daba al

puente, Iris perdió el control de la moto y los cuatro cayeron al suelo. Por suerte, el terreno embarrado les amortiguó la caída como si se tratara de un colchón. Todos estaban sanos y salvos. Bueno… sanos sí, salvos, todavía no.

Iris se levantó olvidándose del dolor que le martilleaba el costado y decidida a no perder ni un segundo recogiendo la moto e intentando ponerla en marcha. Ayudó a los chiquillos a ponerse en pie y se apresuró a salir corriendo, iban pendiente abajo, como alma que lleva al diablo, nunca mejor dicho.

—¡Ahhh! —chilló la niña, patinando y cayendo de nuevo al suelo.

Iris se paró, regresó atrás y la cogió de la mano. No iba a dejarla sola.

La mirada se le fue camino arriba. Las bestias de humo avanzaban sin descanso. Alargaban sus tentáculos al aire mostrando una ferocidad espeluznante. Transformaban las plantas y arbustos que rozaban en simple hojarasca, reseca y muerta, que se evaporaba con el toque de sus apéndices como el viento se lleva las cenizas tras un incendio.

Eran más rápidas que ellos. A ese ritmo, pronto los alcanzarían.

—No puedo más —dijo la niña entre sollozos.

Los monstruos de humo estaban muy cerca…

—Venga. Vosotros dos corred hasta el puente —ordenó Iris dejando el niño esqueleto en el suelo y dándole un empujón a la espalda para animarlo a emprender la huida.

…y gritaban con lamentos horripilantes.

Al superar la última curva antes de llegar al puente, los dos niños se pararon en seco, se giraron hacia Iris y sus ojos se llenaron de lágrimas. Ella no comprendía nada, no hasta que llegó junto a ellos.

El puente había sido devorado. El rio bajaba con una bravura que cortaba la respiración. Árboles enteros habían sido arrancados y bajaban por esa carretera líquida sin ningún control. El rugido del agua hacia enloquecer.

¿Qué podían hacer?

No tenían tiempo que perder.

Entonces Iris se acordó del puente flotante que había no muy lejos, río abajo. Se había fijado en él alguna de las veces que salía a pasear por la zona. Siendo la única opción que les quedaba para cruzar al otro lado, no lo dudó.

—Seguid corriendo, chicos. Por el camino que bordea el campo se llega a otro puente mucho más alto. El agua del río no se lo puede haber llevado.

—No podemos más…

—Ya casi hemos llegado, chicos. Ánimos. En cuanto veáis la cabaña blanca, cruzad la reja y el puente sin pensarlo. Pero sobre todo, no miréis abajo. Está muy alto.

Los chicos corrieron delante de ella. Iris cogió al hada en brazos y se apresuró en ir tras ellos. La pobre estaba exhausta.

Enseguida llegaron al viejo puente. Era un entramado de chatarra y hierros oxidados con un suelo de láminas de madera carcomida. La baranda les evitaría caer al rio; unos quince metros de caída libre. —Si es que se podían agarrar bien en ella, claro—. Daba la sensación de ser demasiado fino, como un tallo tierno de enredadera. Aún así, no les quedaba otra posibilidad que cruzar el río por allí y ponerse a salvo.

—No corras más —dijo la niña—, déjame. Es demasiado tarde…

La madera crujía bajo sus pies y el sonido le llegaba a los oídos aumentado miles de veces. En el fondo del abismo el río había enmudecido, como si estuviera expectante esperándolos a ellos para engullirlos en sus aguas marrones.

Los tentáculos de las sombras prácticamente le rozaban las piernas y el pelo. Un golpe de humo le arrancó las alas al hada, y cayeron al río.

Corrieron hasta la otra orilla y se adentraron en la espesa vegetación siguiendo la tubería. Iris no tenía ni idea de adonde les llevaría, pero estaba segura de que era la única posibilidad. Unos metros más adelante la vegetación se abría. Dejaron atrás la zona de espesor e Iris se sorprendió al ver que un edificio en ruinas se alzaba a su derecha.

Pensó en la posibilidad de esconderse en la edificación que parecía una fábrica y permanecer escondidos hasta que se hiciera de día. ¿Aguantaría? Aunque no se trataba de un plan descabellado, se lo quitó de la cabeza. Ya no se podían esconder. Las bestias de humo líquido les pisaban los talones. O llegaban al pueblo o los devoraban los monstruos. Siguieron, pero quedaron bloqueados por una pared de piedra. Pero por suerte para ellos, no era muy alta y la podrían superar. Y así fue. Iris ayudó al chico esqueleto y al payaso en su escalada. Al hada le dijo que se agarrase fuerte a su cuello y trepó con la chiquilla a sus espaldas.

Sin embargo, una vez al otro lado del muro y cuando se disponían a seguir corriendo, Iris vio que se encontraban en la explanada del viejo monasterio románico, y una bestia de humo les esperaba con la cabeza ladeada bloqueándoles la huida.

Iris ya no podía respirar. Dejó a la niña en el suelo encharcado junto a sus compañeros y los abrazó de espaldas, dispuesta a protegerlos y a enfrentarse a los seres de humo como pudiera.

Los monstruos de humo que les habían dado caza llegaron al

sitio y los rodearon en un instante formando una pared humeante que se alzaba hasta el cielo. Parecía un huracán, un tornado impenetrable delante del monasterio.

—Ha llegado la hora —gimió la sombra—, no te resistas más.

Un chasquido frenético hizo temblar el ambiente y una ráfaga de luz surgió de la niebla.

—¡No os atreváis a tocarlos, malditos monstruos! —gritó Iris.

—¿Pero, qué haces? —preguntó el niño payaso, asustado, interponiéndose entre ella y la sombra—. ¿No te das cuenta de que ya no hay nada que podamos hacer?

—¡Siempre hay algo que hacer! —replicó furiosa—. Y aunque sea la última cosa que haga, os pienso proteger. Estos fantasmas no os harán ningún mal. Os lo prometo.

Del huracán humeante brotó una risotada sobrenatural.

—¿Lo veis, chicos? —dijo el niño esqueleto cabizbajo—. Os dije que no era buena idea.

Iris se sentía fuera de lugar.

—¿A qué te refieres? —preguntó al chico, que no respondió.

De lo hondo, pareció emerger la mansión, iluminada en plata. Pero eso era imposible. Quedaba escondida detrás de la montaña. Eran como flashes, como viejas diapositivas que se iban mostrando delante de ellos. Y saltando el muro, Pitu, caminaba hacia ellos con paso firme; la cabeza ladeada con un aire altivo, los ojos y labios cosidos con un hilo muy grueso, y el cuerpo envuelto en un humo negro que se arremolinaba por donde avanzaba.

A Iris se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No luches más, Iris —dijo Pitu sin mover los labios. Le hablaba directamente a su cabeza—. Ha llegado la hora.

No podía dar crédito a lo que veían sus ojos. Era él, su amigo, pero a su vez no lo era. Tenía un aura demoniaca a su alrededor. Algo que le advertía que era peligroso.

—No te creo. No sé qué le has hecho a Pitu —gritó con la voz cortada por el dolor que le atenazaba por dentro—. Pero sé que no eres tú de verdad. No lograrás atraparnos —lo dijo aún a sabiendas de que ya lo estaban. Pero no podía desfallecer. Quizá aún podría hacer algo—. Y no permitiré que les pase nada a los chicos. Además, tú estás muerto…

Se le quebró la voz al decirlo en voz alta.

Iris miró hacia atrás para asegurarse de que los tres niños estaban bien.

—¿No lo entiendes, verdad? —dijo el niño payaso, negando con la cabeza y los ojos llorosos.

—¿Entender? ¿Qué quieres que comprenda, pequeño?

—No nos harán nada. No es a nosotros a quien quieren llevarse.

—¡Déjala! —se metió el esqueleto—. ¡No podemos! ¡Te dije que no podríamos!

—¡Sí podemos! —replicó él.

En medio de la tensión, que se hacía más espesa por instantes, un olor le hizo desviar la atención. Venía de más allá, entre la espesura del bosque, una chispa brillante de ojos grises. Su vigilante secreto se aproximaba a la escena con aire elegante. Sin lugar a dudas era él. Daniel.

—¡Iris! —gritó el niño.

—¡Déjala! ¿No ves que ya es tarde? ¡Ya están aquí!

—Iris, escúchame, por favor…

El sollozo del payaso hizo que regresara a la realidad.

—Dime, pequeño, dime.

—No es a nosotros a quien quieren llevarse. Te quieren a ti, Iris. ¡Han venido a por ti!

Capítulo 52

«Te quieren a ti. Iris. ¡Han venido a por ti!»

¿A qué se refería? ¿Qué significado tenía que habían venido por ella? Las sombras, los niños, Pitu, Daniel… ¿Qué estaba ocurriendo en aquel pueblo?

Iris ya no podía estar segura de nada. Quizá había sido demasiado débil como para soportar los dones que se suponía le otorgaba su linaje ancestral.

«A la fuerza tengo que estar atrapada en un mal sueño del que no puedo despertar y mi imaginación está campando a sus anchas haciéndome ver y creer todo lo que quiere.»

Iris se dejó caer de rodillas al suelo abatida y aturdida, miró a su alrededor y tuvo que contener la respiración. Era imposible que aquello estuviera pasando en realidad. El huracán violáceo de sombras, Pitu; muerto y con los ojos y boca cosidos, los niños, Daniel…

—Chico… —sollozó Iris—. ¿De qué demonios estás hablando?

—Siempre te han querido a ti, Iris. Y tú no te has dado cuenta de nada.

—¿Quién me ha querido a mí? —Ahora era cuando debía despertar, seguro—. Dime, ¿de qué no me he dado cuenta?

—No te lo puedo decir…

Un trueno retumbó en el aire mezclado con varias carcajadas cargadas de rabia y maldad.

—¿De verdad crees que puedes escapar de nosotros, niña?

La voz llegaba del gran huracán que azotaba la corriente a su alrededor. Era siniestra, despiadada y fuerte.

—Por favor… dejad a los niños… ellos no tienen que morir…

Las palabras de Iris se impregnaban con las lágrimas que mojaban sus mejillas. Tenía la certeza que no poder ayudarlos. Pero aún así, debía intentar hacer un trato con aquellos seres, monstruos, o lo que fuera que fuesen. Tanto si se trataba de un sueño como de la realidad no podía rendirse.

—No digas más tonterías, chica. Aquí no hay ningún niño al que hacerle nada.

Iris se giró confundida para asegurarse de que los chicos seguían detrás de ella. Así era. Entonces… ¿por qué las sombras no podían verlos?

Aquello la desconcertó aún más de lo que estaba. Daniel, hacia unos instantes, tampoco los había visto en el vestíbulo de la mansión a pesar de que estaban delante de sus ojos.

¿Era posible que aquellos pequeños con disfraces fueran…? No se atrevía ni a imaginarlo.

—¡Iris!

La voz de Daniel hizo regresar a Iris al frio suelo delante del monasterio.

—Daniel —suspiró deseando que él sí fuese real—. Dime que existes de verdad. Ya no puedo comprender nada, no soy capaz de discernir si es mi locura la que me habla, mi corazón el que me hace mover o mi mente que sufre con un mal sueño.

—Soy real, Iris. Pero hay tanto que te niegas a aceptar que sigues bloqueada, anclada a algo que ya no existe.

—¿Lo ves? —habló el niño esqueleto— está delirando. Ya no nos ve. No nos oye. Es incapaz de razonar. Le está hablando a la nada. No hay nada que hacer. ¡Está perdida!

—¡No! —gritó el payaso— Me niego a aceptarlo. Se lo tengo que contar.

—Ayúdame, Daniel. Te lo suplico…

—¿Cómo sabe tu nombre? —preguntó el niño esqueleto.

—Ni idea —respondió el payaso, viendo que Iris no lo miraba a él.

Iris ni siquiera sabía cuál fue el motivo por el que dijo lo que dijo. Simplemente dejó que las palabras brotaran. En aquel momento hablaba su corazón y, fuera por el motivo que fuere, dejó claro que Iris confiaba en él. Y lo hacía de un modo más allá de todo lo que la razón y la lógica pudieran comprender. A pesar de todo lo que había experimentado, sufrido y temido, aquellos ojos grises y apagados le daban una seguridad que no podía explicar.

—Eso es lo que intento, Iris.

Su voz estaba rota. Notó como cada sílaba se arrastraba y luchaba por salir de sus carnosos labios.

—Lo llevo intentando desde hace… —tragó saliva— siete años…

Iris abrió los ojos como platos.

—¿Cómo? ¡¿Pero qué estás diciendo?!

Los niños discutían entre ellos algo que Iris ya no era capaz de escuchar. ¿Daniel estaba delirando? ¿O era ella la que imaginaba que él estaba delirando y a su vez la hacía delirar? No era posible. Nada de eso era posible.

Entonces, como salido de la nada, el niño payaso se le puso delante.

—Me da igual que no haya nada que yo pueda hacer, Iris. Me has llamado por mi nombre y no te lo he dicho en ningún momento. Pero no me iré de aquí hasta haberlo intentado. Aunque se supone que no debería hacerlo…

Las sombras parecían en estado latente, expectante, aguardando el desenlace como un lector aguarda la revelación final de una novela de misterio.

—Iris, tienes derecho a conocer la verdad. Ellos están aquí por ti —el niño payaso le cogió las manos entre las suyas—. Quieren llevarte, como lo hacen cada año.

—No digas tonterías —replicó ella.

—¡Créeme, Iris! —dijeron Daniel y el chico al unísono como si se tratara de una sola voz.

La mirada nerviosa de Iris saltaba del chico a Daniel con cara de póker. No se veían entre ellos pero ahora decían lo mismo. Bajó la mirada hacia los ojos grises del chaval que suplicaba que atendiera sus palabras.

—¡Escúchame! David Ballester, el último dueño de la mansión era el médico del pueblo. Desde el día que se mudó, y todos los años, organizaba una gran fiesta durante la noche de las brujas. Todos se disfrazaban, comían, bebían y bailaban durante toda la noche hasta que salía el sol. Pero un buen año, en el último baile, el señor Ballester enloqueció. El conocía el secreto del círculo sagrado. Un poder que las brujas elementales llevan renovando cada año para mantener a salvo la humanidad de las garras de los demonios. Ballester fingió querer ayudar, pero su finalidad era otra —tomó aire—. Ese año mató a todos los asistentes. Él ansiaba hacerse con los poderes de las brujas elementales que habitan ocultas en el mundo. Les arrancó los ojos, los corazones y se quedó con sus amuletos de poder. Después, les cosió los párpados y los labios, y encerró sus almas en el sótano de la masía. Y finalmente se ahorcó en la torre —el chico comenzó a llorar—. Nosotros sólo hemos intentado ayudarte, pero no lo hemos conseguido.

—Conozco parte de lo ocurrido, cielo. Pero sigo sin entender qué tiene que ver todo esto conmigo.

—Pues mucho… Tú eres una víctima de los crímenes que ocurrieron aquí, en esta tierra maldita, igual que ellos. Tú eres un espectro atrapado, condenado en un bucle temporal —el niño señaló la bruma.

¡Lo que faltaba! Esto ya era el colmo de las locuras. Iris levantó la cabeza y siguió la dirección que le indicaba el pequeño entre confusa y aturdida por la sorprendente revelación.

Miró detenidamente la bruma y vislumbró un rostro familiar, parecido a Victoria, su madre. Poco a poco, la tormenta de humo fue cesando su rotación fantasmal. Apareció su padre, y al poco se les unió Celia.

—Tus padres murieron la misma noche que tú, Iris —siguió relatando el niño—. Al salir de tu casa se fueron a una reunión de la que jamás regresaron. Antes de llegar al pueblo, tu padre, que había estado bebiendo perdió el control del vehículo y se desplomó en las aguas embravecidas. Los dos murieron ahogados en las aguas del Fluvià. Esteban tan solo fue una marioneta de las sombras.

Iris se sentía conmocionada.

Su pequeña Celia estaba allí al lado de sus padres. La había encontrado. Pero a la vez, había encontrado una respuesta más perturbadora si cabe. Estaba muerta. ¡Todos estaban muertos! Incluso ella. Y eso era algo que no lograba comprender. ¿Cómo era posible? Por mucho que la leyenda se pareciese a su vida y lo que había hecho su tío, en ella había cosas tangibles, tan reales como Daniel, que seguía de pie a unos metros de distancia con cara de preocupación.

Era posible que la advertencia en la puerta, la voz, las luces, el viento… todo hubiera sido obra de los niños… Que intentaban ayudarlos, intentaban ayudarla.

Entonces se percató que al lado del monasterio una figura le era familiar. Era la abuela Sión. Permanecía quieta con un aire tranquilo e impasible. De sus labios salían palabras que no llegaban a los oídos de Iris. Sus brazos se extendían a cada lado con las palmas de las manos abiertas al suelo. Y de ellas, le pareció que se formaban finos filamentos que se movían en al aire. ¿Sería el poder de la vegetación?

Iris se acercó a sus padres y a Celia. Empezaba a aceptar el hecho de que fuera posible lo que el chico había dicho. Por lo menos se sentía bien de poder estar en los brazos de su familia. Se abrazaron y besaron. Pero en lo alto, sobre sus cabezas, la sombra de la que ya se había olvidado apareció sobrevolándolos como un ave de rapiña. Tenía la forma de un murciélago inmenso, como en el vestíbulo de la mansión. Se movía sigilosa y desafiante. En una racha de viento, deslizó los tentáculos que salían de su cuerpo

humeante, rodeando los cuerpos traslúcidos de la familia de Iris.

—Vosotros regresáis conmigo a casa —gritó la sombra.

En el instante en que se disponía a arrastrarlos de nuevo a la condena eterna, una voz rompió la humareda.

—¡Eso ni lo sueñes, maldito demonio! ¡Esta vez no podrás llevarte a Iris!

La mirada de Iris se cruzó con él. Daniel plantaba cara a la bestia. Sus ojos le parecieron fuertes, poderosos y seguros. Su vigilante, su protector… ¿De verdad podría salvarlos?

Capítulo 53

En lo alto de sus cabezas, cielo arriba, azotaban vientos violáceos que rodeaban a las sombras en una espiral de pesadilla. La negra noche se había convertido en un caldero de circunstancias que escapaban a cualquier tipo de comprensión. Los rostros de todos los presentes tenían una expresión atónita y sorpresiva dibujada en ellos. El murciélago se había quedado quieto ante las palabras de Daniel.

—¿Cómo dices, insecto? —gorgoteó la sombra.

—Ya me has oído. Estoy harto de que siempre te salgas con la tuya —Daniel avanzaba con paso seguro—. Pero este año se ha roto el círculo. No sé cuál es el motivo ni por qué ha sucedido, pero no me importa. La realidad es que esta noche al fin podré liberar a Iris.

Iris se sorprendió al ver que Daniel irradiaba luz propia. Se veía más mayor. Más fuerte. Tenía la mirada clavada en el murciélago sombra; era dura, intensa, poderosa.

La bestia de humo rió haciendo temblar el aire.

—¿Y cómo vas a hacerlo, insecto? Acaso crees que voy a dejar que te acerques siquiera a mí. No eres nada. Nunca has sido nada. Y en nada te voy a convertir.

La sombra soltó a Iris y esta se vio arrastrada a lo alto del altar de piedra. Le rodeaba una aureola que presionaba su cuerpo e iba alzándolo hacia lo alto.

—¡Hoy vendrás conmigo al infierno! —gritó la sombra.

Daniel se puso firme. Encajó el primer golpe sin apenas moverse. Los siguientes fueron otra historia. Los tentáculos de la bestia estaban lacerando su cara, su torso, sus extremidades… La ropa se

le iba desprendiendo con girones que salían volando arrastrados por la corriente violácea. Iris se estremecía con solo ver a Daniel sufrir. Sufrir por ella. Por la inútil de turno.

Pero de nuevo se sentía atrapada en su propio cuerpo, en su mente. ¿Qué podía hacer? Se sentía como aquel día en la esclusa. El día en que perdió a Celia. Ahora ella y su familia estaban quietos como estatuas de un museo de cera; sin vida, sin color, con los ojos y labios cosidos. Pero ella no. Iris se sentía viva. No era un fantasma normal. No iba a hacer como un simple fantasma. Ella tenía el poder de las brujas elementales. Y eso era algo que podía utilizar a su favor.

—¡Aguanta, Daniel! —gritó— ¡Puedes lograrlo!

Daniel la miró y le devolvió una sonrisa picarona junto a un guiño.

—¡Cállate, Iris! —sentenció la bestia.

La presión de su cuerpo aumentó. Ahora tenía decenas de alfileres de obsidiana alrededor de su cuello dispuestos a clavarse en él. Iris pudo sentir como uno de ellos le seccionaba la piel clavándose unos milímetros en su carne.

—No, Iris. No te calles —balbuceó Daniel con la boca llena de sangre.

—¿Aún estas en pie, insecto?

—Puede que yo solo no pueda hacerte nada y que, por mucho que lo intente, jamás logre salvarla de tus garras —escupió sangre, se levantó del suelo y fijó la vista de nuevo en la bestia—. Pero no eres lo suficientemente listo para darte cuenta de que esta vez todo ha cambiado…

Empezó a caer una fina llovizna.

—Ni tú ni cientos de tu especie podrían hacerme nada, insecto. Tengo el poder oscuro de esta tierra de basalto de mi lado. ¡Y la tengo a ella! —Rió a carcajadas—. Y nada puede detenerme.

Los niños, de los que Iris se había olvidado por completo y no podía ver, alzaron sus voces en una especie de melodía, una canción, una salmodia…

¡No!

Esto era igual que en el sueño. ¡Igual que la pesadilla que se le repetía cada noche!

Las bestias de humo mostraron su malestar con un temblor y un grito ahogado. La más grande atacó a Daniel con los tentáculos convertidos en espadas.

—Es hora de que desaparezcas…

—¡Ni lo sueñes, maldito! Te he dicho que no estoy solo en esto…

Un zumbido salió del flanco derecho. Era una silueta femenina

envuelta por miles de insectos. La mujer de las abejas. Su cuerpo estaba en el interior de un amasijo de insectos que no cesaban de moverse. Por el flanco izquierdo se abrió otra brecha en la bruma. Con pasos elegantes y decididos y con los brazos envueltos en llamas anaranjadas y verdes, la mujer de fuego hizo aparición. No la había visto desde que estuvo en la Torre Canadell, donde Iris creyó que le iban a hacer daño.

La sombra había reculado hasta su posición inicial. Es decir, al lado de Iris.

—¿Qué te parece ahora, maldito demonio? Seguro que puedes sentir el poder que emana de sus cuerpos.

—No me importáis lo más mínimo, insecto. Yo soy un ser puro que se liberó de la carga física. Por mucho que ellas sean mujeres elementales, jamás podrán hacer nada para dañarme. Y mucho menos para liberar a Iris. ¡Ella es mía!

—Te estás olvidando de algo muy importante; ella también es una bruja elemental —Iris se sorprendió que hablaran de ella con tanta naturalidad. Pero ella seguía pensando que era incapaz de hacer absolutamente nada—, y te puede destruir porque domina el mismo poder que tú.

La lluvia cayó con más fuerza.

—Por eso mismo la necesito tanto a mi lado —balbuceó—. Pero habéis llegado tarde. Y al fin es mía. No tenéis nada que hacer para cambiar las cosas y ella tampoco, ya es la hora.

Iris sitió como el filo de obsidiana que estaba en su cuello se movió hasta la otra punta. No percibió ningún dolor. Solamente se sintió agradecida por el calor que resbalaba por su pecho, tan agradable como un día de verano. Su cuerpo ascendía por el aire, levitando como en la pesadilla. Se sentía como aquel Dios crucificado. Pensó que si debía morir ella para salvarlos a todos, estaba de acuerdo. Siempre y cuando tampoco le ocurriera nada a Daniel.

Los niños seguían ajenos a lo que sucedía con su canto melódico que se mezclaba con la lluvia ahora torrencial. Sus gotas eran como alfileres helados para la piel de Iris. Vio al niño payaso fijando sus ojos grises en ella.

—Gracias —balbuceó con sus labios que perdían el color, y la vida.

Capítulo 54

Entonces, por segunda vez, Iris se percató de un ligero movimiento al fondo. La abuela estaba realizando movimientos con sus brazos y de ellos, los filamentos formaban una masa más densa a su alrededor.

—Iris, no te resistas.

La voz se arrastraba como el siseo de una serpiente. Las gotas de lluvia suspendida se apartaban a un lado y al otro ante el avance de Celia.

—No lo hago —respondió Iris con la voz cansada—. He decidido venir con vosotros. Todo fue culpa mía y acepto mi castigo. Acepto mi destino, pero no sin asegurarme de que esos monstruos no le harán nada a los niños ni a Daniel.

—A ellos no les importan lo más mínimo, no los quieren para nada. Pero se han entrometido en los designios de nuestro señor —su talante era diferente a la Celia de antes. Se mostraba segura, con fuerza, y con una voz cargada de ira—. Tienes que aceptar tu destino, olvidarte de ellos y aceptar que es un daño necesario.

Celia mostraba una seguridad que nunca antes había mostrado. Incluso en la forma de andar se podía ver con toda claridad que se sentía fuerte. Y su rostro no era tal y como Iris lo recordaba; no percibía los contornos ni los rasgos que la caracterizaban. Su mirada permanecía ensombrecida bajo un manto de negrura. Igual que su boca. Un borrón de niebla oscura.

«¡No!»

Celia seguía avanzando.

El frío en el ambiente penetraba cada vez más en el cuerpo de

Iris. Lo sentía como alfileres, como gusanos que se hundían comiéndole la carne a su paso.

Entonces, un relámpago empezó a formarse en el firmamento. Al igual que con la lluvia, fue recorriendo el cielo como un río de luz a cámara lenta que iba iluminando el monasterio, los árboles y a Celia para que Iris pudiera verle el rostro.

«¡No», gritó Iris de nuevo en su cabeza, «¿Qué demonios…?»

Celia tenía los ojos y los labios cosidos con un hilo muy grueso. El rostro era translucido y desprovisto de color. Y sus palabras llegaban directamente a su cerebro.

Iris se fijó en los allí presentes; su madre y su padre, Pitu y Toni, todos ellos también tenían los rostros desencajados y vacíos, con los parpados y labios cosidos.

Pero, ¿qué estaba ocurriendo?

—Ven —susurraba Celia—. Nunca nos ha hecho daño. El señor nos protege.

—¡No los escuches, Iris! —se metió Daniel—. Quieren engañarte. Y saben muy bien cómo hacerlo.

Un destello de luz animó a Iris. Daniel estaba bien. Y eso era bueno. Sin embargo, cuanto más avanzaba la noche más desconcertada se sentía. «Quieren engañarte. Y saben muy bien cómo hacerlo.» Pero, ¿a qué se refería Daniel?

—Ella no me mentiría… ¡es Celia!

No comprendía cómo era posible que aún pudiera hablar. Con el paso de los segundos Iris se sentía la boca llena de sangre mientras gotas de ella estaban suspendidas en el aire.

—¡Esa no es tu hermana! ¡No es Celia!

«¿Cómo?»

—No escuches nada, Iris —replicó Celia—. Sabes que yo nunca te he mentido. Que nunca te haría mal alguno. ¿Puedes decir lo mismo de él? Un chico que se ocultaba en las sombras y te espiaba. Que incluso intentó hacerte daño —lo señaló con un dedo sin siquiera mirarlo—. Un chico del que apenas sabes nada. ¿Qué me dices, hermanita? ¿Te fías de él?

Celia tenía razón en algo. Apenas conocía a Daniel. Sí era verdad que la había espiado, vigilado y… mentido. Sí era verdad que se había sentido traicionada por él. ¿Pero hasta que punto eso significaba que le quisiera algún mal? Sus ojos le transmitían paz y su calor la hacían sentir bien, era una seguridad que no podía razonar. Y su corazón le latía con fuerza cuando lo tenía cerca.

—¡Mátalo! —gritó la bestia de humo.

Sin embargo, Celia era su hermana. La chica más dulce e inocente que pueda existir. Y ahora, en el claro del monasterio, y sin olvidarse de que la vio morir delante de sus ojos, arrastrada por

un ser de otro mundo, su semblante era otro; era como un león agazapado, listo para saltarle a la ignorante gacela.

—Sabes que yo jamás te haré ningún daño, Iris —la cadencia en la voz de Daniel removió los cimientos que la anclaban al mar de dudas—. Es a esos demonios a los que quiero destruir. A ti solamente puedo decirte que te…

El corazón de Iris estalló. ¿Era posible que Daniel sintiera algo más por ella? Iris también sentía una atracción hacia él que le era difícil de razonar, pero no estaba lo suficientemente segura como para lanzarse a decirlo en voz alta. Primero debía aclarar tantas cosas… Pero no fue así. En su lugar Daniel terminó diciendo:

—… te liberaré. Sea como sea.

Capítulo 55

Los tres; Daniel, la reina de las abejas y la chica de fuego, se alzaron como si se tratara de un solo ente lanzando un ataque brutal contra las sombras.

Daniel alzó la voz recitando unos versos en un idioma antiguo parecido al latín o arameo. La mujer de las abejas movía los brazos y los dedos como si de ellos salieran látigos. En lugar de cuerdas, miles de abejas formaban las cintas que azotaban a las bestias como si de ganado se tratara. Y la mujer de fuego, sin achantarse un centímetro, lanzaba grandes llamaradas anaranjadas y bolas de fuego verde que achicharraban los tentáculos.

Por unos segundos, o puede que minutos —era difícil discernir el paso del tiempo con certeza—, a Iris le dio la impresión de que la pelea paranormal que presenciaban sus ojos iba por buen camino. No podía estar más equivocada. Poco a poco, los tres defensores fueron perdiendo posiciones ante la imparable muestra de poder de las sombras. Cedían, se agotaban y sus rostros se encogían ante el verdugo imparable.

Iris recordó que la abuela le había dicho que esos seres se alimentaban de la fuerza oscura que corría en el subsuelo de basalto debajo de sus pies y aunque no sabía de qué se alimentaba el poder de los tres ayudantes, supo que no tenían nada que hacer. Toda la comarca estaba asentada encima de grandes coladas de lava, ríos de basalto que refulgían el poder más antiguo de todos. Y en el subsuelo, esa influencia ancestral les haría perder la batalla. La batalla por su liberación.

Se dio cuenta entonces que la abuela había alzado los brazos y

una estela espesa de color verdoso seguía sus movimientos, dirigiéndose a toda velocidad encima de las bestias. Los filamentos envolvieron a las sombras, aprisionándolas en el aire. Éstas gruñían y se retorcían de dolor. Sin embargo, cuando una brizna de esperanza asomaba en la mente de la muchacha, la bestia sonrió y se fue liberando del poder de la abuela. Quién iba perdiendo fuerzas, retrocediendo y apagándose ante los ojos de su nieta.

Iris quería llorar. Sus ojos eran grandes charcos de liquido que se apagaban tras cada respiración. La mandíbulas le dolían y le sangraban las encías de tanto apretar los dientes.

«Eres como un catalizador, vida», recordó, «tu cuerpo puede ser capaz de convertir y alterar la materia a tu antojo. No pienses en el aire como una sola cosa, como un solo elemento. Pues el aire, invisible a los ojos de los mortales, es un compuesto de cientos de elementos. La suma de muchas crea una sola. Y eso mismo ocurre con todas y cada una de las cosas que crees conocer. Tu mente es tu prisión, Iris. Deja que los barrotes se fundan y libera tu autentica naturaleza».

Por su mente no dejaban de circular flashes de aquellas palabras. ¿Era posible que ella, fuese realmente tan poderosa como para hacer lo que se suponía?

«Libera tu autentica naturaleza».

Era el momento de hacer algo. Era ahora o nunca. No podía permitir que se los llevaran. No podía permitirse el lujo de fracasar de nuevo.

—¡Basta!

Gritó con una voz apagada intentando moverse. Su cuerpo se negaba a responder. Nadie la escuchó, nadie le hizo caso.

La mujer de fuego se había prendido como una antorcha humana en un último y desesperado ataque, pero su poder se iba extinguiendo a cada instante. Era como si el humo la privara del oxigeno necesario para mantener su poder. Bocanadas vaporosas le salían de la boca como nubes o suspiros de su propia vida. La sombra se le echó encima y la agarró del cuello. Con sus tentáculos formó una enorme garra que brillaba en la escena como un diamante negro. La estaba ahogando. Los ojos de la mujer refulgían llamaradas al tiempo que nubes de vapor ascendían por su cuerpo y se perdían en el aire.

—¡Basta!

«Libera tu autentica naturaleza».

Iris se martirizaba por no hacer nada. Pero, ¿qué podía hacer?

Entonces, su rostro se entornó hacia un lado de la escena, como huyendo del final que le aguardaba a la mujer y se dio cuenta de un pequeño detalle: los niños no habían cesado de cantar la melodía.

Seguían entonando aquella mortecina y melódica salmodia como un mantra o un hechizo. Y se sorprendió ver que ninguna sombra les atacaba. Ni siquiera les hacían caso. ¿Era porque les parecían débiles e insignificantes? ¿O quizá había algo más?

Un quejido la devolvió a la batalla.

La mujer de las abejas musitó algo en el lenguaje de las abejas concentrando todo su poder en un ataque fulminante. Fue como si un relámpago estallara delante de sus ojos y todo se convirtiera en luz; una luz rojiza y verde, amarilla y negra. Todas las abejas que quedaban en pie se arremolinaron dando forma a un aguijón gigante que se abalanzó sobre las garras que la retenían. Durante lo que dura un centelleo, Iris creyó de verdad que aquello iba a liberar a la mujer. Sin embargo, la espectacular técnica no sirvió de nada y los insectos cayeron fulminados al suelo al mismo tiempo que ella se desvanecía; inconsciente o muerta. Imposible saberlo.

«Libera tu autentica naturaleza».

—¡Basta! —gritó de nuevo. Nadie la oía.

Era un martirio ver como se desvanecía aquel mundo que se le había abierto, aquellas personas que la ayudaban, que estaban dispuestas a sacrificarse por ella. Y sin embargo ella seguía incapaz de mover un solo dedo y hacer lo que se suponía que haría otro en su lugar. ¿Tan difícil era echarles una mano?

Luego, como si el universo estuviera dispuesto a hacerla sufrir aun más, vio como Daniel caía de espaldas ante un ataque implacable que le estaba destrozando. La sudadera se había transformado en jirones de tela que dejaban ver sus heridas; tenia la carne al rojo vivo, laceraciones y quemaduras que lo destrozaban. No podía soportarlo. Su corazón se rompió. No podía…

Entonces, Daniel dio un quejido que terminó de rasgarle el alma a Iris. Mientras caía de espaldas la miró y alargó su mano hacia ella. Confirmó que era la mano que veía en sus pesadillas, ahora comprendía que era una mano salvadora. En sus labios se dibujó un «Lo siento» mientras que en el interior de Iris se encendía una llama.

¿Cómo pudo no darse cuenta antes? Él era quién se apareció en su mente. Aquel cambio había sido Daniel desde el principio. Pero, ¿cómo era posible? ¿Él era su salvador? ¿Y qué significaba? Lo peor era que iba a perderlo sin conocer las respuestas que la asaltaban con ímpetu. Había amado aquella mano, deseaba agarrarse a ella cada vez que la veía en su subconsciente. Y lo más probable era que ahora ya no pudiera hacerlo jamás.

«Libera tu autentica naturaleza».

—¡He dicho que B-A-S-T-A!

La llama que se prendió en las entrañas de Iris recorrió cada

célula quemándola y transformándola en algo nuevo que crecía sin control. Puede que se tratara de rabia, de odio o quizá de amor, pero la joven había quedado en una especie de estado catatónico.

Los iris se le disolvieron tornando los globos oculares en una sustancia blanquecina como algodón liquido. Su cuerpo daba pequeños espasmos que parecían hacer temblar el aire y la sangre que había salido de su garganta explosionó en el aire y regresó a su interior por la herida de la que había salido.

La lluvia se paralizó y las gotas de agua quedaron suspendidas en el aire. Congeladas. Atrapadas en un campo de fuerza invisible ante el asombro de las bestias.

Los monstruos de humo cesaron su ataque feroz sorprendidos ante la Iris que se alzaba en el altar. Sus tres amigos yacían fulminados en el suelo. El verde del césped estaba manchado por su sangre escarlata. Iris no sabía si ya estaban muertos o no.

Iris descendió del aire lentamente. Le corría una energía por las venas que nunca antes había sentido. Era como si la ira contenida en su interior se hubiera convertido en un órgano nuevo que latía con voluntad propia.

—No, no puede ser —farfulló el monstruo.

Cuando Iris rozó la piedra del altar con sus pies desnudos pudo sentir el latir del basalto colándose en su cuerpo. Se formaban hilos negros en su piel como sanguijuelas. ¿Era eso lo que le daba poder a las sombras?

Iris los sentía dentro, latiendo feroces. Alimentándola.

Su abuela le había hablado del susurro de las plantas, de la magia de las flores y del poder que existe en cada cosa de este mundo.

¿Era esto de lo que hablaba? ¿Por eso le decía que tenía la fuerza en ella?

Una sombra se abalanzó hacia Iris sacudiendo los tentáculos en el aire como remolinos de acero.

Los labios de Iris se curvaron hacia arriba. Con un ligero movimiento de cabeza y una caída de parpados hizo que la bestia se congelara en una burbuja de vacío. Los tentáculos golpearon contra la pared invisible haciendo desaparecer los remolinos que rápidamente se tornaron en humo. El ser se retorcía dentro del delimitado espacio, daba golpes a la nada con los apéndices convertidos en martillos y no cesaba de dar alaridos con la boca abierta de forma desmesurada. Sin embargo, al otro lado no llegaba ningún sonido; eran rugidos sordos.

—Iris —vociferó la sombra más grande—. Detente de una vez y ven con nosotros. He estado esperándote tanto tiempo… Nunca perdí la esperanza de que lograras dominar tu “especialidad”.

Iris le clavó su mirada blanca.

—Dirás que jamás perdiste la esperanza de dominarme y robar mi "especialidad", ¿verdad? Igual que hiciste con todas las elementales y sus familias en su día.

—Eso no tiene sentido.

—Sí lo tiene… —le llegó el lamento como un azote.

Daniel, que permanecía tumbado en el suelo, había abierto los ojos. Solo uno o dos milímetros de nada. Lo suficiente para que Iris volviera de su trance.

Bajó del altar con un movimiento suave, fue a su lado y se arrodilló junto a él. Tenía la cara hinchada y sangrante. Le pasó un brazo por detrás de su cabeza mientras le acariciaba el pelo negro con la otra. El color verdoso de los iris fue regresando a su sitio.

—No digas nada, Daniel.

—Si… tengo mucho que decirte…

—No es el momento adecuado. Ya tendremos tiempo. Ahora tiene que verte algún médico —Buscó nerviosa con la mirada—. ¡Por el amor de Dios! No quiero perderte. No ahora.

Las mejillas de Iris estaban mojadas por las lágrimas que empezaban a salir sin control. Notó el sabor salubre de la sangre en sus labios. El delirio de perder a quien deseaba conocer a fondo la estaba partiendo en mil pedazos. Daniel era parte de ella, de sus sueños, de su verdad y tenia la esperanza de que lo fuera también de su futuro.

—Hace tanto tiempo que muero por contarte la verdad… —sollozó él con la boca llena de sangre—, que he dejado a un lado todo lo demás para liberar tu espíritu.

—No digas nada —suplicó ella.

—Te ruego que me dejes hablar, Iris —su cuerpo convulsionaba con espasmos irregulares. Pero debía escucharle por mucho que le costara mantenerse impasible, disimulando sus ganas por hacerle callar y llevárselo de allí a un lugar donde lo curasen. Ya tendría tiempo de hablar en otra ocasión.

—No hay prisa, Daniel. Lo primero es…

—Lo primero es que me escuches con atención —la cortó.

Capítulo 56

Ante el ímpetu mostrado y teniendo en cuenta que podía quedarle unos minutos de vida, Iris se mordió el labio y le concedió la petición con un leve asentimiento de cabeza.

—Gracias, Iris. Ahora, después de tantos años, al fin lo comprendo —en sus labios se dibujó una mueca; ¿un guiño?—. Todo este tiempo he intentado que alcanzaras la luz y que pudieras cruzar al otro lado.

Iris movió los labios para hablar. Quería decirle que estaba loco, que aquello ya se lo había dicho en lo alto de la Torre y que lo estaba repitiendo. Pero no podía. Las palabras de Daniel le llegaban sinceras, dulces. Eran como el efecto que produce un numero de magia; mientras lo ves buscas el truco desesperadamente, pero cuando crees en el mago es cuando la ilusión se convierte en realidad. Y eso era lo que Iris estaba haciendo: creía en el mago, creía en Daniel.

—Una parte de mí sigue negándose a lograrlo —siguió tartamudeando por culpa de las convulsiones—. Y es porque desde aquella noche que fui a la masía y te vi, supe que te llevaría siempre en mi alma. Deseaba más que nada ayudarte y lograr que cruzaras, y a la vez, que te quedaras aquí, conmigo.

Los ojos de Daniel se llenaron de lágrimas. Las de Iris se precipitaban en el rostro de él creando chispas amarillentas al entrar en contacto con su piel.

—Deseo liberarte y a la vez tengo la esperanza de que no puedas marcharte. Te quiero a mi lado. Te necesito junto a mi. Soy muy egoísta, lo sé, pero no soportaría tener que esperar otro año para

poder verte de nuevo.

Iris se sonrojó.

—Daniel, pero si solo hace unas semana que…

—No puedes estar más equivocada, Iris —una sonrisa amable se le escapó de entre los dientes al tiempo que le daba un calambre que lo hizo retorcerse entre sus brazos—. Hace siete años que nos conocimos. Ya te lo dije.

Era verdad, pero ella seguía dudando de que fuera posible.

—¿Pero? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Fue la noche de las elementales en la mansión. ¿No lo recuerdas?

Iris sintió como si le acabaran de dar una bofetada en las mejillas y la piel se le helara con el paso de una repentina corriente gélida.

Su cerebro se convirtió en una sala de cine donde se sucedían imágenes a modo de flash. El viaje hasta la comarca, la muerte de Celia, la mansión, las sombras… Aparecían y desaparecían retazos borrosos, algunos en movimiento, detrás de sus ojos. Eran escenas de su vida, de su familia, de la gente del pueblo… Acciones que había realizado sin siquiera pensarlo con dos, no, con varias perspectivas y ángulos diferentes. Como si entre ellas mismas fueran diferentes.

Si eso fue hace siete años, ¿sería posible que…? Iris dirigió la vista al fondo, donde los niños permanecían congelados en el tiempo mientras seguía percibiendo la salmodia en el espeso ambiente y clavó la mirada en el pequeño disfrazado de payaso.

Las cavilaciones de Iris la llevaban a un terreno que no le gustaba. Le decían que aquello no era una simple broma de mal gusto ni una revelación que pudiera gustarle. Las implicaciones de lo que podía ser una realidad la hacían temblar. Pero debía saber si eran ciertas o no.

«Debo preguntárselo», se repetía.

Y aunque le daba miedo la que podía ser una respuesta aterradora, era el momento de afrontar la verdad con todas las consecuencias.

Se dirigió a Daniel.

—Entonces…, tú y el niño disfrazado de payaso sois hermanos, ¿verdad?

Daniel levantó las cejas en arco.

—No. Yo no tengo hermanos, Iris.

Iris quedó desconcertada. Había visto un parecido fuera de lo común entre ellos. Y si bien era cierto que parecía que Daniel no lo veía, estaba segura de que los ojos del chico tenían la misma luz que los de él.

—Pero lo tuviste. Tuviste un hermano pequeño… —le costaba poner voz a sus pensamientos, pero debía hacerlo, por mucho que le doliese—. Que quizá murió hace tiempo…

—No, Iris. Jamás he tenido ningún hermano —Daniel dio una bocanada de aire entrecortada que le hizo escupir sangre.

Los ojos de Iris bailaban entre Daniel y el chico disfrazado sin comprender nada de lo que ocurría.

—No sé qué está pasando aquí, Daniel —se lamentó dando voz a sus pensamientos—. No soy capaz de comprender…

Entonces, Daniel la cortó hablando con total claridad y dijo:

—¿Recuerdas a un niño disfrazado de payaso?

—Así es.

—Iris. Aquel niño del que hablas no es mi hermano, soy yo.

—¡¿Qué?!

«Está delirando», pensó.

—Que yo soy aquél niño. El mismo que intentó ayudarte hace siete años, cuando te vi por primera vez.

«¡Pero que demonios!», gritó su mente.

—No sé como es posible que recuerdes ese día. En realidad no puedo comprender nada de esto. No debería haber ocurrido así, pero todo está cambiando.

Iris estaba totalmente descolocada. ¿Cómo era eso posible?

—Entonces… ¿Me estás diciendo que todo lo que he visto y oído hoy es parte del pasado?

—Supongo que sí. Por lo menos en lo referente a mi yo infantil. Me hubiera gustado que todo esto sucediera de otro modo. Solo que me ha sido imposible y todo esfuerzo ha sido en vano. Hasta hoy.

—Estás hablando de hoy, pero por lo que dices yo he vivido y mezclado un “hoy” de hace siete años. Pero dime… ¿cómo es posible?

—No tengo respuestas para eso, Iris. No lo sé. Se supone que no era posible que interactuásemos como lo hemos hecho. Yo solo quería que cruzaras, liberarte. Puede que se hayan mezclado diferentes planos de existencia, diferentes años.

Otra vez decía lo mismo. ¿Acaso le estaba escondiendo más detalles? ¿Por qué no le decía toda la verdad de una vez?

—Daniel, dime una cosa. ¿Qué día es hoy?

Con un párpado caído e hinchado y los temblores contrayendo los músculos de su abdomen, clavó su mirada en el rostro de Iris, y le dijo entre convulsiones:

—Te lo dije. Hoy es siete de octubre de 2017.

La fecha que salió por los labios de Daniel la dejó totalmente descolocada. Pareció que se le caía el mundo encima. ¡Era Imposible!

«¡Es imposible!»

«¡Es imposible!»

«¡Es imposible!»

—¡Pero… —logró articular—. ¡Si yo nací en el año 1981!

—Lo sé, Iris. Ahora deberías tener treinta y seis años —una bocanada de sangre salió de su boca.

Una espiral enorme pareció engullir los pensamientos de Iris hacia un lugar oscuro y tenebroso. Si eso era cierto, las implicaciones podían resultar ser catastróficas. Aunque si era mentira, puede que fueran peores. Iris tomó aire como pudo, intentando calmar el desconcierto que la mantenía presa. Debía serenar la mente. Ya no había vuelta atrás.

—Pero ¡¿qué demonios me estas contando?! —espetó rotunda—. ¿Me estás diciendo que estoy muerta desde hace veinte años? Yo llegué a pensar que eras tú el espectro y que necesitabas ayuda. Dime, ¡¿es eso cierto, Daniel?!

—Tu hermana sí está muerta, tus padres también, pero ya no sé si tú lo estás o no —balbuceó—. Lo único realmente cierto es que has estado atrapada desde 1998 y que durante los últimos siete años de mi vida he intentado ayudarte. Está claro que no lo he logrado, pero el solo hecho de haber conseguido sincerarme contigo ya es recompensa suficiente para mi.

Si eso era cierto, Iris se habría pasado más tiempo condenada que viviendo. Daniel siguió hablando con la mirada perdida en el rostro de ella.

—Hoy he comprendido que la llave ha estado siempre en tu interior. Tú eres la única que puede liberarse —abrió un puño e Iris quedó atónita al ver lo que había en su interior—. Toma, el colgante de la luna que perdiste. Si no me equivoco con la ayuda de éste símbolo de poder al fin podrás avanzar.

Iris se palpó el pecho y alrededor del cuello. No lo llevaba. No se había dado cuenta de que lo había perdido.

—Lo encontré en la mansión. Lo encontré el pasado mes de junio —dijo Daniel—, justo antes de las fiestas del pueblo. Estaba en una grieta en el suelo de la masía, al lado del portón de la entrada principal. Y fue entonces cuando empecé a verte más a menudo. Te veía en casa de la abuela Sión, en la esclusa, en la plaza Mayor… Supongo que se creó alguna especie de vínculo entre nosotros que hizo…

—¡Cállate, insecto!

La sombra murciélago que había estado aguardando se abalanzó sobre Daniel aprovechando el estado de asombro que tenía a Iris atrapada. Pudo ver, sentir y sufrir como si se tratara de ella misma como se le hundían los tentáculos de obsidiana en el pecho, el

corazón…

…y pudo percibir con toda claridad como su último aliento se le escapaba de entre los dedos.

Capítulo 57

Con la cara empapada en lágrimas Iris dejó el cuerpo de Daniel en el césped. No podía creer como se había torcido la situación y como las revelaciones tomaban una dirección que no hubiera podido imaginar. Y sin embargo, Daniel, que le había devuelto el colgante, permanecía tumbado en el césped, enfriándose.

Ni siquiera cuando perdió a Celia había crecido una rabia similar en su alma. Ni siquiera al conocer que sus padres y todo lo que conocía ya no existía. Ni al saber que unas fuerzas malignas luchaban por llevársela de algún modo a una condena a su lado.

Se abrochó la cadena de cuero alrededor del cuello y presionó el colgante. El poder del roble y la obsidiana empezaron a latir en su interior y la hicieron sentir poderosa, invencible.

—¿Crees que lograrás vencerme? —se burló la sombra.

—No, no te venceré. ¡Voy a destruirte!

Las dos sombras se lanzaron en dirección a Iris a gran velocidad. Si la tocaban, no sobreviviría. Pero entonces, en un impulso cogió la mano de Daniel, la misma que aparecía en sus pesadillas, y el contacto produjo el efecto: no llegaron ni a rozarla, se fundieron a unos centímetros de su cuerpo mientras la puerta del monasterio tembló como las hojas de los árboles y se resistía a ser arrancada con chirridos parecidos a lamentos.

Iris no temía ahora por los tres niños. Ahora sabía que eran un reflejo del pasado. Avanzó con paso firme al tiempo que dirigía la palma de su mano hacia la bestia más pequeña y la atrapaba con los dedos. Ya no le daban miedo. Eran ellas las que ahora le temían.

Sintió como la fuerza basáltica salía de la punta de sus dedos y

hacía estremecer a la bestia. La cerró con fuerza y la hizo desaparecer en el aire como la bruma que se lleva un vendaval.

—¿¡Cómo te atreves!? —bramó la gran bestia y se le echó encima.

Sus tentáculos eran grandes placas y múltiples ganzúas que azotaron a Iris. Sin embargo, con cada golpe, le aumentaba la certeza de que nada podría hacer para dañarla. Ya no.

—¿Te crees muy poderosa, verdad? Veamos si eres tan fuerte como para resistir que mueran delante de tus ojos —dijo la bestia y se abalanzó encima de la abuela Sión, la mujer de las abejas, la chica de fuego y de Daniel.

—¡Suéltalos! —bramó Iris.

—Si das un paso más acabaré con sus patéticas vidas de insecto. ¿Me has oído? Y si eso ocurre me los llevaré al infierno eterno, condenados a servirme, a sufrir y a cometer miles de torturas junto a mí.

—No…

—¿Cómo te atreves a enfrentarte a mí?

—Por favor… —suplicó.

—Cesa de inmediato y entrégate a mí. Así es como debe ser.

No le quedaba otra solución. No quería ser la culpable de la muerte de los que la habían intentado salvar. Además, ¿qué tenía por perder si era verdad que llevaba años condenada? Además, era posible que el próximo año Daniel lo intentara de nuevo. Que intentara liberarla y salvarla de nuevo. Siempre y cuando siguiera vivo.

Iris dejó de sentir la fuerza. La burbuja que ejercía de barrera protectora se fundió como un cubito de hielo, desparramándose por el suelo. El color le regresó a los ojos. La sombra no perdió el tiempo y la apresó entre sus garras.

—¡Ahora sí, Iris! Es hora de acabar con todo esto. Despídete de tus amigos, ¡para siempre!

A Iris le pareció que la pierna de Daniel se movía debido a un espasmo. Quizá se trataba de su deseo, o de la ilusión de que no hubiera muerto.

La sombra se quejó.

¿Qué estaba ocurriendo?

La sombra reculó y aflojó la presión que ejercía sobre el cuerpo de Iris.

¿Pero qué estaba ocurriendo?

Entonces lo vio. El chico payaso —el Daniel joven, el de antes— estaba arrojando piedras a la bestia. El chico esqueleto y la niña hada también. Le arrojaban unas piedras planas con las que dañaban a la bestia de humo. ¿Cómo era posible? Si los niños eran

parte del pasado, ¿cómo podían sus actos afectar al presente? ¿Era posible que eso hubiera ocurrido en un pasado y tuviera su efecto ahora? ¿Se estarían mezclando los últimos siete años?

Más piedras llegaron de otra dirección, era Celia y su madre que se habían unido a la batalla. Sus rostros ya no eran blanquecinos y sus labios y ojos no estaban cosidos. Iris se fijó en las piedras. Tenían unos símbolos dibujados en la superficie. Eran como runas antiguas. Letras mágicas para luchar y protegerse del mal que sumergían en unos cuencos llenos de agua con cruces en su interior. ¡Agua Bendita!

Aprovechando el instante de debilidad mostrado por la sombra, Iris se armó de valor, dejó entrar de nuevo el poder basáltico en su interior y lo canalizó para atacarla.

Un rayo negro y brillante parecido a un relámpago surgió de los brazos de Iris concentrándose en sus manos y saliendo a gran velocidad de sus palmas extendidas. El choque fue tremendo. Destellos de color se elevaban a metros de altura y el viento golpeaba con ráfagas violentas arrancando hierbajos y atrapando trozos de piedras a su paso. Los rayos golpearon a la bestia sin tregua. Iris lo hacía sin pensar. Solamente se dejaba llevar por el instinto primitivo que pugnaba en su interior.

—No creas que esto ha acabado… —farfulló la sombra, que pudo disgregarse y salió disparada montaña arriba llevándose con ella a Pitu, a Toni y a su padre, que habían estado todo el rato allí de pie sin moverse, y seguían con los ojos y labios cosidos.

Capítulo 58

El sol volvía a salir. Alrededor de Iris, todos estaban exhaustos. Ella misma tenía el cuerpo débil. La fuerza que había corrido a través de sus células hacía un instante, había desaparecido, y el peso de la realidad le golpeaba con fuerza.

Victoria permanecía a un lado, de pie, con Celia. Iris se lanzó a sus brazos sin pensarlo. Las lágrimas le caían por el rostro. Se abrazaron como si se estuvieran reencontrando tras una ausencia prolongada. Esteban, su padre, no estaba allí. Victoria, ya no tenía los ojos tristes. Y Celia estaba bien.

—Te hemos echado tanto de menos… —farfulló Victoria—. Al fin podremos estar juntas.

—Tenemos tanto por contarnos, Iris —cantó Celia.

Una brecha se abrió entre el camino y los árboles, una luz blanca, intensa, parecida a un carruaje alado. ¿Sería ese el camino que debían seguir? ¿El paso para los muertos hacia el más allá?

—¿Dónde está la abuela Sión? No logro verla. ¿No ha venido con vosotros?

—No —dijo su madre—. Tu abuela no pudo haber venido con nosotros porque no está muerta. Ella sigue viviendo en su casucha —. Mírala —siguió diciendo—, allí la tienes, observándote.

Iris se giró.

—¡Abuela! —gritó con toda su alma, corrió hacia ella y la abrazó llorando desconsolada.

—Ay, mi niña. No sabes lo orgullosa que me siento de ti. Sabía que lo lograrías. Sabía que algún día serías lo suficientemente fuerte para plantarle cara y salirte con la tuya.

—No entiendo nada, abuela —logró decir entre pucheros—. ¿Cómo es posible? Pensé que eras parte del pasado.

—Déjame que te lo cuente —hizo una pausa—: Cuando llegasteis para vivir conmigo supe que era porque él os había llamado. La obsesión de tu padre con la casa, el aura de melancolía que os rodeaba y las desapariciones en el pueblo, hicieron que empezara a investigar. La historia se estaba repitiendo. Sin embargo, cuando Celia murió, ya no hubo nada que hacer. Lamentaba no haber podido predecir los hechos, pero ya era demasiado tarde. Hasta que tus padres se fueron a la conferencia antes del fin de semana de la feria, no tuve la certeza de que lo maligno tenía un plan para la noche de las brujas. Ni yo, ni ninguna de las elementales fue capaz de adivinar los planes que se avecinaban.

—¿Pero cómo podías saber nada, abuela?

—Ya te dije que tenemos un sentido muy agudo que nos pone alerta. Seguro que lo has sentido en alguna ocasión.

Era verdad. Iris pudo sentir como en su interior algo le decía que se alejara de la mansión, que no fuera con Pitu. Incluso antes de llegar al pueblo sabía que algo malo le esperaba.

—Por mucho que tu abuela me lo dijera —habló su madre—, fui incapaz de sentir el poder de la tierra. Se hartaba de contarme como cada planta y objeto tienen un latir esencial. Nunca puede sentir nada. Lo siento madre.

—Te regalé el colgante con la esperanza de que el contacto con el elemento despertara en ti la llama primaria. El poder telúrico. Más intenso que la tierra e imposible de controlar por una esencial normal. Sin embargo, te culpaste por la muerte de tu hermana hasta acabar contigo. Pero mi corazón no me engaña. Aún estás viva, Iris. No sé cómo es posible ni dónde te encuentras encarcelada, pero sé que tu corazón aún late.

Se hizo un silencio y siguió.

—Me castigo pensando que podía haber hecho tanto para evitar esto. Si yo le hubiera detenido antes de que…

—No te castigues, abuela —A Iris le rompía el alma verla tan rota de dolor—. Tú no podías saber que esa cosa nos haría daño.

—Vamos, cielo —la apremió Victoria desde el otro lado del claro —. Debemos seguir nuestro viaje o será demasiado tarde.

—Pero debí saberlo —seguía lamentándose—. Aún así, tengo la sensación de que te ocurrió como a la bruja de fuego —se asomó un atisbo de esperanza en sus ojos y labios—, y puede que sigas encadenada, que tu cuerpo siga cautivo por la sombra.

—No sufras más, abuela. Ahora eso no importa. Muchas gracias por todo. Te quiero mucho.

—Vamos, Iris —la urgió su hermana al ver que el túnel de luz se estaba encogiendo al tiempo que disminuía su brillo —. Debemos cruzar.

—Un momento, Celia —se apresuró en decir—. Antes he de hacer algo.

Iris salió corriendo al lado de Daniel y se tendió a su lado. Puso la oreja en su pecho y… sí, pudo escucharlo, allí estaba su última esperanza. Un débil latido. Y otro. No estaba muerto. Su amado Daniel viviría.

Las mujeres se removieron en el suelo y abrieron los ojos incrédulos.

—Por favor —se dirigió a ellas—, dadle las gracias cuando recobre el conocimiento. Y gracias a vosotras, también. Por haber formado parte de esto, por haber estado a su lado y al mío y haber conseguido liberarnos —hizo una pausa antes de seguir—. Decidle que lo ha conseguido, que después de tanto tiempo intentándolo al fin ha hecho realidad nuestra liberación gracias a su perseverancia, su ímpetu y su bondad. Habladle de lo feliz que me siento al haber podido compartir este tiempo junto a él, de lo afortunada que he sido al poder sentirlo tan cerca. Y decidle que me haga un favor.

Ellas asentían. Todos los presentes estaban con el corazón en un puño, comprimido, adolorido. Los ojos húmedos cargados de lágrimas eran por el sentimiento que se condensaba en el ambiente. Incluso los árboles lloraban aguardando las sinceras palabras de Iris.

—Decidle que quiero que sea feliz, que viva como si cada día pudiera ser el último y que jamás olvide que, esté donde esté después de hoy, lo protegeré y lo seguiré amando como jamás puede hacerlo.

Iris le limpió el rostro como pudo con los dedos. Incluso lleno de sangre y embarrado seguía siendo un chico muy bello.

Hubiera dado lo que fuera para que abriera los ojos y poder ver aquella mirada gris que la tenia embrujada.

Puso su rostro frente al de su vigilante acariciándole las mejillas con las suyas y dejó que sus labios se fundieran con los de él. El cosquilleo tuvo un efecto instantáneo en Iris. Sentía el calor recorriéndole de nuevo la piel, llenándola de energía, de vida, de la esperanza y ternura de su querido amor. No quería que ese instante pasara. Quería detenerlo y permanecer eternamente aprisionada en sus labios carnosos, quería sentir el abrazo, dulce y fuerte, de sus brazos. Y deseaba poder revolverle sus cabellos negros entre los dedos.

A Iris le dolía mucho tener que partir. Y más sin poder decirle cada palabra mirándole directamente a los ojos. Aunque quizá así sería menos doloroso que tener que despedirse de su mirada afligida

y triste.

Iris se levantó y antes de dejar el claro para dirigirse con su familia al otro lado, se acercó a su oído y le susurró unas últimas palabras.

—Te quiero mucho, Daniel. Te amo con toda mi alma y mi corazón —una lágrima cayó en el rostro del chico—. Daría lo que fuera para poder vivir una vida entera condenada junto a ti.

Capítulo 59

Iris se deslizó por la fresca rosada que se extendía en las hierbas, todavía verdes. A su lado quedaba un decorado parecido a una escena de cuento de hadas. El río cantaba su melodía eterna entre las rocas que lo guían hacia el gran azul. Llegó a la explanada sintiendo la brisa de un noviembre frío. Su calma la inquietó. La hizo dudar. Era como si nada hubiera sucedido allí. Como si todo hubiera sido un mal sueño.

Subió la cuesta sin asfaltar y al alzar la mirada vio los cipreses rasgando, persiguiendo el cielo de color anaranjado. El muro en lo alto de la colina pintado de un blanco tan puro que parecía irreal. Una repentina ráfaga de alegría le cruzó el rostro, hizo que se sintiera más valiente y terminó de llegar a paso ligero. La verja de hierro estaba entreabierta. Una sonrisa asomó por entre sus labios. «Él está aquí», se dijo. «Lo siento en mi interior, en el alma».

Iris entró, anduvo entre los nichos como si fuera un alma en pena. De hecho lo era. Ahora lo sabía. Era un alma que había estado atrapada y condenada, pero ahora era libre.

Siguió su camino entre las estatuas de vírgenes, de querubines alados y cruces. Lápidas con nombres en relieve. Mármoles blancos, negros, flores y plegarias. Deseos que ya nadie escucha para aquellos seres que tan amados fueron un día.

Entonces, lo vio. Estaba de espaldas a ella. Sentado en el banco, al fondo del cementerio. Su pelo negro brillaba bajo la claridad naciente de la madrugada. El corazón de Iris se aceleró. Los latidos la hacían vibrar, golpeándola con fuerza. Un calor suave le recorría la piel. Siguió caminando, levitando. No pretendía detenerse. Le

hubiera gustado poder quedarse allí de pie observándolo. Aún no se sentía segura de que todo fuese real.

La asaltaron reminiscencias del mismo lugar, pero de otro tiempo. De siete años atrás. Daniel se había agachado frente a la tumba de su familia igual que lo hizo el reflejo del chico esqueleto, esta vez sin el disfraz y le dijo:

—Lo que ocurrió la noche de las brujas fue increíble. Logré interactuar contigo y eso fue lo mejor que me ha ocurrido en años. Sin embargo, debo pedirte disculpas por no haber conseguido liberarte del todo —colocó un ramo de lirios blancos en la tumba. No dejaba de hablar, pero a la vez le costaba expresarse—. Dios sabe que lo he intentado.

Una fresca brisa de la mañana recorrió el sagrado lugar moviendo las hojas secas del suelo. El joven Daniel se estaba secando las lágrimas de las mejillas.

—Y aún así, no voy a darme por vencido. El próximo año volveré y te salvaré. No sé cómo hacerlo ni si será posible. Pero no dejaré de intentarlo hasta que pueda librarte de tu condena, que ahora es mía. ¡Te lo prometo!

*

Iris al fin lo comprendía todo. Daniel llevaba siete años intentando ayudarla. Todos los esfuerzos habían sido en vano. Sin embargo, durante ese último año, algo había cambiado. Algo había permitido que los dos se conectaran, que se conocieran burlando el espacio-tiempo. Y ahora, esa misma incertidumbre por saber cómo había sido posible, crecía para preguntar: ¿y ahora qué?

Iris no pudo aguantar más su silencio y lo llamó.

—Daniel.

Mientras él se giraba hacia ella, el espejismo de hacía siete años se desvaneció ante sus ojos.

—¡¿Iris?!

El rostro de Daniel reflejaba sorpresa, duda, alegría… Tenía las mejillas húmedas y coloradas. Sus labios carnosos con una leve curva hacia arriba. Sus ojos brillaron como dos faros en la noche marina. Se movía muy despacio, pero Iris distinguía cada movimiento crecer, ampliarse hasta que se levantó situándose frente a ella. Sus ojos grises la recorrieron de arriba a abajo. Sus manos ardían en deseos por acariciarle los cabellos.

—Iris, pero… ¿cómo es posible? Yo pensé que al fin lo había conseguido… Que habrías logrado cruzar a…

—Y lo logré, Daniel. Pero he estado atrapada en un lugar terrible. Puede que la abuela Sión estuviera en lo cierto y mi cuerpo

esté en algún lugar.

—Me alegro tanto de poder verte de nuevo.

—Ahora comprendo todo por lo que has pasado, Daniel —sus manos le acariciaron el rostro—. Sé todo lo que has sacrificado por mí y sé que llevas intentándolo desde hace mucho tiempo. Lo he visto. Te he visto. Toda y cada una de las veces. Aquel juramento, la promesa que me hiciste aquí mismo cuando eras un crío, la noche que nos vimos por primera vez.

—Sí, Iris. Y lo volvería a hacer. Pero he fracasado de nuevo. —Sus manos se mueven con suavidad rozándole la piel etérea—. Este año pensé que lo había logrado. Te diste cuenta de mi presencia, pudimos interactuar antes del fatídico día, y tuve la ayuda de dos de las elementales más poderosas de la comarca, sin olvidarme de Sión.

Fue mencionar a la abuela e Iris se puso a temblar. La recordaba perfectamente, y a las dos mujeres también; la reina de las abejas y la bruja roja.

—Ella me habló del círculo que debía sellarse —dijo Daniel con voz firme—. Por lo que me contó, antes lo hacían en secreto, pero desde hace años, lo realizan a plena luz del día y sin que nadie se dé cuenta de ello. Lo que todos conocen como la Feria Internacional de Brujería es en realidad la noche en la que se perpetra el ritual más poderoso. Y aún así, no sé cómo lograr que cruces y puedas descansar de una vez por todas.

—Daniel —susurró Iris con sus manos alrededor de la cara del chico—, no te preocupes por eso ahora. Has logrado liberarme de aquella bestia, has hecho que mi familia pueda cruzar al otro lado, y me has hecho sentir viva por primera vez desde que tengo uso de razón.

—Pero sigues condenada. Mírate… —se le rompió la voz.

—Tienes razón. Sigo aquí —se miró el cuerpo etéreo e irreal—. Y me ha sido imposible cruzar. Pero prefiero una condena en el infierno a tu lado que una eternidad en el paraíso sin ti.

Los cuerpos de los jóvenes se atrajeron entre sí. Los labios se juntaron sin llegar a tocarse y un cosquilleo mostraba el ardor de la pasión. Daniel la hacía sentir viva, con ganas de luchar y con la certeza de que su sueño era estar junto a él. De eso no tenía la menor duda. Fuera como fuera, lo había logrado. Y aunque todavía no sabía si haber regresado del mundo de los muertos era bueno o no, tenía la certeza de que igual que los monstruos los vigilaban en la penumbra, los seres de luz también existían. Y ahora ella era consciente del poder que corría en su interior.

Daniel le había enseñado que con amor todo se puede lograr. Y con ese amor, ahora que estaban juntos, no le quedaba la menor

duda de que serían capaces de afrontar las batallas que les quedaban por librar. Iris quería decirle que él era a quién quería en su vida y estaba dispuesta a abandonarlo todo por estar junto a él.

Sabía que quizá pareciera una locura, pero sentía su llama en su interior… La mente y el corazón de Iris se habían unido y habían tomado una decisión de la que no podría liberarse con facilidad. Sí. Estaba enamorada de Daniel. Y si quería estar junto a él, debía descubrir si era cierto lo que dijo la abuela y encontrar donde estaba oculto su cuerpo. Juntar cuerpo y alma.

Pero esa es otra historia.

Agradecimientos

Quiero agradecer a todas aquellas personas que han hecho posible que esta historia no se quedara en el olvido y a aquellos que en cierto momento llenaron de luz los momentos oscuros de mi vida, pero también a los que desde las tinieblas me han enseñado a superar los obstáculos y ser más valiente.

Gracias a Ediciones Atlantis y su editor J.D. Álvarez, por haber creído en mí, apostar por esta historia de magia y darle la oportunidad de ser leída.

Gracias a Romeo Ediciones por la cuidada edición digital del libro.

Gracias a Sol Taylor, sin tu profesionalidad y tu visión acertada del mundo de los Condenados, jamás hubiera tenido la portada perfecta para Iris. Eres una elemental de luz.

Gracias a Pili, por andar en el sendero de la vida conmigo y estar a mi lado cuando la oscuridad me oculta el camino.

Gracias a Ivan y Linnette, los seres de luz más poderosos que jamás pude soñar. Tenéis un gran potencial por liberar. No dejéis que nadie os diga jamás lo contrario.

Gracias a mi padre, por enseñarme cada día qué significa ser un luchador. Aunque no me oigas decirlo en voz alta me siento muy orgulloso de ti, papá.

Gracias a mi madre y mi abuela, por seguir guiando mis pasos y hacerme llegar vuestro amor desde el otro lado. Soy afortunado de tener dos ángeles que custodian mis pasos.

Gracias a Jorge Magano, escritor y amigo que descubrió antes que nadie el poder de los condenados.

Gracias a Silvia Adela Kohan, sin tus consejos, sabiduría y paciencia me hubiese perdido en la oscuridad.

Gracias a Rocío Carmona, por iluminarme con su cercanía, ánimos y una frase tan bella como sabia.

Gracias a Imma del Destí, la bruja de los Pirineos, por su cercanía, por las charlas de magia y poderes, y hacerme ver que mi imaginación y la realidad no estaban tan lejos la una de la otra.

Gracias a Francesc Miralles, por ser ante todo un amigo de luz.

Gracias a Pedro y Sònia, por ser aquella mano amiga que me empuja a seguir incluso cuando pienso que no hay nada que hacer.

Y gracias a ti lector, por adentrarte en un mundo mágico, viajar hasta donde viven los monstruos y regresar cargado con la luz del amor. Espero que me quieras a tu lado por mucho tiempo.

Sobre el autor

JOAN LLENSA (Sant Joan les Fonts, Girona, 1977)

Nacido en tierra de volcanes. Amante del misterio y lo sobrenatural. Lector, bloguero y autor de relatos de fantasía, ciencia ficción y terror, capaz de mostrarnos que el verdadero miedo es el que habita en lo cotidiano, al más puro estilo de autores como Stephen King o Dean Koontz. Creció leyendo las colecciones “Elige tu aventura”, “La máquina del tiempo” y “Pesadillas”. A la temprana edad de catorce años emprendió la colaboración en la emisora de su municipio (Radio Sant Joan, 107FM), donde realizó, produjo y presentó multitud de programas durante diez años. Ha colaborado en las publicaciones “El Soroll de les Fonts”, “Raíces de Papel” (España) y “La Peluquería de Micoló” (México), dando a conocer la comarca de la Garrotxa y su entorno y encanto.

Sus relatos han sido publicados en múltiples antologías destacando “Yo lo escribiré”, de 20 relatos del fin del mundo, en el que su relato quedó finalista de los Premis Ictineu 2014. La antología de terror cotidiano “Todo lo que no puedes ver”, publicada a finales del 2016 fue su lanzamiento literario en solitario del que sigue obteniendo buenas críticas y está siendo traducido a diferentes idiomas.

Otros libros del autor

Todo lo que no puedes ver

Papel: http://amzn.eu/aZOKysf

Ebook: http://amzn.eu/0Lu0qnb

Tot allò que no pots veure

Papel: http://amzn.eu/auuD0Bh

Ebook: http://amzn.eu/akbbnTx

[1] Traducción del inglés: El amor es todo/El amor está a tu alrededor/El amor está ahí en tu risa/En tu cabello/El amor fluye por todas partes./El amor es viejo/El amor es mas viejo que tu/ Pero la luz que brilla a través/Me hace ver/Tu amor es todo nuevo. Oye/Sha la la/Brilla una luz/Brilla en mí/Ilumina tu luz/Sha la la/Brilla tu luz en mí. El amor es todo/El amor siempre será la ley/Y el amor superior irradia sobre todos nosotros/En todos nosotros.

[2] *Clot de l'infern. En castellano: El hueco del infierno.*